

A R T U R O   B O R D A

# EL LOCO

TOMO I

H. MUNICIPALIDAD DE LA PAZ

BIBLIOTECA PACEÑA

La Paz - Bolivia - 1966

Publicación dirigida por:  
ALORA CARDONA TORRICO,  
Directora General de Cultura de la H. Municipalidad  
de La Paz.

IMPRESO EN BOLIVIA — PRINTED IN BOLIVIA  
**DERECHOS RESERVADOS DE LA H. MUNICIPALIDAD DE LA  
PAZ**

PRIMERA EDICIÓN SEPTIEMBRE DE 1966  
Impresores: Talleres Gráficos Boliviano»" — La Paz — **Bollria**

**Publicación auspiciada por el señor  
General de Brigada Don ARMANDO  
ESCOBAR URÍA, H. Alcalde Municipal  
de La Paz y Presidente del H. Consejo  
Municipal de Cultura.**

## **NOTA DE LOS EDITORES**

De acuerdo al informe del Consejo Municipal de Cultura y considerando el valor del libro inédito que dejara a su muerte el artista Arturo Borda, el General de Brigada, señor Armando Escobar Uría, H. Alcalde Municipal de La Paz, dispuso que se publique la presente obra, cuyos originales conservados por su hermano señor Héctor Borda, fueron entregados a la H. Comuna, los mismos se publican en tres tomos y que abarcan toda su producción literaria.

La personalidad de Arturo Borda, destacada ya en el campo de la pintura y habiendo sido merecedor a distinciones especiales en exposiciones realizadas últimamente en el extranjero, muestra un nuevo aspecto en la concepción artística dentro de la literatura boliviana.

No será fácil opinar sobre el tema multiforme de su obra literaria, por ello quizá se mantuvo en el anonimato por muchísimos años, hasta que con atinado criterio y deseando que toda labor literaria no se pierda, la H. Municipalidad de La Paz, mediante su Dirección de Cultura, se complace en entregar al público esta valiosa producción, que desde luego, es esperada con explicable interés, dados los comentarios que ya se habían hecho con anterioridad.

# PROLOGO

ARTURO BORDA

EL HOMBRE Y SU OBRA

El caso de Arturo Borda es uno de los más interesantes y originales dentro del arte boliviano, durante su época pasó desapercibido y apenas si un limitado grupo de sus contemporáneos se dio cuenta de su talento. Las referencias bibliográficas o periodísticas a su persona y su obra son escasos, al fallecer, en 1953 algún artículo necrológico ocasional lo recuerda.

Después de 14 años un crítico norteamericano hace en Nueva York el descubrimiento de Arturo Borda, colocándolo como la estrella de la exposición latinoamericana, auspiciada por las Universidades de Yale y Texas. De pronto y en forma intempestiva nos encontramos frente al nacimiento de una figura genial en el campo de la pintura no solo boliviana sino latinoamericana. A medida que nos compenetramos su obra, tanto pictórica como literaria, nos damos cuenta de la magnitud de este maestro que pasó por la vida casi totalmente ignorado.

A primera vista Borda se presenta como una figura exótica dentro del ambiente que le cupo vivir, pero un análisis detenido nos demuestra que es un producto característico de su tiempo, de la cultura de su época y

que Borda recoge las ideas del grupo de pensadores y estetas al que perteneció.

Las dos primeras décadas del siglo XX se caracterizan en Bolivia por el predominio del liberalismo en lo político, el cual a su vez se fundamenta en el positivismo, y por el esteticismo modernista o parnasiano en cuestiones de arte y literatura. La larga trayectoria del partido liberal con hombres como Montes, Villazón y Gutiérrez Guerra en el poder, se desarrolla dentro de un programa progresista paralelamente al movimiento parnasiano de los grandes poetas como Tamayo, Jaimes Freyre, Reynolds. Arturo Borda vivió ese momento político y perteneció a ese grupo intelectual aunque sus obras literarias y pictóricas se apartan muchas veces de la línea ortodoxa.

\* \* \* \*

La vida de Borda es dramática y abarca las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Nació el 14 de octubre de 1883 en la ciudad de La Paz (Bolivia). Sus padres fueron, el Tte. Cnl. José Borda Gozalvez y Leonor Gozalvez Montenegro, ambos oriundos del mismo lugar. Estudió preparatorio y parte de bachillerato con los jesuitas, pasando luego al Colegio Ayacucho. No ha tenido mas estudios que los secundarios. Su vocación para el dibujo se manifestó desde los seis años de edad y desde los 16 comienza su actividad literaria como cuentista, ensayista y poeta. A partir de 1899 publicó en casi todos los diarios y revistas de La Paz, de ese mismo año datan sus actividades socialistas en circuitos obreros. En 1921, organiza la "Gran Confederación Obrera del Trabajo", compuesta de todos los sindicatos, dentro del cual estaba la "Liga de Empleados y Obreros de Ferrocarriles y Empresas Tranviarias", fundada por su hermano Héctor en el año 1919.

Al comienzo de su carrera expresó en los escaparates comerciales de La Paz pero su primera exposición formal se hizo en el Círculo de Bellas Artes.

En 1919 llevó sus cuadros a Buenos Aires gracias al dinero que consiguió vendiendo su cuadro "El Yatiri". Expuso en el Salón Costa de la Calle Florida. Después de esta exposición Borda pensó dedicarse a la escultura, solicitando sin resultado el auspicio del gobierno. Planeaba hacer algunos monumentos de los héroes nacionales. El fracaso de su plan hizo que abandonara sus actividades artísticas por un tiempo largo concluyendo así el primer período de su actividad artística.

El año de 1921 Borda empezó a aislarse dentro de una sociedad que se le mostraba hostil. Todos los informes hacen suponer que abandonó totalmente el arte para dedicarse a la "vida bohemia" primero y al alcohol después. No es posible precisar la actividad de Borda en los 20 años que median entre 1921 y 1941, aunque se puede suponer que durante ellos prepara buena parte de sus escritos. Su aspecto externo era deplorable, se lo veía deambular por las calles de La Paz en forma descuidada, de manera que cualquier persona lo habría tomado por un mendigo. En 1943 fue a vivir con su hermano Héctor, volviendo a tomar los abandonados pinceles.

La pintura de este segundo período está dedicada en buena parte al paisaje. Los cuadros alegóricos son numerosos y en ellos persiste esa gran fuerza emocional y el amor por el detalle y la anécdota, característico de sus primeros cuadros. De la vida sentimental de este pintor se conoce poco, solo se sabe que aproximadamente entre 1935 y 1945 estuvo enamorado de una monja.

Borda murió el año de 1953. En 1962 la Alcaldía Municipal organizó una exposición retroactiva. Durante



su vida Borda había expuesto trece veces en La Paz, una en Uyuni y una en Buenos Aires.

Tal es en síntesis la historia de una vida que abarca setenta años, de los cuales pueden ser contados como útiles para el arte pictórico apenas treinta: las décadas 1900-1918 y 1943-1953.

\* \* \* \*

Tan importante como la obra pictórica es la obra literaria de Borda que ha sido escrita a través de buena parte de la vida del autor. El mismo sentido de desorden y de desigualdad en la calidad presciden las 1300 páginas que a su muerte dejó dactilografiadas y corregidas. El título "El Loco", da una muestra de lo que es el trabajo. Borda que inició sus escritos allá por el año de 1910 y continuó en forma esporádica durante las décadas siguientes tuvo su época de intensidad creadora entre 1930-50. "El Loco" actualmente se halla dividido en 9 partes, aunque en opinión de los familiares del literato se habrían perdido 2. La longitud de estas nueve partes es desigual pues si bien algunos de los originales alcanzan a 120 cuartillas otros apenas comprenden 70. La división realizada por Borda en su obra no deja de ser arbitraria y aún los títulos colocados por él a las diversas partes no significan una delimitación del tema tratado, pues el conjunto de la obra es un fluir constante de temas, episodios, y formas que la principio esboza el autor.

No creemos que la obra literaria de Borda pueda encajar en ninguno de los géneros conocidos, al menos si tratamos de situarla dentro de las divisiones tradicionales. El hilo vital que corre a través de las páginas de "El Loco" y que nos presenta el autor como protagonista de

los múltiples sucesos que enfoca la obra, puede considerarse tanto dentro del género narrativo, como del poético o dramático, como del ensayo, pues do todos y cada uno de ellos participa. Lo único que da unidad a la obra y que es el "leit motiv" del libro es la constante presencia el pensamiento fluyente **del** hombre-artista que contempla con curiosidad casi infantil el devenir constante de la naturaleza del universo, de los seres animados, de la sociedad y del hombre. La contemplación de Borda tiene un principio fundamentalmente estético basando su análisis de las cosas, en querer conformar con un molde de belleza artística sui-géneris muy similar al expuesto en su pintura. Su estética literaria al igual que la pictórica es académica y de tipo normativo canónico. Borda une a la contemplación un agudo sentido crítico sobre todo a lo referente al hombre y la sociedad que busca y quiere perfecta a su manera. En este aspecto es un utopista, riveteado de algunos conceptos socialistas, no olvidemos que en su juventud fué líder de agrupaciones obreras.

En "El Loco" encontramos narraciones fantásticas, largos pasajes de verso libre, interminables escenas tratadas a manera de teatral hechas a base de un diálogo muy fluido y largos ensayos. El paso de una a otra forma, es imperceptible. El sistema más usado por Borda para crear esa gran ficción que es "El Loco" y poder expresar sus pensamientos es la ensoñación. Su personaje central que es autobiográfico, frecuentemente entra en ensoñaciones. En ellas el autor estudia sus propias reacciones físicas, el mundo consciente, siendo verdaderamente interesante el paso de mundo interno al externo y de la lucidez en la semiconciencia. Tal vez el mérito mayor de la obra de Borda consista en ser un gran experimento logrado solo en parte. Borda en su obra literaria, así como en pintura, es altamente original, escribe para sí y no para el público, no se cuida de los ismos en vigencia y crea totalmente ajeno al medio.

Ya hemos señalado al empezar este comentario que Borda perteneció en su juventud a la generación de los parnasianos o modernistas, cuya mayor expresión en la literatura son los poetas: Tamayo, Jaimes Freyre y Reynolds, Borda fué amigo de Reynolds quien en una ocasión dedicó un soneto a uno de sus cuadros. El pintor sintió en alguna etapa de su vida la atracción por los ideales del modernismo literario, que parcialmente se ven reflejados en su obra, "El Loco". Como escritor es desigual y desconcertante se expresa en forma incorrecta a veces, haciendo alarde de buen estilo en otras ocasiones. A través de los nueve libros que componen "El Loco" nos da una apasionada auto-biografía espiritual, llena de confesiones que muestran un alma angustiada y atormentada por el problema de la propia existencia. Un nihilismo inconforme aproxima la obra de Borda al existencialismo sartriano. También podemos decir que algunos de los cuadros de Borda reflejan conceptos estéticos del parnasianismo modernista. No se puede ignorar que el gusto y la inclinación de Tamayo por todo lo helénico se halla presente en "La crítica al arte moderno" o "Triunfo del arte" donde aparecen el Partenón, la Venus de Milo, los retratos de Homero y Pericles, símbolos de los ideales griegos. Así también el Illimani, que aparece en ésta y otras obras de Borda hasta constituir tema predilecto o tópico de su pintura, tendrían un paralelo en la Prometeida de Tamayo, donde el Cáucaso y montaña se muestran en forma insistente. Debemos anotar, sin embargo, que el parnasianismo de Borda se inclina a la etapa final representada por Reynolds, es un parnasianismo con mezcla de amargura, con sensación de melancolía y de fracaso.

Borda tiene un aliento, un primer impulso que debe a los modernistas, a Reynolds sobre todo, pero luego se aparte de ellos y de todo y se adentra en sí mismo con sus incorrecciones y sus incongruencias pero también con su originalidad.

**José de Mesa y Teresa Gisbert**

# EL LOCO

(\*) La forma tipográfica de ' éste libro, desde la carátula, es inalterable, por ser inherente al fondo mismo.

(\*) N. de E.— Estas notas aparecen en los originales del autor.

Es propiedad. Quedan reservados los derechos. Se hizo el depósito de ley.

### **Advertencia importante**

En la edición anterior de "El Loco", hecha por la casa editorial "El Universo", se publicó, en las primeras páginas, a raíz de la muerte del Inca Yahuar Kjunjo, éste

### **Aviso**

Habiendo muerto el Inca Yahuar Kjunjo antes de concluirse la presente edición, se ha encontrado entre sus papeles la esquila que damos en seguida, con el fin de que el verdadero autor de "El Loco" haga con oportunidad las reclamaciones del caso. Además avisamos que la escritura de venta á que hace referencia el señor Katari, se encuentra en la escribanía del señor Lallave, signada con el N» 5,081.

**Editorial "El Universo"**

y a continuación la siguiente carta:

La Paz, 1° de enero de 1926.

Señor

**Inca Yahuar Kjunjo.**

**Ciudad.**

Distinguido amigo:

Después de mucho vacilar, he resuelto el asunto en favor de su deseo. Los originales de "El Loco" puede usted recogerlos de donde el escribano señor Lallave, de quien, a tiempo de firmar la escritura respectiva, he recibido los Bs. 11,000.— (once mil bolivianos), en cheque N« 1.311,700 a m/o y c/ del Banco Nacional de Bolivia.

Queda usted, pues, en libertad de presentarse como autor de dicho libro, acaso el más original y revolucionario que se haya escrito.

En cuanto á su temor de que el autor verdadero reclame sus derechos, me parece más que imposible, ya que no lo hizo con motivo de las anteriores ediciones, si bien es verdad que fueron anónimas; además debo recordarle que siendo yo jefe de investigaciones durante varios años, y moviendo toda la policía, no me fué dado averiguar absolutamente nada al respecto; así que si son esos sus recelos, ya puede usted dormir tranquilamente.

**SAÚL A. KATARI**

Con éste motivo el señor Adaxn O" Landhiom se presentó ante los tribunales ordinarios, reclamando para sí la propiedad de "El Loco". Por tal razón, mientras se termine el juicio, esta editorial ha hecho el depósito correspondiente a la presente edición ante el juez respectivo, tomando por base el precio que se pagó por la edición anterior; de modo que mientras tanto, con autorización competente, y según ley, firmará en "El Loco"

**ARTURO BORDA,**  
por la Editorial "Las Américas"

## Parhelio

Impuesto **por** la dirección "Las Américas", y sólo mientras se reclame por la paternidad de "El Loco", firmo el presente libro, agitado por los consiguientes temores, ya que quizá si el autor no lo hace por miedo ante la magnitud de la empresa. Ahora bien; como al asumir esta responsabilidad, que, por el abierto carácter de revolución concienical de la obra, no es poca, creyendo yo haber adquirido por ello algún derecho, confieso que estuve tentado de ofrecerla á la memoria de mis padres y de mis hermanos, pero me retractó oportunamente, debido á la feliz circunstancia de que el señor Saúl A. Katar!, autor del prólogo de la primera edición, y que se inserta en esta, dá de firme, y cruelmente, con esa vieja costumbre de las dedicatorias, lo cual me indujo á considerar juiciosamente que quizá tenga razón y que por tal manera yo no tengo el pretendido derecho.

Esto porque entiendo estar obligado á decir algo al dar mi nombre, respondiendo por las inauditas, o mejor dicho, inescritas temeridades de un loco anónimo, toda vez que quien debería asumir las responsabilidades es la Editorial "Las Américas" y no yo.

Y ahora me atengo no más que al sereno criterio del **lector**.

**ARTURO BORDA.**

## **Pre Libris**

### **I**

Inmóvil y viejo ya, como sombra, al fin era sólo un hombre sentado. Agotándome en el deseo y la meditación, concibiendo sin cesar argumentos nuevos, quedé anquilosado, ansiando escribir un libro Infinito y eterno como la existencia.

### **II**

En mis ansias un día el ángel Temerón, hendiendo raudo el éter, vi que avisoraba anheloso la inmensidad. De pronto volviéndose a la tierra, silbó:

¡Phsitj ¡Phsit! ¡Já, já, já! No hay nada ...

Entonces alejándose solemnemente en el azur, fué disminuyendo hasta ser invisible en el cintilar de una estrella.

### **III**

Más tarde noté que de mi corazón saltaba silbando un hilillo de sangre y que al caer en la arena se tornaba en hierro, del que durante milenios mi espíritu forjó en soledad, en el yunque de mi cerebro, el cañón y el trípode de un telescopio gigantesco, cuyos lentes eran mis ojos; visto de arriba era microscopio. Terminado que fue, quedé con el ansia en mis órbitas vacías, contemplando la eternidad, como en sueño, á través del extraño instrumento, anotando de siglo en siglo alguna que otra observación. Pero todo me parecía complicado aun, aunque yo adivinaba simple en sí la verdad.

### **YO**

No; yo quiero abarcar con el tacto lo que comprenden mis intuiciones.

## **ESCINTILA ARKANGELA**

(el luminoso espectro en mis  
vésperos, junto a mi).

No podras, si estás ligado á la tierra con alguna influencia.  
No tengo ni tuve más guía ó mentor que mi instinto ó mi fuerza.  
No me liga, pues, ninguna gratitud.



## ESCINTILA

Bien. Mas ¿lograste reducir tus ideas?

**YO**

**Si.**

## ESCINTILA

**¿Cuál es tu punto único de vista?**

**YO**

**Es la eternidad.**

## ESCINTILA

Está bien. Allá, oh telesiógono, á base de contradicción, perciviendo sin fatiga, audazmente, con exactitud y viveza, deberás juzgar con verdad, discerniendo intuitivamente el futuro con solidez y vigor apodáctico.

Apréstate, pues, á mirar con la duda de **tus** ojos, oír con la duda de **tu** oído, sentir con la duda de tu corazón y pensar con la duda de **tu** cerebro en la contemplación de los orígenes y los fines.

## IV

Y, como sale de su vaina la espada, así el alma mía, en tanto **que** en tierra dormían los hombres espejos y roncaban los hombres ecos, amodorrada su alma en ellos mismos; pero mi alma invisible era ya la máxima atención angurriente, hendiendo voraz los azures. Y hacía una eternidad que ascendíamos

### **En el Macrocosmos,**

**siempre más, allá donde** cada átomo es **un** infinito **de** universos. **Todo era** cada vez **mayor,** más eterno y aniquilador, más incomprensible, menos abarcable. y yo, por oposición cada vez me sabía menos, aunque mi pensamiento **se hacía** más denso, más sólido, tanto **que** anonadado, dije: — ¡Basta....

Luego á medida que descendíamos

**EN MIS DÍAS,**  
**yo iba respirando libremente,**  
**abarcando y comprendiendo lo mío,**  
**satisfecho de resucitar.**  
**Pero cayendo aun á pesar de mi ansia...**

## En el Microcosmos

Pronto iba disminuyendo todo ante mí, más y más, infinitamente más, tanto que por oposición yo me sabía cada vez más eterno e infinito, inútil como Dios, y mis pensamientos eran más locos, más estériles, como nada tanto que nuevamente llegó mi desesperación á la angustia de poder existir, hasta el extremo de que, anonadado repetía — ¡Basta...

## V

En seguida me hallé sobre una verde yerba, a la orilla de un arroyo, echado á la sombra de un ciprés, mientras las aves discantan en leve contrapunto sus inadvertidas cuitas en los pimpollos del rosedal y...

ESCINTILA ARKANGELA (materializándose  
á mi lado, en forma de nube)

Oigo decir:

El espectáculo y el éter de los infinitos es, Loco, sólo para las potencias eternas. La limitación de cada alma requiere fatalmente su correspondiente limitación de horizontes, para poder existir sin angustias. Por eso ahora quedas acá, en esta intrincada era boscosa, en el círculo máximo de tus actividades.

Y se esfumó.

## VI

Desde entonces, un evo ó un segundo, deshecho el alma y roto el corazón, mis horas son una pesadilla zahorí y torturante; y día a Wía, en el último ensueño del alba, veo que mi espíritu, forjando un libro con la sangre de mi corazón y las retorciones de mi cerebro, lo encaja á golpe de combo en el espíritu humano, repitiendo á voz en grito :— El Loco, así, á toda juventud, á toda esperanza: á toda rebeldía satánica y demoleadora.— Y luego me despierta con un combazo en el pecho. Tal, aniquilándome concluyen mis pesadillas de aurora en aurora.

**Soy un Imbécil, como todos: una** sombra en el torbellino de los albuces; de consiguiente sólo diré necedades. Así que si has de juzgarme, lo harás en vista de lo que soy: un bobo... ante lo que esconden el infinito y la eternidad. Pero confesarás que ante estos paréntesis, tú, quien quiera que seas, así fueras el más sabio, eres tan necio como yo. Además, con tu opinión en pro ó en contra, **no** gano ni pierdo nada, **porque fatalmente....**



### Hace ya mil años

Sabe que lo que leas aquello que te hiera, lo que descubra tus lacerías en lo profundo de la conciencia, eso, yo, que cuando vivía aun no nacieron tus padres, lo hice para que por acto reflejo te indigne, para que reacciones y triunfes.

Ahora, si quieres, ódiame; pues no te necesito ni me fueron necesarios tus antepasados.

Pero —oh áspera ironía.— sabe también, para cuando triunfes, que éste es el escueto secreto de la vida: los **hombres** si por envidia o temor no ahondan el vacío en tu derredor, te ofrecerán su apoyo al tantos por ciento... cuando triunfes! ¿Entiendes? Cuando triunfes. Entonces, cuando aquellos que en los instantes de tu soledad proba, toria —de tirano ó redentor— te ciliciaban y luego esquiven ó extiendan sus manos sarmentosas de pordioseros, ó con el gesto protector, entonces tú Pero ya sabrás lo que debes hacer, considerando que si algo necesitaste era cuando te abandonaban, cuando rompías las gélidas atmósferas del ambiente, cuando tu juventud solicitaba amor y campos de acción.

Ahora considera que tu victoria es el fin de tus luchas, la hora del reposo en el cansancio de tus abriles, la iniciación de las impotencias, el hartazgo de tus sufrimientos, la urgencia de silencio, la hora de la última soledad.

Mas, si caíste, tiembla ante las sonrisas misericordiosas. Se duro y cierra el oído para no entender la rechifla en el misterioso silbo de **las** sierpes.

Con tu experiencia has roca de tus hijos.

Si llora, de cada lágrima forjarás, para ejemplo, una centella; de cada suspiro harás un himno y de cada caída fabricarás un poema de rebelión; de la impotencia de cada postración es de donde exprimirás la energética para los avances.

Vencido o vencedor sé duro de corazón y avanza á tajo de **machete**.

.....  
\* **NOTA DEL EDITOR:** — El autor, como se verá más adelante, dice que cada artículo que ha escrito es la reacción inmediata de un fracaso; de consiguiente "El Loco" es algo como un ramillete de las floraciones de sus caídas, siendo, por tal manera, el ejemplo y la esperanza de la victoria de todas las impotencias y derrotas.

\* **Esta** Nota del Editor corresponde a una anotación que aparece en **los** originales del autor.

## Ofrenda ígnea

Llegó la noche y me dormí con opresiones.

•

En sueños supe que por los que me querían se quemaba en angustia mi corazón, incendiando mi ser; por eso me detuve sediento en la selva, é, inclinándome sobre un manantial, bebí agua en la cuenca de mis manos, las que luego me lavé estrujando jabonosas moreras. En mis entrañas hubo un instante de sosiego.

Después vi cómo esas espumosas aguas se iban al través de las brumas, vertiéndose sobre un mundo informe que rodaba en el espacio. En él reconocí LAS AMERICAS, en las cuales, pululando las multitudes juveniles, iban soplando en las aguas millares de globitos, los que reflejando en su líquido cristal aquella muchedumbre, hendían lentamente el azul.

Entretanto yo era ya una llama viva, en la que toda esa chiquillada inocentemente alegre encendía sus cigarrillos, inflamado con humo las pompas tornasoles que al través de los cielos andinos iban a reventar en los éteres de donde caían en fecundo rocío.

Luego, cuando hubieron desaparecido, combustionados ya, mi carne y mis huesos, y sólo mis sesos y mis tuétanos se acababan en mi propia lumbre, dando la mas roja llama, entonces, a medida que me consumía en esa fría eterización del luego, yo iba despertando y

•

El sol estaba alegrando ya la mañana,

# ***DIVAGACIONES I***

## EL SOPLO AUGUR

Siempre todo parecía **mudo y desierto en las alturas**  
de los atalayas escondidos **en las opacas brumas; en vano**  
alerteaba tenazmente el clarín, anunciando el cansado clamor  
de la tierra baja. Mas, la **fatiga iba agotando aún la**  
paciencia en los yermos mismos; **por eso las tierras de**  
**oriente y occidente, y de levante y poniente, crujen,**  
**revientan**  
y saltan, y, al choque **de los opuestos vientos, surgen**  
innúmeros torbellinos que **avanzan en tropel, adentrándose**  
en la densa noche. Entonces **ya no se oye nada**  
más que un lejano y sordo vocerío **de muchedumbres que**  
fermenta la pesadilla. El ambiente se **inquieta con angustia**  
de presagio; pues los ensueños se **cuajan de sanguinolentos**  
**resplandores de incendio. Y...**

.....

Inquietando el cielo  
tras los inmensos Andes,  
algo anuncia en el alba  
ese trágico reverbero.

\*

Del punto en donde nace el sol,  
tramontando los sempiternos hielos,  
llega el ignoto soplo,  
oscuro, denso y vasto,



opacando la aurora,  
cual si fuese un indómito huracán.

— 19 —

### ARTURO BORDA

De esa suerte calígeno,  
arrollando todo, avanza veloz,  
dilatándose de horizonte a horizonte,  
por lo que huyen los reptiles,  
las aves y las fieras,  
a sus antros o a sus nidos y cubiles.

\*

Más tarde,  
eclipsado en su orto,  
al través del negro ventarrón,  
está rojo ya el sol  
y los mares se estremecen,  
rezongan los montes,  
el aire se quiebra y suspira  
cual si fuese hielo o cristal.

\*

Y, probablemente, porque en la niñez los ojos no están acostumbrados a medir las distancias y desconocen la perspectiva, mirando todo cual si estuviese en un solo plano, es que el chiquitín aquél, contemplando en lontananzas el torbellino, o, más bien dicho, la tromba que avanzaba danzando en el arenal, reía y reía a la vista de sus ondulantes retorciones, y, posiblemente, cuando al inclinarse parecía caerse, acaso criticando su mala construcción de columna, extendió deliciosa y febrilmente sus finas y suaves manecitas, como para componerla o atajarla. Poco rato después, reconociendo, tal vez, que sólo era de arena y aire, y suponiendo, quizá, que se hallara al alcance de sus pulmoncitos, se puso a soplar, encantadoramente sofocado, contra la tromba que avanzaba incontenible. Y el niño reía y reía hermosamente, soplando cada vez con más fuerza; pero aquello, ese beso o succión de cielo y tierra en iracundo maridaje, se aproximaba rápido, oscureciendo el firmamento; mas el muchacho se le enfrentó inocentemente impávido y temerario a tiempo que desde su distante hogar llegaban unas desesperadas y débiles voces,

llamándole en vano, porque al llegar el soplo fatal, caldeando la atmósfera, lo suspendió en su vórtice, entre sierpes, leopardos, antas, arbustos y gigantescos robles, entre

— 20 —

### EL LOCO

enseres, cóndores y bestias menudas, girando todo en la fuerza del torbellino. La familia del niño no tuvo más remedio que esconderse en la casucha en parte derruida por el paso del simún, torbellino o tromba que se fue alejando tras los confines.

Entonces, bajo la gran cerrazón, el ambiente quedó caldeado como por un incendio.

De esa suerte, saturándolo todo, seres y cosas, en el mundo se esparce y dilata una inquietud febril, de angustia mortal: que, pues, por la terca incomprensión del avaro egoísmo guía, ya no se presiente, ni lejano siquiera, ni alivio ni remedio, a ese recóndito mal; porque alzándose amarga, lenta y severa, la tierra buena, árida y dura ya, encrespa y arma las almas en son sigiloso y abierto de lucha larga y cruenta aunadas en fuerza de la urgencia propia, orientadas, por instinto, sin credo ni doctrina, ni guía, a su único norte, su salvación.

Tal trasuda el mundo, al fin, queriendo y sin querer, sabiendo y sin saber, la honda revolución social, en la que de onda en onda, la humanidad proletaria va entonando de polo a polo el grito del hambre.

\*

Así se halló enlutada la luz, desde la mañana al anochecer, con el viento negro que cruzara bramando

**ARTURO BORDA**

Y en la noche helada y larga,  
llena de tinieblas,  
incierto vacila el orbe  
y un secreto horror,  
que entenébrese la razón,  
aterra a los hombres

porque en el abejeo de los silencios neuróticos aún  
(se oye el cantar lejano:

"Arriba los pobres del mundo,  
de pie los esclavos sin pan..."

.....

Todo parecía adormecerse en un vago sopor en la  
vasta pedregosa pampa; sólo el viento salmodiaba secuencias,  
larga, melancólicamente.

Tal era el aspecto de la naturaleza, cuando salimos  
de la sombra.

En el horizonte el cielo rayaba una difusa claridad.

Yo vacilaba, desviándome a cada momento, porque  
de tiempo en tiempo pasaban unas rachas de niebla muy  
densa.

—Por acá. Por acá. Pasito a paso. No titubees. Ven:  
rompamos de una vez estas atmósferas. Ven por acá; si no  
te asfixias.

—Pero ¿a dónde vamos?

—¿No ves que estamos retrocediendo?

Y tomándome de la mano, me condujo hasta la ceja  
de un precipicio.

En Oriente el sol amanecía pálido y frío.

Al fondo del abismo, vi una ciudad de aspecto rarísimo; formábanla los sepulcros, y parecía salir de las tinieblas de una catacumba inmensa; se extendía en el valle y sobre el lago. Después subía las faldas de los montes, descendía a zonas tropicales, escalaba escarpas inaccesi-

— 22 —

### EL LOCO

bles, se dilataba en pampas fatigantes y continuaba ascendiendo hasta coronar las cumbres de las cordilleras que se esfumaban en los azules.

Un silencio sobrehumano que venía de lo hondo rae turbó el ánimo.

—¿Qué ciudad es esta que parece un camposanto?

—Es Tuayer. Ahora descendamos por este lado. Ven,

Y asiéndome nuevamente de la mano, me guió por un senderito siniestramente angosto, abierto en la rocalla, sobre el precipicio, en cuyo fondo se hallaba opacado por la niebla. El vértigo comenzó a indisponerme. Y no miré más el fondo.

Al anochecer, bajando un zetear interminable, Degamos al fin a la ciudad sepulcral.

Los túmulos, aislados unos de otros, hallábanse orientados indistintamente a todos los vientos. Llevaban su numeración respectiva, grabada en negros caracteres.

Mi caminar en aquel laberinto interminable se hizo difícil a causa de la enorme cantidad aglomerada de mármoles, ladrillos y granito, derruidos, que obstruían el paso. Estaban representadas todas las arquitecturas, desde las dolmeníticas y asirías hasta las egipcias y las indostánicas, y las grecoromanas, moriscas, tiahuanacotas y bizantinas; y en cada una de ellas, ya en ánforas, en tabernáculos, o en urnas, si no en aras o en joyeles, hallé extrañas cuartillas manuscritas, de las que una a una fui sacando las siguientes copias.

.....

Al amanecer por fin me quedé dormido, cansado de

mis inquietudes.

\* \* \*

Era la hora crepuscular en un país opulento y bello.

Un anciano, loco, nigromante o taumaturgo, iba con una cesta al hombro, atentamente inclinado, recogiendo

— 23 —

#### ARTURO BORDA

del suelo cosas invisibles que las echaba en su carga; mas, tan pronto como me viera, extendió su mano a mi, e hizo como si atrapase algo en el silbo de los vientos, desabrochándose la camisa, guardó en su pecho un enorme rubí, mientras que yo experimentaba en el corazón un extraño dolor agudo, cual si de él me hubiesen arrancado una fibrilla.

Después, repitiendo el mismo ademán, y con la misma inquietud, pero ya en dirección de los edificios de que estaba lleno el ameno valle, depositaba en la cesta lo que parecía tomar del aire. Entonces noté que, en el sentido que llevaba la mano, al momento se desfiguraban, así como cuando se derrite la cera, ya una jamba o una voluta, cuando no un capitel y un friso. De igual manera parecía atrapar aromas y colores, por lo cual las flores quedaban inodoras y descoloridas. Si tendía la mano a las aves, inmediatamente enmudecía su gárrulo canto.

Salió una linda nena, nubil ya y marisabidilla al parecer, vestida con una inconsútil bata de tul; y le dijo:

—Pero ¿qué haces, infeliz?

—Nada: estoy recogiendo aromas y sonos, colores, palabras y líneas. ¿No ves? Acá traigo almas y sombras, gérmenes y luces.

—¿Para qué?

—Para mi obra; mas, me faltaba, tu inocencia audaz y la afrodisíaca coquetería de tu carne intocada, que será el sebo de toda concupiscencia. Pero ¿cómo te llamas, mi linda virgencita?

—Luz y Armonía —dijo. Y agregó: —¿Y para qué quieres esas cosas que decís de mi?... ¿Para que?... Dime.

—Para que en mi obra se sazone la naturaleza. Yo creí que te llamabas Sal y Pimienta.

(Con un encantador melindre) —No...; yo soy Luz y Armonía.

—24—

### EL LOCO

—¿Acá vives?

—Sí.

—¿Cómo se llama este lugar?

—Huertas de soledad.

—Hermoso sitio y lindo nombre, **como el tuyo**.

—Gracias. Y ahora sabe tú, que desde hace una hora estuve observándote, oculta en la cabana de grosellas y moras, allá, en medio del rosedal.

- ¿S Í . . . !

—Sí.

—Pues, muy bien; y justamente hace otra hora que yo te buscaba.

Y el viejo nuevamente se puso a pescar en el aire. Al verlo, la nena soltó su risotada, diciendo:

—¡No sabes, tonto y buen viejo! ¿No ves que todo el mundo coge esos mismos elementos? Echa de ver que cada uno de los que ya tomaron algo de todo eso, viendo lo tuyo se verán plagiados, y entonces, ¡qué de pullas las que recibirás! Y como quiera que tu oficio te une tanto a la tierra, cuánta pena habrás de sentir, pobre hombre pobre.

Aquellos famosos músicos que ves allá, con las mismas notas, y hasta con las mismas frases, han compuesto, sospecho que hasta agotar, las armonías y las melodías que estamos oyendo; esos notables cuadros que se hallan no lejos de acá, en dirección de aquella pagoda, fueron hechos con todas las líneas y los colores de que tanto te preocupas. Advierte que hasta mis formas, grotescamente trazadas,

y mi color, opacamente puesto, ya están en esos lienzos y en los frascos de aquellos inmensos murallones; toda esta arquitectura selecta, que nos rodea, ha hurtado casi íntegramente el secreto de la euritmia. ¿Qué giro o palabra que oyes no lo dijo ya la poesía?

— 25 —

#### ARTURO BORDA

Observa que en las calmas y en las tormentas, a **luz** y sombra, desde las cavernas a las cúspides, todo está hollado y poblado con los más recónditos movimientos del alma; ¿entonces qué novedades habrás de ofrecer al mundo?

—¡Oh, —responde el viejo— no sabes, desgraciada, lo que pueden las tinieblas! Ven. y mira.

Y echándose la cesta al hombro, se fue camino de la cisterna maldita, en tanto que la chiquilla le llamaba así:

—¿A dónde vas? Por ahí, pobre viejo, solamente has de encontrar la cisterna sin fondo.

—Ven. Ven, mi dulce virgencita; ya verás, — replica.— Aquí, de donde todos huyen, donde nadie aventura sus esperanzas; aquí... ¿Ves?...

Y, sacando de su pecho el rubí, lo arrojó en la cisterna, en la cual se hundió ardiendo a modo de una estrella roja, incendiando las tinieblas que pronto fingieron ser océanos ígneos en torbellino. El nigromante vació su cesta en el abismo, mientras que ocultaba en su calma la agitación indecible de su espíritu. Y dijo:

—Aquí, en este caos, siembro la colecta de mi existencia.

En tanto que se expresaba así el viejo, la niña fue inclinándose sobre la cisterna, absorta, fascinada, viendo cómo rebotando de roca en roca caían sonos, y líneas y gérmenes; aromas y colores; luces, almas y sombras, todo entreverado con las formas de seres misteriosos, errátiles en el espectro solar; con luces en combinaciones milagrosas que alumbraban arquitecturas inimaginables y vergeles de flora aladinesca, donde aves prodigiosas encantaban las horas, trinando sin cesar maravillas nunca oídas.

Todo vagaba en aquel vapor esenciado, alejándose y viniendo mil veces, para tornar y retornar en constante metamorfoseo, como en un caleidoscopio infinito que girase fascinando sin término y cada vez más en vértigo.

— 26 —

## EL LOCO

Tal vez por ver mejor ese mundo absurdo, la joven inclinóse tanto sobre la cisterna, que cayó en ella, mientras que el viejo me miraba fijamente con sus ojos que simulaban ser dos ascuas.

• \* •

Y yo despertaba entonces con una aguda punzada en el corazón, oyendo el sublime cántico que sin léxico ni voz preludiara en mi sangre.

En general antes de emprender algo que implique esfuerzo, aunque sólo sea en la atención de mero espectador, retracta y fatiga al individuo no más que el simple considerar las infinitudes a que habrá de atreverse, con mayor razón en las reconcentraciones del pensamiento para comprender el sentido oculto de la escritura.

Por eso para el disimulado y fácil avance del individuo, las inmensidades deben estar entre brumas, con repentinos espaciamentos, porque la esperanza es más firme cuanto más impenetrable es el arcano entrevisto a ratos; por ejemplo: el Origen, ese llamado Dios.

Necesito una hembra linda, de pura sangre, salvaje y fuerte, para fabricarle un hijo que sea capaz de vengarme sangrientamente de los usos y de las leyes humanas, un hijo que pueda con su potencia dinámica y explosiva atravesar los huesos y el espíritu: un hijo monstruo, física, moral e intelectualmente, más que Iscariote, que Nerón y Caín, más que Maquiavelo, que Torquemada, que Borgia, que Gil de Retz y el Marqués de Sade, un hijo hercúleo y proteico en las reconditeces más absolutas del odio en la fe y en el amor. En fin, un hijo capaz de romper su luto o baba en el sol mismo. El soplaría entre carcajadas la melancolía de las impotencias y el ansia de las ambiciones imposibles: hurgaría arteramente el amor, la gloria y el bienestar, dejando en ellos la suciedad de sus uñas; luego



—¡Oh, tedio, divino tedio!— ahuecaría el alma, los nervios y la médula de cada individuo, tornándolos en un organismo estoico, en el que irían resonando de modo inextinguible las tristezas sin fondo de mi alma.

— 27 —

### ARTURO BORDA

Saberse cruel, cuando se sufre, es una consolación.

Todo escritor, y en general todo artista, debe poner el motivo de su obra en emociones, én razones y con imágenes, para que el lector, oyente o espectador, sepa del alma de la obra por medio de cualesquiera de esas expresiones; pero si las gentes no comprenden ni aun así, es que...

¿Por qué, por qué, Dios mío, por qué esta tortura sin fondo? ¿Por qué esta lacerante urgencia eterna de un amor infinito?

Mi carne está en laxitud de cadáver tibio aún y mi corazón sufre el ansia de un amor loco, humano y divino y sin término...

Dios mío, siento que la nada va absorbiendo todo mi futuro.

Señor, tórneme en imbécil: dame por toda conciencia no más que la del instante que huye; arráncame el recuerdo y la esperanza, por favor.

Alma mía ¿para qué la existencia en sucesión continua de inquietudes milenarias, si al fin, cuando se abra el imán de lo sublime, cuando irradie su atracción... para qué, si será cuando la vida sobre, cuando se halle agotado el corazón, y fría la sangre: sin deseos ni esperanzas? ¿Para qué... ?

Toda iniciación nos causa un temblor, rubor o palidez, ya sea leve o terrible, porque ingénitamente veneramos el misterio.

En toda iniciación esta es nuestra pregunta  
subconsciente:

—¿Cuál será la revelación!

¡Salve, oh divino misterio!

—28 —

### EL LOCO

Cuando en un minuto ha de hablar toda una existencia,  
todas las almas trepidan fuertemente sacudidas,  
porque en cada ondulación del pensamiento que sienten  
notan la fuerza de mil horas acumuladas: cada idea lleva  
la potencia de una centella y es algo así como el engendro  
de los tiempos: la voz de los siglos.

Estoy en el mausoleo N° 11. Sobre un trípode de  
azabache descansa una lápida de mármol negro. La inscripción  
está casi borrada. De la cuartilla sólo quedan las cenizas.

Quiero anotar esta circunstancia, mas, por mucho  
que hago, no puedo escribir lo que quiero, sino que, como  
si alguien guiara mi mano, siempre pinta el lápiz:

—Non... Non...

Y torno a insistir y mi mano a recomenzar:

—Non... Non...

Al fin dejo mi mano completamente suelta, y  
entonces, moviéndose libre y segura, anota lo que sigue:

—**Non est magnum ingenio sine melancolía.**

Horacio.

Por lo que me recorre en la espalda un hormigueo  
de hielo. Pero inmediatamente un escarceo de cosquillas  
suscita mis carcajadas, diciéndome: —No se es ingenio  
magno sin fuerza de emoción, de verdad, de vida, ya sea  
en a'egría o en tristeza y no sin melancolía.

En esta cripta N° 12 no he encontrado nada más  
que un espejo. Yendo hacia el cual me vi venir desde una

larga distancia, monstruosamente desfigurado. Y en el vidrio, cual si estuviese escrito con la llama de un fósforo, había esta inscripción azulena:

—La vida, es un rosario fatal de pesadillas; y si no mira acá, viajero lo que es tu propia alma.

— 29 —

### ARTURO BORDA

Mientras leo advierto que mi imagen se va esfumando en una especie de reflejo de humareda muy densa con la cual se enlutó el espejo.

#### LA AURORA

¿Qué rara incertidumbre de algo que ignoro aflige a mi alma? ¿Por qué estas febriles inquietudes que aparecen y se extinguen incesantemente en mi espíritu?

¿Qué tiene la aurora de este nuevo y extraño día?  
¿Por qué su difusa luz difunde tan vasta melancolía?  
¿Qué dice tanta y severa austeridad?

¿De dónde viene ese vago, confuso murmullo, ese callado rumor próximo al silencio, que trae débiles notas o épicos sonos, esas armonías que parecen surgir de todos los puntos del cielo y de la tierra, de dónde vienen?

Una multitud de inquietudes de sutil vaguedad turban mi razón. ¿Por qué los recuerdos del dulce amor no alegran ya mi alma? ¿Por qué esta tenaz zozobra que siento fermentar en lo íntimo de mi ser?

#### EL MEDIODÍA

Un invisible poder me guía, moviendo mis inquietos pies. ¿A dónde me llevará?

Acrecen mis temores. ¿Qué acontecimiento me reserva lo desconocido? ¿Es acaso que mi Destino se resuelve? ¿A dónde voy? Es una fuerza, pero sin ímpetus, la que me empuja las espaldas, suave, blandamente, a semejanza del viento.

#### LA TARDE

El ambiente de la ciudad me asfixia y —a mi paso

por las calles— la presencia de sus habitantes me es hostil.  
Camino sin rumbo, ignorando por qué y para qué.

Así, en la campiña ya, noto algo como si el misterio me hubiese tendido sus imanes, y hay en el éter un efluvio helado y salobre.

—30—

## EL LOCO

### EL CREPÚSCULO

Al pasar la brisa deja a mis pies un fragmento de periódico que alzo y leo:

—as **Luz De Luna, la víspera...**

Luego sigue una lista, troncada, de nombres y palabras sin sentido.

Luz De Luna es lindo nombre.

Arrojo el papelito y continúo mi marcha.

Estoy sumamente fastidiado; creo que se me va haciendo idea fija esto de . . . **as Luz De Luna, la víspera...** Ocho días y he repetido un millar de veces, sin motivo, sin querer y sin pensar.

## I

La cama es un verdadero refugio para quien huye de sus penas. En ella poco a poco se va perdiendo la conciencia de la vida. La somnolencia que precede al verdadero sueño, es seguramente uno de los estados en que la existencia se entrega más dulcemente a la divagación y . . .

Pero ¿qué...?

Debe ser algún moscardón que zumba por ahí.

Estoy nervioso, además en la noche se aguza excesivamente el oído.

Porque ya me molesta mucho este ruidito, me cubro la cabeza con las tapas y hago lo posible por dormir.

El calor de mi cuerpo me sofoca.

## II

Una especie de modorra comienza a marearme. De pronto ¡qué cosa más rara! veo el Illimani completamen-

— 31 —

### ARTURO BORDA

te nevado y a pleno sol; está refulgente sobre un cielo nocturno. Hay algunas estrenas. Este monte parece un catafalco: sobre una ingente mole cónica de granito descansa un cadáver —la cabeza un tanto suspendida, las manos cruzadas sobre el pecho y las rodillas un poco dobladas— cubierto con una sábana que cuelga gironeada en sus extremos.

Me froto los ojos y saco la cabeza de entre las camas. ¡Qué diablo de cosas! Aquí continúa el monte, pero ahora lívido, sobre un fondo de fuego; después el cielo comienza a moverse: las nubes se agolpan en grandes masas. El firmamento se pone siniestro, jugando con celajes índigos, escarlatas, verdes ennegrecidos y sienas tostadas, mientras que lentamente el nevado se va sonrosando a modo de una mujer avergonzada; luego las nubes descienden en cendales inmensos hasta abrazarlo por sus flancos. Entonces el orbe se pone hosco, amoratado, para enlivederse al momento. Las nubes descienden a manera de montes de algodón teñido. Hay relámpagos, merced a los cuales se ve una de las cumbres del Illimani, como si estuviese al fondo de un túnel de cúmulos. Poco después se descarga la tempestad. El cielo se descarga en una catarata, con lo que se despeja la atmósfera a la hora del crepúsculo que, detrás de las cumbres rocallosas, ocre y mordorés del primer término, sopla una bocanada de lila carmesí, iluminando el Illimani desde su base, como por una bocanada de incendio que sube.

## III

Un instante se normaliza mi imaginación.

Creo que ningún artífice pudo haber soñado nada

más bello que ese monte: es tan perfecto que tiene su anatomía, cada severa mancha de sus rocas o cada girón de sus nieves están tan sabiamente colocadas, que no dejan desear nada más, en cuanto a la armonía. Si no fuese ridiculo, diría que, el Illimani es la **joya del mundo**, amorosamente pulido por los siglos, con los vientos, con las nubes, con la lluvia y la luz.

— 32 —

#### EL LOCO

Y sin embargo estas pobres gentes sueñan con el Louvre, con la Sixtina y el Partenon, con la de Milo; pero es que ellos no saben que el Illimani es lo sublime, e s . .

¡Oh, ahora vuelvo a verlo: está recortado a **modo** de una silueta de tinieblas sobre el luminoso resplandor de la aurora.

Se desvanece.

#### IV

Y torna a mi oído el zumbido del moscardón. ¡Qué fastidio!

¿Cómo...! ¿Qué significa esto?

Pero mi cama quiere elevarse, por lo que me **sofoca** una tímida agitación. Sudo y observo, conteniendo el aliento. Es indudable que con leve vaivén se mueve mi cama de abajo hacia arriba. Luego advierto que tal fenómeno no es una simp<sup>a</sup> idea ni obedece a una fuerza extraña: es mi propia energía la que me levanta.

Mas, ¡oh angustia! no sé ciertamente lo que sea: ahora tiran mis frazadas hacia abajo... Exacto: han tirado mi cama hacia abajo, muerdo mis tapas, para no hacérmelas quitar. Estoy sudando, temeroso y atento, procurando ahogar mi propio acezar.

Pero por fin va cesando este martirio. Mi atención auditiva y táctil se ha intensificado considerablemente, debilitándome.

Me rinde una especie de modorra.

¿He dormido? ¿Dónde estoy? Esa luz no es la de la aurora. ¿Dónde queda la ventana? ¿En qué sentido está mi lecho?

Me desoriento.

### ARTURO BORDA

Mi cabecera debería estar Érente a la puerta; pero la luz que veo allá, viene del lado opuesto. Entonces...

¿Cómo se entiende? ¿Mi cama está en el tumbado?  
¿Es que estoy de cabeza?...

¡Ah... No, no.

¡Qué rumor tan sordo! Y mi catre se mece entre nebulosas muy densas que salen de mis ojos y vuelven a mi cerebro, pausada, incomprensiblemente.

¡Qué tinieblas!

Noto que de mis ojos salen unas lucecitas lilas o carmesíes cuando no son luces negras, circulares todas ellas y orladas con el iris, las cuales se agrandan a medida que huyen dilatándose al parecer sin término en el espacio; pero reaparecen en los ignotos confines, viniendo en la inmensidad, empequeñeciéndose tanto que por las niñas de mis ojos vuelven a internarse en mi cerebro, donde, rebatiéndose las sombras en serpentinatas de colores, quieren reventar mi cráneo.

Ahora todo gira en la lobreguez. No sé cuál es mi posición. Temo caer. Quiero agarrarme del catre, pero no puedo.

Mi cuerpo se eleva lentamente, oscilando en un ambiente helado y blando. Mi cabeza crece de modo desmesurado en las tinieblas que ruedan ásperas, seca y sordamente, con ponderoso movimiento, en masas ilimitadas.

De pronto cesa la rara actividad de ese mundo.

## VI

Tengo una vaga sensación de estar echado. Siento mi pulsación a manera de empujones suaves entre los músculos y la piel que se dilata y contrae sin cesar. Además mi cuerpo aumenta de peso poco a poco, a tal punto que se adormece dolorosamente la piel en los miembros sobre los que reposo.

— 34 —

## EL LOCO

### VII

Ahora oigo el canto de un gallo. Debe ser el alba. Paulatinamente voy recobrando mi conciencia. Estoy en mi dormitorio.

¡Hum... No; esta luz es muy pálida para ser la de la aurora. ¿Será la luz de la luna? ¿Luz De Luna?...

¡Ah! ¡Allá veo una persona...! ¿Estaba velando mi sueño? Mas ¿quién puede ser a esta hora y aquí? ¿Por dónde habrá entrado?

Un helado estremecimiento me despierta. Y —¡qué disparate!— no hay nada: sí, no es nada más que mi ropa que está en la silla.

### VII

La luz ya es el albor de la mañana. Ojalá pueda dormir ahora.

Tengo una sospecha: ese De de Luz De Luna ¿no será un equívoco del cajista? ¿o será que miré mal al leer el papelucho? Si la d no es mayúscula, claro está que Luz De Luna es casada. ¿Acaso podría ser mi madre? Mas, el fragmento de aquel periódico ¿de qué época y de qué pueblo sería? Y...

¡Bah! Tonterías.

Esto de escribir diario está muy bien para metodizar la vida, y, ante todo, dignificarla. Nada más. También para rememorar algo importante; pero como yo no tengo nada notable que recordar, he quemado mis anteriores diarios; ahora reanudo esta tarea, porque... Por-



que sí.

Noto que me voy familiarizando con aquello de...  
as Luz De Luna, la víspera...

Puedo decir que tal nombre tiene en veces, para  
mí, una virtud sedante.

—35—

### ARTURO BORDA

Los nombres en sí, las palabras, aunque no todas,  
tienen cierta virtud poética. Sólo por ello tengo un gran  
deseo de viajar, de acuerdo con este itinerario especial.

Salgo, —digo— del Tahuantisuyo y voy a la Helade,  
para terminar en la Basáltica Elora, con el objeto de  
inquirir en los Vedas la revelación del Origen y el misterio  
del sagrado Trimurti; luego...

Mas, aquí debo decir que algo de lo que me sumerge  
en la más dulce delectación, es el dulce nombre de la  
virgen india Devanaguy, tan lejana, tan bella, entre la  
selva, en el Ganges. Sí, a Devanaguy la adoro en lo íntimo  
de mi corazón; y ella viene a mí en somníferos soplos,  
apaciguando mi sangre y entibiando mi pecho, como después  
de una noche de amor, en la plena laxitud gozosa al logro  
del anhelo más íntimo; después...

Pero ya está aquí otra vez aquel nombre. ¿Qué significa .  
. . as Luz De Luna, la víspera... ? Cruza intermitentemente en mis  
pensamientos cual una golondrina un rayo de luz.

Sacudamos la cabeza, y adelante.

Decía de mi itinerario. Querría ir a las Guayanas,  
a Honduras y a San Salvador; deseo estar en Bengala y  
en el Cabo de Buena Esperanza; en Sicilia, en el Volga,  
en Brujas, en el Mar del Norte, en las islas de la Sonda,  
en las Azores, en los A<sup>^</sup>es y los Apeninos; en el Ródano,  
en el Cáucaso, en Biarritz y el Danubio; ir de Alaska a  
Magallanes; estar en el Rhin de las leyendas, en las estepas  
de Siberia y en Madagascar; recorrer, en fin, el mundo  
a mi albedrío.

Pero esto no lleva orden; mas ¿qué me importa?  
No dejaría de visitar el Imperio del Sol Naciente  
y el Imperio Celeste. ¡Oh! las Galias, la Tierra del Fuego,  
Bethulia, Gethzemaní, Waterloo...

Y me causa cólera que el tiempo haya dado al traste  
con todas las cosas: ¿se ha visto, por ejemplo, cosa más

—36—

### EL LOCO

ridícula que un griego con pantalones? Pero Grecia no tiene  
la culpa. Ellos no deberían estar sin la clámide perifes  
y sin el petaso o sin la túnica podero. Estoy seguro que debe  
ser para reír hasta desternillarse el ver a las griegas  
con polisón y corset en vez de la podera doria o del peplon  
-anoble.

La teoría de que la ropa fue inventada por el primer  
defectuoso me parece muy aceptable.

Esta noche no puedo dormir ni un minuto: siento  
mucho frío y el tufo a sangre que hierve en mi cerebro.  
Me parece ver entre las más profundas sombras un mar  
de fuego que chasquea inmensas llamaradas.

Tengo fe en mi destino: sé que seré en algo, no sé  
en qué, el primero y el único; pero la angustia me mata,  
porque no logro saber dónde está esa mi fuerza; no puedo  
calcular en la actividad de qué facultades está mi triunfo.  
Esto me enloquece y, no obstante, al fondo de mi existencia  
reposa la serena fe de mi victoria.

Aquí está la causa de mis tormentos: ¿qué debo  
pensar? ¿en qué sentido debo moverme? ¿acaso toda mi  
fuerza se halla simplemente en el nirvana?

De esta lucha nace toda mi impotencia. Mi cuerpo  
cae suelto, a manera de cadáver reciente, mientras que mi  
cerebro borbota al fuego de mi corazón. Y ello es, siempre  
lo mismo, mi eterna agonía.

Y me pregunto: ¿Acaso de una tal condición no nacerá  
una facultad especial? Siendo esta esperanza lógicamente  
posible ¿cuál y cuándo será el advenimiento de tal

facultad?

Pero, ya estoy otra vez de frente al misterio, envuelto y arrastrado por la maldición de mis días en torbellino.

¡Oh! quién pudiera perder de una vez la razón; quizá si entonces mi corazón no sienta más el gotear de plomo hirviente que mi cerebro destila sin cesar.

¡Que acabara esta agonía...!

— 37 —

### ARTURO BORDA

La mayor parte de la gente, no hace nada por averiguar el sendero secreto de su destino.

Hay instantes durante los cuales pasa por mi existencia una especie de soplo de las edades idas, y entonces, viviendo mi presente, me parece existir en los futuros adivinados en mis ensueños de otrora; además noto que los enseres de mi aposento adquieren el prestigio de lo legendario. Y todo ello es, ¡oh, dulce resabio!, el encanto de las leves oscilaciones en los ensueños.

¡Oh la magia de azules en lejanía! ¡Oh lontananzas!

Pasa el encanto y es como si yo resucitase en una época remota. De esta suerte se amalgaman en mis días lo pasado, lo presente y lo por venir.

Siempre estoy fuera del momento.

Si a un individuo, hombre o mujer, oyes blasfemar contra su Dios, contra sus mayores y su patria, huye inmediatamente de él, porque si se ve apurado, no tardará en ser ladrón y asesino por Un mendrugo, si no sacrilego o traidor a la Patria, si ya no es algo menos que perro, que sólo tiene boca para evacuar infamias.

Pero quizá tenga razón. Entonces medita.

EN LA AURORA.—• Tengo miedo: hay algo que está fermentando aquí. ¡Líbrame, Señor, de mí mismo: no sé qué viene entre mis sombras!

AL ANOCHECER.— Qué día tan lúgubre. A lo lejos

está rodando aún el trueno. Habrá tempestad.

¿Qué día será hoy? Advierto que los días y las fechas no tienen ningún sentido para mí.

Los contrasentidos me persiguen como maldiciones; es posible que en ningún punto del mundo luche tanto mi corazón como en La Paz.

1° de Enero.

— 38 —

## EL LOCO

Un año más. ¿Qué hice? Nada, ni siquiera me vengué de la vida. Al comenzar...

¡Pero parece que ni siquiera ha transcurrido una semana! Y yo que tenía tantos proyectos... ¿Qué fue de ellos?

Pero temo haber sido, viejo en las entrañas mismas de mi madre.

Lo único que me sugiere el tiempo, es que palpando en las sombras se aproxima la hora.

Ese viejo animal no sólo se ha contentado con retirarme de la inclusa y criarme unos días a cuenta de mi trabajo, sino que me ha dado la instrucción más deficiente. En plena esclavitud.

Ojalá yo no hubiese aprendido ni a respirar. ¿Para qué me sirve la existencia, si allá donde pose mi corazón he de sentir una espina?

Ahora la tristeza me invade y acuden a mi recuerdo las imágenes vagas en los días grises. Por ejemplo

\*

La ramera era niña aún,  
atrayente y encantadora:  
y tenía la altivez  
de quien no vende su carne.  
Su voz era dulce y segura.  
Nos miramos  
y fue un silencioso dúo de atracción,

— ¿..... .. .

— No; yo no vendo mi cuerpo.

— Y yo no compro el amor.

-.....

-.....

¿Adiós, eh!

Adiós.

-.....

• \* •

— 39 —

### ARTURO BORDA

Y no hubo más  
que un simultáneo mirarnos a cuchilladas.  
Fue un instante rudo y severo,  
hundido ya en el pasado;  
pero en nuestros corazones  
germinó un amor aleve,  
recóndito y silencioso  
¿acaso una pasión?

Hoy que he recibido su retrato,  
en el que por firma lleva: —Amor,—  
siento en la melancolía del alma  
el grito indocto de una canción bárbara,  
el ingenuo canto del amor: —¡Oh amor, amor...

Pienso en el retrato, pulverizando satisfecho la ceniza  
de mis manos, porque si la amo, a su vista el recuerdo  
me impacientará; en cambio, si no, me será inútil. De todas  
maneras no sé para lo que pueda servir un retrato, sobre  
todo cuando se está fastidiado consigo mismo.

Al beber el vino no lo hago por el vino, sino por lo  
que tiene de reminiscencia de la uva. Algo parecido me  
sucede con el amor y la vida, con relación a eso que parece  
que recordamos de una existencia anterior.

Los suspiros en el sueño revelan el sentimiento más  
profundo del individuo: aquellos dolores de que en la vigilia  
son inconfesables y valen más que todas las lágrimas  
a conciencia.

En la resignación del creyente y en la burla del ateo  
se ve dos causas inconscientemente profundas: el primero

se agita humilde en el espíritu misterioso de todo prodigio, de toda maravilla, de todo milagro: en los orígenes del más allá; el segundo, sólidamente apoyado en la superficie de la vida, a flor de tierra, sonriendo despectivamente, cual si fuese de generación espontánea, sin pasado ni porvenir, no quiere mirar nada, no quiere saber nada. Pero esa humildad sin conciencia del primero y la indeferencia consciente del segundo convergen a la imbecilidad feliz. Lo que está muy bien, porque peor sería peor.

— 40 —

### EL LOCO

Estoy tendido en mi cama.

Con tinte violáceo, casi negro, el crepúsculo colora las sombras de mi cuarto.

La puerta está abierta.

El barandado del corredor se dibuja intensamente. Sobre el cielo lila se destaca el ocre tostado del techo y la negra y esquelética chimenea. El humo, denso y pesado, se eleva lentamente.

Oigo que cantan. Creo que es en la casa vecina. Son voces femeninas; canto enamorado, timbre infantil;

**De una pequeña chispa  
que no hice caso  
se ha formado un incendio  
en que me abraso.**

Luego oigo pasos lentos y arrastrar de zapatos. En el corredor de enfrente pasa una señora llevando un candil encendido en una mano y en la otra, una taza.

Se abre una puerta, y, mientras entra o sale alguna persona, quizá la vieja, oigo las notas tristes de un mandolín a la sordina. Han cerrado la puerta. Queda un rumor de ensueño.

Las responsabilidades profesionales son tan disparatadas, que a fuerza de sublevarnos concluyen por hacernos reir; véase por qué: un médico despacha, por ejemplo, su cliente a la eternidad, y justamente por eso cobra su honorario más alto; un arquitecto construye un edificio

por el doble del cálculo presupuestado, hecho que se ve realizarse todos los días, o en su defecto se raja o viene abajo la construcción, y el bellaco no tiene ninguna responsabilidad, no pierde nada, ni más ni menos que el médico. Por el contrario, si un pintor hace un retrato y no agrada al interesado, el artista pierde gusto, tiempo, plata y paciencia, y su trabajo rechazado, sin embargo de que ese retrato no ocasiona la muerte del paciente ni el deterioro de sus inmuebles. Pero así son las cosas. Si

— 41 —

### ARTURO BORDA

un general... Más respeto a estos tipos será mejor no decir ni una palabra, por lo menos ahora que no me siento dispuesto a elogiar a los enemigos de la humanidad, ya que ellos están amaestrados exprofesamente para todas las degollinas, lo cual, sé para mí, que es llanamente un crimen, aunque en su favor se arguya la libertad, que, dicho sea de paso, jamás ha existido en el hecho social y menos en el individual, con relación a las necesidades físicas, intelectuales y morales. De manera que esto de la defensa de la libertad de los pueblos me resulta algo más estúpido que la libertad individual. Por eso siempre me ha causado repugnancia vestir uniforme. Y ahora ¿para qué hablar de otras profesiones, si ya tengo avinagrada la sangre?

\* \* \*

No hay ningún absurdo, ninguna imbecilidad, ninguna estupidez, ninguna bellaquería, ninguna infamia, ningún crimen, ninguna degeneración de los individuos y de los pueblos, en fin, no hay en política nada ilógico que no sea posible. La política, por lo que he visto constantemente, deduzco que es el oficio de los más ociosos y . . . casi digo canallas.

El mundo en el que existo está muy lejos, en el Oriente indostánico. Sí, en los lares de la virgen Devanaguy, porque su dulce nombre me sumerge en un indecible bienestar. ¡Qué dulzura de amor en lejanías y auroras!

La soledad se irá haciendo más vulgar a medida que los seres sean más libres en su conciencia; porque la soledad

es la sociedad multa de imágenes e ideas: en ella se está en contacto directo con la inmensidad, en materia, en tiempo y en espacio, donde la voluntad se enseñoera.

El sol se está hundiendo y la ventisca levanta un velo de polvo, el cual, á los rayos del sol poniente, cabrilla en el espacio mil destellos, extendiéndose en giros locos de confín a confín. Es una cortina de oro inconsutil y ultrasutil en toda la extensión.

— 42 —

### EL LOCO

Acabo de ver unas pinturas, notables, al decir de los críticos; razón más que suficiente por la que debo dudar del artista, de las pinturas y de la crítica.

Oigo decir que el autor es un artista. Averiguaremos. ¿Cómo? Del modo más simple e inocente: observando si me conmueven o no y si dejan en mi alma una impresión honda y duradera. Y eso es todo. Pues por estupenda que sea la técnica, si el motivo carece de fuerza emotiva, la obra no vale, ya que le falta lo único que consagra a la obra de arte: la emoción, el **tic** de toda belleza.

Como se ve, para esto no necesito ninguna erudición histórica o analítica, toda vez que mi espíritu sabrá distinguir por impulso propio, inconscientemente, y de acuerdo instintivo con mi naturaleza, lo que es para mí bonito, bello, hermoso y sublime. Así que para que mi razón sepa si lo que veo es obra de arte o no, debo esperar que mi emoción se manifieste, y según sea ella, leve o exaltada, intensa o serena, sabré a qué categoría inscribirla; pero sólo para mí, porque el goce estético es mil veces más egoísta que el de la carne en el amor.

Y es incuestionable lo repugnante y ridículo que es el hablar de modo tan autoritario; mas me disculpa el hecho de que proceden así individuos aún mucho más ignorantes.

Sospecho que Luz De Luna no sea nada más que un simple nombre que, quizá si por el capricho de un poeta, tuvo que nacer fatalmente para que amando yo, sin saber a quien, llegue a la pasión de lo sublime, amortiguando con ello mis quebrantos.



Y recuerdo que ese nombre formó desde el principio en mi mente una hermosa imagen de mujer, tal vez si insuperable.

\* \* \*

Esta redacción me disgusta. No se puede leer fácilmente, uno se siente ir a tropezones a modo de una carretela que rodase sobre rieles con piedrecitas. Parece alemán. Falta de fluidez.

— 43 —

### ARTURO BORDA

No; mi corazón no se engaña: ella era. Cuando pasó de largo, sin advertir en mí, mi pecho quiso reventar.

Ella es: tiene la aristocracia de la suma belleza. Cuando la vi súbitamente me sentí petrificado, conteniendo la respiración, contemplándola lleno de ansia desde mis ojos deslumbrados, cual si mi amor estuviese aherrojado y desde la ventanilla enrejada de su prisión, viese pasar triunfalmente un ejército libertador e ignorante de mi existencia.

No, no es posible que mi corazón se engañe: si esa mujer no es Luz De Luna, debería ser. Sí: es tan bella...

Si ella hubiese godido sentir y comprender cómo en la adoración de mis ojeadas ponía a su arbitrio mi pasado, mi presente y mi porvenir...

Medianoche.

Me da rabia no saber escribir. La duda de si estará bien o no lo que hago, me desespera. Veinte veces rehice cada palabra, cada frase, cada giro y otras tantas he puesto y quitado cada vírgula, cada tilde, repitiéndome: —Si será así. Si estará bien. Por último, ¡qué gramática ni nada; más fácil es atenerse al buen sentido. Al fin y al cabo el buen sentido es el principio de toda ciencia y el fundamento de la ley. —Pero por fin no sé cómo esté esta declaración de amor. ¿Qué dirá al leerla?

¿Y si esa mujer no es mi Ella? Mas, esto no puede ser. Pero ¿y qué me importa?

Reharé la carta, sin poner mi nombre, y este detalle ahondará mi tristeza; pero es el caso que no quiero tener un desengaño más. Además, si no es Ella, ignorará que esta va al acaso, y quizá por tal manera germine mi pasión en ella. Entonces, siquiera como en una venganza sentiré la dicha de que alguien me ama, buscándome inútilmente en el misterio, despedazando su corazón en la duda de una pasión insensata.

Cómo me siento **alegre de ser locamente malo.**

— 44 —

### EL LOCO

No puedo con los signos ortográficos ni con las palabras: pongo, dudo, quito, vuelvo a dudar y torno a poner. Debo estar loco. Efectivamente estoy loco, loco de alegría y por pura maldad. Que con mi asedio espiritual sufra Ella.

Sin embargo sé que no por ello desaparecerá este mi tedio incurable. ¿Acaso jamás sabrá nada de mí Ella?

No, no es posible que nadie me ame. Alguien debe amarme; sí: no sé qué tienen el viento, el aire, la luz y las sombras. Todo me anuncia el advenimiento de un gran amor oculto aun en las tinieblas.

¡Silencio, corazón! Una voz misteriosa me dice que Ella me ama. ¡Silencio, alma mía! Siento que mi espíritu está tejiendo un misterioso porvenir.

La transmisión del pensamiento y la bilocación del espíritu son un hecho; pero estos experimentos fatigan tanto como un viaje muy largo, efectuado a pie sin descanso; pues se necesita sostener el pensamiento en aquejo que se desea, y sostenerlo de una manera tan fija que ningún otro pensamiento cruce por la idea fija.

Por tal procedimiento he logrado ya que se marchen tres vecinos.

Ahora vive en la habitación del lado una vieja que reza toda la noche y cuando duerme ronca. La despacharé, pues he comenzado a obrar sobre su voluntad: ya sale

tres o cuatro veces por día. Está inquieta y parece que busca otra pieza.

\* \* \*

Ya no puedo ni pensar. No hay idea o pensamiento que no oculten un doble sentido. Y en este laberinto de ramificaciones yo mismo no sé ya si olvido o ignoro mi verdadera situación. Si con semejante elemento hiciese una novela... Y al considerar simplemente la desesperación en que perecerían las gentes, ya me siento alegre. Pero no alcanzo a entrever la causa verdadera de mi ale-

— 45 —

### **ARTURO BORDA**

gría insólita. Es una angustia terrible esta de no estar loco ni cuerdo.

Descubrí el domicilio de Ella. Mi carta ya debe haber llegado a su poder.

Tengo una gran melancolía.

¿Por qué la amo? ¿El origen de este amor no es un simple nombre, es decir, la belleza eufónica: melomanía? Pero, en justicia, Luz De Luna acaso no viene a ser un refugio efectivo de mis penas, siendo así como es, mero nombre?

Mas ignoro ciertamente si esto que siento es amor o simple tedio.

Qué noche tan lúgubre cobijó la declaración de este amor que a ratos me parece un rasgo de humorismo: las sombras estaban siniestras, manchadas de cardenales, y había tempestad.

Ahora que ya estoy más tranquilo, me pregunto ¿dónde estaba la tempestad? ¿En mi alma? ¿el la naturaleza? ¡Uf! De un martillazo debería romperme la cabeza. Sin embargo... Claro: la cabeza no es el pensamiento, y lo que debo anular es el pensamiento. Luego...

Ahora recuerdo que una vez fui al teatro. Era la fiesta de los Juegos Florales. Hacía de reina una hermosa chiquilla. Esa es toda la impresión que conservo.

Pasaron los años, una tarde, topé con la Reina de

aquellos juegos, y —jamás puedo olvidar aquel desencanto— era más chica que yo, me llegaba al hombro, ella, mi Reina. Mejor hubiera sido no haberla visto.

En ese instante analicé el estado de conciencia con que la vi en el teatro, y establecí analogías con los individuos que han vivido en mi existencia. De golpe me causó extrañeza el respeto inconsciente que cuando niño tuve a tanta gente, ya sea por su edad, por su posición económica, social o lo que fuere; pero desde aquel momento

—46 —

## EL LOCO

memorable empecé a mirar de alto a bajo a todos, así como a mi Reinita de un día.

Sin embargo... Pero no. Más bien ahora recuerdo que desde que salí **de** la inclusa no puedo comprender eso de saber vivir. La vida y aun yo mismo, todo me parece raro, extraño, tan pronto difícil como fácil. En resumen, el fenómeno constante que siento, es aquel que debe experimentar en la subconciencia, respecto de la vida, un hipnotizado.

Si alguna vez ella lee esto, será cuando ya sea viejecita, cuando sus ayeres se hallen borrosos, cuando su pasado se halle formando no más que una informe bruma, en la que no entrevea acaso ningún recuerdo que glorifique sus días.

Ciertamente que no soy sino un infeliz que no sé nada más que amar: unos ojos bellos, una linda boquita, unos hermosos pechos, unas piernas o brazos bien torneados si no unas recias caderas, una sonrisa, una mirada, o, en fin, algo que sea bello en cualquiera hembra, así sea aun sólo su voz o sus movimientos, y más, claro está, si es lo más hermosamente proporcionada. Ayer, al anochecer, una hechicera chiquitína me inspiró éste cántico:

La estrella de la tarde  
empezó a brillar  
con su regio alarde  
en la luz crepuscular;  
luego en la densa noche,  
al amparo de la cruz del sur,

ella, la muy amada,  
al soplo primaveral  
de un viento de oriente  
cruza gentil y ágil  
sobre los vastos horizontes,  
hasta que la impúber  
se siente inflamarse  
en su divina rosa.

\*

— 47 —

### ARTURO BORDA

¡Oh! reinita en el ensueño frágil,  
hembra ya en el imperio del amor,  
cómo se prende y arde en tí  
todo el deseo mío,  
cual abeja que se interna  
a beber la miel,  
sorbo a sorbo,  
en el hondo nectario de la flor,  
o semeja también  
en un rayo de sol  
entre las enramadas  
un inquieto céfiro  
meciendo travieso  
una linda fucxia  
sobre el césped y las aguas.  
Sí, como pulpos en celo  
se prenden mis ansias  
con ímpetu febril  
en tus ojos y en tus labios,  
en toda tú,  
estallando en la cosquilleante caricia  
de un leve y hondo beso  
insaciable hasta la muerte.

¡Oh, rozagante rosa carnal!  
sella tu hermosura la amplia majestad  
de una soberana y muda tiranía  
que irradiara incisivas ansias,  
semejando a la triturrante vorágine  
de los insatisfechos anhelos de amor  
que voltijean desesperados  
en los ensueños de la mañana.  
Eres un agujón de adoraciones místicas  
y de apetitos imposibles:  
eres el espón divinamente demoníaco

de los lascivos deseos que suscita tu carne,  
cuando pasas con ese tu leve aire de aura.

¡Oh, virgen virgencita!  
cómo no acariciarte  
en olímpica idolatría  
con levedad de sagrado respeto  
y con el audaz palpar  
de las manos enamoradas?

—48—

### EL LOCO

Yo tendré de inmenso e inmaterial  
el misterio y la fuerza de la sombra  
para envolver y saturar tus desnudeces:  
seré el sumo sacerdote de tu belleza,  
cual si fuera ante una imagen de niebla  
que al más leve soplo se deshace,  
o, si gustas, seré león hambriento  
desgarrando feroz tus intocadas carnes.

\*

Ayer, cuando pasaste,  
creí que tus ojos me llamaron  
con un lento y mimoso pestañeo  
que me electrizó instantáneamente,  
pues me quedé atónito,  
sin saber si ello era o no ilusión.  
Hoy me desespera aquel centelleo  
con que tu furtivo mirar  
de pronto me abrió  
la ensoñada eternidad  
de inauditas promisiones de áticos goces,  
luego con el ansia loca  
que se inflama en mi sangre,  
en el silencio de mi alma  
estallaron los líricos himnos  
en una inquietud que me sofoca,  
sin dejarme analizar  
los misterios de esta desesperación.  
Es pues inútil esperar nada  
en este vórtice en que me ahogo.

Es verdad: no sé cómo decir el deseo que me provoca;

son ansias de resbalar en ella y penetrar como el  
aire o con la violencia del nitro que al estallar destroza  
las rocas; son dolor y goce a la vez, refundiendo en la  
ebriedad única de hoy los ayeres y los mañanas.

No, linda princesita en el imperio del amor, huye  
por siempre; prefiero ser la víctima y no el verdugo: son  
demasiado locas mi alma y mi vida, tanto como mi cere-

— 49 —

#### ARTURO BORDA

bro y mi corazón. Sálvate de mí, porque mira que tu estrella  
te lleva a la gloria y mi sino me arrastra al antro.

Pero así como tú,  
centenares de lindas chicas  
han arrancado ya su nota  
a mi lira loca.

Quién tuviera la eterna potencia de Satán y Dios  
para gozar infundiendo placer en cada hermosa que **con**  
los sentidos apercibe el alma: ser abeja o picaflor que se  
embebe mientras vive en cada flor que se abre...

-----

# ***DIVAGACIONES***

## ***II***



## **ADVERTENCIA**

Hacen diez y seis años que se publicó por primera vez "El Loco", varias razones me convencen de que el diario que publicó en forma de suplemento pertenece al autor de dicha obra.

En los primeros días de diciembre un diario local publicó lo que a continuación se transcribe, después de confrontado escrupulosamente con los originales que cursan en el expediente respectivo.

Pero primeramente diré que el estilo y la gran desilusión que campean en la obra ya citada, a pesar de los raptos de vigor y fe que de tiempo en tiempo chispean en ella, son idénticos a los del diario que me ocupa, a lo cual se agrega las faltas similares incursas en ambas, en achaques de sintaxis, prosodia, ortografía y otros etcéteras.

Sin embargo existe una gran diferencia entre esta última parte y las dos que preceden, la cual es que en esta tercera se ve la relativa serenidad con que el autor, ya en la madurez, emite sus juicios a cerca de la vida, aunque no por ello deja de haber la misma incoherente, fascinante y propulsora que informa la primera parte, la cual

más que cosa dejada al azar se vislumbra ser algo amorosamente estudiado, con el preconcebido fin de sostener en vilo la atención del lector.

En vista de esas circunstancias de analogía y hasta de igualdad tanto en la forma como en el fondo, he creído oportuno, honrado y humano, insertarlo como corolario de

— 53 —

### ARTURO BORDA

"El Loco", el cual, dicho sea de lance, cuando se publicó por primera vez ha sacudido desde lo hondo el espíritu humano, habiendo sido traducido a varios idiomas y obtenido innúmeras reimpresiones.

Y es en este punto donde debo a mi vez una confesión:

Cuando di a la estampa "El Loco", lo hice en forma socarrona y hasta cierto punto perversamente compasiva. Ello ahora me pesa; pues, ya soy viejo y consiguientemente meditativo, en cambio antaño mi turbulenta juventud llena de risas y placer, hurtados con grata inconciencia a la salud y paz de hogaño, me llevó a burlarme con necia futilidad de los eternos y graves problemas en que mariposeando inconstante y hábilmente se sumerge "El Loco", a modo de la gaviota que hiende la densa bruma o el claro éter y luego se ahonda en las verdinegras aguas del océano, arrancando así el sustento vivo, uno a uno, de entre las traidoras olas. En cambio hoy doy al público esta otra parte, viejo ya y lleno de respeto a lo que presumo fue la consagración pasional de toda una existencia, lo cual creo que, por lo menos, merece un silencio inopinante, como que es el sacrificio de un inmerso en el dolor, acaso no más que por escanciar para **los** demás el sutilísimo goce que el dolor esconde, dándonos, por tal manera, la pauta del **conócete**.

Ahora, lector, solicito tu perdón para éste soporífero preámbulo; y copiando a continuación y a la letra aquello que he prometido, me despido de tí.

**Saúl A. Katari.**

## **DESAPARICIÓN MISTERIOSA**

**De "El Nuevo Mundo"**

Nº 150, 869, de 1º de  
Noviembre.

El administrador del caserón El Hogar del Pobre, que está embargado a causa de un pleito sustentado desde hace varios años, ubicado en la esquina Noreste del cruce de las calles Santa María y el Callejón del Ahorcado, hace días que se presentó a la Sección de Investigaciones y Pesquisas, denunciando la desaparición de un su inquilino, a quien no se le ha visto desde hace una quincena. Con tal motivo el comisario de semana ordenó se abra la habitación del desaparecido, levantando inmediatamente el inventario de lo existente. Y se procedió a las investigaciones del caso.

El inventario se reduce a la existencia de una tarima, un colchón de paja, dos frazadas y dos almohadas; un cajón pequeño a guisa de comodín, en el cual hay una vela sujeta al sebo chorreado, una caja de fósforos y un lápiz a medio uso. Al pie de la cama un bacín orinecido. En un rincón del cuarto una caja de lata, llena de agua. A la izquierda de la tarima, una estera completamente deshilada.

Estos menesteres llevan manchas rojas.

En la pared, hacia la cabecera del lecho, a un metro cincuenta centímetros de altura, hay, dibujado a carbón, un círculo atravesado por una recta a tiza, cuyos extremos están limitados por las letras A. Z. En rededor de este signo se puede ver unas composiciones poéticas en las que

— 55—

### ARTURO BORDA

se embarullan de modo ininteligible los dogmas de Oriente y Occidente.

También se ha encontrado entre un montón de cenizas de una fogata hecha en el centro de la habitación, un gran número de cuartillas escritas a lápiz y llenas de enmendaduras, por lo cual se ve que se trata de ensayos literarios, o cosa así, y que las publicamos en un orden meramente conjetural, ya que las cuartillas en desorden no se hallan numeradas.

En cuanto al inquilino, no se ha podido averiguar nada; pues el administrador del fundo sostiene que ignora el nombre del desaparecido, no obstante que habitó en la casa desde hace más de treinta años, y agrega que quien alquiló la habitación fue un buhonero sirio Siloé Rezzín. Este sujeto —dice— pagó el alquiler hasta el tercer mes, y desde el cuarto, es decir, desde hace treinta y tres años, ha continuado pagando el desconocido, siempre a nombre de Siloé Rezzín, y ello con una exactitud asombrosa; a las doce del día fin de mes se presentaba, saludaba, entregaba el alquiler, despidiéndose sin recabar el recibo. Mil veces he tenido intención de preguntarle por Siloé, mas a la sola presencia del desconocido olvidaba mi propósito, envuelto en un atolondramiento instantáneo.

Ese mismo señor refiere que además ha observado, en cuatro ocasiones, que cuando había tempestad, nuestro hombre subía a la terraza, muy alegre y a toda prisa. Una vez en ella gesticulaba cual si hablase con alguien que se hallare en el aire; y a medida que arreciaba la tormenta, cantaba subiendo el diapasón, y cuando estallaba el

rayo saltaba palmoteando con locura. Luego a medida que retumbaba el trueno sobaba lanzando a intervalos horribles carcajadas. Terminada la tormenta el tipo se recogía a su pieza, todo sigiloso, suspicaz y cohibido.

El mismo administrador manifiesta, y grandemente admirado, que durante el mes anterior a la desaparición, observó que el individuo, aunque no era sumamente viejo, comenzó a rejuvenecer de un modo sorprendente.

— 56 —

### EL LOCO

El propietario de la fonda Los Tres Mosqueteros, afirma que desde hace veinte años, o sea desde la fundación del establecimiento, hubo un tipo que, según los detalles que se da, es el sujeto en cuestión, y que solamente una vez, durante dos meses, faltó a almorzar; mas, desde entonces jamás. Siempre estaba al toque de la una en el reloj del establecimiento. Su alimento habitual era —asegura— agua, legumbres, pan y leche.

En los veinte años una sola vez habló conmigo —dice el fondista— y fue para anunciarme que debo morir el día de mi cumpleaños. Además, dijo, observe siempre el espejo, porque si en él ve algo anormal es que tiene todavía un año para arreglar sus asuntos.

Luego de hacerme esa profecía, se puso a trazar con lápiz, en el reverso del menú muchos signos geométricos, laberínticamente entrecruzados; en seguida, obtenidos los resultados, dijo a mi compañero: —Morirá usted al comenzar la menguante de la quincuagésima luna. Desconfíe del aire. — Y el vaticinio se cumplió exactamente.

Pasaron los años y al tercer día de aquel en que el individuo ya no vino a almorzar, de lo cual ya pasan quince, vi que una mano huesosa escribía en el espejo, con un fósforo encendido esta palabra: —Vísperas.— E inmediatamente desapareció la mano. La inscripción queda indeleblemente blanca, por mucho que se pretenda borrarla.

Uno de los vecinos del sujeto misterioso, manifiesta que todas las noches, desde las doce para adelante tocaba zampona el desconocido y lo hacía de un modo tan

extraño y quedo, que se hubiera dicho tenía miedo a que le oyesen. Después, desde la una para adelante, cuando cesaba de tocar, dialogaba con alguien que jamás le respondía y a quien jamás pude ver por mucho que atisé.

Las mujeres y los niños de la casa testimonian que le vieron entrar a su pieza la última vez, a la hora de queda, pero que nadie le vio salir.

— 57 —

### ARTURO BORDA

Respecto a este detalle debemos decir que cuando la policía abrió la puerta, la encontró cerrada con llave y por dentro, así como la ventana que da a la calle. En cuanto a la puerta que comunica con la pieza vecina, se halla condenada con herrajes.

Un señor, que también fue vecino suyo, refiere que habiendo estado enfermo durante seis meses, y que por tal motivo no salía de su habitación, ha notado que el loco, como lo llamaban al desaparecido, paseaba todo el tiempo en su pieza, día y noche, descansando no más que breves momentos, durante los cuales, refiere el testigo, oía que manejaba papeles. Creo que escribía. A veces lloraba, reía y guardaba silencios larguísimos, para en seguida reanudar sus caminatas. En veces noté que le visitaban algunas personas, pero jamás he oído pasos distintos que los de él . . . Ésto siempre me tuvo intrigado, sin que nunca haya podido descubrir el enigma. Pero cuando me llenó de inquietud fue una tarde en que yo entraba a casa y él salía. Le saludé y me miró sonriendo. Al Tegar a mi pieza-me llamó la atención ver abierta la puerta del cuarto del loco. Retrocedí dos pasos para mirar en el interior y lo veo a él, escribiendo muy preocupado. No sé cómo puede haber estado en dos partes al mismo tiempo.

El portero ha dicho que en tres ocasiones, y las tres a medianoche, le vio quemar grandes cantidades de papel, en la azotea, y que la última vez, de la cual ya hace ocho años, cuando al día siguiente fue a barrer, recogió una cuartilla que acaso el viento la salvó y que a la letra dice:

Y así, el misterio nos precede, se opera en nos y nos sigue. El enigma ignora tanto como esconde.

\* \* \*

Tres deberían ser, pero sólo son dos, no más, los instantes en que el hombre ha de pensar en su alma, en su pasado y en la muerte. La primera en cualquier tiempo y la segunda, después. Esto porque no sabemos cuándo vendrá la Negra Capitana, cuanto porque ignoramos que

—58—

### EL LOCO

qué es lo que sigue a la muerte; porque es tan probable que no haya nada como que exista Dios.

En medio de esta supina ignorancia, teniendo constantemente el siniestro misterio al frente y sujetándonos al precepto más positivo, no nos queda otra cosa que la manera previsora de arreglar nuestras cuentas, porque ¿quién puede asegurar que vivirá un milésimo de minuto más? ¿Acaso no prueba nada el que se haya?...

El portero agrega aterrorizado: —Señor, yo he oído casi eso mismo en las iglesias, pero nunca me ha causado tanto miedo como lo que dice esa cuartilla.

Y prosigue.

Una noche que me dio un cólico miserere y cuando creí que me iba a morir y me retorció bramando y rechinando mis dientes, sin poder contener el aliento, le vi entrar al loco en mi dormitorio. Y sin articular ni una palabra ni mirarme, me tapó los ojos con una mano. Luego no recuerdo más. Al día siguiente desperté como si tal cosa. Claro que después subí a su pieza a darle las gracias. Estaba sentado en su cama, acodado en sus rodillas, con la cabeza entre las manos. Adelantándome hacia él le dije: —Buenos días, señor.— Pero como no me oyera, me aproximé más, repitiendo el saludo. Entonces levantó lentamente la cabeza, mirándome de un modo tan raro, que retrocedí de miedo y sin saber por qué. Desde entonces no he vuelto a hablarle ni a mirarle.

El Presidente de la Corte Suprema de Justicia ha declarado que por la descripción física hecha del tipo en

cuestión, recuerda haberle visto varias veces y siempre —dice— la víspera que me tocaba fallar en asuntos criminales y que apesar de la atestación más científicamente hecha de cargos y descargos, me dejaba en el espíritu un amargo sentimiento de pesar. En tales circunstancias me era inevitable hallar a mi paso al hombre aquel, quien me clavaba su mirada serena e invencible. En una ocasión —sigue hablando el magistrado— fue tan severa la mirada aquella, que perdí todo sosiego durante varios días, por

— 59 —

### ARTURO BORDA

lo cual, carcomido por mil dudas, revisé por segunda vez el proceso, respecto al cual debí dar mi fallo, y hallé que era necesario reorganizarlo, por cuyo motivo resultó absuelto el acusado. Entonces un día que salía muy preocupado de mi despacho topé con el desconocido, cuya mirada llena de infinita paz anegó en goce mi espíritu. Y no le volví a ver.

A cuantos que le conocieron de vista se indaga, aseguran que la sola presencia de ese hombre infundía paz, confianza y respeto. Su aspecto sin ser hosco, imponía; pues no se recuerda que ni los pilluelos le hayan hecho burla.

Igualmente, cuantas personas le conocían aseveran que nunca le vieron ebrio y sí, más bien, fumar.

Tampoco se sabe que positivamente le haya visitado persona alguna.

Su ropa fue constantemente la misma. Sombrero alón y muy caído sobre los ojos; vestón, armados y calzones, muy amplios, gris marengo; pañuelo negro, de madras, al cuello. Llevaba por bastón una rama sin descortezar.

Su andar era lento y seguro. Casi siempre llevaba inclinada la cabeza con la vista fija al suelo, y cuando miraba, aseguran quienes le conocieron, lo hacía rápidamente, como al descuido, cual con un mirar que huye; pero Jo hacía con tan gran poder, que su mirada y no sus ojos, quedaba grabada en el recuerdo.

A ese respecto una señora que hace varios años vivió en la misma casa, presta la siguiente declaración:



Yo era niña aún, y una tarde en que me hallaba de bajada en la escalera y el hombre subía, se detuvo un instante en el descanso, mientras que yo pasaba, tiempo en el cual me miró con la insistencia inocente e invendré con que miran los niños, con esa mirada que divaga en algo muy remoto, esa mirada que para lo presente parece que fue forjada con hielo en la inmensidad sideral.

— 60 —

### EL LOCO

Dijera que súbitamente sus ojos y su mirar abrieron en mi alma un siniestro infinito de paz, dilatando en mi corazón un iris de misteriosa fe en no sé qué. Y tuve un loco impulso de echarme a sus pies; sin embargo huí medrosa.

Desde entonces le atisé siempre como a un bien prohibido; y no obstante de que varias veces provoqué su atención, jamás volví a conseguir su mirada, aquella que ya es mi obsesión y que cuando me aflige alguna pena reavive suave y serenamente en mi recuerdo.

Por lo demás, la gente supersticiosa ha dado en adornar con mil fantasías la vida del pobre hombre: hay quien jura haberle visto arder en una noche de conjunción; otro dice que le vio desaparecer a la luz del día a tiempo en que un perro hidrófobo le iba a morder, siendo lo curioso que el animal quedó sano instantáneamente.

En el pueblo se conserva el recuerdo de que cuando los impíos profanaban con sus burlas los ritos cristianos, entonces, cuando ellos se alistaron formando barreras en las bocacalles para rechiflar la procesión del Santo Sepulcro, en Viernes Santo, este hombre, con más dos desconocidos, los cuales tocaban, flauta el uno, el otro vio<sup>n</sup> y el desaparecido un organillo, pero lo hacían de modo tan siniestro y misterioso, ejecutando una marcha fúnebre tan honda y nueva, que no hubo uno solo de la concurrencia que no se hubiese prosternado ante el paso de la procesión.

Ya se sabe que desde ese año no hubo más hostilidades a la fe católica.

Una vieja que vivió en la misma casa, dice que a

la hora del plenifunio de julio último, le vio orando en la azotea, envuelto en una suave y opalina claridad, que casi lo inmaterializaba y que en torno a su cabeza había un oleaje de tenuísima luz azul. Pero que cuando intrigada subió a la azotea por la única escalera que hay, no le encontró y que al regresar a su cuarto, grandemente sorprendida lo vio entrar de la calle al hombre, sumamente triste.

— 61 —

### ARTURO BORDA

Los inquilinos del caserón recuerdan que en la madrugada del primero de enero del presente año les despertó el desaparecido, tocando un organillo, con una música tan alegre y tan sana, que nadie recuerda haber oído nada semejante. Uno de los declarantes refiere que aquello era como revolar de todas las promesas, de todos los deseos, de los placeres más puros, más infantiles, en plena libertad, tanto que borrando toda noción de aflicciones les elevó a una existencia superior de bienaventuranzas. Dicen que tocando así recorrió los corredores del caserón, hasta que cuando ya brilló el sol obsequió el organillo al primer muchacho que hallara a mano. Y es el caso que aquel organillo, que no tiene nada de particular, nadie puede hacerlo sonar, si no es el muchacho obsequiado con él.

Pero hay algo muy extraordinario y que concuerda con una especie de ensueño relatado en la primera parte, en lo que todos están conformes: y es que su cuerpo hallándose a plena luz no daba sombra.

A ese propósito certifican varias personas de la casa, que desde la noche del día en que ya no se volvió a ver al individuo en cuestión, se ve proyectar, como entre la luz de una linterna, la sombra de un cuerpo invisible que recorre la casa, al mismo tiempo que se oye una voz ininteligible y que al mismo tiempo pasa en los espejos un reflejo difuso. Esto sucede invariablemente a la hora del Ángelus. Mas, es cosa comprobada, que mientras se verifica el fenómeno, se siente crecer el silencio de modo tan enorme, que infunde pavor; parece que la vida cesara en el vacío. Es, dicen, como si se experimentase el paso de la muerte en el espíritu.

Otro punto incuestionable es el que por más que se cierre la puerta y la ventana, con cuanta seguridad se quiera, indefectiblemente aparecen abiertas, pasada la una de la mañana.

En vista de caso tan insólito, los vecinos hicieron conjurar la pieza, pero ello sólo ha servido de causa a otro fenómeno mucho más extraordinario. Es que termi-

— 62 —

### EL LOCO

nado que fue el exorcismo apareció en la cabecera del lecho el fulgor de algo como una estrella velada por la bruma en el centro del círculo trazado a carbón y de la horizontal a tiza, que la cruza, signada en sus extremos con las letras A. Z., por cuyo centro se diseñó una perpendicular luminosa de tres cuartos mayor que la horizontal, limitada por Alfa y Omega, con lo que resultó una cruz.

Todos los que visitan la habitación manifiestan que desde el momento que miran ese signo sienten una inmensa serenidad, cual si de pronto se hallasen en plena inconciencia en el silencio de las alturas. Además, entonces se oye una melodía vaga, lejana, de silencio sagrado.

Por estas causas la casa ha resultado en constante jubileo.

Olvidábamos que en la pared, frente a la cabecera, desde la cenefa al zócalo, se lee esta inscripción trazada con tinta y letra gorda:

Cuando ya se ha experimentado la vida plena, entonces llega el verdadero recogimiento del espíritu para alabar al Ser innombrado e incognoscible. Esto se produce en algo como en el abejeo del cansancio al logro de la inexplicable comprensión. Tal hecho agita violentamente lo hondo de nuestro ser; luego sucede una repentina calma que infunde terror; mas el yo se siente instantáneamente rehecho por un misterioso y potente soplo. Es en ese instante que la fe nos invade y llena, y, más que comprenderla, se la siente simplemente.

A partir de ese punto, posesos de inmarcesible gozo,

sentimos y comprendemos la presencia de Dios en nos. Entonces, cediendo de grado nuestro albedrío al destino, cruzamos anestésicos la existencia: ya nada conturba la serena paz y alegría con que llenos de la eterna armonía nos disolvemos en el seno del Señor.

Hoy, último día, firmo con el signo del Hombre.  
(Aquí una cruz.)

— 63 —

**ARTURO BORDA**

Esto es todo lo que he podido averiguar respecto" del desaparecido.

Ahora a continuación se **transcribe las cuartillas** que se hallaron en medio de las cenizas.

**Saúl A. Katari.**  
Exjefe de I. y P.

**En este diario se conserva  
el orden con que la policía  
hizo la publicación.**

Hay una época en nuestra vida en la cual desaparece por completo y para siempre la necesidad que un día sentíamos de dar satisfacción a todos acerca de nuestros errores de malicia, por ignorancia o por necesidad.

Esto resulta de que en un instante de suprema clarividencia hemos visto que ni el consejo, ni la burla, ni la crítica, ni las leyes o la reprensión y ni aun el patíbulo mismo tuerce el curso fatal de los destinos y nos erguimos en el silencio despectivo de la altivez.

Toda impotencia es imitadora  
y toda potencia es iniciadora.

A'á, aparenta no entenderte: suspira, sonríe, llora, increpa, apostrofa, baladra, rechaza, odia, ama: abre surcos misteriosos en las conciencias y desperdígote, destrózate, aniquílate sembrando amor, belleza, verdad y justicia pervivientes, en absurda promiscuidad con sus contrarias mortales, para que entre sonrisa y risa cosechen ufanamente los seres Luz y Armonía.

Sea tu máscara la divina locura.

Yo no sé cuándo pienso por mí mismo  
y cuándo por los seres que imagino,  
tanto que ya dudo si pienso.  
Mi ser se dilata en mi despersonalización,  
en medio de estas obsesiones que me enloquecen:

— 65 —

### ARTURO BORDA

soy la víctima de un protagonista  
forjado en las tempestades de la idea  
y que es más imperativo y real  
que ser forjado en espasmos de amor.

Recuerdo que un amargo narcótico me hizo dormir.  
Luego ¿quién me despertó? ¡Ah! ¿Sois vosotros? Mal  
hecho. Pero ¿qué decís de mi triste Cerebro y mi rebelde  
Corazón?

### CEREBRO Y CORAZÓN

Hablemos, Alma, de nuestras penas y de la  
consolación del infinito.

ALMA

No, de ninguna manera, Cerebro mío; no, mi querido  
Corazón; mejor es no.

### CEREBRO Y CORAZÓN

No seas mala, hablemos, Alma.

ALMA

¿Para qué, si al empezar debemos enmudecer? ¿Qué  
avanzamos, si con el exordio caen rendidos los hombres?  
No, mejor es no; además ya mi nao echó su áncora en el  
fondo agridulce de mis tristezas.

Y recuerdo que el viento silbaba en mis cabellos.

He notado que las más de las veces en que me dominó  
el impulso de bondad, fue casi siempre debido a un

estado de desaliento o de tedio, en suma, a un estado abúlico.

Si aquí tiene origen la misericordia... ¡qué asco!  
Y sin embargo cuando nos sabemos buenos, cómo retoza  
orgullosamente nuestra ridícula vanidad.

— 66 —

### EL LOCO

He notado tafribién que en una gran mayoría dé  
aquellas gentes a quienes se les llama buenas personas,  
son orgánicamente flemáticas; y las mujeres... (Aquí la  
cuartilla está quemada).

La humana perfección es la enmienda de los errores,  
pero los errores son la perfección de la naturaleza,  
porque en ella todo es perfecto.

La memoria de mis muertos amores he escondido  
religiosamente en un rinconcito de mi corazón, porque  
puedo con ello contagiar mi tristeza y tornar infelices  
¿quién sospecha a cuántos corazones?

Pues no en vano vienen los años: ya debo ahogar  
en lo más hondo de mi melancolía esta sed o hambre de  
morbideces femeninas, recias y duras, ágiles y vírgenes,  
amorosas y picarescas.

Mi tristeza está llegando ya a los dominios del  
silencio.

Pero iré anotando todavía día a día mis recuerdos,  
mis emociones y mis pensamientos. Esto por lo menos me  
eleva en el olvido del instante, y, por tal manera, vivo  
una existencia remota, fantástica y de ensueños.

Hé aquí que con mis tristezas voy adormeciendo  
mi existencia; pero...

### UNA VOZ

Así, muy bien, Loco: vive tu propia existencia,-

porque ya la mayoría de las gentes sólo sirven para subsistir a costa del corazón o del cerebro ajeno.

Explota tu existencia, Loco, y escóndete, porque te robarán o el pensamiento o el sentimiento.

Los mejores cerebros o corazones, si los analizas cuidadosamente, verás que suelen ser duros como la roca, pero por lo mismo excelentemente ecoicos.

— 67 —

**ARTURO BORDA**

Los que ya no pueden con la belleza tienen que concluir en la historia, porque la labor del historiador es de sencilla igual a la de cualquier anticuario. Pero estos tienen la ventaja de que trabajando con elementos puramente ajenos no pretenden la paternidad de las antigüedades que coleccionan.

Hay una nubécula tan o más sutil que un tul, que apenas si vela la luz del sol.

Tres de la tarde. El sol ha comenzado a caer y la sombra abarca la mitad del patio.

Los vecinos han salido. Debe ser día de fiesta. La casa está desierta. Hay un silencio de campiña y desolación: silencio patriarcal.

De tiempo en tiempo se oye cacarear una gallina.

\* \* \*

Sentado y asoleándome me hallo gozando del silencio en la soledad de este caserón. Y recuerdo que hace años vivía aquí una chiquilla a la que ahora mi fantasía la revive y la hace corretear en el patio, con la agilidad y coquetería con que solía hacerlo. Es una sombra o menos que una sombra encarnada que va, viene, salta, ríe y hace mil morisquetas. Estoy encantado, porque ella está adquiriendo toda la corporeidad con que alentara en antaño.

\* \* \*

Pero de pronto, extrañamente sorprendido, me hago cargo de que el patio está vacío y silencioso; la sombra del edificio avanza lentamente a mis pies, temblando en sus extremos y que la tristeza del recuerdo ha caído en mi alma.



La paz del ambiente es enorme. La gallina ha vuelto a cacarear en el otro patio.

El silencio parece que pasara en un soplo.

Al modo de... quiere decir, ya no tengo nada que sacar de mi mundo interior.

— 68 —

## EL LOCO

Al **modo** de... quiere decir, esto es una especie de imitación, de copia, de plagio o de traducción.

Todo traductor, imitador o copista **al modo de...** confieza que es un inútil.

En la intrincada selva de la existencia cada cual debe abrir a tajo limpio su sendero, porque lo demás es pura excusa de la incapacidad.

Hay tres clases de críticos.

1°— Los ignorantes de la técnica y que juzgan todo a ojo de buen cubero, en virtud de una especie de reminiscencia estética, acaso por intuición;

2°— los artistas que no entienden de estética, y

3°— los artistas estetas. Estos hablan con conocimiento de causa, gestación y efecto, mas, son tan excepcionales que es posible que no existan.

Acerca de cada uno de estos tipos podríamos hacer digresiones kilométricas; pero creo que a quienes interesa este asunto les aprovechará muchísimo más clasificarse y analizarse por sí mismos, porque de esa suerte los de la primera y segunda categoría perderán su estúpida confianza en sí, y los de la tercera, si hay, adquirirán la conciencia de su autoridad.

Todo esto rige para los críticos en cualquiera materia.

Este crítico, que más que crítico de arte es crítico de historia, aunque en materia de arte es un admirador descripcionista, un excelente esteta con ribetes de artista, en quien es manifiesta su ignorancia técnica, de donde resulta que su crítica falla siempre.

Ahora, como es más que posible que mis opiniones sean falsas, es prudente que cada cual compruebe por sí lo que dude y dude lo que ha de aceptar.

— 69 —

#### ARTURO BORDA

Parece que la naturaleza o Dios se han burlado de la humanidad haciendo de mi el ser más absurdo de la creación: soy la amalgama de todas las contradicciones posibles, para la desesperación de mi mente y la angustia de mi corazón, en el retorcerse de mi carne. Se podría decir que mi vida es la concreción diabólica de las inquietudes humanas en sus días nefastos.

No obstante vacilo en creer sj. esto es beneficioso o fatal, porque sé que hay quienes darían la vida por sumergirse en semejante dédalo de incongruencias, tanto en el sentir como en el pensar.

Entiendo, pues, que nadie puede buscar con tanto amor este martirio, si no es porque les tortura la suprema calma o la nada en que viven,

Sé también que hay quienes lamentan peores desventuras y que sin embargo se aferran a ellas como lapas en sirte.

Por eso pienso que lo mejor sería no pensar. Pero ¿acaso eso no es ya el pensamiento mismo y en su grado máximo de esfuerzo: pretender abolirlo con su propia acción? ¿Acaso para lo único que sirven las resoluciones no es precisamente para no cumplirlas, sin embargo de que entretanto vamos desarrollando todo un curso teórico de lo que es la voluntad? En cambio cómo hacemos todos los mayores absurdos, sin ni siquiera haber tenido ni la más remota idea de ello.

Comprendo que todo esto no es racional ni justo, pero parece que me interesa, ya que me distrae.

Mas ¿cómo será esto de que me distrae...?

Pero, ¡voto a Cristo! todas estas tonterías son puramente gramaticales. Y sin embargo a base de eso, las más de las veces, penetra la gran inquietud en el fondo del alma.

Estoy en la calma feliz de un gran olvido y, no obstante, me sorprendió un suspiro, que cuando quise conte-

— 70 —

### EL LOCO

nerlo había concluido ya. Fue a modo **de aquellos nubecillas** que nacen y desaparecen instantáneamente en la inmensidad.

Ahora mi sosiego es más hondo y serenador.

Cómo se deslíe el alma mía en el ensueño y la tibieza, en la dejación y el bienestar del olvido.

Nada altera mi apacible acezo ni el lento latir de mi sangre. Esta condición semeja el reposo de la azul inmensidad sobre las aguas dormidas.

La división más estúpida que se ha hecho en el mundo es aquella de los meses. Me parece que lo más racional sería dividir el tiempo en años, en estaciones, en lunas y días.

En cuanto a las horas es una medida de tiempo perfectamente artificial; sin embargo cita Linneo el caso de haber visto unas flores que habren y cierran sus corolas cada hora, durante la noche. Hay burros también que durante la noche rebuznan a cada hora, lo cual es un gran fastidio para la vecindad; pero la vecindad también...

Si el poeta pudiera ser tan popular como desea, tendría que abolir su personalidad e identificarse con el misterio de la muerte y con el misterio anímico, reduciéndose casi tanto como a nada, dilatándose por tal manera en el todo.

Y a la postre siempre surge la idea de Dios.

He aquí por qué el poeta ha de ser la pureza misma,

sin que a los sátiros les valga el pretexto de por **conocer** la vida. No obstante ya que la vida está forjada a base de sensualismo, pues téngase lo anterior por no dicho.

Sin embargo hay algo que nos salva de todo este embrollo, y es el convencimiento de lo perfectamente irrisorio que es el arte para todo aquel que en profunda contemplación haya sentido el grave misterio que sustenta a cuanto existe. Pero adviértase que sólo se llega a la altísima

— 71 —

#### **ARTURO BORDA**

contemplación después de haber sofocado el calor de la sangre arriba y abajo.

Este cansancio, esta náusea este corazón y esta amargura...

Sí, por mucho que hago me resulta imposible expresar el sinnúmero de ideas y sentimientos en la actividad sutil del espíritu. Y que aniquiladora la conciencia de la impotencia en el fondo mismo del yo. ¿Yo... ¡Já, já, já!

En resumen, pienso mil tonterías ante esta conclusión que cualquier hijo de vecino sabe: dejarse arrastrar por las circunstancias, cuidando de acomodarse a ellas de la mejor manera posible, claro que mientras la fantasía revuela libremente en su infinito campo de acción.

Los escritores, artistas y pensadores me causan mucha lástima, porque para lo que sirven sus obras es para que los desocupados o generalmente los necios acaudalados hagan una crítica perfectamente ignorante, o para que otros se burlen, o, en el mejor caso, para que como yo, ahora, les compadezcan, lo que ciertamente es lamentable. Pero lo que es verdaderamente triste es la admiración en ¡Ah...! y ¡Oh...! de los imbéciles.

Por lo demás confieso que he alabado en los mismos términos a un sinnúmero de autores a quienes felizmente no he tenido la desgracia de conocer, sino por referencia a viva voz.

Y digo desgracia, porque seguramente para nada sirve tanto saber; y si no se cree díganlo las miserias humanas que pesan sobre cada individuo, ahora así como al principio

de los tiempos, y quizá más que antes, porque siendo ahora más complicada la vida, requiriendo las necesidades sociales mayor número de atenciones, requiere también mayor esfuerzo y dolores olvidarlos para aprender la vida sencilla habituándose a lo estrictamente necesario, en cambio que antes casi se vivía en ese estado.

Por eso cuando entro a una biblioteca y contemplo tanta sapiencia silenciosa, en orden, y bien catalogada, no

— 72 —

### EL LOCO

puedo menos que sonreír y salir inmediatamente con el estómago revuelto, aunque con un si es no es deseo de saberlo todo.

Seguramente que ya estoy comenzando a vivir una existencia racional, a pesar de todo; pues en toda esta temporada tengo una enorme despreocupación de todo aquello que no sea lo estrictamente inmediato, aquello en lo cual no bien se medita que ya es ido. A lo sumo, como un esfuerzo de mi longevidencia, considero, y esto como lo más remoto, la hora duodécima del día.

Estoy alegre: una gran actividad física ha sobrevenido, sobreexcitando las carcajadas de mi alma locuela.

Cuando un hombre se rodea de lo peor, para sobresalir entre ellos, es que tiene plena conciencia de su inferioridad.

Para saber la personalidad del individuo histórico es de imprescindible necesidad indagar la calidad intelectual y moral de los tipos que le rodearon.

El que pretende ser grande en el futuro, si no sabe ser solo, busca ser grande entre los grandes de su época, tendiendo su deseo y su corazón más allá de los horizontes conocidos.

Me parece que recoger el insulto hecho por la prensa es lo mismo que recoger el desafío de una verdulera o de una prostituta, mucho más conociendo la asombrosa mediocridad de los periodistas y su impúdico deseo de escándalos, y sobre todo aquí donde siempre parecen dos verduleras.

A pesar de la certeza que tengo de mi perfecta ignorancia, hay algo dentro de mí que me hace tener una opinión muy superior a la de los demás. Y a pesar de la superioridad en mí de los que saben que saben más que yo, con lo que humillan a ese mi algo a que me referí, sigo rebelde, indomable en mi opinión, no obstante que por esa misma causa aumenta mi convicción de mi ignorancia.

— 73 —

### ARTURO BORDA

Ese mismo fenómeno he observado en las personas que se precian de inteligentes, como yo, quise decir; permeme retracto por la supervigilancia de ese otro yo en la subconciencia.

He ahí por qué practico un verdadero acto de hipocresía, lo cual, cierto, repugna, cuando se cree en la honradez de los hombres. Sin embargo cómo nos halaga profundamente el que los demás nos supongan ingenuamente modestos. Por eso solemos tener interiormente una sonrisa diabólica de triunfo y desprecio.

• \* •

Acabo de escribir lo anterior y veo que no entiendo bien lo que digo, aunque flota en ello algo que sugiere una idea bien clara al respecto. Pero, ¿qué le hemos de hacer si la expresión es la lógica del pensamiento? Esta también es otra ley.

El desprecio a los demás llega a adquirir proporciones desmedidas, en estas condiciones:

Cuando después de una despiadada autocrítica se ha reconocido superioridad en sí. Esto como causa primera, siempre que nos refiramos a hechos perfectamente inteligentes; que como consecuencia última, es el haber sublimado hasta Dios, si se es deísta, nuestro amor, el arte o la ciencia, inmersándonos en las supremas contemplaciones.

Y así, con los pies en la tierra y la mente en Jehová, es tan gélida esta zona para el corazón...

Aquí sólo moran el silencio y la sombra ensoñando luz.

Antes de llegar a los imprecisos lindes de estas regiones heladas, toda intención deletérea que sube desde las pocilgas humanas, lentamente se va cuajando en el frágil hielo que luego desciende en las tempestades de su propia impotencia, para fecundar el lodo y las sementeras, al calor de la luz que recibe.

— 74 —

## EL LOCO

Pero si acaso alguna vez descendemos de tal avatar y nos contamos con tales hombres, nos inunda una infinita ternura para con ellos.

Los sabihondos de memoria y para el público son unos perfectos ignorantes, impertinentes, pegajosos, repugnantes, mendigos del aplauso de cualquiera...

Estos desgraciados sacrifican la paz del alma<sup>o</sup>, la conciencia pura y aun la salud del cuerpo, por el efímero logro del aura popular, olvidando aquella verdad del poeta:

### **¿Qué presta a mi contento si soy del vano dedo señalado?**

No soy ni niño ni viejo...

Dios mío, cuanto más me analizo más miedo me infundo.

¿Qué hay en mi alma que se baraja cual los naipes en las manos de un loco?

En realidad ¿me pertenezco o no? ¿Cuál soy yo, mi carne o mi alma? Pero si no soy ni lo uno ni lo otro, e& claro que soy una tercera persona. ¿Cuál de estas entidades ha nacido primero en mí?

Esto aparte, noto que estoy lejos de mi cuerpo y de mi alma; mas tampoco estoy en el aire, menos en la tierra. No sé, pero tengo una angustia que sin estar en mí me consume.

Indudablemente que, uno de los mayores bienes en la tierra es el dinero; pero es tan enorme la necesidad de los honores, y en los más inteligentes, he visto, que teniéndolo, van como pordioseros, mendigando el voto de las chusmas, para representarlas en las cámaras. La verdad es que cada cual representa a los suyos.

Cuánto crimen y cuánta inmoralidad en la mayor parte de las fortunas.

— 75 —

### **ARTURO BORDA**

Pero las fortunas allegadas por medio de herencias y aun las de los mineros son parejamente despreciables; otra cosa es el cotidiano pan que se masca, gastándonos en el pensamiento y en la brega paciente y larga.

Es evidente que los hambrientos debemos pulverizar todas las fortunas, porque por ellas los hombres nos menoscaban, aquellos que sólo saben de la vida fácil: esa porquería de los hombres avaros.

Los herederos de cuantiosas fortunas que no se vuelven archimillonarios, quiere decir que si no poseyesen los dineros que tienen se morirían de hambre, por haraganes.

Los indígenas de estas tierras, centavo que tienen lo esconden debajo de tierra. Parece que eso está en la sangre de la raza; porque los mestizos, descendientes de los indios, y los blancos, descendientes de los mestizos, proceden más o menos en la misma forma.

Un pueblo en el que sus hombres y sus mujeres se satisfacen con pasar el día, física, moral o intelectual mente, es un pueblo imbécil, algo así como un parásito en el progreso, es un pueblo que merece palo.

¡Ambición! ¡Ambición! Os falta ambición; sino os supeditarán los mismos senegaleses.

Desde hace días la misma idea la tengo clavada entre ceja y ceja. Y tengo ganas de salir gritando a la calle.



Hombres, niños, mujeres: perros o imbéciles: imaginad, sabed, y pensad cual si cada uno estuviese predestinado, en su esfera de acción, al cumplimiento del más alto destino.

Sed ambiciosos, profundamente ambiciosos, ambiciosos hasta lo inconcebible, en el amor, en la ciencia, en el arte, en cualquier cosa: en algo.

Ambición y pasión. Imbéciles... ¡já, já já!

— 76 —

#### EL LOCO

Felizmente nadie me oye. Y aunque lo hiciesen na comprenderían, porque sencillamente mi grito es absolutamente patriótico. Esto por una parte, que por otra los indios... Es inútil hablar: hay que ver lo que son los indios paisanos.

• \* •

En verdad que para tolerar pacientemente ciertas aserciones en beneficio futuro, se requiere tanta abnegación patriótica como se necesita valor para darlas a la publicidad. Pero eso depende de la calidad de ambición patriótica del individuo.

La primera ambición de los hombres que acusa el progreso efectivo de los pueblos, es la ambición de los millones; y ni siquiera esa ambición tan elemental ha nacido en este pueblo.

Pero dónde se nota más esa ausencia de ambiciones es en la milicia.

Dicen que antaño sólo eran militares los ociosos, que iban a dar al cuartel precisamente por no trabajar.

Y, a propósito, noto que no hay momento más adecuado que las horas muertas del servicio de guardia en tiempo de paz para que el militar vaya acotando sus observaciones, sus deducciones, etc., si no sobre la vida en general, por lo menos en lo referente a su profesión, para probar que es patriota a larga distancia y no únicamente como máquina para el sacrificio de sangre, casi en un estado de inconciencia.

En cambio ¿qué es lo que sucede? Ni un libro prácticamente útil del elemento armado; ni una idea de perfeccionamiento de las armas; ninguna observación honda del espíritu del soldado en el cuartel, en campaña o en libertad; ningún estudio lato de las fronteras, ya que todo militar, y muy especialmente los del alto comando, tienen obligación y deber de conocer, tanto o más que cualquier canciller, el pasado, el presente y el futuro de nuestras fronteras, toda vez que la defensa de ellas es la pri-

— 77 —

### ARTURO BORDA

mera y casi la única obligación del soldado, porque lo demás es asunto de las policías.

Pero eternamente se susurra que tal o cual oficial general es de talento. Y nosotros la verdad es que nos vemos en mil conflictos para juzgarlos; porque como no producen nada, sobre nada, nada se puede juzgar. Para que se pueda tener una opinión acerca de algo, es necesario que exista un valor previo.

Mas, yo mismo me arguyo, diciendo que al militar solamente se le debe juzgar en el campo de batalla, considerando que para lo único que estudia y se prepara es nada más que para eso. De este modo destruyo mis argumentaciones anteriores.

Sin embargo creo que el error más inocente e infantil que aún prevalece en este orden en el ejército y en el pueblo, y aun entre los hombres inteligentes, es acaso el único, es decir, que el militar sólo debe ser valiente. Ciertamente que es un tristísimo concepto con el cual se pretende forjar del individuo libre y racional una máquina. Pues una máquina está por debajo de la existencia más simple, así sea un monocelular. Es menester reaccionar firmemente: el hombre debe probar siempre, en toda circunstancia, que es un ser inteligente, que ama, que odia y que piensa: que vive. Una máquina aunque funciona no vive por sí; y la abdicación de la libre iniciativa degenera en eso.

Esto dicho pienso que dentro del ejército, de su instrucción y educación, se debe contemplar necesariamente por lo menos unas dos horas semanales para el ejercicio de la altivez, de la dignidad del hombre a través de la disciplina misma, en cuanto significa derecho a la libertad.

Y no quiero hablar de lo que todo esto sugiere.

• \* •

El que tiene conciencia de que sabe, y sabe, manda aunque no abra la boca. Tal es la autoridad: sabiduría técnica.

— 78 —

### EL LOCO

Es una desgracia ordenar ó enseñar y que los inferiores sonrían de nuestra ignorancia.

La violencia de la fuerza no acusa autoridad, sino que, más bien, acusa su contraria: ignorancia; y la ignorancia brutal jamás impone respeto sino odio y burla. Esto es fatal.

Para toda dirección se necesita autoridad: sabiduría; de lo contrario se cae en el ridículo.

La experiencia es el conocimiento de un hecho cuyo recuerdo puede ser útil teniéndolo presente en caso semejante; pero casi nunca sucede eso.

Ayer estuve parado en una puerta de calle, de horas tres a cuatro, más o menos.

Pasaron dos hombres. Uno de ellos, el más prominente de la política, solicitaba casi llorando un empleo para un su correligionario, sin embargo de que su posición económica debía darle cierta altivez.

¿Cómo se arrastrarán estos hombres por conseguir algo para ellos? Y admira el despotismo que luego gastan a trueque de tanta humillación. Pero ello es casi justo, porque el despecho de saberse humillado les excita a proceder de tal manera con los inferiores. Y así se consuelan, sin sospechar que consuelo de muchos es consuelo de tontos.

Lo que en esto hay de insoportable es la vil mansedumbre de los subalternos que se hacen sobajear como a perros muertos de hambre. ¿Cuándo reventará la dignidad humana? ¿Cuándo se sublevará la humillación?

Al mediar la noche he sentido una gran congoja y en medio de las sombras han llorado mis ojos vencidos. Por mis heladas mejillas han resbalado cálida y blandamente mis lágrimas una a una.

¿De qué ignorado misterio de mi vida surge este invencible llanto? ¿Quizá sea la conciencia licuada de al-

— 79 —

### ARTURO BORDA

gún crimen ancestral filtrada en mis ojos al través de los siglos y de los hombres?

De nada me inculpa mi existencia y sin embargo, en virtud de este llanto sin por qué, me siento libre de culpa que no tuve.

\* \* \*

Lo regular es que primero muere la carne: cesa la circulación de la sangre y huye el alma; pero lo tremendamente trágico es cómo en plena lozanía física se ve agotado el espíritu en un inútil cansancio.

Noto que ningún goce humano iguala al deleite de sentirse inmensamente quieto y triste, ora sea ante la noche o ante el día.

Quizá sea así la inextinguible alegría de los dioses.

Estoy en la orilla del mar. Las aguas de muchos ríos resbalando inconteniblemente y sin cesar en la fatal pendiente, echan sus aguas en la inquieta e insaciable mar, como los hombres al impulso del amor van al seno de la mujer.

Estoy en la orilla del mar, indiferente al canto de las olas.

¡Chito! ¡Silencio!

Calle la gaita,  
para la danza;  
mi corazón ha de hablar...

.....  
¡Ah! ¿Porque no entiendo  
la voz de mi sangre?

— 80 —

### EL LOCO

A la amada yo la ansio  
graciosa cual una columna de **humo**  
en día sereno;  
sacianta como el agua cristalina,  
cuando la sed nos reseca el paladar;  
blanda,  
semejante a las ondas marinas  
que en la playa refrescan y lamen  
cuando la canícula nos enardece.  
Ha de ser amante y fútil  
cual la caricia del aura  
en la vellosidad de los desnudos al **sol**;  
ardiente y desesperada  
como el ansia insatisfecha.  
Su voz ha de ser en mi alma  
el adormecedor gluglú pluvial -  
en la eufonía sorda de las altas **noches**.  
En mis horas de cansancio  
la quiero serena  
como la naturaleza  
cuando los vientos dormitan;  
mas la majestad de su cólera  
deberá tener el sublime horror  
de la tormenta en alta mar.  
Ella se ha de anunciar en mi **alma**  
cual la aurora boreal  
sonrosa la extensión helada;  
entonces crujiré  
semejante a los témpanos en deshielo,

cantando el himno del océano,  
reflejándola infinitamente  
en cada ondulación.  
Una inquietud mortal  
me anunciará su advenimiento.  
¡Oh! ¿Cuándo será?...

Quando se ha perdido el hábito de la risa, el **más**  
leve movimiento fatiga los risorios, y cómo tiemblan entonces  
las comisuras, en un gesto de llanto, al peso del  
hastío.

Llega un instante para cada individuo en que el  
universo palpita únicamente al calor de la esperanza. El

— 81 —

### ARTURO BORDA

porvenir, es decir, toda la vida está en el egoísmo absoluto,  
bárbaro, impío, de su presente: no piensa nada más  
que en sí mismo, aunque se deshaga en polvo el infinito.  
En tales momentos el yo es verdaderamente la conciencia  
del individuo; y si en ese instante se hiciese presente la  
omnipotencia, el hombre, irguiéndose sobre Dios mismo,  
diría: —¡YO!— Y no importa que los hombres ignoren o  
no sepan expresar esta su conciencia, pero el hecho existe  
y es menester revelarlo.

Ya que me es humanamente imposible hallar la  
belleza, la ternura y la compasión que busco, deseo ser más  
duro que la roca y más frío que el hielo. Cómo entonces  
mi existencia trasminaría en los demás la sensación de  
la muerte.

Esta idea me distrajo durante cuatro días.

¿Sentiste cómo se acaba el corazón, segundo a  
segundo? ¿Pensaste que cada latido es un latido menos,  
acaso el último? ¿No sientes cómo te vas muriendo?

¡Já, já, já! Cómo te acabas, cómo te consumes.  
Observa tus arrugas, tus canas y tus cansancios.  
Sí, te estás acabando a cada segundo. Cómo me  
alegro...

Yo soy perverso y cruel; pero también me duele el  
corazón.

Cuando la mujer ha pronunciado el **¿qué me importa?** es que el despecho, el amor o el capricho de su interés ha roto para siempre con el temor al **¿qué dirán!** Aquí el sutil velo del pudor se le ha caído a los pies a modo de veste inútil, y ella se yergue soberana en la mejestad de su desprecio; mas el dulce temor a Dios ya no existe.

El amor, el hogar y la sociedad están pues minados ya de la impudicia en fermento: es el augurio sombrío de un huracán de escándalos.

— 82 —

#### EL LOCO

Cuando así he pensado o he visto consumarse el hecho, entonces he temblado de horror al considerar el imperio ilimitado de la libertad.

Y pensar que jamás se fijarán las leyes divisorias. No sabemos dónde nacen o fenecen las leyes y las fuerzas, los seres y las cosas. No sabemos dónde nace y muere la libertad.

Las ojeras hablan siempre del cansancio en el amor o el dolor; la dentadura pregona también alegría y muerte.

\* \* \*

Los labios y los párpados cerrados son el gesto del silencio.

El que ama está obligado, aun a trueque de su honor, a mantener incólume e insospechable la dignidad de la bien amada. Si no obra en ese sentido es sencillamente el perillán en pos del éxito fácil, de la carne de placer adquirida en subasta o cosa así.

Se impone distinguir lo que es amor de la simple angurria carnal.





# ***DIVAGACIONES***

***III***

Lo que hace falta para el último silencio es la suma del desprecio humano y no de la misericordia divina, aunque en resumen son la misma cosa, pero los procedimientos son distintos.

Toda alianza es confesión tácita de la impotencia.

La pérdida del crédito ante sí mismo no se restablece ni con una existencia de contrapruebas. El que se sabe deshonrado, está para siempre, en sí mismo. La peor de las deshonras.

Anoche soñé que era joven y víctima del amor a una hermosa a causa de la cual yacía sumido en mil infortunios; pero de pronto oí una voz que me decía:

—Soñador en los deliquios, visionario del infinito, amante del silencio letal ¿por qué tu vida se exhala en suspiros?

A lo cual he contestado:

—¿Quién eres?

Y, como si hablasen dentro de mí, oí decir:  
—Soy Quien Soy. Y ahora dime ¿al partir ignorabas las condiciones de la lucha? ¿Por qué tornas tan deshecho y presto?

Calló y dije:  
—No, por cierto.  
A eso la voz replicó:

— 87 —

### ARTURO BORDA

—El corazón es uno y uno el amor. Quién da ambos sufrirá dolores hondos pero también grandes placeres: cicuta y beleño.

Ahora sabe que esta es tu providencia. Anda con tu destino, pero nota que quien es fuerte en el amor es fuerte para una existencia doble.

Y desperté entre meditabundo y burlesco.

• \* •

Estoy avergonzado de haber escrito lo anterior, por que a pesar de que siento que hay un empuje interior por querer hacer algo bello, se ve que es perfectamente ridículo, no obstante es útil como ejemplo para que los demás *no* caigan en ello.

He comenzado ya a sentir el amor egoísta a mis anotaciones, porque tal vez embriagado en mi sentimiento, como todo principiante, veo en ellas una belleza sensitiva y casta, tan íntima, tan sagrada, tan grande y solemne, que imagino podrían ser rotas, a modo de como se quiebran las figulinas de cristal, en millares de astillas, si alguien osase no más que mirarlas. Tan sutil y tímida está mi alma, como un cintillo de humo en el reposo del aire. Que nadie respire o palpite cerca de mí, porque se rompería el encanto de mi dulce ensueño y porque la miseria de un dolor profundo me arrastraría a los arcanos de la horrenda desolación de mi espíritu. Que nadie

se allegue a mí; quiero vivir oculto en el casto misterio del mundo interior.

Después de mucho tiempo de reclusión.

Desde esta mañana he salido seis veces a la puerta de la calle y otras tantas he tenido que volver a mi aposento. Tengo necesidad de ir a cualquier parte, pero lo que me retracta, a pesar de mi deseo, es una especie de vergüenza, de dejadez y temor a no sé qué o a quién, ni por qué.

— 88 —

### EL LOCO

Y, contra mi costumbre de llevarme la contra, he resuelto quedarme, no porfiar más. Por algo me detiene el corazón.

Pero si algo se sabe de algo, es solamente lo que ya se revela.

Es admirable cómo sin emoción alguna, el simple arreglo de las palabras puede darnos la imagen hasta de los paroxismos, y, por ende, el lector suponer que el autor estuvo en un estado estupendo de sobreexcitación.

Es útil que cada cual escriba, entre risa y risa, frases, por ejemplo, de indignación o de tristeza, y luego observe el efecto que causa en sí y en los demás. Esto es muy útil, porque así prácticamente se verá que caen por tierra algunas teorías estéticas.

Por el simple gusto de hilvanar palabras y más palabras, pienso mil tonterías. Por ejemplo, me digo que lo irremediable es lo pasado y que lo ineluctable es lo porvenir; porque ¿qué enmienda tiene la historia y cuál es la valla al futuro?

• \* •

Esto aparte, considero que esta mi forma de escribir viene de que antaño, cuando era muchacho, lo hacía todo de un solo tirón, en un solo acápite, sin puntos aparte,

una, dos, diez, veinte y cien cuartillas, hilvanando los más opuestos temas; y como tal método resultaba horrorosamente fatigante para mí mismo, opté por condensar mi pensamiento en el menor número de frases, procurando dejar lo más redondeadamente posible el tema; pero ni puedo olvidar íntegramente lo primero ni adaptar completamente lo segundo.

Hay una radiante y lejana luz que ilumina la vida interior, y cuando el destino ha puesto nuestra existencia al servicio de dicha claridad, cuyo nombre humano es el IDEAL, entonces la razón, ciega, sorda y muda —clarividente sigue la estela rectilínea del Ideal siempre lejano.

— 89 —

### ARTURO BORDA

El Ideal es Ideal porque es imposible.

Se hace deliquio en nos el sorprender las excelsas purificaciones o los brutales estallidos de cada ser, pero provoca sacudimientos de honda basca toda promiscuidad de almas.

Grande ventura es, pues, saber sustraerse en silencio a la soledad, para supervivir en la multitud de nuestras ideas.

Hoy he visto dos hombres altos, hercúleos, hermosos; pero tienen la desgracia de hablar. Falta de alma y exceso en bruto. En fin, ellos no tienen la culpa.

Este hecho me ha traído a la memoria una infinitud de gente

Es muy grato, muy humano y muy divino, el soñar y tener visiones y revelaciones, porque la fe que deja es el testimonio del espíritu de la profesía; pero mucho mejor es dormir el sueño de la muerte.

Si los hombres ensayasen siquiera durante un semestre el SUSTINE ABSTINE, resolverían acaso el problema de la máxima felicidad, de aquella que impera en la paz del alma y en la conciencia tranquila, de aquella que sólo vive de lo necesario; desde aquel estado en el

cual miran serenamente los ojos el vaivén incitante que con andar de leona mueve sus caderas la hembra de treinta años, entonces sabrían los hombres de aquella felicidad en que la sangre marca sus horas con sosegado ritmo, entonces ellos podrían disponer de la fuerza latente, parsimónica e invencible, aquella de la plétora santa.

El ascendiente adquirido por tal manera sobre los hombres es tan sutil y profundo cual es el de un electroimán sobre el acero. Ningún prestigio le iguala.

Pero para conocer el valor de tal condición es necesario haber sido ruin, soberbio y débil, así como para apreciar la alegría que dilata el corazón es menester ha-

— 90 —

### EL LOCO

ber estado antes enfermo, y así como después, es decir, cuando ya sanos cuidamos minuciosamente de avigornarnos, de igual modo el hombre para triunfar se aferra al ayuno y a la continencia.

Únicamente en tal condición es que el individuo se puede iniciar en la percepción de la sutil belleza que las obras del Sumo Artífice esconden bajo el sol y sobre el sol, ante el corazón impuro y la mente débil de los hombres.

Pero seguramente primero es necesario saber respirar perfectamente, con el menor movimiento posible del pecho y el abdomen, respirar únicamente con los pulmones, sin que las palpitaciones de la sangre puedan turbar la serenidad del pensamiento; porque en este punto es donde la inteligencia pierde los estribos.

Esto para los que quieran su cultura espiritual.

Es de imprescindible urgencia conocer el valor cuantitativo y cualitativo de nuestra pasión dominante, es decir, fiscalizar aquello que es el factor esencial de lo que se llama nuestro destino, aquello que a pesar nuestro nos arrastra a nuestro fin.

Qué lucha, santo Dios, para desasirse de toda cosa y quedar de frente sólo a Dios y a la conciencia, o acaso sólo a la conciencia: cómo se adhieren a nuestro corazón el recuerdo y la esperanza.

Cuán difícil es desligarse de lo que en nuestra vida fue causa de afecto, de amores y de alegrías, y, aun más, de los dolores. Tan pegados estamos al mundo...

Arrancar de nos todas aquellas cosillas, sin que nos zahiera la melancolía, es tan difícil...

Y ya comienzan mis lamentaciones; pero eso es una felicidad, porque ello desahoga tanto como las lágrimas.. Por eso siento una pena abrumadora por todas aquellas personas que no pueden expresar sus miserias, y ello

— 91 —

### ARTURO BORDA

me obliga casi a que yo diga mis tristezas del modo más generalizado, porque he visto muchísimas veces que cuando la gente halla algo que diga hondamente de sus cuitas, lee y relee, convencida de que son suyas propias, aligerándose consiguientemente sus aflicciones. Pero he aquí que ahora precisamente por eso no quiero decir nada, justamente por eso, por dar satisfacción a mi maldad.

La otra tarde estaban hablando un poeta y un comerciante y lo hacían con tal entusiasmo que me detuve a oír.

—Nada distingue al artista que comercia su obra del padre que explota el amor de su hija.

—Es verdad; pero desde Dios para abajo, quieras que no, todos viven de su trabajo. Y basta.

Y se despidieron furiosos, como si se hubiesen insultado. Caro que yo proseguí mi camino, conteniendo la carcajada.

Es imposible e inútil. Tanta belleza han hecho los hombres y han esparcido tanta sabiduría, que acaso ya nada quede por revelar. Con tantos millones de hombres

que piensan y han pensado es muy posible que ya nadie tenga nada nuevo que decir.

Hoy he salido de la biblioteca profundamente desalentado, con un triste y formidable decaimiento en el vacío que ha dejado la esperanza.

Hay gentes por quienes siento un repentino odio. Trascurre algún tiempo y compruebo que me hicieron algún daño.

Por lo contrario hay personas hacia quienes siento una súbita e invencible inclinación y es que me hicieron o me harán algún bien.

Esto debe ser un otro sentido.

— 92 —

### EL LOCO

Una vez, recuerdo perfectamente, aún era joven y tenía un amigo. Yo creía en la amistad. Después se apartó discretamente. Luego supe que le soplaron una calumnia. Entonces, sintiéndome herido, dije mentalmente: —Amigo, antes de saberte hipócrita y compañero te quiero enemigo sincero.— Pero, como digo, yo creía en la amistad y era muchacho, por eso esto es ridículo, pero útil.

Era una vieja lisiada, cubierta con harapos mugrientos, de piel apergaminada y ojos sin luz, sentada a la vera de la calle. Una señora pálida, garrida, que venía en la misma acera, mirando atentamente al escaparte de enfrente, como para distraer a quien la viese, dejó caer un billete de banco en la falda de la limosnera, la cual quiso hablar y no pudo, pero se puso de pie para ir tras la señora. Por mi parte las seguí para ver cómo concluía aquello. No lejos de ahí la vieja compró de una florista un hermoso ramillete de rosas ordinarias y apuró el paso en pos de la dama.

Lo que fue después no sé; pero pienso lo que tú piensas.



¿Moraleja? Pues bien. He querido hacer un cuento, mas, veo que lo que hice es un disparate; pero la mayoría de los escritores hacen peores cosas.

Yo sé que comprendo, como cualquiera que piense un poco, que he entendido mucho de aquello que es o debe ser el sentido de la vida, que ya es suficiente saber; pero, no me explico ¿por qué un algo como un otro yo que llevo dentro me obliga a convencerme de lo contrario?

Y así siempre me sobresalta un gran miedo de que las gentes pudieran descubrir y yo decir aquello que sé de la vida.

En tales trances me siento caer, contra mi voluntad, en una inmensa humillación, debatiéndome rendido en los vaivenes de mi melancolía.

— 93 —

#### ARTURO BORDA

Qué tristeza en la que me pierdo, cuando de improvviso me inunda la ternura a los seres que en mi corazón anidan; pero al pensar en el egoísmo de ellos, mis furores se reavivan con más fuerza.

Y siempre como en las olas de un mar intranquilo.

No siempre, y aunque tengo temor y pudor decirlo, algunas veces noto que los pensamientos que anoto tienen algo de majestad que me estremece, por lo cual al punto me ruboriza una ola de bochorno; pero al instante sonrío de mi candidez y de mi vergüenza ante mí mismo; mas, es lo célebre, que por esa misma reacción me sube a la cara otra ola de bochorno.

Siempre he de estar avergonzándome de todo y por todo. Si acaso oigo referirse a algún delito leve o grave cometido por otros, mi cara se pone roja como una amapola, mi conciencia zapatea de rabia y me quedo mudo a semejanza de un criminal cogido en delito.

¿Por qué me acusa mi inconsciencia ante la conciencia de los demás? ¿acaso en mis anteriores existencias

—si eso es verdad— he sido todo corrupción y maldad?  
Me odio a mí mismo.

• \* •

Se puede ser corrompido y bueno, y también se puede ser cruel sin ser corrompido. Tantos millones de ejemplos diarios nos obligan a ser tolerantes, porque...

Cuando se gasta en pura cerebración la fuerza del fluido vital los ovarios y los testículos son tan inútiles como la idea y el pensamiento para la satiriasis.

Como el amor reside en el corazón que yace entre el sexo y la cabeza, no puede nada menos que participar de uno y otro, por eso todo amor es místico y carnal a la vez, fatalmente.

Pero lo que me divierte considerar es el género de amor que tendrán los estériles, los eunucos por sí o por

— 94 —

#### EL LOCO

gracia de Dios. ¿Y un matrimonio de hombre y mujer así no será un torbellino de vicios en la desesperación de no poder engendrar ni concebir? Considerando esto en veces gimo o río, según me duelan o no las muelas.

Toda una existencia es escasamente insuficiente para bosquejar ni siquiera un capítulo de la tragedia humana, para la cual la historia es un mero dato. Sólo cada uno o varios siglos se escribe UN LIBRO.

La prehistoria concluye en el esplendor de la fabulosa India, en nuestra humanidad.

El sabio tiene, aun a su pesar, un algo hiriente y mudo; quizá depende eso no de él sino de nuestra inferioridad.

Se debe tolerar a los hombres ladrones, a los necios, a los pícaros y aun a los demás, porque cada cual se acabará en su día.

Esta es la paciencia de la venganza hipócrita.  
¿Cuántas mansedumbres no velará semejante esperanza?

Todas: las inconscientes y conscientes; pero es la venganza más idiota y mala, porque la venganza para ser venganza . . . En otra parte digo cómo debe ser.

Mil veces pienso, para mi propio beneficio, que el cerebro que vive del pensamiento ajeno es un trasto inútil por hábil y fuerte que sea, mientras no sepa extraer su sabiduría de la experiencia directa.

Vencido en la lucha por la vida. Esto, como muchas otras cosas, sólo comprende el que experimenta. El triunfo de los potentados no es su triunfo, es el triunfo de su oro, cosa absolutamente distinta del sentimiento o la inteligencia, y, sobre todo, de lo tremendo de la vida: del esfuerzo, de la lucha, de lo que da el espíritu inmanente de la emoción, del dolor.

Comunicar sensaciones es poco menos que imposible, pero sugerirlas es fácil y labor poética.

— 95 —

#### ARTURO BORDA

Anoche, sin poderlo evitar, entré al primer hotel  
La gente pululaba bullanguera en el espacioso comedor  
iluminado con profusión de luces reflejadas en multitud  
de espejos que decoran los entrepaños.

Y ahí me sentí tan pequeño, tan humillado, resentido,  
aplastado, rebelde y débil, que no pude más y huí  
hacia el campo.

• \* •

En plena naturaleza. Qué inmensidad, qué silencio,  
qué soledad y cuánta oscuridad; sin embargo, cuan fuerte  
y libre me sentí.

Y pensé en lo tenebroso de mi origen. Esta conciencia,  
como un final al través del cual me miro desde el vacío,  
siempre me aisló de la humanidad, retorciéndome en  
una asfixia larga; pero ya mis años han plasmado mi tristeza  
en una especie de serenidad.

El que arrastrado por su destino ha mancillado el

honor de su pueblo, hará bien en ignorar el juicio histórico que murmure ya en sus días, el cual a modo de azogue encendido se filtrará en sus tuétanos, escurriéndose de generación en generación.

Así, por ejemplo, tanto se puede probar la inocencia de Ovando, que con todos los documentos bien se podría empapelar toda la América; pero la conciencia histórica es que Ovando es el asesino de Sucre. Sepa esto el que ha menester.

Hay hombres cuyo solo enunciado avergüenza, no ya a los individuos, sino a las razas mismas y a las épocas: Rosas, Melgarejo y Francia como Nerón y Calígula.

Porque las catástrofes serán más frecuentes y magnas a medida que el mundo envejece, temo que la humanidad sea cada vez más espiritualista y espiritista. Por eso es necesario apresurarse en matar de modo escénico ostensible la fantasmagoría sagrada.

— 96 —

## EL LOCO

Nadie sume recuerdos y esperanzas sin agregar lo imprevisto.

La mejor manera de entender el arte es no comprenderlo y sí, más bien, sentirlo, aunque esto es mucho más difícil que lo otro. Otra vez diré por qué.

Cuando las chiquillas que vi crecer o embellecerse se casan o la otra cosa, siento una melancolía enorme, cual si hubiera perdido algo que era o debía ser mío exclusivamente, en lo más íntimo. No sé qué desesperación me araña entre el corazón y los pulmones.

El arte, como ya se dijo, si tiene algún fin es ninguno. Obsérvese las obras de arte que a fuerza de querer expresar algo concuyen por no decir nada; mas si en este esfuerzo la obra no es esencialmente emotiva, está perdida para siempre, porque el arte se reduce a la emoción, de la cual la sabiduría es un pesado pingajo, para los escasos de mollera.

Pero querer averiguar qué es o no poesía, la cual es el alma en la obra de arte, es lo mismo que pretender saber qué es o no Dios.

El arte o sea la poesía no es ninguna cosa material, por eso en la historia sólo hay cuatro o cinco artistas.

Le vi retorcerse de desesperación, contemplando las formas incitantes de una chiquilla que pasaba. Viejo puerco.

Dolor mil veces retorcido tendrá en la última hora quien no haya vivido en el temor de Jehová, dice la santidad, pero cuando los nervios se crispan y el alma se va en el deseo de los ojos...

Pobre viejo.

El corazón y la mente, pasada la tempestad sexual.

.. No.

— 97 —

### ARTURO BORDA

Vaya con este deseo de querer hablar siempre. Pero se explica: es querer dar un fin útil a las esterilidades del espíritu.

Hombre, respeta a tus menores, porque ellos serán pudientes cuando seas inútil: considera que ser en la impotencia la víctima de la venganza de los niños debe ser algo peor que la venganza cobrada por las musas en **Dorio al tracio Tamiris.**

Quedar ignorada es la condición propia de la virtud. No sé qué pensar de Cristo y otros.

La virtud dice que lo que hace la mano derecha debe ignorar la izquierda.

Para mí Cristo es el tipo del ególatra, con la circunstancia agravante de haber obrado de modo tan sabiamente hipócrita, que es la más grande lección de hipocresía, Vaya usted a creer a nadie.

En el arte se ha de proceder siempre por oposiciones, conforme a la naturaleza. Las dos más grandes oposiciones en la existencia son la vida y la muerte.

En la afirmación, el sí, la luz, la vigilia y la vida, todo palpita; en la negación, el no, la sombra, el sueño y la muerte, todo cesa y desaparece. Pero la unión de ambas es la armonía.

El crepúsculo de ayer fue un delirio de color. La tierra tomaba apariencias extraordinarias. Hubiérase dicho que el iris cantaba un himno sin voces. Largo tiempo estuve embelesado en la contemplación de aquel fenómeno y tuve un gran anhelo de ser pintor, deseo por el cual en la noche soñé ser. De tal sueño podría hacer una descripción cuya fantasía sobrepuje a todo lo imaginable; pero he de relatarlo con la concisión que me sea dada.

• \* •

A semejanza de como en el desierto al contacto de su vara arranca de la roca Moisés el agua viva, así con los pinceles acabo de arrancar todos los secretos de la lí-

— 98 —

### EL LOCO

nea y el color. Y ejecuto con ello la belleza misma, algo que deslumbra a mi propia alma y que sin ser el realismo es más que ello. Un fenómeno propio del gran arte.

Por esa razón, desbordando alegría escribo lo siguiente en mi diario.

El tórax me estalla, y, en dolor y agonía, en mis ojos pugna el llanto, porque he violado en la paleta el secreto del maridaje de la luz y el color que en silencio y gota a gota han llorado su misterio en mi corazón, dilatándose en él a modo de néctar y ambrosía.

Ahora noto que el secreto violado eleva desde mi alma, ebrio de rara alegría, un célico murmullo de aleluyas en oblación al Eterno. Mi pecho ha de estallar y en mi corazón y en mis ojos luchan el llanto y la risa.

No sé si yazgo alegre o triste.

Pero mañana, cuando brille la aurora y luzca el sol, mis ojos, cual en las oneireodineas, ¿no verán acaso el desencanto que ya presiente mi alma?

Quiera el que por sí existe, no sea mera oneireocricia el dulce bien de aqueste encanto, cuya magia anhelo me embriague hasta el tránsito.

En seguida se desprendió de uno de mis cuadros, más que Venus misma, mi Luz De Luna, y . . .

Pero sería extenso, aunque bello, por lo menos para mí, el describir mis emociones y los amores que tuvimos hasta que nos alegró una hija, Armonía, la niña gentil, cual jamás se imaginara. Mientras se desarrollaba ella, tomando por modelo a ella y Luz De Luna, conseguí pintar la Vida, destacándose en un paisaje insuperable. En el fondo y en la forma, en detalle y en conjunto logré realizar lo sublime. Entonces era tal mi egoísmo, que lo quise ocultar de mi propia vista, porque en su contemplación me anonadaba. Andaba en estos afanes cuando se me presentó Luz De Luna y la sin par Armonía. Ambas que-

— 99 —

### ARTURO BORDA

daron extasiadas largo tiempo ante mi cuadro, reconociéndose las dos en la Vida, hasta que la niña de mis amores balbuceó así: —¡Lindo! ¡Lindo, papá!— Luego en el paroxismo de mi gloria estrangulé a nuestra hija Armonía, a Luz De Luna, y quemé **el cuadro**.

En seguida huí al rincón más silencioso de los Andes, donde me dejé morir de hambre, de sed, de infinita dejación.

• \* •

Y desperté henchido del orgullo más necio, por nada: un sueño. Pero bien podría ser el símbolo repelente y excluyente del egoísmo del arte: el maridaje del silencio y la soledad.

Buenos piezas son Rousseau, Amiel, San Agustín y otros, porque lo único que callan o velan en sus confesiones

es lo único que merece conocerse. Las memorias de estos imbéciles se parecen muchísimo a la fama del immaculado Catón que sin embargo hace con su mujer Marcia el sucio negocio de cedérsela a su amigo Hortensio, para que cuando vuelva a Catón le lleve la fortuna de su amante para dar hartura a sus borracheras.

Vaya usted a creer en la honradez y en los libros de nadie, si e! proxeneta o rufián Catón —que tal sería su nombre en nuestra época— es a pesar de eso un símbolo de virtudes entre los hombres. Y como éste ¿cuántos Catones no habrá?

Efectivamente es muy necesario conocer la historia, cuando acerca de ella se puede discernir por sí mismo, caro lector. Pero es peligroso tomar por ejemplo los casos iguales que vemos con nuestros propios ojos en los hombres más prominentes, por eso es mejor referirse siempre a casos casi prehistóricos, porque entonces precisamente los mismos aludidos, por disimular, son los que más celebran la referencia.

Donde hay pasión en arte, la estética está por demás.

— 100 —

## EL LOCO

La virtud inmediata de la música es que despierta la meditación excitando la imaginación, sin que sugiera absolutamente ninguna imagen de sí misma.

Cuando en la orquesta suena el violín, parece **que** es el alma de la música.

Nunca el arte es más dulce y bello que como cuando la música suena a lo lejos, fingiendo la voz de la amada.

Si nos invade la necesidad de dormir es que estamos cansados o tristes.

El día está húmedo, gris y frío.

Cuánto frío:

frío en el alma,

frío en el aire,

frío en la tierra,



y frío, mucho frío:  
frío de indiferencia  
en todas las almas.

Una acequia sucia y turbia  
corre espumando, turbulentamente,  
casi mordiendo la roca al lamerla.

En el viento calador  
que sopía de las montañas,  
hay un extraño canto  
que trae un son de arpa,  
mientras murmura el arroyuelo  
en una especie de secreteo amoroso  
a la vez que se oye cantar un gorrión.  
En el ámbito de los campos  
se siente imperar el invierno.

Es un día solemne, grave,  
de soledad y silencio,  
cual fuese en la extensión ártica;  
es un día de niebla,  
semejante

— 101 —

#### ARTURO BORDA

a los días en que la bruma  
envuelve a las altas cumbres,  
en ese como refugio  
de las indomables y grandes rebeldías  
en el gran imperio del silencio  
donde aun los vientos carecen de **voz**.

Y cómo van cayendo mis canciones  
en la mudéz de mi espíritu,  
y sin embargo  
ello parece un cántico de guerra  
de monstruos que se devoran  
desgarrándose el pecho,  
mientras que el viento,  
adquiere ya los sonos de una rapsodia  
en la que se oye lamentos fúnebres  
con no sé qué melancolía de amor,  
de un amor lejano, grato y triste.

El día está húmedo, gris y frío,

y todo es silencio, silencio,  
un enorme silencio que se impone  
a pesar de esos vagos rumores  
con que se entristecen cielo y tierra.

Silencio, divino silencio,  
sagrado refugio de mis penas,  
quiero entonar a tu majestad  
un himno único, hurraño y solemne  
Con la tristeza del dolor hecho hielo y roca  
en las crestas y en los abismos andinos.

Pero ¿qué tienen las cumbres y los abismos  
que atraen e infunden horror?

A vosotros informes antros  
e hirsutas cúspides,  
os digo que esa altiva soberbia  
y esa placidez indiferente  
que os envuelven glaciales—  
*son* el misterio que forma  
esa vuestra zona de soledad.  
¿Y qué más soledad  
que soledad de antro y cumbre?

— 102 —

### EL LOCO

Sólo el poder de las alas o la idea  
es capaz de turbar su majestad,  
revolando sobre cimas y simas;  
mas ¡cuánta potencia en las regias alas  
hendiendo los éteres en la soledad azul!  
¡Oh, soledad, sustento de universos  
en el silencio de los infinitos!  
¡Silencio! Silencio...  
Sí; si en el cerebro (y el cerebelo)  
hay un sutil rumor de neuronas  
en el cronométrico latir de la sangre,  
elevando en la inteligencia  
el hosanna del silencio,  
entonces,  
cual si fuese al través de un leve tul,  
en la bruma de esas altas zonas  
entono en mi espíritu  
un gigante himno

en el rumor de la sangre.  
¡Oh silencio,  
incubador sagrado  
de las recias resonancias,  
—así cual somos  
de los ignotos silencios—,  
infunde tu potencia  
en los enigmas de mi ser.

Pero entretanto  
¿qué tiene ya mi sangre  
en su inaudito rebullir  
con lo que quiere reventarme  
la aorta y la carótide?

Silencio,  
divino silencio,  
ahoga en mi corazón,  
por piedad,  
este brutal olaje de mi sangre  
y sella de gracia mis labios  
por siempre,  
silencio,  
divino silencio.

— 103 —

### ARTURO BORDA

Ahora que al pasar por una Notaría de 3ª clase, he visto celebrarse un humilde matrimonio: —los novios en traje de diario; dos padrinos y dos testigos,— recuerdo el matrimonio burgués del año pasado. Los contrayentes eran dos potentados. La ceremonia tuvo tal fausto que se hubiera dicho las nupcias de las supremas potestades de la vida para el advenimiento del superhombre; pero desgraciadamente después de quince años supe que el primogénito era un idiota...

Tanto boato para tanta tristeza...

Mas, me parece que estas cosas habría que decir las tan irrespetuosamente como sea posible, por más que el respeto parezca una floración puramente cultural; pero: es del miedo tanto en el amor como en el odio.

Creo que de esa causa de esclavitud concienical que cada cual fomenta inconscientemente, por gozarse señor, respetado y temido: ¡imperator...! sólo puede salvar a la humanidad una testaruda campaña de los maestros de alta cultura, siempre que sepan el fin de sus deberes.

Como a un verdadero refugio amo a la muerte, en la que espero que todo concluya para siempre; sin embargo deseo la inmortalidad y no la del hombre sino la de carne y hueso, para vivir y gozar, ya que alguna vez siquiera debería cambiar mi situación en el curso de la eternidad; porque si no es así, cuando uno muere, cuando ya no existe ¿qué nos importa de nuestro nombre ande glorificado de boca en boca? Si queremos la inmortalidad es por la vida, esto en lo más recóndito de la conciencia, en la necesidad de la respiración y el placer, en el fundamento de la palpitación de la sangre y la propulsión neurónica, en aquello que la generalidad de la gente no ha comprendido hasta la fecha otra cosa que la inmortalidad del nombre, ni más ni menos que los grandes hombres.

No tendríamos semejante laberinto de ideas tan contrapuestas si la vida y la muerte fuesen suficientemente conocidas; pero como quiera que parece que por siem-

— 104 —

### EL LOCO

pre se ha de estar en el delecto, nos asiste un perfecto derecho para pensar lo que mejor nos venga en gana.

Esto me hace considerar que la seriedad en la aparente despreocupación o desinterés por esos asuntos en los que se precian de gente positiva, grave y culta, todo lo que acusa es impotencia e ignorancia supina.

Pero, por ¡Cribas! no sé por qué siempre he de estar despotricando contra las gentes, que es más que seguro que jamás han pensado en mí.

¡Bah! Aquí punto final.

Tanta es la ternura y el amor que se anidan en mí, que si mis labios dan al viento el trillado TE AMO, no habría alma de bella que no respondiese alegre a mi amor.

Tal es la ternura y el amor que anidan en mí.

Y me admira cómo las gentes no sienten mi alegría.  
¿Es posible que no se opere en las almas la transfiguración  
de mis afectos inflamando sus entusiasmos?

Todos pasan sin advertir el hosanna y las aleluyas  
que mis ojos entonan a la vida, recorriendo en la febril  
luz del día.

Pero ahora aumenta mi esperanza. Debe haber un  
raro fulgor en mis ojos; pues todos los que pasan me miran  
atentamente en las pupilas, como en espera de una  
voz misteriosa.

Una dama recia, esbelta, de aleonadas caderas, fija  
insistentemente sus ojos en los míos y sus párpados sonríen  
de modo imperceptible, más misteriosamente que en  
los ensueños.

Han caído vencidos, en adoración, mis párpados.

Luego siento poder elevarme al impulso de mi deseo  
en una infinita sonrisa y en un palpito de gozo.

— 105 —

#### **ARTURO BORDA**

Ahora todos se ríen mofándose al pasar a mi lado.  
¿No estaré ridículo?

He fruncido el ceño y todos bajan la vista.

Mi corazón está agriado.

En el ideal o con el ideal nadie se extralimita, porque  
el ideal es lo irrealizable, está fuera de toda posibilidad,  
por eso es ideal.

Esta también es otra de las cosas que hay que  
entenderla al pie de la letra.

El ideal jamás se realiza, porque el instante que  
se realiza es claro que no ha sido ideal, sino la ambición  
de una realidad. Y eso no es ideal: el ideal está más allá.

Por eso para realizar un cien millonésimo del Ideal hay que constreñir un mundo más que para extraer un miligramo de radium.

Los hombres que, ya sea por miedo a la burla o al rigor del freno de sus amos, intentan acallar al pueblo que comienza a pensar por su cuenta, cometen un crimen contra el fundamento de la libertad, porque el pensamiento absolutamente no tiene limitación: se podrá enmudecer la boca y suprimir el papel impreso, pero el pensamiento, y más aún, la idea, sólo se pueden abolir decapitando al HOMBRE.

El gobierno y la prensa más liberales deben tender a que todos piensen y hablen libremente hasta por su propia seguridad, porque el desahogo de las ideas y los sentimientos son las válvulas que quitan fuerza a la acción; en cambio, reprimir el libre curso del pensamiento no es nada más que acumular energías que al fin por la presión explotan como la dinamita.

¡Ay, de los ignorantes!

La supresión del pensamiento libre, infaliblemente acusa tiranía. Y así han obrado liberales y republicanos.

— 106 —

### EL LOCO

La virtud más cierta del hombre es que sus actos responden más a sus instintos que a su razón, y esto aun a su pesar.

El instinto va tendiendo sus manecillas hacia la plenitud de la vida (a semejanza de paréntesis que cierran la oración), en la infancia como deseo y esperanza y luego como recuerdo y melancolía en la senectud.

Es muy posible que la razón — no estamos seguros—• que sólo sea de la humana especie, en tanto que sabemos que el instinto es eternamente universal, por lómenos en nuestro universo mundo.

Además estimo que el instinto es preferible a la razón, porque es de notar que el instinto puro jamás degenera en vicio, no así la razón. Obsérvese a la bestia y al hombre.

Por tal manera resultan piruetas y pantomimas la sabiduría y la moralidad de quienes recibieron los malos instintos como patrimonio de la naturaleza.

• \* •

Meditando en estas y otras tantas tonterías recuerdo que todos los sabios llegan a esta experiencia: —Lo que sé es que nada sé.— A la verdad que para llegar a tal resultado no debo molestarme en lo más mínimo en la investigación de ninguna verdad abstracta o concreta, por mucho que yo quisiera ser sabio para saber lo que es un sabio y gozar en la vida los beneficios que dice gozan.

Ese concepto tiene la ventaja de ponerme de muy buen humor.

Que los sabios se rompan la cabeza averiguando los primeros principios o los últimos fines, muy bien. Aplauzo, a pesar de que tengo ganas de matarme de risa. Pero mientras tanto lo único que debo procurar con todo empeño es comer bien, dormir bien, digerir mejor y reír en público y a solas hasta morir, siempre que se pueda.

— 107 —

### ARTURO BORDA

El motivo inconsciente y febril que nos hace bregar sin tregua en la lucha por la vida es disimular nuestro veloz avance a la muerte.

Esta es una cuestión acerca de la que debo meditar con seriedad.

Siendo tú tan sabio y grande, como pretendes ser ¿quieres que yo, misérrimo y desorbitado, te defienda? ¿Qué podré decir que no te empeore? No, señor, yo no soy defensor de procedimientos incorrectos para el logro de ambiciones proditorias.

Si la conciencia nos aprueba, nadie busque quien

nos defienda, ya que la verdad no requiere defensores ni portavoces, nada absolutamente: habla por sí. Esto en cuanto a los altos intereses de la moral; que es cosa absolutamente diferente aquello de los intereses creados: herencias, dotes, angurrias por títulos y sueldos.

Pero, si estás sumergido en un pasado indecoroso, tampoco busques quien te defienda, si no ha de ser quien contigo no pierda nada, según su moral.

Para lo que sirve la sabiduría es para convencerse de su ignorancia, es decir, eso mismo.

La voluntad cósmica es la acción incesante del misterio, ó, si se quiere, es la propulsión continua de la fuerza. ¿Quién dirá lo que es la fuerza? Decir que es el impulso no es una explicación.

La voluntad humana es la obsesión dolorosa en la resistencia del esfuerzo.

Lo cierto es que yo no sé cómo vivo: todo me molesta. Cuánto rae alegra hallarme sólo, porque si los individuos me loan, mirólos con el desprecio del adulado; si censuran, creo ser causa de envidia; si guardan silencio, les supongo ignorantes. Y lo que pasa con ellos ocurre con mi propia opinión.

— 108 —

### EL LOCO

En esta situación hago "o posible por descubrir qué es lo que quiero, porque a-go debo desear, algo que no acierto á comprender en éste laberinto de ansias en que me pierdo.

Así diciendo me dormí.

• \* •

Y soñé que con garfios me iba sacando yo mismo los sesos por los ojos y la nariz. Era un martirio fatal en que mis manos obraban automáticamente ya, como una maldición. ¡Cómo se rompían mis huesos y cómo saltaban mis sesos!



Para lo único que sirven las discusiones son para acrecentar sin medida las interrogaciones y para suscitar la cólera de los contricantes, casi siempre y aun entre los más cultos y dueños de sí; es por eso que el verdadero sabio debe vaciar todo su saber en forma chistosa de cuentos infantiles, cuidando siempre de que el relato desde el comienzo vaya subiendo en breve interés imprevisto á manera de una sucesión de relámpagos de luz y tinieblas. Deberá ser mago en fascinaciones, porque el objeto es que la idea se grabe indeleblemente, y todavía sería mejor vivirla la vida en esa forma aun a trueque del escarnio mismo. Cierto.

Aquí la verbosidad y el silencio son signos de talento generalmente, y con tal de que haya un poco de desfachatez. Pero eso no causa nada más que ignorancia; no es ofensivo, más bien halaga á los pretenciosos y suscita el buen humor de los que observan; por eso da pena ver que la mayoría de nuestra juventud estudiosa sea tan tímida, supeditada en la vida práctica con cualquier perillán intrépido y sinvergüenza. Luego no hay, pues, más remedio que espolonearlos hacia la audacia y, aunque parezca inmoral, pero que es patriótico en el hecho, empujarles hacia la pérdida absoluta, si es posible, del miedo y la vergüenza. Esto quiero, por Dios, por la Vida, por el Diablo y por todo, que se me entienda al pie de la letra y no se olvide jamás, ya que va enderezado, única y exclusivamente, para el beneficio futuro del lector ó lectora, y mejor si se graba más hondo en Ella.

— 109 —

#### ARTURO BORDA

Ello para toda juventud tímida, vergonzante, atortelada ante toda apariencia que le excede ó cree que le excede. Nuestra mayor inelinación á nuestra madre proviene de que hemos vivido demasiado tiempo en su seno: somos carne de sus placeres y dolores; carne de sus esperanzas y desilusiones; carne de su carne y hueso de sus huesos, y, lo que es más, de su ritmo.

Por milésima vez siente la florescencia del alma en el corazón, cual si fuera en una gran llamarada de infinita ternura, pero será para caer pronto en la náusea sempiterna.

En la portada del Quijote debió poner Cervantes esto que así dice San Pablo: — Si alguno quiere ser sabio y prudente, según el siglo, hágase loco.— Esto claro está, porque Pablo conocía perfectamente la idiotez humana, porque la gente, para creer en las ideas necesita suponerles un origen insano.

Oye para tu provecho, lector, esto de Metolo, el Censo Romano:

— Practicar el mal es tarea facilísima y muy cobarde; hacer el bien allí donde el peligro no amenaza, es cosa vulgar, pero el realizarlo cuando sigue el peligro es propio de nombres virtuosos.—

Cuando he de callar, tengo que decir que el silencio es lo más noble, y, cuando necesito hablar, nada me cuesta afirmar que el silencio es una cobardía.

Estoy por creer que he sentido el contagio de estas gentes.

Para el individuo ó para la entidad social, mercantil, política, religiosa ó militar, los hechos, los seres, las cosas ó las fuerzas, son invariablemente buenos ó malos, blancos ó negros, según les convenga.

— 110 —

### EL LOCO

La verdad es que en la vida, todo, absolutamente todo, está regido por el interés individual á base de cualquiera infidencia. Y tanto es esto, que ni siquiera ya da asco: tiene la acción constante de la vida; es la vida misma.

En medio del orgullo sin límites, he tildado de cretinos ó bobos á los hombres, sin considerar ninguna causa, á tontas y ciegas de mis impacencias, ni más ni menos que cualquier iluso; pero un día, humillado ante el sencillísimo conocimiento práctico que tenía de la tierra un labriego, palie por siempre mis opiniones, porque entonces pude comprender lo fatuo de mis arrogancias, y lo digo no sólo por

mí, sino por álguienes á quienes interesa también; luego, observando á los hombres, he llegado á comprobar que los individuos, poseyendo la misma ciencia y en el mismo grado, su sabiduría es dispar, resultando por tal manera, que no hay nada más estúpido que establecer paralelismos á manera de los críticos ignorantes, porque cada cual sólo es igual á sí mismo.

Cada cosa se ha de entender en su tiempo y en su lugar.

Si á los que se dedican á la teosofía se les dijese: — en vez de hacer esos estudios inútiles, estudia la armonía, la cual será la gran ciencia religión en la última civilización del mundo y quizá desde mucho antes, — la respuesta sería, incuestionablemente, una sonrisa misericordiosa.

En la armonía está todo el misterio y todo lo revelado, y significa más que el concepto más vasto que se tenga ó pueda imaginar de Dios mismo.

He aquí también otra cuestión con la que podría fundar todo un sistema filosófico.

No debo ser ingrato ni falso para con la existencia, pues hay algo que me disculpa el hecho de vivir, y es el haber gozado tan honda é intensamente de la naturaleza, en todos los fenómenos que me fué dado percibir, que no hay amante que haya gozado tanto á su querida como yo á la naturaleza: puedo decir que mis últimos años vive en un constante espasmo, de dolor ó deleite, semejante al que pre-

— 111 —

#### **ARTURO BORDA**

cede y sigue á la riada seminal, cuando nos asfixiamos entre los brazos y la boca de la adorada.

El instante en que se opera la trasmisión del pensamiento, de "a fuerza, del deseo, en suma, de la voluntad, es cuando en nuestro esfuerzo se ha logrado aquella especie de serenidad y que apenas dura unos treinta segundos, y que no bien pasado el cual nos sorprende haber llegado á una tal concentración, la máxima posible, aquella que es algo así como el aislamiento de la vida, en una ola de estremecimientos, fiebre y calambres, y fríos, que sube desde los pies al cerebro. En ese mismo momento, en virtud del

desdoblamiento espiritual, sentimos la influencia que operamos en 'a persona á quien nos dirigimos y que parece que en su espíritu sellara á fuego para siempre nuestra presencia ó visitación á la vez que de fuerza atractiva.

Luego despertamos, por así decir, ya que experimentamos inmediatamente la sensación de que la naturaleza la vemos transformada.

Estos fenómenos son tan delicados, que es muy posible que sólo rarísimas personas aun de entre las entrenadas sean capaces de percibirlos.

Cuando fui muchacho tuve orgullo de hacer disimulada ostentación de compra y lectura de libros; después sentí un deseo serio y desesperado por enterarme de todo y al mismo tiempo. Más tarde, cuando me vino el tedio de la opinión ajena y el amor al silencio se me hizo muy fuerte, eché al cenizal los libros y al olvido el deseo de adquirir un buen concepto en la opinión de Jos hombres. En la soledad dialogué con el alma universal. En seguida, para deleitar mi ánima busqué á escondidas, y como ladrón, los escritos más serios de los espíritus más cultos, libando así la esencia poética de las ponderaciones. Pero desde que comencé á exteriorizar mis pensamientos y mis sentimientos, dando vida á mis imágenes interiores, só^ siento placer en imaginar y pensar; ya no puedo leer: mi pensamiento está Vagando siempre en zonas demasiado particulares y porque además mis ojos y miradas mismas parece que huyeran de las letras, siguiendo la ruta de mis ideas, de manera que ni

—112—

### EL LOCO

lo mejor de lo bueno tiene suficiente fuerza para retener mi atención, porque me parece que dentro de mí, de mi idear y sentir, bullen ilimitadamente las emociones de una potencia incalculable que en vano hube buscado en todas las literaturas. No obstante la más secante y mordente sed de saber me incita á dilatar me en el mando exterior al impulso de un furor sin freno.

Creo sentir mayor espíritu poético en las abstracciones filosóficas que en la mera fantasía, por rica que sea ella, aunque proceda de la India. Es que el lenguaje filosófico es

más directo y descarnado, de modo que lo que hay de poético en ello está puro á modo de una gota de rocío.

He observado atentamente la inmensa falange de escritores tan irreprochables, tan admirables, como versistas ó gramáticos, de tan vastísima ilustración, en fin, tan cultos, tan pulidos, pero tan ignorantes del tic para conmover el corazón humano, que me admira su ceguera. Es que han sacrificado el raptus 'ingenuo por la frialdad del método. Peor para ellos, para ellos que ignoran las ramificaciones del método.

El presentimiento del triunfo es de una angustia matadora, cuando se le busca, porque cuando no, su aparición es repentina, de modo que cuando llega la victoria nos hallamos hundidos á modo de los pordioseros en estrado palatino, inquietos y cohibidos ante la nueva calidad de las miradas de los demás, las cuales, impertinentemente atentas y curiosas, nos agobian y recluyen, tornándonos tímidos y suspicaces, se entiende que si tenemos el pudor de la verdad, de esa especie de coquetería infantil. Y después la desvalorización de todo, que trae la costumbre.

En cambio, cuando el vencedor cae, las miradas burlescas nos sublevan, nos exaltan, en fin, nos redimen á fuerza de ser necias y perversas.

¿Por qué preocuparse de la forma exterior de las cosas? ¿Qué nos importa el mundo objetivo, aunque en él halásemos la belleza misma? ¿Por qué preocuparse del alma y manera de los demás, cuando llevamos en nuestro espíritu millares de universos ignorados de nosotros?

— 113 —

#### ARTURO BORDA

En la conciencia íntima hay algo más grave, más siniestro y profundo, algo más sagrado que inquirir y resolver, algo más incognoscible que la eternidad, y es la concreción que de esa eternidad es el alma.

La mejor carrera de obstáculos es la vida.

Estoy orgulloso y maravillado de haber al fin dicho una verdad de á puño. Pero ojalá nunca llegue á desentrañar lo que ello tenga de ridículo. ¿Acaso todo ha de ser ridículo

en mí, hasta mi seriedad?

Cuando la humanidad llegué á su término ¿cuál será la condición de progreso en que se halle?

Y siento en mi cerebro y en mi corazón el escarceo de la burla. Apuesto que no hay ni un sólo sabio que me responda, por sabio auténtico que sea.

Creo que tengo en el cuerpo el demonio de la palabrería; nunca sé lo que digo: de una palabra á otra me contradigo. Pero de esa manera no miento ni engaño á nadie, además de que doy algo mío, perfectamente propio.

Los hombres verdaderamente malos deben estar en una proporción muy reducida, es decir, ser malo por necesidad orgánica; en cambio las verdaderamente buenos deben ser aquellos que permanecen tales en medio mismo de las multitudes enfurecidas.

To be or no to be. Millonario de años antes de que exista la frase, el hecho era un agujijón diario para todos los seres.

Místicamente se plantea en esta forma el dilema: — ¿Me salvo ó me condeno ab eterno?

Pero esto es muy mediato; lo que nos interesa en la vida es la satisfacción de nuestras ambiciones en la existencia misma. Luego la traducción de to be or no to be, es: — ¿Soy lo que me da la gana o me destapo los sesos? Pero así, con interrogación, quiere decir atájenme.

— 114 —

#### EL LOCO

Ahora tengo la inquietud de que siendo mi intención escribir algo que sea serio y grave, sólo he hecho un chiste.

Hago lo posible por no pensar más en Luz De Luna, pero es un nombre que mi lengua, como la bandera que flamea al viento, va modulando sin cesar.

No la nombraré en lo sucesivo. Tal proceder creo el más sensato, ya que ni siquiera sé quién es ella.

¿Por qué so pretexto de una ilusoria consolación he de fomentar en mi pecho una oruga?

¡Adiós, oh, mi dulce nombre; ¡oh mi Luz De Luna!

Aproximadamente hace un mes que ando por todas partes cual si fuese un espejo que lo refleja todo instantáneamente, sin que me quede ninguna imagen ni sentimiento.

No sé cuándo se haya pensado lo suficientemente mal de la humanidad; pues la Europa del Siglo XX ha dado los ejemplos más feroces de salvajismo: masacres de pueblos enteros, fríamente calculadas.

Si yo fuese un gigante, como quisiera ser, encostalaría a toda la humanidad y uno a uno o a puñaladas iría echando los hombres en el cráter de algún volcán en actividad, para que por tal procedimiento no quede de ellos ni la ceniza.

• \* •

Años después. Revisando esto, recuerdo que cuando lo escribí —yo no era niño— pero el pensamiento es perfectamente infantil.

Mas, ahora ¿por qué hago estas tonterías? ¿Acaso verdaderamente estoy perdiendo el juicio?

Nada he visto o sentido tan infinitamente triste como la sonrisa consciente y como muy cansada de quien

— 115 —

**ARTURO BORDA**

cae vencido ante su hado en conflagración de todos los factores de lucha, ante quien no valió el saber ni la honradez, ni el poder ni el tesón.

Entonces he pensado por ellos y por mí.

Nosotros, la potente impotencia, tenemos un arte,

arte único e inapetecible; el dolor, cada deseo, cada ilusión, imagen o pensamiento que nace segundo a segundo en nuestra mente o sangre, es la eterna agonía renovada en mil formas. Por eso no podemos ser algo, porque somos la agonía en toda su fuerza. Mas, sabed que la agonía es sagrada. Silencio, pues, vosotros ante quienes cede y tiembla el instante que pasa.

Esta es la voz y el orgullo del fracaso resignado ante el empuje ciego de las fuerzas ambientes en torbellino, que envuelve seres, fuerzas y cosas.

Hombres hermanos bajo el luminoso manto del sol, hombres hermanos bajo la selenítica luz, os conjuro a reconcentrar el espíritu en la callada contemplación de la naturaleza, porque todo cuanto existe está para que en su contemplación leguéis al deliquio.

Desligaos de los apetitos en bruto, siquiera sea un instante, y ascended alto, muy alto, más alto; ascended en las sonoras carcajadas o en el llanto silencioso, no importa, pero ascended, que al retorno hallaréis aumentada la potencia y aligerada la materia bruta.

#### UNA VOZ

¡Bah, Loco... ¿Qué ridiculeces estás diciendo?

Y esa voz que no sé de dónde viene, me humilla y llena de vergüenza siempre. Yo sé que es una simple idea, sin embargo la oigo. Desespera.

Cuando los comerciantes se dedican a la política es que han quebrado o están para quebrar y entonces tiembla el tesoro público.

— 116 —

#### EL LOCO

Ella ha ocupado todo el día mi pensamiento. Pero con el recuerdo de aquella del catafalco se me apodera la idea de que hace tiempo que ya es cadáver.

¿Nunca sabrás, mi ella, que te llamo noche y día?



¿A tí también he llegado tarde? ¡Siempre tarde...!

En nombre del Buen Dios os invoco, oh espíritus:  
conjurad los huesos y la sangre podrida ya de mi bien  
amada y redivividla en forma divina.

Espíritus, conjurad su alma y soplad en su carne.

Sí, en una especie de ensueño veo a mi adorada:  
huye sobre un rayo de luz de luna, singlando cual si fuese  
en un cabrilleo de las aguas lacustres. Mis labios murmuran:

Tente, mi bien, aunque fuese en lo más ignoto, porque  
mi grito rompiendo la eternidad llegará a tí.

En eso en mi alma se hizo un vacío que me horripiló,  
ocasionándome un gran malestar, lo cual me dio conciencia  
de la soncería que había escrito.

No, no en vano me retraigo de las gentes.

¡Libre! ¿Qué más?

¿Qué me dieron los hombres? Por patrimonio el  
albur, por cuna el arroyo. ¿Y a qué continuar enumerando,  
si por amor...

¡Oh, mi Luz De Luna! nada conturbará mi último  
lamento a tí. ¡Oh, imprecisa sombra de amor! te rendiré  
culto en la sempiterna vorágine en que se muele mi corazón.  
Sí; porque nombre que clamo muere sin eco y  
puerta que toco cierra la maldición.

Mi alma por eso anegada en llanto sabe que en vano  
te busca, oh mi dulce consolación, a tí que eres no más  
que nombre y sombra en el ensueño, linda Luz De Luna.

— 117 —

**ARTURO BORDA**

Y noto que mi espíritu está cantando en los vientos  
que le hacen coro.

Los vientos tienen alma. Sí: cuando ellos musitan  
es que los espíritus errantes salmodian, silban, lloran o ríen;

la brisa, el céfiro, los alisios y el huracán, son las rondas de las almas en pena que buscan, ya con amor o furia, según su naturaleza, un seno en qué reencarnarse. Por eso las voces del viento las entiende el alma en los calofríos de nuestra carne. Así recibimos los mensajes ultras.

¡Silencio...! ¡Ella e s . . . ! ¡La Pálida!

• \* •

Paso a paso vino sin ruido y se fue. No es mi hora.

Reza, alma mía, al Señor tu Dios.

Para beber agua es necesario hacer una especie de buchada, lentamente, saboreándola.

La lentitud es el secreto del placer. Y es urgente para el sibarita, que la lentitud propase el simple placer, es necesario que dure tanto que llegue al éxtasis al delirio y al paroxismo. Hay que saber gozar en todo, como en la mujer.

La noche está callada y dormitan los vientos.

La tierra me parece un infinito amontonamiento de crespones.

Alzo la vista al cielo. Las estrellas titilan semejando pestañeo, con lo que parece que me llamaran sin cesar desde la eternidad, como queriendo repartirse mi alma gemina, invitándome a la travesía del infinito.

• \* •

Tengo pena. Parece que un hipo de amargura saliendo de mi alma arrastrara girones de mi corazón, para

— 118 —

### EL LOCO

estrangularlos en un sollozo; y mis ojos, importantes para el llanto, centellean de ira.

Los gobiernos de esta parte de la América se llaman

republicanos, pero sus hechos demuestran que están fundados en los principios contrarios a los de Platón, Solón y Licurgo.

Aquí la mayor ambición de los hombres concluye en la presidencia de la República, allá donde comienza el ideal.

A todos los hombres que he visto actuar en la cosa pública el pueblo los ha tildado siempre, no justamente de ladrones, pero por ahí anda la cosa. Mas, como esta es una regla general, es forzoso que haya excepciones. Sin embargo todos caen bajo la misma sanción.

Tal proceder, que no lo siento justo, me hace pensar que como no hay situación suficientemente encumbrada o humilde aun tratándose de arte, y de artes liberales también, que no suscite la sospecha y la calumnia a ojo cerrado, por causa de los bribones que sientan malos precedentes, entonces resulta mejor no ser ni pretender ser ni chicha ni limoná, ya que nadie quiere que nadie sea más. Pero está muy bien. Hay que favorecer todos los medios posibles de desorganización, para luego poder reconstruir todo con materiales limpios.

Aseguraría que hay un medio infalible de conocer acerca de la honradez de los mandatarios; él es comparar la situación económica de cuando antes y después de su período. Pero, en verdad, eso no remedia nada; mas es bien cierto que sanciona para siempre. Sufra la progenie.

La vida no es para la virtud.

Hay ocasiones en que pienso algo que estimo como una gran verdad o belleza. Transcurre algún tiempo y me sorprende ver que todo está reducido a una simple concatenación de léxico.

— 119 —

**ARTURO BORDA**

Otras veces me entusiasma la armonía de la frase; y ya estoy orgulloso de haber dado con una nueva forma al sentido de las cosas y otro valor a las palabras.

Y así.

Después de alguna temporada, cuando veo que las gentes usan de mis mismos pensamientos o de mis mismas maneras de expresarme, no puedo nada menos que sonreír despectivamente, creyéndome innovador de teorías y bellezas de forma. Indudablemente que eso es deliciosamente inocente. Pero sucede que uno u otro día hallo que lo que supuse un descubrimiento o lo que se llama una creación, es algo perfectamente viejo, viejísimo, caído en desuso, aunque hasta la fecha hay algunas de las cuales todavía sigo creyendo que son originales mías.

Temo que esto mismo ocurra a una gran mayoría de sujetos de nuestros trigales. Pues creo que no puede ser de otro modo en un siglo en que el saber se halla tan difundido.

A propósito.

Hoy el mundo está metiendo bulla con la teoría de Einstein o sea la relatividad de las cosas, sin recordar el principio milenario y popular de TODO ES RELATIVO. Entonces ¿qué es lo que hace Einstein? Pues nada más que comprobar una de las más viejas teorías del mundo.

Así es.

Hombre, cuando te embargue toda alegría, cuando la felicidad te posea, cuando la gloria descienda a tí, recuerda a tus mayores, que son el nexo misterioso entre Dios y tú.

Es algo más íntimo que mi propio espíritu (no sé lo que sea) aquello que en mi alma lanza una carcajada, ignoro si de misericordia o de desprecio hacia no sólo a cuanto existe, sino sino a cuanto hago por imaginar.

— 120 —

EL LOCO

Cuan soberanamente grande me sé en mi desprecio o misericordia.

Al fin puedo respirar: mi desprecio es más que mi propia existencia. Así habla mi verdad.

Cómo desaparece el amor mismo ante mis carcajadas.

Al fin puedo respirar.

Cuánto sosiego me trajo la risa. Pero súbitamente me avergüenzo en mi misma soledad, comprendiendo lo ridículo de mi actitud.

Ciertamente que si no estoy loco, llevo esa vida. Claro.

Bueno; y como yo mismo soy el lector, yo mismo recibo mi reto.

Estoy furioso. Cómo batirme conmigo mismo si no es el suicidio?

Phisit, phisit! Silencio; que por ahí se va al manicomio.

Cierto; pero de este modo reacciona mi control.

Sospecho que las civilizaciones han inventado el postre, porque es necesario, endulzar los sudores y lágrimas que cuesta la más miserable comida, justamente la que jamás alcanza a tener postre.

¿Esto será un chiste? Puede que sí; así parece.

Ciertamente que es muy triste que nuestra seriedad tenga toda la apariencia de una payasada. Mas, como no hay locura que no sea trágica, no digo nada.

Usted y Tú, y sus plurales, en América del centro y sur se usa indistintamente. ¿Será porque proceden del

— 121 —

**ARTURO BORDA**

mismo tronco? Bien hecho, porque América no es España: las diferencias son substanciales.

La gloria sin oro debe ser igual o más triste y desesperante que las angustias de una bella solterona sin esperanzas; en cambio que la derrota, con dinero o sin él, tiene mucho de la soberbia indomable de la miseria.

Sin embargo hay casos en que en el fondo, una victoria es más que una derrota y ésta a veces una gloria.

Cada día que pasa, si el individuo es inteligente, será mayor la conciencia que tenga del destino; pero debe cantar al poder de la voluntad para propulsar las generaciones venideras. Así ésta resultará una mentira útil para los otros. Y no digo hipocresía, porque la hipocresía sólo existe a condición de un beneficio egoísta. Pero hay que decirlo todo para la desilusión a tiempo y que el que se engañe que se engañe a sabiendas, ya que esta naturaleza de engaño obedece a una necesidad de triunfo ajeno.

Para reconocer a las personas capaces de mando, se necesita observar atentamente sus ojos, justamente cuando ríen. Si durante la risa cierran los párpados y mueven distraídamente los ojos en una especie de súbita divagación, es que sólo sirven para obedecer; pero si mientras ríen los labios, los ojos permanecen escrutadores, es que aquél que así procede está alerta al menor descuido de las gentes.

La frase breve, la voz clara y el paso firme, son el salvoconducto del hombre de acción.

No he encontrado mujer con estos signos, ni entre las ramerás.

Existe una enorme cantidad de hombres que necesitan urgentemente aprender la sencillez de corazón; que, pues, aquella propalada es por lo general el signo de la soberbia. Hablo de la experiencia diaria.

Cuando el cinismo de los ladrones en materia de arte hace que ellos permanezcan adheridos a la cumbre,.

de reptiles para por tal manera desalojar de parásitos las cimas.

Para la resistencia lo mejor es la lentitud: ahorra esfuerzo.

He aquí mi sueño de anoche, el cual lo escribiré por parecerme bastante curioso, no precisamente el ensueño sino que su causa.

## I

Sombras y torbellinos,  
incertidumbres y vaguedades;  
memorias que se olvidan;  
olvidos que se recuerdan;  
agitaciones violentas  
y serenidades mortales:  
un mundo de absurdos  
en que zozobro sin cesar.

De pronto emergen  
de las nebulosas del porvenir  
entre reverberos siniestros,  
las siluetas  
de una humanidad espectral  
y macilenta,  
furente en la impotencia,  
que se va exterminando  
mediante la guerra económica.  
No se ve arma blanca ni de fuego;  
pero la especie va consumiéndose  
en las torturas del hambre.  
Espectros, momias...  
La guerra sorda.

## II

Y mientras miraba aquello aterrado,  
la escena se fue velando lentamente  
como al través de una levísima niebla.  
Poco después vi lontananzas aún más lejanas.  
Así se iba acercando el más remoto futuro.

Toda la humanidad se iba deshaciendo  
en una espeluznante matanza  
al lado de la cual serían juguete de niños  
todas las guerras de conquista  
y aun la económica misma.

Es la guerra en la que la humanidad se extermina  
por todos los medios posibles,  
diezmándose entre hijos y padres,  
porque se está luchando ya  
por la supremacía sexual.

### III

El mundo está tinto en sangre  
cuando se produce no sé qué cataclismo  
y desaparece la humanidad.

• \* •

Cuando desperté bastante sobresaltado, recordé que  
al acostarme hube comido un pan; de manera que se explica  
lógicamente mi pesadilla y mucho más si aún le agregamos  
la circunstancia de que en el día estuve leyendo  
algunas opiniones acerca de la Atlántida. No volveré,  
pues, a hacer semejante disparate.

En las obras de arte la firma es absolutamente  
necesaria para todos aquellos que sólo pueden distinguirse  
por su nombre de pila, con aditamento del apelativo materno  
y paterno. De lo contrario nadie podría distinguirlos  
de la infinita vulgaridad en que parece que a propósito  
desaparecen las gentes. No obstante es necesario advertir  
que no hay un solo individuo que no tenga su estilo;  
pero es tanta su ceguera, que no pueden verse a sí  
mismos.

El estilo no es lo que creen muchos ignorantes, es  
decir, el detalle de la forma: puntos, comas, ortografía y  
sintaxis; color y sonos; líneas, etc.; así como no es poesía  
el verso. La poesía es lo que da vida al verso, al mármol,  
a la música, a la línea y al color; es algo que no está su-



jeta a medida alguna, porque es el espíritu de la belleza; de la fuerza, o sea de la virtud ultrasutil, consciente o inconscientemente de la intención. Tal es el estilo, el cual se revela aun en el silencio de un gesto. El estilo está en la intensidad y en la forma de sentir, no de expresar; está en la manera de concebir las cosas, los seres y las fuerzas, en ese poder de abarcar de una ojeada el conjunto de lo que se propone ejecutar, macerando toda la naturaleza en el calor del alma, en la esencia del espíritu y en el vaho de la sangre. Por eso cada estilo tiene una trascendencia que nos hace pensar y sentir en algo que finge estar fuera del mundo habitual a nuestros sentidos.

Pero cada estilo es fatalmente despótico, en fuerza de la conciencia de su propia soledad. El estilo es la combustión máxima de una existencia; cualquiera que se allegue a esa hoguera no será para robar su luz, sino que caerá en sus brasas y desaparecerá alimentando con su existencia el fuego sagrado. Tal es el destino del proselitismo: ni siquiera es tuero en el hogar, sino que apenas es carbón.

Y soñé estar muerto. Reviví en una época lejana. Anduve en el mundo de polo a polo, sin hallar ni un ser desgraciado: el cuerpo, satisfecho; el corazón, contento, y el alma, en paz. Todos eran felices. Pero no me fue posible averiguar el cómo la humanidad había llegado a constituir en realidad el utopismo de todos los tiempos. A mis interrogaciones los hombres respondían siempre diciendo: .—Jamás fuimos de otra manera.— Entonces les reolicaba: —¿Y Jos celos, el crimen, el remordimiento, el deseo, la esperanza, el temor, la duda, es posible que jamás hayan sido causa de infelicidad?— Y me miraban aledados, sin comprenderme, como si les hablase en dialecto ininteligible, cual si por el mundo nunca hubiese pasado el más leve soplo de miseria.

Sin saber cómo explicarme, absorto en hondas meditaciones fui andando hasta que me di cuenta que yo era un espíritu redivivo de un siglo perdido en los tiempos inmemoriales. Y tuve el desesperado deseo de morir nuevamente. Así comencé a vagar en las sombras. En eso

la Muerte, hablando quedamente a mi oído, decía: —Después de millares de siglos de cuando moriste, los monarcas más sabios pensaron seriamente en la paz de la- conciencia mundial, como límite de todo progreso. Con ese motivo se establecieron en un largo cónclave, en el cual resolvieron, después de agotar cuanta posibilidad se arguyó, cretinizar en globo a la humanidad, por la razón o por la fuerza. Efectuaron su propósito mediante bebidas cuyo uso se trasmite de generación en generación; y el mundo está en paz, porque por mucho que se despedacen, no sufren, ya que lo hacen con la satisfacción de la plena inconciencia.

Hace mucho tiempo que yo estuve de mozo en un gran hotel y tuve ocasión de servir en muchos banquetes. Claro que ni las señoras y señoritas *ni* los jóvenes ni caballeros pensaban que yo además de observarlos estuviese asqueando, porque algo que no puedo tolerar es la grosería con que come la gente. Bastante hacemos con tragar nosotros.

Así como hay excusados para lo que se sabe, igualmente debería haber reservados para cada individuo en los banquetes, que después ya pueden venir por orden los bailes, las charlas y las audiciones.

A qué punto de idiotez llegarían los griegos, en el apogeo de su cultura, que en sus ágapes para seguir tragando necesitaban vomitar lo ingerido. Gran cultura. Pero hay que respetar la cultura griega.

La teoría sin la práctica es nada, no así la inversa.

Excitar las muchedumbres equivale a azucar las jaurías; aplacar el furor de las multitudes es tan grave como serenar las cóleras del mar. El océano no se calma sin romperse en los escollos.

La mujer venía de frente a nosotros; era graciosa y guapa. Los muchachos que se hallaban a mi lado parecían querer desnudarla con sus miradas, especialmente uno de ¿líos que se plantó ostensiblemente adelante, pretendien-

## EL LOCO

do incitar su atención; pero ella pasó indiferentemente gallarda.

Yo estaba observando discretamente y tuve ganas de gritarle al jovencito:

—Si con tu mirada quieres inquietar a la hembra, no la mires fijamente en los ojos; ello de nada sirve. Que tu mirar primero la envuelva en tu intención. Harás de manera que sienta ese baño. Luego pasa rápidamente a contemplar sus labios, como ansiando un beso, y juguetea en ellos. Entonces mírale en los ojos, pero en las niñas y con el intenso deseo de un vencido por amor y por su belleza, cuya particularidad procurarás descubrirla inmediatamente. En tal instante es necesario acezar ostensiblemente, pero como tratando de disimular la agitación. Esto harás hasta que se produzca el contagio, que casi siempre es instantáneo. En tal circunstancia, y sin dilación, resbala tu contemplación en su garganta y en sus hombros, llegando reticente y febril a sus pechos, cual si los desnudases, y alza lánguidamente la vista otra vez a sus ojos. Entretanto entreabre la boca diseñando una levísima sonrisa; pero al instante caiga tu mirar a modo de hirviente plomo sobre su seno palpitante, y envuélvela por la cintura en tu deseo. En seguida, y hasta cierto punto, sienta ella tu calor. Entonces resbalen en sus formas tus ansias. En eso, con fiebre y rápidamente, implorando una caricia clava tu deseo hasta sus ojos.

A menos que sea la inocencia misma la mujer así tratada es imposible que no caiga en la red, así sea tendida por un mozo de cuerda o un príncipe.

Cuando ha comenzado el saliveo y ardor de los labios en temblor, acompasando la agitación de los pechos, es que ha principiado ya la pulsación genésica.

No sé nada para esquivar tal asedio.

Yendo más podría decir terribles sutilezas de las penetraciones en las luchas amorosas, secretos del misterio capaz de enloquecer en un instante, lo cual me reveló el espíritu de la sombra de la alta noche.

Y he aquí cómo se puede decir todas las simplezas imaginables y que la gente crece á pies juntillas sólo porque tiene cierto barniz de misterio. Pero es bueno que de una vez sean bestias los imbéciles.

Una carcajada general de los jóvenes me hizo dar cuenta de que yo estaba soliloqueando, por lo que me retiré furiosamente corrido y burlado, yo que dentro de mí pretendía hacer la burla.

Ayer, mirando cómo se daban la mano, tan brutalmente, entre diplomáticos y sus familias, me puse á considerar que hay un cierto modo de dar y apretar la mano, el cual hace las veces de una telaraña á causa del sutilísimo tacto que se debe desplegar. Sabiéndolo es una trampa infalible para cazar afectos. Se tiende la mano como si con ella se entregase íntegro el individuo, atrapando casi la mano que se recibe, apretándola sin hierla, cuidando de atraerla, cual si fuese un acto instintivo. Después se la sueHa á modo de una ascua. Pero al despedirse se debe manifestar más calor, atrayéndola para soltarla lentamente, cual si fuese contra toda voluntad y como si se le sacase un guante finísimo y con él la vida. A esto debe acomñar la más fuerte intención. La sonrisa de los ojos ayuda admirablemente. Mas, como quiera que yo no tengo ningún interés que nadie me quiera, doy la mano lo mismo que se dá un hueso.

Dicho de modo más propio, nuestra personalidad se avigora.

Felizmente hay algo que está fuera de toda controversia: la conciencia de nosotros mismos.

Todas las personas, aun los niños, siempre tienen algo con que nos supeditan.

Jamás acabo de reírme de los inflados de su suficiencia.

En la infancia, cuando apenas se comienza á balbucir es cuando el individuo posee en su mayor apogeo la vir-

tud del yotismo: entonces el niño, el yo, no puede comprender cómo es posible que puedan haber otros padres, otras madres y otros hijos: el universo se reduce á ellos.

Es interesante oír cómo los niños se preguntan asombrados, diciendo:

— ¿Tu también tienes papá?

— Sí. ¿Y tú?

— También. ¿Y madre también?

— Sí.

— ¿De veras?

— Sí.

— Curioso . . .

Y se quedan pensativos á la vez que comienza el desarrollo de su conciencia.

A éste respecto no conozco ningún estudio de los pedagogos.

Contestar las injurias diciendo que no se las contesta porque no las merece el agresor, es estar juntamente contestándolas con la agravante de estar paralelándose con el menospreciado. Pero eso no tienen importancia si no es el ridículo que se hace. Lo que en ello es gravísimo es el tiempo que se pierde. Aprovechar el tiempo es el asunto.

Si estamos atentos el movimiento de nuestro cerebro, notaremos que el primer impulso de la atención se manifiesta en una especie de retrotraerse de la fuerza hacia las paredes internas de los temporales y del occipital.

Suponiendo que eso no fuese así, ya es suficiente para que el lector observe. Es necesario inducir á que cada cual analice por sí.

La existencia del que medita, por larga que sea, es nada, comparada con los multiinfinitos de verdad que en un minuto comprende su espíritu. De aquí se desprende que puede estar escribiendo sin cesar hasta la fatiga de sí y de los demás. Ciertamente que es mil veces preferible

sin sintetizar; ocupa tan poco espacio que como una gota de esencia aroma el ámbito, igual la síntesis se dilata en los días.

La comprensión más perfecta del espíritu de las cosas se efectúa en la ebriedad del nirvana físico.

Cuando la imaginación se embriaga de excitantes su mareo entra de golpe en el vértigo y su sedimento es la nada de un caos.

Hace tiempo que impera en mí la necesidad de quedarme con los ojos fijos en cualquier punto, sin mirar nada y con el pensamiento casi adormecido. Parece que entonces cesara la circulación sanguínea y disminuyera mi respiración. Tal me posee la inconsciencia de una máxima serenidad, tan profunda que se fijara que en uno de esos instantes ha de concluir mi existencia. Y me sucede esto sin querer y contra mi voluntad. Al despertar, por decir así, noto dos cosas muy importantes: 1° — que mi cerebro, mi espíritu y mi corazón, están vacíos, y 2° — que si alguien me observa se sonrío, posiblemente suponiendo que hago un esfuerzo de meditación ó que la estoy simulando. Reniego pues, tremendamente de mis nervios.

No hay nadie que con pleno derecho no se crea, en una gran mayoría, el centro sobre que gravitan eternidad é infinito. Y así es.

Toda persona buena despieza sensiblemente un amable magnetismo, llevando donde quiera que fuese la confianza, porque se le siente respirar el deseo de no querer hacer daño.

Por el contrario al sólo enunciado del hombre hipócrita nos sentimos instintivamente en guardia, ya que su deseo de engañarnos y perdernos es más que su misma hipocresía.

En el fondo de la razón pura, justicia y verdad son sinónimos.

La eclosión del dolor en la eternidad de un instante al será siempre en la sangre humana una gran nota de arte.

## EL LOCO

Oír las necesidades á los viejos ignorantes y torpes es más insoportable que oír las desvergüenzas de una ramera. En cambio cómo se encanta nuestra ánima oyendo á un viejo sabio. Escoge, lector, lo que quieras ser en la solemne hora de tu soledad.

Un viejo chistoso es repugnante.

Porque el ridículo vigila permanentemente, por ello el hombre, cuando senecto, más doloroso y triste, cuanto que le es más necesaria y justa su queja, por eso, en virtud del ridículo, la humanidad le niega el derecho á su deshago.

Es que en el fondo de la conciencia humana antes que la caridad prima el culto al héroe: es la conciencia de rebelión contra todo acabamiento: la necesidad de plenitud é inmortalidad. Nos repugna ser copartícipes de la estupidez, del morbo y de la cobardía.

Suponer que sólo la belleza clásica, entendiéndose por tal no más que la griega, según el concepto general contemporáneo, es el único modelo aceptable de arte, es tan inocente como suponer que el arte griego era esencialmente simbolista ó realista, porque el arte en todos los pueblos siempre ha comenzado y esplendido, arrancando de su simbolismo religioso, como en Grecia, donde la mayor parte, casi la totalidad de sus obras, son símbolos religiosos tomados de la naturaleza misma, como en todas partes del mundo, para tener que representar más tarde con esos mismos elementos, las cosas, los seres y las fuerzas, por sus nombres y como son.

El modelo de todo arte lo da la vida. Y la vida en cada región del globo se sujeta á la configuración geográfica, la cual colora la piel del individuo, modelando sus huesos, su sentimiento y su pensamiento, imponiendo moral y costumbres. Es así cómo jamás podrán ser las mismas las del ecuador que las del polo. Esto sin considerar épocas distintas, porque por ese camino llegaríamos á lo perfectamente absurdo. Por ejemplo: ¿Cómo podrían sentir, comprender y amoldarse los esquima'es á los cánones, usos, leyes y costumbres de los asirios, babilonios, indos ó indúes?

No, yo no quiero ser nada más que la esponja de mi tiempo y de mi tierra, y sobre todo de mí mismo.

Cada cual de lo que es: el avaro provoca miserias; el generoso esparce el bienestar; la envidia destruye; el amor engendra; la sabiduría guía; la ignorancia estorba; la emulación incita y se esfuerza y el egoísmo acapara. Egoísta y avara por ahí andan.

Para hallar la mayor y mejor orientación de los pueblos es necesario escarbar los escondrijos más íntimos, revolviendo todas las inmundicias, de igual modo como se ha de manosear todo lo más alto : asfixiarse en edores y olores, siendo un verdadero éfeta efeté.

Tal es la inconsútil  
y sutil maravilla  
que enhila todo **en la vida**,  
que aun la sinrazón  
sigue el misterioso compás  
de la recóndita armonía.

¡Oh maravilla!

Todo: disloque ó rotura,  
la insania, la muerte y la noche  
son melodía,  
son fuga y contrapunto  
de la eterna armonía.

¿Dónde está, Señor, dónde  
éste dolor que lo siento,  
que lo busco y no lo hallo?  
¿éste dolor que me hace suspirar,  
que me laxa y me hace soñar?

Dolor sin dolor  
y pena sin pena,  
más que mal,  
goce que hiere  
en una tristeza tan honda  
y tan dulce al par que vaga,  
que al fin no se sabe  
si es ó no el amor,  
¿dónde está, Señor, ¿Dónde?



## EL. LOCO

Algunos usan ropa por ostentación y otros por necesidad, ni más ni menos que unos llevan alma para mover su cuerpo y otros usan su cuerpo como simple albergue de su espíritu. Claro que sus actividades corresponden á sus fines. Pero yo hago un trapillos de mi alma y de mi cuerpo; y sin embargo no soy loco, apesar de que todos y todo me silba: — ¡Loco! ¡Pobre hombre! ¡Y no parece! — Así.

Oir la insolente libertad del tono imperativo de los ignorantes y sentir la potencia de su intrépida brutalidad para imponerse inmediatamente con el hecho, si fallan sus razones, es suficiente para por oposición reconocer á los sabios.

Por fin ha llegado á inmutarme la insistencia con que la juventud y aun la gente seria hacen lo posible por denigrar á la Compañía de Jesús. Y esa juventud y esa gente seria son inútiles ante ninguna disciplina seria de la voluntad, ya que ninguno de ellos resistiría una quincena del noviciado que durante tres años soporta cada jesuíta.

Y, dado el practicismo de que todos hacen alarde, á los jesuítas debería ser á quienes más se agradezca, porque, volviendo contra vosotros mismos vuestra propaganda, ellos son el ejemplo más vivificante de vuestros deseos: ellos saben gobernar el mundo, por el dominio de sí mismos, en parte según los ritos brahmánicos.

Y es aquí que no hay que olvidar aquel famoso dicho de Napoleón Bonaparte:— **Para saber mandar es necesario saber obedecer.**— aunque esto está á la vi'ta que es repitiendo á Solón que dice, según Diógenes Laercio: — Manda **cuando** hubieres **aprendido á obedecer.**—

Pero hay todavía algo pertinente y más formidable al respecto, el reto más formidable que Jesús haya lanzado á la faz del orbe, aunque si contradiciéndose groseramente con su **creced y multiplicaos**, contradicción que á su v\*z es otra lección enorme y que nos enseña que siempre debemos tener dos fórmulas contrarias para todo A.M.D.G. Digo que Jesús dice:— **Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; hay que lo son por obra de los hom-**

**bres: y los hay que son por sí mismos, por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de ello, séalo.**

Todo esto es muy encantador, pero es muy difícil, indudablemente que cuando no es como dice el Hombre-Dios, que **cuando nacieron eunucos**, que en ese caso es incuestionable que el eunuco está á la vista que no tiene más remedio que ser eunuco; pero **ser por sí mismo y por causa del reino de los cielos**, eso francamente ya me parece mucho disparate; no obstante concedo que **ser por propia voluntad**, para la propia tranquilidad y con el objeto de lograr una obra intensa de suma belleza ó verdad, es muy aceptable, pero se entiende que temporalmente, mientras dure esa labor. Y todavía es perfectamente saludable para el desarrollo del trabajo mismo, algunas oportunas concesiones que, dando el requerido sosiego, hacen las veces de fuerzas propulsoras. Y todo esto con la reserva y discreción que el mismo Nazareno aconseja. Es por eso que á nadie debe dar asco ver un fraile gordo y menos, por supuesto, darse á pensar que la sola presencia del sacerdote ó fraile rozagante es la más inicua inmoralidad del cristianismo. No, de ninguna manera; porque eso sería revelar nuestra manera más torcida de ver las cosas, exponiéndonos á que nos tomen por gen+e de buen humor, no embargante de que el **sustine y el abstine**, que son la reg'a básica de toda religión, implican sacrificio, — abstinencia, y continencia — su nombre mismo lo dice, Y ello jamás puede significar del vientre, gordura de la carne y sonrisa perpetua en los ojos y en los labios.

De manera que mejor es no hablar de estas cosas.

Durante mis días he visto que las más grandes aspiraciones humanas fueron usadas siempre por los más esclarecidos talentos á modo de simples mantos encubridores de sus nimios éxitos inmediatos, sociales, políticos, etc. etc. hacia un fin económico, prostituyendo á maravilla el arte y la ciencia. Pero esto no quiere decir que no por eso no se produzcan cosas buenas y hasta muy recomendables; mas no por ello deja de ser la logrería de los más linceos, de los más vividores — y esto como elogio — Si. Ahora me refiero concretamente á alguien: á ese que

desde aquí estoy viendo en medio de mi soledad, á ese que está allá impávidamente en... en el espejo, frente á mi

Si no digo así, todo el mundo se me enoja.

En la aplicación estricta de la ley, me refiero á las humanas el que las acata con fe, halla en ellas por decirlo así, la libertad. Mas, pese al más noble deseo de los legisladores, las leyes humanas adoben substancialmente de imprevisiones y excesos que en el fondo las hacen injustas, es decir, de hecho dejan de ser justicia, ya que se alejan del derecho natural, no tanto quizá en la teoría cuanto que en su aplicación.

El derecho natural se le sabe del modo más infalible y preciso, por mero sentimiento ó intuición del MÍO y el TUYO; pero todo el malentendido proviene de su fijación escrita, porque no existe en lenguaje humano la justa correlación entre el léxico y su sentido, cuando que se ignora la verdad y el modo de hallarla.

Pues bien. Desde ya oigo la acusación de que no sé lo que digo y acaso ni lo que quiero decir. Eso indudablemente es mucho más posible de lo que se pueda imaginar; pero en refuerzo de mi aserto debo aportar dos ejemplos muy sencillos. Ahí van.

1º.— Si Pedro tenía, por medios ilícitos, una manzana que Juan le robó, claro está que Pedro tiene derecho á ella, aparentemente; pero si por tan nimia cosa Pedro trata de asesinar á Juan, es incuestionable que, siendo castigados ambos, la justicia estará en el castigo proporcional, aunque ello sea muy difícil establecer, pero á los dos, se entiende que averiguando el origen de la manzana.

Mas ni el derecho ni la justicia se concretan á resolver casos de por sí tan simples. Y si no véase el segundo caso.

2º.— Es un matrimonio de viejos valetudinarios que viven en la más perfecta miseria, cuyo vastago, un ente deforme, irresponsable de sus actos y perverso por

instinto, comete un hurto, por necesidad, por lo cual cae en poder de la justicia. Durante su reclusión enferma gravemente. El facultativo que le asiste, viendo la miseria ancestral que obra en el paciente, creyendo librarle de una existencia azarosa á ine- (\*)

Como testimonio fehaciente de la impotencia de los hombres contra el destino está el hecho inconcluso de ser lo que es Nerón, no obstante de haber tenido por maestro á Séneca.

Considero:

La muerte es un hecho fatal, como es el nacimiento. La voluntad humana y el libre albedrío están dentro de esos dos enormes paréntesis de fatalidad.

Por eso siendo joven me complacía en alentar á todo el mundo hacia el estudio y el trabajo, impeliéndoles en la corriente de las nobles ambiciones; mas, hoy, desde mi honda desilusión, sin que se muevan mis labios contemplo impaciente los errores humanos; cuando más, sacudo los hombros para hundirme en mí mismo.

Antaño me sorprendía el no haber efectuado siquiera un algo de mis proyectos: hogaño, cada fin de año me admira el vivir todavía.

Y cuando me acuesto, cada noche sólo deseo no volver á despertar.

Es absolutamente en vano querer nacionalizar la suma poética: ella nace, rebasa y va en exacta correlación que el espíritu tiende al universo, el cual refuye al poeta en amor, en, éxtasis y en belleza, su efervescencia gnóstica. En tales minutos se olvida en absoluto la existencia de las fronteras nacionales; pero es bueno, útil y bello, robar á la patria, desde su prehistoria, todo lo que tengo de mejor para enjorjarlas en nuestras mejores creaciones.

(\*) En los originales este párrafo queda Inconcluso. Se ha mantenido tal como dejó el autor.

## EL LOCO

Cuando ya no se pudo llegar al arte, se desciende de grado ó por la fuerza hasta el ridículo; pero tal es el poder del arte, que aun el ridículo y lo ridículo se sublimiza en la tragedia. Más esto sólo es una esperanza para los que tienen el sentimiento de lo bello.

Yo tuve aptitudes para ser millonario, pero me faltaron la educación y la instrucción necesaria. La sociedad y el estado tienen la culpa.

Con los millones en mis manos hubiera removido la vida; pero sin atajo alguno he ido cayendo en el ensueño y el análisis del espíritu: de ahí que ya no tenga para dar á la juventud nada más que el horror de mis tristezas, aconsejándole, ahora que estoy en una especie de lucidez, no busque otra cosa que el oro; que no se instruya en otra cosa que en los principios del practisismo para la archimillonaturía, porque sólo el oro en la vida lo puede todo.

Adiéstrate joven no más que en la vida práctica, porque es infinitamente miserable y triste la pobreza del que medita, aun cuando se escude en su rebeldía más alta e insobornable.

Y te hablo sí, no obstante que quisiera que te hundas. A ver si me comprendes: Pero, la verdad es que no sé por qué, me conmisero pensando en tus posibles infortunios, por los que desde luego ya me siento alegre al sólo imaginar que sino no estas por, ya debes estar blasfemando contra mí. Está bien.

Una medida preventiva que deberían formar los gobiernos en favor de sus poetas ó artistas es crearles una escuela de comercio, donde se les enseñe por el método para los retardados, y hacer que ninguno de tales tipos pueda exhibir ó publicar nada de su arte si no da anualmente un buen examen de comercio.

En un estado socialista integral ellos no tendrían nada más que cantar. Pero ciertamente que es un error, y peligrosamente grave, imaginar lo que aun está muy lejos.

ARTURO BORDA

He observado que los más resistentes para las marchas forzadas son los zambos.

No hay libro, por inútil que sea, que no sea de punta á cabo una sucesión de pensamientos; la diferencia está en que los unos son importantes y nuevos y los otros inútiles y vulgares, de donde resulta que uno se queda con la boca abierta, meditando cómo se puede llenar libros y periódicos con tanta idea que no dice nada y que menos suscita nada.

Estoy pensando en una cosa ...; pero tengo vergüenza decir, y hasta miedo, porque seguramente el ejército es lo más respetable de una nación. Por consiguiente no debemos burlarnos de los militares; pues ellos son la defensa de la patria, carne de cañón, como dicen ellos mismos, y de los más aguerridos veteranos. Pero se sobreentendiéndole vitable, perpetra el homicidio, convencido de haber ejecutado un acto de estricta justicia y acaso si de plena caridad, y con pleno derecho, dado el tormento que le viera sufrir. Pero á consecuencia de las confesiones hechas durante el proceso, los padres del muchacho victiman al médico. Con ese motivo los tribunales de justicia condenan a la pena capital al matrimonio valetudinario. El Presidente de la República conmuta la pena.

Ahora bien. ¿Dónde se hallan el derecho y la justicia y cuál es el crimen? Eso, antes de nada, ¿cuál es el crimen? Porque yo no hablo para la respuesta á carcajadas de los imbéciles, hablé á la gente sensata, aunque quien lo diga sea un loco.

Ciertamente que con éste tema se podría hacer un drama titulado LA TRAGEDIA DE LA LEY. Pero mejor es que no sea, ya que el tema es lo mejor de cualquiera obra y toda vez que la lectura de una obra se hace precisamente para el conocimiento del tema: de donde resulta que lo demás no es en el fondo otra cosa que simple estorbo. Mas es incuestionable que no pensaría así el muy respetable parlanchín don Luis de Góngora y Argote y aunque se desarrollase con el maravilloso artificio del Goethes de Berlinchingen de Goeth, en cinco actos y se-

## EL LOCO

senta cuadros, indudablemente que por lo mismo sería absurdo pensar llevarlo á la escena, ya que el teatro cada vez sólo requerirá síntesis, lo dice ya el teatro del silencio.

Recuerdo que yo era puro amor: mi corazón latía afanosa y desesperadamente por las flores, por la campiña y las mujeres; por las aguas, por el azul y las nubes; el dolor ajeno me hacía agonizar en mil tormentos y la dicha de los demás me envolvía en terribles inquietudes, más que Abril á un colibrí, cuando el espino da su flor; pero hoy estoy más impasible que el bronce á la intemperie.

Del único ejército posible, de ese que sólo sostiene el pueblo á fuerza de impuestos. Mas como quiera que está probado hasta la saciedad que sin oro no hay organización posible en los pueblos sin oro del pueblo de hecho deja de existir el ejército, por patriota que sea, y . . . , Pero, en fin, estos son asuntos consagrados sagrados y no hay que burlarse; por eso no quiero decir cosa alguna al respecto apesar de que estoy pensando una cosa...

Sin embargo de que Cristo enseñó con el ejemplo á vivir al raso, comiendo de la caridad pública y sin tener un sólo bolsillo ó morral para guardar ni una moneda para sí; no obstante de tal ejemplo no he conocido ni un sólo sacerdote, fraile ó comunidad, de quien no sea su única preocupación acaparar cuanto oro sea posible.

Según la doctrina de Cristo ningún cristiano debería amanecer ni con un centavo que sea de su propiedad y menos ajeno. Me refiero á los que visten hábito, ya que hacen profesión de fe de pobreza y caridad. Y cuando el clérigo, sacerdote ó fraile cristiano posee fortuna, es inevitable que no sea un avaro; y sin embargo esos son los que más predicán contra la avaricia, precisamente por allegar así mayores fortunas, llegando algunos á robar á las imágenes las joyas. Y es curioso que contra ellos no hay cárceles ni ninguna forma de castigo, pudiendo por consiguiente vivir á sus anchas en el ancho mundo.

Mas, no porque se haya llevado un fiasco tan grande el Buen Jesús ha de ser digno de burla; pero los Papas

## ARTURO BORDA

y los Cardenales, los Obispos, los Curas, y hasta los simples Legos, que beben los mejores licores, comen los mejores manjares y duermen en lechos de seda y plumas, viviendo por tal manera satisfechos y gordos, tampoco merecen burlas, sino que la imitación. Ellos que maldito si se acuerdan de la doctrina de Jesús, nos van aleccionando con su propia experiencia, en el sentido de que el único objeto esencial de la existencia es acaparar oro y más oro, lo cual sensiblemente nosotros no hemos podido comprender hasta ahora, todo porque no hubimos prestado la debida atención al hecho.

E indudablemente que estos contrasentidos tampoco merecen burla, ya que nos enseñan prácticamente algo que es de una utilidad incontrovertible. Y si no se cree, veamos que Jesús mismo nos enseña con el ejemplo, que cuando hay necesidad de robar, no sólo no es delito y pecado, sino que más bien es una virtud. Así nos afeciona cuando para hacer su entrada triunfal, puro exhibicionismo, el Domingo de Ramos, roba una burra. Por eso los Jesuítas aconsejan en sus mónicas secretas perdonar homicidio, asesinato, uxoricidio, filicidio, parricidio, regicidio y deicidio mismo, siempre que haya necesidad A.M.D.G. Son efectivamente la perfecta compañía de Jesús.

Se necesita un nuevo exégeta.

Excepción hecha de las violencias en la ciencia y en el arte, esforzándonos por arrancar los secretos de la belleza ó de la verdad, todas las demás violencias son intolerables.

¡Trabaja! ¡Trabaja, haragán! Trabaja, Loco. ¡Ah Loco! Pobre hombre.

Y creen que sólo trabaja el que engorda y viste bien y habla mucho, aunque para ello robe; y el que se mata en el buceo de la vida para que los demás gocen, el que exprime sus seso y su corazón, escrutando los misterios, ese es haragán...

Bueno; pero la verdad es que eso no acusa nada más que una simple inversión de valores puramente hu-



manos; y está muy bien hecho, porque de otra manera la humanidad dejaría de ser humanidad.

¡Loco! ¡Loco... Bueno

Para hundir á los fatuos no hay mejor cosa que alabarles hasta por el simple hecho de que respiran. Por tal procedimiento un día se volverán tan intolerables que todo el mundo los repugnará. Así que el mayor beneficio que se pueda hacer á un amigo es mostrarle sus defectos, aunque nos odie.

¿La visteis a mi gentil adorada? Es graciosa cual un torbellino que huye ondulando á lo lejos, en la llanura.

Cuando la púber se siente hermosa, que es más que saberse, dij érase que Poreciendo amor y caricias nos tiende al corazón un invisible hilo de imán, cuyo cosquilleo atractivo nos desvanece en el deseo y la contemplación de su carne y de su alma ingenua, que palpitan hipnosis y alegrías, elevándonos en languideces y ensueños: y es que emana se sabe florecimiento de promisiones en placeres, quintaesencias de locura en el presentir de sus luchas amorosas; por eso enciende nuestra concupiscencia.

¿La visteis á mi adorada gentil? Es graciosa cual un torbellino que huye ondulando á lo lejos, en la llanura. El máximo que el hombre puede dar en el arte ó en la ciencia, en el bien ó en el mal, es apenas un pago á buena cuenta de la fuerza que recibimos del origen por intermedio de nuestros padres.

Estoy muy impaciente desde hace algunos días: el corazón, los pulmones y la cabeza me quieren reventar á la vez que mis manos y mis pies me parece que estuvieran atacados del mal de San Vito. Una inquietud horrorosa se agita en mi espíritu; y hago supremos esfuerzos por domi-

nar esa angustia; pero es inútil. Luego me pongo á pasear desesperado en mi cuarto, dando pasos medidos. Estoy á modo de una bestia enjaulada, mientras que mi mente discurre cosas estrafalarias, hasta que al fin va anocheciendo. Entonces rendido espiritual y físicamente me tiendo en cama, dándome á dormir el sueño más pesado que haya tenido.

El crepúsculo iba amortiguando sus últimas luces. En la puerta de mi cuarto había dos hombres que charlaban. Procuré no moverme á fin de sorprender lo que decían. Su conversación poco á poco se fué haciendo muy acalorada. En seguida entraron tranquilamente. Uno de ellos se sentó á mi lado, en la cama, y el otro se puso á pasear, hablando con verdadera animación cosas que yo no podía entender, sin embargo de que hablaba en castellano, pero no expresaban ningún sentimiento humano. Mas, de pronto noté que sus palabras se iban haciendo más inteligibles; no obstante apenas podía atrapar uno que otro pensamiento, más que expresado, sugerido. De ese modo poco á poco el asunto se fué haciendo más comprensible, y, sin embargo, me hacía estremecer de espanto.

—Aun cuando tus deducciones son bastante racionales, no veo ninguna posibilidad de ensayo. Eso por primera providencia, que por lo demás estoy perfectamente satisfecho con lo que soy y como estoy.

—No importa. Pero yo insisto en que si otro me hubiera engendrado en mi madre o en que si mi madre me hubiera concebido o no, YO no existiría, seguramente, aunque, como se ve, tengo parte de uno de los orígenes.

—Comprendo. Pero te diré que aunque hablar de estos asuntos es preocuparse de cuestiones profundamente humanas, te digo que causa no sé qué estremecimiento de horror, repugnancia y respeto sagrado en el fundamento mismo del alma.

—En ese caso debe ser debido a haber tomado como ejemplo a los padres. Entonces, si quieres, hagamos la cuestión por pasiva. Pero no. No, señor: una vez tomado el

ejemplo, es necesario ir adelante. Así, pues. Si mis padres no me engendran en el instante en que lo hicieron, tampoco hubiera sido YO, sino que con la misma carne, con los mismos huesos, mis rasgos fisonómicos serían distintos, así como mi formación y capacidad cerebral y nerviosa, distintos también: por consiguiente mi conciencia, mis sentimientos y mi alma constituirían otra personalidad y no la mía, porque al engendrarme un instante después o antes, sus condiciones psicofisiológicas estarían naturalmente en condiciones distintas: un colerón si no una alegría pudo haber hecho de mí una personalidad distinta, es decir, YO, tal como soy, no existiría jamás.

—De acuerdo. Perfectamente conformes. Pero ahora vamos, porque ya es tarde, y, por lo que se ve, parece que el Loco no piensa venir todavía.

—Ya.

Y salieron, mientras que yo, sin poder moverme, me quedé mirando la puerta, hasta que otra vez me había dormido.

Despertando veo que la noche está muy entrada. Pues bien; ahora no puedo saber si aquella escena ha sido ensueño ó realidad.

Tomé mi vaso de agua, encendí el cigarrillo y me puse á dar vueltas entre mis dedos la fosforera, golpeándola en la mesa. Así me fui adormeciendo con el ruido monótono, dándome á pensar en cien mil cosas, tan fuera y tan lejos de mí, tan dilatado en la inmensidad, habitando en eternidades y mundos inconcebibles, que cuando el cigarrillo que se consumía sin fumarlo me quemó los dedos, me sorprendió grandemente hallarme aun en el comedor, mientras que mi mano izquierda seguía maquinalmente haciendo dar vueltas la cajita de cerillas.

Manifestar la poesía en prosa es mucho más difícil que hacerlo en verso, porque en el verso hasta puede faltar el fondo, lo que se ve con una frecuencia asombrosa, y

sin embargo la versificación misma va sugiriendo, por el hábito, la poesía; mientras que para que la poesía cante en la prosa, y cuanto más llana, es necesario que el fondo poético sea de insuperable riqueza emocional; por eso que casi no hayan poetas en la prosa, porque para eso se necesita ser verdadero poeta.

Prácticamente ¿para qué sirve la historia? Para mera ilustración; porque en el instante del peligro, que es para cuanto debería ser útil, cada cual obra conforme á sus intuiciones.

Todas mis alegrías son algo así á modo de combazos que clavan la melancolía en el corazón.

No, absolutamente nada inyecta el sosiego necesario en mi espíritu: no hay esperanza de alegría que vislumbre ni deseo que no sienta estar envuelta en una eternidad de silencio de muerte. ¡Oh, esta angustia que se debate en vano!

Ha llegado ya el instante en que América vive de sí misma, física, moral é intelectualmente; lo demás acusaría una condición de limosnera, de incompetencia para existir libre y soberana.

La lógica en el lenguaje es una constante violencia á la ilimitada libertad no sólo de la idea, sino que también del pensamiento.

La lógica es la ley y la razón de las progresiones ascendentes ó descendentes.

La ley y la razón se explican mutuamente.

La palabra es una modulación de la voz, luego no es correcto decir palabra escrita. Cada palabra es una idea, más que un pensamiento. Hablan la boca y los pulmones, pero la mente piensa. Propongo pues para lo que se entiende por palabra escrita el vocablo **grafidea**. Lo cierto

es que no entiendo lo que digo. **Pero esto es el procedimiento** para promover polémica.

El sinónimo de la guerra es el **exterminio**.

El símil de la paz es la **muerte**.

Progreso significa **movimiento ascendente:**  
**progreso.**

Amor sólo se explica inteligentemente **por** el hecho

Odio es repulsión **envenenada**.

Amistad es un reposorio **confiado que se** establece en la afinidad tolerante, por eso **es tan rara. El perro es su** símbolo.

De lo que son el infinito y la eternidad, hasta creo tener cierta idea; de lo que sí, por mucho que se diga continuidad, no me explico, es el tiempo. ¿Qué es el tiempo? Pero sobre todo necesito una idea bien clara al respecto, y me digo, es **algo** que existe y no existe y que está en nosotros sin estar en sí mismo. Respecto á **eso que** no es fuerza sin que deje de serlo, he meditado mucho, sin haber averiguado nada al fin. ¿No es acaso afirmar en falso que la sucesión del día y de la noche es el tiempo? El proceso de la existencia de los efímeros que viven en el fuego y que por consiguiente quizá no sepan de la sombra... ¿Cómo se mide el tiempo en ellos? ¿Por su propio desarrollo y consumción? ¿Es decir, que cada ser y cada cosa es el tiempo mismo? Pero si consideramos la idea de infinito, veremos que existen intensidades de luz en medio del fuego mismo, las cuales intensidades es posible que para los microorganismos constituyan sombras blancas, así como en las tinieblas sus propias intensidades constituyan luces negras. Esto está dentro de toda lógica. Pero de todos modos el tiempo es algo que no comprendo, mucho más cuando el tiempo como eternidad, lo cual implica que nos hablamos eternamente en un sólo tiempo eternamente quieto. ¿Acaso por eso mismo la gran negación del tiempo? Entonces peor por ahí; porque **¿sí** la gran unidad

es su propia negación, cuánto más no será una ficción de su detalle?

Si los que por cualquier medio tienen dinero, digo que asegurada la vida, sin el temor del hambre, el siniestro aguijón del mañana, y que es una especie de ladrón de nuestras horas, y no hacen algo grande en el amor ó la belleza ó investigan científicamente la vida, es porque son unos ineptos. Pero no tienen la culpa, ya que ese es su destino, aunque es un miserable destino pero debido únicamente á la mala organización social.

El aspecto total del quijote es que vivió loco y murió cuerdo, lo contrario de Jesús que vivió cuerdo y murió loco, que no otra cosa significa el haber dudado el Hijo del Hombre de su padre, Dios, en el último instante:— ¡Eli! ... Eli! ¿lamina sabachani!.— Entonces ¿si Dios duda de Dios, cuánto más abandonados de Dios no se sabrán los hombres? ¡Eli... Eli ¿lamma sabachani!

Parece que la gente jamás quiere considerar los hechos.

No, no he dicho nada yo estoy loco, de veras: si ustedes lo dicen.

Cuanto más culpa se lleva en la conciencia tanto mayor es el miedo á la muerte, y ello acrece en gravedad cuanto se es más creyente y se comprende el incognoscible misterio del más allá. ¿Quien si no es un necio afirmará ó negará la existencia del tribunal que nos juzgue á la hora de la muerte? Por mí, sólo sé que hay en todo cuanto abarca mi incomprensión un algo de una existencia suprema sin conciencia de nuestra existencia. Es en tales circunstancias que siento como si toda la humanidad en su recogimiento espiritual interrogará de esta suerte en el horror de mi espíritu: — ¿Y después?...! — A lo cual responde mi alma: — Después, aquí, sobre la tierra, en virtud de nuestro vago distingo del Bien y del Mal, purgamos en conciencia nuestras culpas, para andar libres de temor á la muerte, no por la muerte misma, sino que por irrazonado temor á la justicia del Ser que rige la vi-

da en grande. Luego, puros ante nuestra conciencia, nace en nosotros la invencible audacia ante la muerte, en virtud de la conciencia tranquila y la paz del alma, según la transitoria moral. — En eso me digo, que he ahí que es óptima la confesión de los ejércitos, antes de las batallas. Por eso es necesario volverlo creyente al pueblo en masa y mejor individuo por individuo, para que en caso dado se sacrifique estoicamente por la patria. Indudablemente que eso es infame, expuesto el asunto así, con toda claridad, pero en el fondo es de práctica inalterable desde la aparición del hombre, y será hasta la consumación de los siglos y hasta que venga un demoledor de todas las mentiras, el libertador de los espíritus. Esperamos, porque será el supremo día. Y después me dirán Loco. Pero ellos lo dicen.

Es absoluta mi incompreensión respecto al radicalismo, el liberalismo, el conservantismo, el socialismo, el anarquismo, y todos los partidos imaginables absolutos ó puritanos en cuanto á la aplicación de sus teorías; pero, eso sí, los entiendo á maravilla, aceptando las licencias, como las licencias poéticas, que las posibilidades imponen imperativamente para su desarrollo parcial. Es decir, considerados en el poder unos y otros son iguales en sus métodos y sus fines, eso sobre todo, pues sus programas se reducen miserablemente á cumplir no más que las exigencias del momento, ante la imposición fatal de la existencia.

No sé, mediante la historia ni por mis ojos, que los hombres colocados en el sitio de honor y mando hayan ayudado en nada al progreso que avanza con paso uniformemente invariable en toda la línea. Sólo la trasudación de la necesidad ambiente fructifica los gérmenes sociales. No son las teorías las que evolucionan á la humanidad, es la necesidad misma de la existencia la que más bien modifica las teorías, las costumbres y la vida. El progreso es un fenómeno que va de dentro á fuera, porque el progreso es únicamente el desarrollo de la propia fuerza. La expresión exterior del individuo deberá estar siempre en su exacta correlación con su situación econó-

## EL LOCO

mica, social, moral é intelectual, si quiere evitar el desprecio de quienes estudian á los hombres; pues es tan ridículo y repelante el potentado con trazas de pordiosero, algo que se ve diariamente, como es el pobretón con ínfulas de acaudalado; un noble hablando á voz en cuello, á modo de una verdulera, es tan repulsivo como un cargador queriendo simular el donaire de un aristócrata; no son menos un necio que perora y un sabio que porfía; tampoco dan testimonio de virtud cristiana la buena mesa y la buena cama, acicates de lujuria y gula; el militar cobarde y el profesor ignorante sirven de perfectos asmereir; es repugnante el magistrado que prevarica y la vejez con pretensiones seductoras, pero la niñez que medita infunde respeto.

A los necios toca reir.

Cuando el pueblo fulmina el anatema de su vindicta y luego en la majestad de su impotencia se recluye en el desprecio silencioso, entonces tal actitud es para el criminal, mil veces más horrendo que la daga del asesino, porque con ello anonada para siempre.

Hay gente que es impertinente aun estando quieta y muda. Para mí sé decir que la única persona tolerable es la ausente. Pero todavía es admirable cómo pueda haber quien moleste aun estando ausente, y más aun, estando muerta. Ejemplo: Judas Iscariote.

He llegado á tener un odio profundo á los comentadores, porque además de ser ineptos para dar de lo suyo, medran al abrigo de la gloria ajena, sutilizando las ideas hasta lo absurdo. Valientes polillas.

Comentaristas, copistas y traductores van parejos.

Antes de preguntar al hombre que qué es lo que sabe se le ha de interrogar qué es lo que quiere y lo que puede.

Yo conozco muchísima gente que sabe mucho y no puede nada.



## EL LOCO

Casi todos aprenden para pasar la vida, alguno que otro para ir hacia la muerte y nadie lo hizo ni hará para la eternidad; pero merece ensayarse aunque resulte ridículamente macabro.

Hubo tiempo en que me indignaba la impotencia de poderlo abarcar todo, luego ello se tradujo en un simple malhumor; ahora sólo me incita á reír. No obstante cuánto no diera por ignorar *mi* impotencia de saber y poder.

¿En qué malhora he descendido á los abismos de mi alma? Yo no supe antes de las inquietudes del silencio ni de los horrores de la soledad; nada: mis días huían ebrios en la amable despreocupación. ¡Oh la fútil inconciencia girando en el alegre remolino de las horas!

Pero un día .. .Un día ... Un día ¿por qué he mirado dentro de mí? ¡Ay! Mi corazón se ha llenado de la sangre negra de los abismos y cada uno de su helado latir es una onda de inquietud. Siento, pues, en toda mi vida el profundo malestar de un intenso frío, cual si jamás luciera para mí el sol.

¡Oh el cansancio de andar y andar siempre entre las nieblas, en las llanuras sin fin! ¡Oh, la honda fatiga á causa del imponderable peso de los éteres en el corazón!

El campo está verde y se ve á trechos la tierra ocre y húmeda. A lo lejos las serranías son indi gas. El cielo está gris. Próxima al horizonte cruza una franja escarlata. Así el celaje s e . . . ,

Pero ¿para qué continuar? Es en vano, siempre en vano: esta enorme emoción es intransferible. Y así la eterna impotencia.

La infinita ternura de amor que quiero comunicar á las gentes, en algo como en un dilatarse de mi corazón, eso...

Sí, es en vano. Ya comienza á ceñirme en el pecho la tristeza helada y lacerante.

Bien veo que si los hombres no hacen nada por comprender justamente aquello que no se halla escrito, no podrán...

¡Uf! Qué fatiga en mi pecho.

Quién no me amara si pudiese comprender la infinita tortura que se ahoga en mi sangre. Ven mi bien amada, ven.

¿Quien?

Qué cosa horrorosa, Dios mío. En medio mismo de todas mis dudas rezo al Dios uno y trino, al Buen Jesús, deseando pedir algo que no atino á expresar, ya que no sé lo que quiero.

Ten piedad, Señor. ¿Por qué me hiciste tan inútil y sin fin? Esta es una pesadilla en la que vivo desesperado y loco, sin saber lo que quiero ni lo que busco, lleno de infinitas ansias de inmensidad, de vértigos y de eterna calma.

Piedad, Dios mío: líbrame de mi alma.

¿Loco? Sí.

Cuando nos dejamos ir al viento que sopla, cuando nos internamos en las alegrías plenas y olvidamos la existencia misma en la ebriedad de nuestra propia ventura, sea cual fuere, entonces desaparece la virtud del hondo pensar; mas, nos hallamos algo así como en el alma saltarina y boba de la risa perenne de algún pobre de espíritu, y, ¡oh prodigio! ambulamos sin dormir ni vigiles, tan suave é inconscientemente, cual si un cuerpo sin peso, intangible y leve, flotara en el vaivén de una misteriosa procela, al impulso del azar subvital. Así un día se rompió el hilo de mis encantos y se deshizo el sortilegio de mis epifanías mentales. Desde entonces, sin dormir ni vigila, sigo callado en las aguas del olvido.

Toda forma de expresión por llana ó enrevesada que sea es siempre compuesta y afectada con relación á la idea y al sentimiento puros, porque carecen de forma.

## EL LOCO

El pensamiento y la memoria nos dan las imágenes establecidas á priori, con palabras, con líneas y colores, sin que exista por esa razón nada ni nadie que garantice la exactitud de la forma de expresión con su fondo de sentimiento ó idea.

La representación artística, filosófica, y aun científica, tiene que suprimir mucho ó poco ó tiene que agregar algo para dar una idea de aquello cuya imagen se propone expresar mediante multitud de imágenes cuyo origen...

Pero estoy fastidiado ya continuar con éste asunto, pretendiendo descubrir lo que el lector más ó menos vislumbra ya.

En resumen, me importa nada el que me comprendan ó no, toda vez que á la postre . . . ¡Psh!

Ellos son los locos.

Los hechos y las formas no se repiten, todo lo hay al respecto es que son analogías y, hasta si se quiere, igualdades; pero los hechos, es decir, la historia, eso no se repite. Y el que afirme lo contrario peca de ignorante. Nada se repite. Aquí falla lamentablemente el **Todo es relativo**.

Recuerdo que todas eran cosas del pasado: reliquias llenas de moho, conservadas como al acaso, en el olvido: telarañas, muebles apolillados. Todo en abandono y en ruina. En las paredes y en las piedras, musgo y liquen; la grama en los espacios del empedrado; en los techos hundidos las viguetas saliendo á modo de costillas rotas de entre las tejas de barro, en cuyas canaletas crecen á guisa de barbas, cebada, paja ó salvajina. El abandono, la ruina, el silencio y la tristeza de las cosas que muerto el dueño van cayendo en el olvido.

Pero ahora estoy cansado; otro día continuaré.

Es sumamente útil y urgente poner á buen recaudo el amor y la amistad: no estrechar ningún afecto, nin-

gún afán. No en vano dice el Nazareno á la redenta Magdala:  
—**Non lli** me *tángete*.

El tributo ineludible del que medita y analiza, el tributo al saber es soportar constantemente la imbecilidad general. La delicadeza en el trato he observado que es algo muy excepcional aun entre las gentes cultas. Qué torpeza, qué grosería de aproximación de espíritu á espíritu. Pero hay que distinguir de ello la brusquedad del miedo ó la vergüenza por disimularse así como hay que diferenciar la delicadeza de la cultura espiritual de la del tacto sigiloso del cobarde.

Tanto se habla de lo que es el deber, que lo único que puedo decir de ello es que es lo más molesto que he hallado. Y temo que sea porque la libertad... Pero qué gusto de hablar de lo que no nos importa. El deber es lo primero con lo que debería dar al traste. Mas ya saltó el maldito **debe**. El deber es la culminación de toda tiranía. Lo detesto; no es para el espíritu de un rebelde. Pero entonces ¿el rebelde también tiene un deber? ¡Que fastidio...

Hoy he leído varios acápites de mis memorias, sólo por revivir mis horas muertas y he sentido levantarse de ellas un espíritu severo, distinto y más grande de lo que creí haber hecho, lo cual me alecciona para lo futuro.

Me desconozco en mi propio trabajo, en mi mismo, en la magnitud de mis silencios. Veo que vi el mundo, los seres y las cosas, de distinto modo al que veo hoy. apesar de ver al través de mi propia alma.

Hoy abrigo la esperanza de alcanzar una lejana meta y sinembargo caigo en una profunda tristeza, en esta maldita tristeza.

¿Quizá he sido muy severo al juzgarme? Quizá sí y quizá no. Y aquí nuevamente otra causa de duda. ¿Cuando acabará éste maldito suplicio? ¡Duda! ¡Siempre dudando

...

Así, como siempre, de pronto esta mi desesperación  
quiere cantar, porque mi corazón siente romperse.

He de morir  
y en la tierra quedarán  
sólo el hedor y la pudre:  
daré al olvido el amor  
en la sidérea inmensidad;  
pero si es un alarido de la nada  
¿quién me comprenderá?

Sin embargo canta, pues, corazón,  
en las desolaciones del espíritu;  
canta en el silencio de la muerte.  
Canta, canta, corazón;  
canta sin causa, alma mía,  
canta sin esperanza y sin fin:  
canta el himno de un viento negro.  
Canta, canta sin cesar:  
canta en tu tedio  
esperanza, odio y amor.

Canta, canta tu réquiem  
en esta inquietud  
sin objeto ni por qué  
de éste maldito corazón  
y éste cerebro no menos maldito.  
Canta, canta tu réquiem, alma mía.

No era sueño, tampoco era la vigilia: yo iba  
desrizándome suavemente en los éteres. Mi estado subliminal  
estaba sereno. Y así flotando me supe de pronto en la  
conciencia de un mercader. ¿Cómo? No lo sé. Mis horizontes  
se habían reducido miserablemente. Mis emociones eran  
breves, concretas y limitadas. Mis negocios me absorbían el  
pensamiento era un número; mis ojos no veían nada más  
que números, y cada cifra tenía en mi oído un sonido metálico.  
Entonces experimenté la sensación de que mi cerebro  
era de hierro, distribuido simétricamente en cubos, de los  
cuales sah'an mis pensamientos como balazos, con intervalos  
cronométricos. El serpenteo multiinfinito de mi antiguo

cerebro era ya una vaga reminiscencia; mas el oro de las ganancias líquidas que caía en mis manos iba en las ondas del tacto á robustecer los tuétanos y los huesos, fortaleciendo mi fe en la posesión de la vida, la cual me sonreía galantemente, ofreciéndome al contado, honor, amor, alegría. Todo. Y el oro seguía cayendo en mis manos, á raudales, con tónico son, mientras que, seguro ya del porvenir, todas mis facultades no sabían otra cosa que signos matemáticos. Experimentaba una ebriedad gozosa en las transacciones que hacía, considerando que aseguraba mi más lejano futuro, casi mi existencia en otra existencia.

De pronto una mano helada me pegó un bofetón, No pude saber quién me injurió así, ya que despertando inmediatamente vi que las puertas y la ventana estaban cerradas á llave. Pero después, sintiendo un calambre en mi mano derecha, recordé que me había dormido agarrando la testera de mi catre. Claro que así se adormeció mi mano, cayendo por eso sobre mi boca.

Pero volví á caer en sopor, en medio del cual oí insistentemente.

#### UNA VOZ

Me alegro mucho que te dediques al comercio. Mas, ya que ensayaste la medicina, el sacerdocio, la milicia, y, sobre todo, abogacía y la diplomacia, consiguientemente ahora habrás de sufrir un violento choque de costumbres, porque en los negocios todo es precisión cronométrica, y un sí significa que será aunque se hunda el mundo, mas un no es algo como un fin absoluto.

El comerciante, dentro de su esfera, es la honradez matemática. Por ejemplo: — El adquiere un objeto en uno en tu presencia y te lo ofrece en mil; aunque hay un novecientos noventa y nueve de ganancia, está autorizado por la ley de la oferta y la demanda que valoriza las mercaderías. Y si le dices: — Pero si acaba usted de comprar en uno ahora, en mi presencia, y me lo ofrece usted en mil, lo cual me parece que ya no es negocio y que más bien creo que tiene otro nombre. — él, si es un verdadero negocian-

## EL LOCO

te, replicará tranquilamente amable: — Si le conviene, lleva usted, señor. — Así.

La falta de cumplimiento en las transacciones, y no hay excusa que valga, ~es el desprestigio del negociante. La intención firme del cumplimiento de sus obligaciones á satisfacer, en el verdadero hombre de negocios, trasciende á modo de un juramento, igual á un compromiso sellado con pena de muerte: a la hora fija, vivo ó muerto, y aun quedando en la miseria, estará presente en el sitio y tiempo dado, como el emplazamiento de las fuerzas misteriosas.

Pero si en tus transacciones hallas alguno de aquellos individuos que diga: — Sí ó No, y luego, Pero.... —• corta instantáneamente con él toda relación, porque es un simulador que va derechamente á la estafa y la quiebra fraudulenta: es un diplomático, un sacerdote, es médico, abogado ó algo así; su indecisión revela las fraguas del engaño que elucubra en las sombras. El verdadero hombre de negocio es el tipo del hombre honrado por excelencia: sus labios jamás profieren una falsedad, por eso su palabra infunde confianza y respeto. Esa es su moral.

Desperté sacudiendo la cabeza, queriendo despejarme de un ejambre de ideas.

Cuando no puedas imaginar nada por tu propia cuenta, cuando no se te ocurre nada original, ninguna creación, toma los motivos más resobados, aquellos que de tan vulgares un día fueron abandonados antiguamente, y vístelos con las palabras del día, con arte de moda (?) y quizá si así pases... tu tiempo. No hay más que el que no puede mirar ni ver lo que tiene á mano, el que no puede analizar ni cantar su medio, lo que está respirando fatalmente, so pena de morir uno no tiene más remedio que mendigar inspiraciones al pasado y aun de los antípodas.

Después de que la tradición encantadoramente trovada por el poeta ha suscitado el amor de los ciudadanos á su patria, por el doble fondo de misterio que revela y vela su pasado, entonces únicamente aparece el historiador. Tal es la historia.

La noche estaba hermosa y me di á vagar lentamente por la población, gozando de la frescura del aire y de ese especial sosiego que llevaba á todos el ambiente. Delante de mí iba un señor y otro que venía en sentido contrario en la acera de enfrente.

— ¡Pshist! ¡Pshist! ¿Para dónde?

— A casa. Estoy muy atareado. Mañana me caso. Quedas invitado.

— Gracias. Pero espera un momento. Si te casas cuida que no sea en Sábado, porque como es día de descanso y víspera de Domingo, tus amigos y tus enemigos, y los desconocidos, irán á observarte, y después de comer y beber á tu costa, ridiculizarán tus sacrificios. Además si tu amada no es bella igual á Venus, lo que ¡ay! es tan difícil — perdón por ella— escarnecerán sus defectos y tu elección, aunque ellos jamás hayan visto otra cosa que ogros; mas, si haces la fiesta en Lunes, como quiera que comienza la actividad comercial y todas las demás, y nadie ha de querer perder por tí sus utilidades si no eres millonario, lo cual entiendo ser muy juicioso, tendrás menos moscardones. Mi consejo es que si puedes prescindir aun de los padrinos, á menos que sean de la familia, prescindas. Esto siempre que el objeto de tu matrimonio no sea la simple ostentación, lo que, á decir verdad, no creo de tí, porque entiendo que cada cual se casa para sí y no para los demás ¿Comprendes? Pues bien; ya sabes: si tu fortuna no alcanza para deslumhrar á los tontos con un lujo inaudito, por la noche ya seréis el ridículo de los comentarios ociosos de la sociedad.

— Creo que tienen razón Sí: me convenciste. Por lo pronto quedas desinvitado.

— Muchas gracias. Y te felicito.

— Adiós.

— Adiós.



## EL LOCO

Y llegando á la esquina próxima se fueron por distintos lados. Yo proseguí pensando en las verdades que había oído cuando un rayo me hizo pensar que mediante enormes máquinas eléctricas se podría producir chispas continuas sobre las poblaciones, formando hilos de rayos luminosos en multitud, de tal manera que se podría tener una luz casi igual á la del sol y las poblaciones estarían admirablemente iluminadas sin que nadie necesite hacer uso ni de cerillas.

La crítica es beneficiosa únicamente para los hombres o para los pueblos inteligentes y ansiosos de conocerse y corregirse y progresar; pero es como si no existiese para los imbéciles, para los bribones, para aquellos que la existencia por medios fáciles es el fin de sus días.

Regularmente la gente confunde la crítica con la censura.

Querer averiguar á qué hora me hube dormido, seguramente que sería un trabajo ímprobo, para el que no me hallo con suficientes fuerzas; pero recuerdo muy bien lo que soñé:

Durante la primavera y el otoño hice un largo viaje, atravesando enormes desiertos, en los que consumí mis provisiones; pero llegué á tiempo al oasis. Los beduinos hacían la cosecha. Me senté á la sombra de una palmera. Bebí agua fresca en la fontana de una roca viva. Mi alma y mi vida se extasiaron en la contemplación de aquel eclosionar. Cuánta claridad. Cómo alegraban el agua, el azul y los verdes. El sol, la sombra, el arroyo, todas las transparencias; la cosecha, la lozanía de las hembras elásticamente hermosas y el recio vigor de los hombres, todo me fascinaba. Mi alma estaba alegre, como zambullendo en la belleza vital. Fuertemente emocionado iba tomando apuntes para trasmutar á los hombres mis emociones; pero, rendido ya, caí en el sueño.

Cuando desperté el paisaje estaba desierto, deshojado, aterido, como en invierno. Los beduinos

habían talado el oasis, desde las raíces. El mismo sol, tan alegre el otro día, estaba triste; parecía frío. Sobre el turquí del cielo se recortaban esqueléticos los ramajes; el canto de las aguas era triste, más monótono; las aves habían emigrado. En vano busqué algo qué comer: todo era roca dura, madera agria y arena calcinada. La debilidad me fué consumiendo; mis rodillas se doblaron y mis párpados se caían. Mi cuerpo magro pesaba toneladas de plomo, mientras que mi voluntad se desganaaba en la melancolía. Yo me estaba muriendo en tanto que el oasis reverdecía. Pero ya era tarde: agonizaba larga, largamente.

Mas eso sucedía cuando yo iba despertando, muy alegre de que aquello no fuese nada más que un simple sueño.

Trastorné la esquina y topé con los presidiarios que venían en formación. Los recogían de los trabajos forzosos, entre dos alas de soldados bala en boca. Tuve pena. Ellos sonrieron tristemente cansados, pero sentí en mi alma una violenta repulsión, considerando que eran asesinos. Pero todo es cuestión de costumbre. A medida que nos aproximamos á la verdad el silencio se hace imperativo.

Para ser el gran artista es necesario sacrificar nuestra más preciada personalidad en la ignición de todas las personalidades, en todas las pasiones, compenetrándonos, como ya se debe haber comprendido, sin asomo de egoísmo, en todas las luces, en todos los sonidos, en el aire, en el fuego, en la tierra y en las aguas: morir para sí plenamente en la existencia universal, no sintiéndose á sí mismo sino en los demás, en la paciencia tolerante á todos y á todo, en la más perfecta dación y estoicismo; y así nuestro corazón, latiendo al calor de todas las vidas, resurgirá en nosotros formando la personalidad universalmente múltiple, potente, eterna, sin limitación ni en el tiempo ni en el espacio.

## EL LOCO

Yo he respirado la atmósfera de la inmortalidad; huele á cama, á dolencia, á cadaverina, á sepulcro y exhumaciones y se siente el calor de las miradas contemplativamente penetrantes; se siente el lento acezar de los espectros en el quietismo de los remanzos, al dormitar de los vientos.

Yo he respirado la atmósfera -de la inmortalidad, mas mis pulmones no aguantaron y desperté lleno de espinillos.

\* \* \*

Luego, huyendo del tedio desconsolador, supe de los goces de la vida opaca y humilde: de la carcajada despreocupada y del henchirse del pecho en el amor; supe de los rayos de sol en el invierno y en el otoño, en el verano y en el estío; supe de la sonrisa de la mujer y del aroma de una flor.

Mis pulmones insuflaron la vida, y, al bullir de mi sangre, sentí la dicha campechana en la salud potente.

Hoy he visto una mujer, bastante bonita, y decía cosas graciosas, las cuales eran muy festejadas por sus interlocutores; pero en su acento y en sus miradas había tal cansancio, que sentí lástima por ella. En sus anécdotas supe una jovialidad tan exquisita, cuanto era de enorme su gravedad y cansancio al relatarlas. La risa hirientemente despreocupada de sus oyentes provocó en mí un odio mortal hacia ellos, porque no veían cómo por divertirles se acababa en el esfuerzo aquella linda mujer. Le llamaban Consuelo.

Ellos estaban en La Alameda. Hacían rueda discutiendo el último libro. Yo me hallaba sentado en un banco gozando del airecillo de cordillera que soplaba del Oeste. Y se pusieron en marcha, lentamente discutiendo. Cuando pasaban pude oír el siguiente diálogo, haciendo como si leyera un periódico:

— De éste libro puedes sacar libremente veinte libros, sosteniendo por tal manera constantemen-

ARTURO BORDA

te y por mucho tiempo el prestigio de tu nombre, sin necesidad de agotarte, además de que eso te producirá veinte veces más en dinero contante y sonante. Has lo que todos hacen.

— Dices bien, lo útil y la verdad. Pero yo no lo doy para mi provecho, sino que para el ajeno, porque yo no soy egoísta ni comerciante. Tal mi diferencia.

— ¿Por qué?

— Porque entiendo que esto necesita la juventud de ambos sexos, algo á modo del baño tónico que jamás pueda recibir hacia la más completa exaltación de sus altruismos y entusiasmos, en el amor y en la verdad, como nunca recibiera tan íntegramente. Por eso, porque va á todo amor, á toda juventud, á toda esperanza, no ya de un pueblo ni de un continente, sino que del mundo, por eso el todo y á precio ínfimo, sin medida. A la juventud hay que darle lo más que se pueda por lo menos que se pueda, á la inversa del procedimiento mercantil de los explotadores de la juventud.

— Tienes razón. Pero...

— Además yo que no acepto ni tengo amos, yo no necesito que nadie sepa que aun vivo, porque yo no iré á arrebatár la carroña á los de ningún bando, que puestos ambos en la misma situación son siempre la misma cosa. ¿Qué me importa, pues, que nadie sepa que aun existo ó ya no? Fracaso en una y en otra cosa, emprendo pues algo aun más grande, con mayores y más ostensibles seguridades de mayor fracaso, acaso si por eso mismo más fuerte en la acumulación de toda mi potencia. Sí; pero no fracaso mío ó de mi obra, sino que la eterna incomprensión ambiente. Pero esa no es cuenta mía, y quizá en verdad que ni de ellos, ya que van arrastrando toda la ignorancia del pasado. Entonces que cada cual reforma su presente para el beneficio futuro. Eso hago; nada más.

— Estamos de perfecto acuerdo. Sin embargo, a pesar de que esto viene a nosotros, a la juventud...

— ¡Claro! Después de esto sí que me dedicaré íntegramente a mi propio provecho, toda vez que en este orden está concluida mi actividad, patrióticamente tan alta como se puede concebir, o por lo menos como yo entiendo.

Y ya no se podía entender lo que siguieron hablando, mientras que yo estaba aparentemente abismado en mi lectura, de la que en ese momento se reían al pasar mirándome unos muchachos, porque yo había estado agarrando el periódico "La República" al revés.

La inspiración es toda idea ó sentimiento provocado por algo que nos hace interpretar su sentido.

Todas las virginidades tienen la misma potencia de encanto y seducción. Obsérvase en las bestias, en las gentes, en las plantas. Etc. Pero donde culmina en toda su avasalladora potencia intocada es en el alma. Presta atención á las almas vírgenes. Esa emoción ya no se puede explicar sino es con la misma contemplación: tanta es su enormidad, que se goza de ella en silencio, guardando el silencio para siempre, por absoluta imposibilidad de expresión.

— Ese que pasa cantando es un millonario, y aun más.

— ¡No embromes! Si apenas tiene su sueldito.

— Te digo que es millonario.

— ¿Cómo así?

— Su espinazo es de serpiente.

En toda esta temporada no hice nada, no puse ni una línea; las horas las invertí pensando en incoherencias sin forma ni consistencia, mas la cabeza se me cae de uno á otro lado: mi cuello parece un alambre sin resistencia y mi cuerpo está pesado y laxo, sin aliento. Estoy aniquilado: me satura una tibia languidez de convalecencia.

ARTURO BORDA

Es admirable cómo la ideación nos chupa la fuerza: mis rodillas se doblan y hay en mis articulaciones una sensibilidad dolorida en tanto que la tristeza me oprime el corazón,

¿Qué fué de aquel fulgor célico y boreal que un día me extasío? Hoy sólo me queda una especie de sonrisa velada que se hubiera refugiado en las tinieblas de mi alma. Y esto llega á tanto, que me da la sensación de hallarme lejos de mí mismo. Es, pues, un infinito el que me separa de mi vida, en vida. Estoy como dentro de un fanal hecho de vacío, desde donde especto inmóvil el ajetreo febril y vano de los hombres, palpándome en el pecho el corazón que busco y no siento latir: tan, callado se muere.

Qué silencio en mis días ¡oh, alma mía!

Hoy vi una mujer, cuyas miradas parecían indagar desde el fondo de sus más nebulosos recuerdos. Era una mirada que tenía el no sé qué de las atracciones amorosas. El talante de tal hembra sugería la idea de una soberana hindú, altiva y destronada.

A medida que se, aproximaba vi que humedecía sus labios relamiéndolos á modo de un alistarse á las luchas del amor. Al instante creí sentir en mi boca sus besos más locos, como inyecciones de cantáridas.

Mas, pasó de frente, imperativa y seductora. Y así se iba, ondulando sus amorosas carnes. Sus pechos palpitaban entre tules, temblando á cada paso, mientras que sus pulposas caderas, bien ceñidas, llevaban el vaivén de una leona calmosa.

Así, al beso y caricia de todas las miradas, se fué envuelta y saturada de la lujuria que devenía.

La inteligencia sin oro y combatida, equivale...  
Eso sabe muy bien la sociedad.

Si todo concluye en la muerte, mata la misericordia y harás el oro omnipotente: mas, sabe que si el espíritu es inmortal...

## EL LOCO

¿Te gusta pensar?

El más sabio, más infeliz: Jesús.

He caído en el hervor caótico de la vida universal que borbotea en mi cráneo o marmita ósea, a las chasqueantes llamaradas de mi corazón.

Así se consumirán mis días trágicos; pero resurgiré y seré la línea pura, un trazo de diamante en el azul.

Llueve. Uñas de finísimos dedos que tamboretean en los cristales; alas de libélulas inquietas y fatídicas que redoblan en los vitrales. Oigo el silbo y la siniestra canción de los vientos.

Adormeciéndome lentamente caigo en el sueño.

.....  
Desperté agitado, comido por un escozor desesperante, y vi, de la puerta á mi cama, huellas de pies que anduvieron en los barrizales... ¿Era acaso mi espíritu ó de alguien que vino en su agonía?

Ya no llueve. La aurora va pasando y los vientos ya no cantan.

El gesto más sincero y noble del maestro, es su rubor por lo que supone enseñar.

¿Cómo creará que enseña, cuando todo lo que hace es aprender?

Lo más bello del Karma Yoga es: —" el hombre que ha de ser maestro en religión debe considerar á todas las mujeres como si fuesen su propia madre". — Pero yo sonrío ante todos los preceptistas. Porque ¿Cómo deberé considerar á mi madre, yo que llevo en espíritu y materia el estigma del abortivo? ¿Yo: el expósito, el loco?

La suspensión que la música provoca en el espíritu, ese estado en que parece que se ha de romper la vi-

da, en que el alma delira en la angustia de un acabamiento gozoso y doloroso en armonía, casi más allá de los límites de la vida, ese estado también sólo sienten los...

¡Cómo tales éxtasis quisiera comunicar á los demás!

Dejar el corazón por donde se pasa: dejar nuestras profundas emociones en aquellos con quienes palpítamos un instante, dejarles toda nuestra intensidad de existencia, gérmenes de amor y recuerdo, tal es dejar el corazón en el hálito, en una mirada, y, más aun, en el deseo, al paso fugaz de nuestros días. Pero cuan pocos avaloran que se les entrega el alma.

Confiar en sí mismo, en sus propias fuerzas, no significa en manera alguna estar seguro del triunfo, ya que ello implicaría subyugar los cien mil agentes exteriores que cooperan á la realización ó á la destrucción del hecho más insignificante.

Confiar en sí es saber dirigir nuestras fuerzas en la corriente de los albuces, nada más, de los albuces.

Es una desgracia que hasta el arte se halle en estos pueblos á merced de los odios de la política chica, de las rencillas de aldehuera ó de cocina. Y todos los gobiernos son iguales: en su presencia son armas peligrosas para ellos la verdad y un hombre libre. Pobres gentes ¿por qué no alzarán la vista, siquiera sea de tarde en tarde? Cuánto nos suaviza la contemplación de la inmensidad. Cuan serenador es el azul.

Decir Estado, en todas partes es decir cubil de odios y venganzas, nidada de bajezas. Y esto sin excepciones. Hablo de lo que me consta. Cómo los gobiernos tratan de aniquilarlo al que posee la verdad, al que censura. Ellos no quieren nada más que cómplices. ¡Ay! del censor: por todos los medios posibles se le cortará todos los recursos de vida: ¡que muera!, es el grito de la sombra; en cambio que para los suyos todo el honor, todas las facilidades y todo el bienestar posible.



## EL LOCO

Los sabios mismos hablando de Dios, el concepto de lo increado dicen: — Ese gran artista; — pero, que yo sepa, jamás dijeron: — Ese gran científico —. Y aquí comienza a ser ridículo ese adjetivo, lo cual parte de la divinidad, siempre que se le acepte. Indudablemente.

Respecto á éste asunto se puede hacer disgresiones interesantísimas y muy divertidas. Pero baste desde hoy á los pobres locos, el saber que su maestro es Dios ó lo que con ello se quiere sobreentender.

Ni la milicia enseña tanto al hombre á ser perfectamente determinado, como el manejo de los negocios. Yo creo que á los militares más sobresalientes, en quienes se revelen los caracteres de mando, se les debería dedicar por cuenta del Estado, por algún tiempo, á los negocios, para que adquieran esa imprescindible autoridad y esa seriedad amable del verdadero hombre de negocio.

En la atención del oído es dónde ó cuando se advierte más claramente el desdoblamiento astral.

Cuando nuestro cuerpo se anestesia en vigilia, y de pronto, por intensidad ó debilidad en el ensueño, volvemos á la vida de relación, entonces al menor ruido sentimos salir todo nuestro yo por el oído larga y atentamente, como por un embudo acústico, ó micrófono, indagando á través de la materia.

A la intensidad de la reconcentración del yo en el oído sigue la del olfato, después la del tacto, y, por último, la de la vista.

Es interesante notar cómo los dos sentidos receptores, bajo ciertas circunstancias, tengan menor radio de acción y más lento.

He visto hombres de perversidad tan incalificable cuya única ocupación es ir deshonrando á la belleza, a la inocencia, a la niñez y al amor; y he visto tal repugnancia, tal decaimiento y melancolía, algo así como en la dejación de una convalecencia en las víctimas y en mí, que uno á uno fui diciendo á los malévolos:

No seas infame. No podemos ni queremos creerte. El espíritu se rebela. No seas, pues, vil. Habla mal de quien te pueda responder con un bofetón, si no con un balazo o una puñalada, y a tu vez puedas, si eres hombre, deferente; pero es inicuaamente cobarde atacar sin necesidad o por despecho con la insidia en la sugerente murmuración, o como fuere, a la belleza, al amor, a la inocencia, a la mujer que no tiene más defensa que la tristeza de su dignidad ultrajada en su honor.

Días enteros estuve mirando al sol, absorto en el prodigio de-su luz, y han sídome tan insuficientes las explicaciones que de ello me dieron las leyes físicas y químicas, que al instante heme hundido, siempre envuelto en la luz, en las zonas ultracósmicas, más allá de la inteligencia.

Y así, siguiendo como un girasol al sol, de Oriente á Ocaso, día á día, mudo en la mudez nirvánica de mi espíritu, elevé mi oración al sol.

Hay gentes que aun estando mudas y quietas se les siente meter bulla, espiritualmente, tanto que son insoportables; otros hay que aunque gritan á voz en cuello parecen mudos.

Ciertamente que no basta que el pasado haya hecho tanto tan bueno en arte, casi como para satisfacer los deseos de todos; pues apesar de tanta maravilla, insuperable acaso, hay algo irrevelado dentro de cada cual, que se debate por salir á la luz, si es posible en la más sublime de las expresiones. Entonces sí que trabajamos rudamente, pero ni siquiera ya por emulación, sino que por el simple hecho de gozar de nuestra propia sublimación. Justamente, en eso que constituye el más alto espasmo del placer. Así; pero si ello no es bueno para las gentes presentes lo dirá el porvenir. Este es el puro goce que podríamos llamar el de la creación.

## EL LOCO

Si en mi camino hubiese encontrado el gran afecto del ser que busco inquietamente en vano ¿qué grandezas no hubiese realizado mi energía: qué cumbres no hubiese hollado mi audacia; qué soles no hubiese arrancado al impulso de las ambiciones que las circunstancias engendran? Hoy la falta de alguien á quien ofrecer por amor la gloria, en fin, de alguien por quién luchar: de alguien por quién necesite agitar yo mi egoísmo háme aplastado en la dulcedumbre de un dejarse llevar en la simple contemplación y meditación, desperdigándome, como las aves, en un cantar sin hilación; y lo que como esto que escribo sale alguna que otra vez, no es nada más que un desborde del silencio de mi hastío nirvánico.

Es sensible que ni el nirvana pueda matar la conciencia de quien la posee.

Sólo puede ser Señor quien enseñoree su voluntad en sus sentidos — quien se haya vencido — Me da risa cuando me dicen señor. Quién pudiera ser señor! O por lo menos quisiera conocer algún señor; pero es posible que deba existir siquiera un señor.

La acción de la voluntad en asumir instantáneamente toda responsabilidad es lo que en los casos primos establece de hecho la autoridad en el individuo por tácito consenso general.

Esto me ha sugerido la circunstancia de que esta mañana en la fonda, cuando estuve almorzando, saltó la parafina del anafe en el mostrador, formando una gran llamarada, con lo que todos se pusieron atolondrados en un gran laberinto, sin poder atinar á hacer lo necesario, hasta que de un brinco, plantándome tranquilamente en el centro, miré primero con calma el avance de la flama, con lo que todos quedaron estáticos un instante, en tanto que yo copaba calmamente el fuego con azafates, platos y baldes, y trapos húmedos, hasta extinguirlo.

Entre los fenómenos físicos el único que se comprende me parece que es el fenómeno del color, y . . .

Pero ahora estoy encantado, sin saber por qué, en el recuerdo de una mariposa negra, siniestra, volando disea en la noche; y hay el febril tintineo inquietante de una tibia de párvulo que repica dentro de una sonora concha de tortuga.

Así como es absolutamente imposible tener dos madres, de igual manera es imposible tener dos patrias, según el concepto de los patriotas; que según el concepto de los verdaderos comunistas es distinto. De modo que los explotadores de las patrias no vuelvan á repetir aquello de que tal ó cual tierra consideran como a su segunda patria.

Las cosas hablan. Todo tiene voz; y, más que todo, todo tiene acción. Hay que saber oír, sentir y ver, nada más.

En los circos ecuestres se ve frecuentemente burros sabios, pero más frecuentemente se ve entre las gentes sabios burros.

Algo de lo que ya absolutamente no se puede dudar es que la gente que se dedica al chisme, al dice que y á la política en general, es que es ociosa, que gana poco y ambiciona mucho. De un modo más claro diré que es de aquellos que al fin buscan una mujer ricachona. Y sino ojo á todos.

No sé de una sola persona activa, honrada, trabajadora y que gane lo suficiente con la explotación de su propia capacidad y que sea chismosa, repugnante y politiquera.

Antes que Sur América sea los Estados Unidos del Sur, Bolivia ya estará dividida y subdividida y habrá desaparecido su fatal regionalismo, si los canallas, si los infames, si los traidores, si los viles no sacrifican una vez por siempre la insinuación criminal de sus chismes de éxitos personales ante los intereses regionales y la unidad nacional.

Prácticamente la forma ideal de la República es la federal. En esa forma refluirá América á Europa, si antes el socialismo comunista no impera. La ventaja del gobierno federal es que concilia el mayor número de ambiciones personales: satisface mayor número de zánganos.

Cuando se ha entendido la intención todo signo sobra.  
.. entre gente inteligente; pero entre las bestias parece que eso saben mejor.

Para sacar una sola conclusión hay que devanarse los sesos. Nadie puede saber lo duro que es arrancar una verdad á la vida, si no ha intentado internarse en el indescifrable laberinto de la existencia.

El dolor y la miseria elevan la creación más fervorosa cuando se es creyente y cuando no el sarcasmo y la blasfemia más descarnada, más que en...

\* \* \*

Y tan despacio que se mueve mi pulso. Me da ganas de clavarme una puñalada en la mano.

Siempre se experimenta la sensación de que la música no ha concluido. Es que es el arte más ilimitado.

Todo lecho es blando y tibio si consideramos **que** para nuestro último reposo nos reserva la naturaleza tierra húmeda y fría; por eso hay que aceptar agradecido, y contento, cualquier jergón para pasar la noche.

Recíprocamente  
las cabezas entre las manos  
y una en otra las bocas  
Ella y El se asfixian jadeando,  
absorbiéndose en amor el alma.

¡Oh! los labios que se erectan en la caricia  
y que arden y queman,  
estrechándose insaciables, violentamente,  
gozando con furia, casi en un **paroxismo**  
sexual.

Es la lujuria de la pulpa labial  
en las bocas que se juntan como ventosas,  
succionándose en lascivia  
hasta que en fuerza del ósculo,  
revienta el vacío..

Entretanto los párpados han caído pesadamente  
y los ojos  
entornándose  
ahondan su mirar  
en las tinieblas encefálicas.

Tal es la imagen escueta  
del sensualismo en los labios.  
Yo guardo el secreto  
¡oh mi Luz De Luna!  
Para tí el beso más loco.  
Los finísimos nervios  
de mis labios y la lengua  
son imanes que infunden en la boca  
la sensación de cantáridas en torbellino.  
Ven á beber el amor en un beso.

A propósito, diré, aunque esta relación no tenga nada  
de común con lo que precede. ¿Y por qué siempre sería  
de manera que así parezca? Diariamente sospecho más,  
que en otros instantes puedo afirmar, á perder la cabeza,  
que no sólo en la vida sino que en la existencia cósmica  
todo está ultrasutilmente encadenado al impulso de una  
fuerza sin nombre todavía.

Pero para referirme concretamente á mi asunto,  
expresaré que eso - el apropósito - demuestra cómo semejante  
manera es también otra de las infalibles para hilvanar  
unas con otras cuantos asuntos imaginables haya, cuando  
no se sabe cómo salir del paso.

Pues así, apropósito, digo que entre mis cuartillas  
antiguas he encontrado unos manuscritos de los que ya no  
conservaba ninguna idea. Claro está que ello me hubo  
sorprendido de modo especial, por aquello de tener algo de

## EL LOCO

un yo mío que ya había muerto ó desaparecido, de eso que había sentido y pensado en una existencia anterior. Verdad es que todas ellas son tonterías; pero por lo mismo ahí van y sin enmendaduras, aunque algunos de esos articulejos se hallan visiblemente trancos en sus finales, otros apollados en el comienzo. Los más parece que están concluidos. Sin embargo no me acuerdo si quedaron así ó cómo fué.

### I

Estoy viajando. Los paisajes, los tipos y las costumbres que antes quise pintar ó describir con toda la fuerza de emoción y belleza con que supe sorprender, y que no pude por varias razones, como hoy mismo, sin embargo de que miro con idéntica comprensión y quizá si con mayor, no hago sino pasar de largo, sin ninguna intención, como envuelto en una extraña mezcla de indiferencia y tristeza - á ver si me explico - que no dependen de mi voluntad. Dicho más propiamente: quiero pero no tengo ánimo porque en mi conciencia oigo la misteriosa voz que me pregunta: -¿Para qué?

Todo esto es un disparate, pero es justamente la verdad.

He llegado á comprender tan íntimamente la belleza del instante, aquello que acaso es su espíritu: el encanto, la armonía, la sugestión que nos seduce y maravilla en la fugacidad de las cosas en esa especie de éxtasis y desesperación por querer hacer eterna la magia precisamente de lo que no es ni puede ser más que un simple relámpago.

Pero creo reconocer que esto no es otra cosa que una simple disculpa, ya que antes, como ahora y como será después, estoy bajo el imperio de la abulia. ¡El esfuerzo inaudito de voluntad que me cuesta poner una línea! ¿No será mi razonamiento un mero pretexto para disimular mi haraganería?. ¿Para qué? ¡Quien sabe!

Sin embargo recuerdo que mi indignación por la impotencia de poder comunicar á los demás nuestro sentir

y ver la belleza, trasuntándoles toda la verdad aun en sus percepciones más sutiles, llego á comprobar que no es un sentimentalismo baladí de juventud, por el que solía avergonzarme, sino que más bien compruebo ahora que eso constituye una verdadera indignación ó tristeza de nobleza y muy alta. Y así, como cuando en mi niñez sentía hervir de cólera ó pena mi sangre al no poder comunicar hermosa y sencillamente mis emociones, así también ahora, pero más íntima, más honda y dolorosamente, aunque cada día mi facultad ó atención de observación se hace más pobre, más pesada y más torpe. Son los años que van apagando las erupciones volcánicas de un ideal.

En todos los idiomas hay una frase para echar á rodar á todo el mundo; pero la gente educada se abstiene de proferirla.

## II

Ni el dolor ni la alegría, ni objeto material alguno, nada en fin, es suficiente para conservar constantemente la memoria ni de lo más amado del corazón. Y llega á tanto eso, que ni nuestra propia existencia es suficiente para estar recordando nuestros propios placeres ó dolores.

Es incomprendible la volubilidad de la existencia.

Entonces nuestra esperanza de grabarnos en el corazón ó el alma de las gentes es también en vano en éste ilusorio desfile de sombras.

## III

Jamás he podido comprender que trabajar sea todo movimiento de acción y reacción.

Me explicaré.

Entiendo por trabajo no más que la acción obligada y forzosa en materias que se ignora ó toda faena que disgusta ejecutarla aun siendo en provecho propio; en cambio todo esfuerzo, aun siendo aniquilador y gratuito, si es vo-



## EL LOCO

luntario y placentero, y todavía aun siendo inútil por siempre, creo que jamás pueda constituir un trabajo. Por lo menos esa es mi experiencia; razón por la que tampoco creo en el sentido etimológico de las palabras.

### IV

Toda novela es un tejido de pequeños cuentitos; y el novelista que no sepa hacer de cada capítulo un verdadero cuento que siendo una medulada vértebra de la obra tenga la apariencia de algo independiente y que se la pueda aprovechar como tal, jamás será un buen novelador.

### V

Lo terrible del silencio y la soledad es cuando se convierten en la necesidad de una especie de vicio, el alma de una segunda naturaleza.

### VI

Hay audacias y valentías cuyo secreto está en que millares de pequeños terrores agujijonean la desesperación.

### VII

Esta pena que me mata tiñe de gris el fondo de mis pupilas, el luto más triste; repercute sin cesar en mi oído el más lúgubre de los sonos; satura en la pituitaria el olor más fuerte y picante; en mi gusto hisopea zumo de cituas, mientras que ásperas limas liman mi tacto; está á modo de calor en mi sangre, á manera de presentimiento en la idea y en cada segundo de mi existencia es la enervadora sucesión siempre de lo mismo.

### VIII

Es un verdadero absurdo imaginar que una línea ó un libro ó cualquiera obra sea la personalidad del autor, y es aun más creer que para el autor tiene el valor que se le atribuye, como que no tiene para el lector el que se pretende adjudicarle; pues por mucho que la obra sea dolorosa

y hasta provoque angustia y llanto, jamás será un dolor, ya que el que toma un libro, una escultura ó pintura, ó música, ríe ó gime por entretenimiento. En cuanto al autor lo que trasunta, por ficción ó verdad que sea, lo hace sólo por puro arte, por provocar la emoción en gente absolutamente desconocida igual cosa es pretendiendo suscitar ideas.

Aquí debo decir que toda obra debe ser necesariamente obra del tiempo y el autor simple instrumento ó modus operandi, hasta que como la fruta madura que cae de por sí, caiga de por sí. Pero en esto hay todavía una gran diferencia, y es que la madurez de la fruta la busca, la fomenta y la pide la gente y los animales, en cambio que una obra de arte nadie la solicita ni la alienta, ni en vida ni en muerte. Si no habrá tiempo no sólo para que madure, sino que para que se pudra también y todavía para que vuelva á formarse, madurar y podrirse cien y mil veces, sin que nadie la reclame. Y esto sucede porque en el fondo me parece que la gente es más sensata de lo que se le supone, toda vez que la ciencia y el arte son una simple imitación de la naturaleza, y siendo así es muy justo que prefieran gozar la vida en la naturaleza y en su sagrado mundo interior: en la vida misma y no en paraísos artificiales. Entonces, de un modo razonable, lo demás... es eso: está demás, mucho más teniendo presente que no hay dos cerebros ni dos corazones que puedan sentir ni comprender nada de la misma manera ni cualitativa ni cuantitativamente. ¿Y cómo no ser así en esa ultrasutil sutileza voluble del sentimiento y de la idea que no necesitan limitaciones, si lo ilimitado está en su propia naturaleza física misma? En el mundo de la criminalología, por ejemplo, se ha encontrado hasta hoy siquiera dos impresiones digitales iguales? Qué digo dos impresiones digitales de dos personas distintas; las impresiones de las dos manos de un mismo individuo no sólo no son iguales, sino que no se parecen. Seguramente, pues, que menos se han de parecer nuestras ideas y sentimientos de uno a otro instante.

## IX

Cuan admirable es ser sembrador. Indudablemente que tal es el ideal más alto. Y qué afán por eso el de los

## EL LOCO

hombres. Yo he visto ya á muchos nacionales y extranjeros deshacerse y desgañitarse con esa sed. Los he oido y visto punto en boca, porque a mí no me toca meter la pata; pero he desmenuzado su siembra y no hallé los gérmenes sanos: estaban podridos por el lucro, inmediato y descarado, unas veces, y otras hipócritamente á plazo aun más oculto y en más ocultas y distintas esferas de actividad. Ellos saben eso muy bien. Que les aproveche. Pero claro que en mi fuero interno me mataba de risa, no por ellos, sino por la credulidad de la gente que prestándose primero á oír de buena fe, concluye por aceptar de buena fe también, debido á esa su falta de saber dudar, de querer dudar y analizar, y sobre todo, por cobardía para rebelarse contra su propia cobardía y luego contra la presión de la voluntad ajena, pudiendo por tal manera rasgar con las uñas los tules que asfixian y oscurecen, para respirar ampliamente aire y luz puros. Pero ellos no harán: ellos mismos piden someterse: reclaman la disciplina, el látigo ó el cilicio; la libertad les asusta, porque son incapaces de orientarse y guiarse, de gobernarse por sí mismos; necesitan fatalmente de un presidente, ellos, los intelectuales, la élite; les urge estatutos, reglamentos, leyes ó lo que fuere que los limite, que los subyugue: tienen miedo á su libertad; no saben que hacer con ella que así les parece una tiranía. En esto pasa ni más ni menos que lo que sucede con los obreros y con los agricultores indígenas, aymarás ó quechuas, á quienes más de una vez, explicándoles tanto como me era posible sus derechos y sus deberes, les suprimí los castigos para que anduvieran como gente libre; pero á poco tiempo ellos mismos decían: - Nos falta látigo.- Indudablemente que no veo en éste orden aspectos diferenciables del espíritu ancestral y común que sopla en la intelectualidad, los artesanos y los indígenas; es todavía el yugo de la conquista, de la esclavitud que los avasalla: en ellos hay necesidad orgánica ya de sentir en su nuca el tacón del dominador. Yo lo he visto más de una vez con los más rebeldes, aquí como en otros pueblos del continente, caer por cuatro reales bajo la férula del déspota, y les he gritado inútilmente con mi cólera en los círculos intelectuales, en los centros obreros, en las minas y en los campos de labranza así como en la prensa; todo en vano; y se reían de mí, llamándome loco, porque no los exploté, porque no quise hacer de ellos mi pedestal, por-

que sólo busqué su redención, es decir, su triunfo: su libertad. Ahora me pregunto ¿qué quieren ó qué buscan? Ellos buscan, y siguen mansos y humildes, entonando loores, el fausto hipócrita de los sembradores de la esclavitud. Eso: á sus explotadores, y mejor dicho, á sus asesinos: asesinos de la conciencia de la rebeldía. A sus sembradores que para ser tales han debido pasar todas las humillaciones y servilismos por un puñado de oro, para poder ser lo que son. Pero más hermoso es hundirse conscientemente derrotado en el armonioso silencio de una lejana esperanza, forjando los gérmenes sanos y potentes, para que sembradores de labios y manos curtidas esparzan impunes los nuevos aguijones, las nuevas verdades.

## X

Tales cosas suceden en la vida, que más de una vez impelen á echarla al diablo de una vez para siempre y precisamente por causa de lo que nos interesa de modo más íntimo.

Así, por ejemplo, yo que me precio de sibarita enamorado de lo bello, á fuerza de verla pasar á diario á una mujer ó niña, que dada los recursos de la civilización no puedo diferenciarla, he llegado á sentir por ella un verdadero cariño, quizá más, amor, á la vez que también he comenzado á ver ó borrar en mi idea sus imperfecciones físicas, suponiendo y viendo en ella bellezas, precisamente en aquello que solía ser causa de mi compasión si no de mi secreta burla.

Reconozco esto sin querer analizar, pero me pregunto: -¿Al fin yo no sé lo que es bueno y malo, bello y feo? ;,Y no me resulta eso más útil ó perjudicial? ¿Las ideas estéticas y morales son reformables desde su origen? ¿y siendo, qué modificaciones ocasiona en nuestro espíritu y en nuestro destino? - Mas, sea lo que fuere, como yo no estoy conforme, y ya que nuevamente raciocino, quiero abismarme en un olvido absoluto respecto de estos últimos tiempos.

## EL LOCO

### XI

Una nueva educación y una nueva instrucción necesariamente forman una nueva conciencia. Y ¡ay! la conciencia no es también nada más que eso: una simple costumbre de creer que las cosas, los seres y las fuerzas, son lo que nos enseñaron que son. Por tal manera la humanidad está siempre bajo el imperio de la mera fe, aun dentro del dominio de la ciencia: creer lo que no vemos, es decir que se reduce á ese absurdo religioso la conciencia, a lo más incierto posible. Y yo que antes pensaba que la conciencia era lo más grande, más que el espíritu. Mas, ahora, mejor pensado el asunto, puedo definir lo que es la conciencia: es la idiota credulidad inconscientemente alimentada adrede.

Pero felizmente yo mismo ya no me entiendo.

### XII

Lo más que se puede resistir sin fatiga la carcajada, será, más ó menos, un minuto; la risa creo que es tolerable hasta unos cinco minutos; la sonrisa puede agrandar durante unos segundos, como cosa fina, pero la seriedad amable es para siempre: ni repugna ni fatiga.

### XIII

La tristeza y la pena por algo concreto, por muy amargas y profundas que sean, son nada comparadas con esa tristeza y pena sin causa y sin objeto. ¿Por qué? Porque el no sé qué tiene algo de infinito y eterno, del siempre enigma ó misterio.

### XIV

Hoy he llegado á comprender lo más tremendo del desprecio: esa fría cortesía con que se disimula sin excepción para nadie.

En ello me parece ver algo como la fina yerba que ha crecido indiferentemente á la vera de la vía, alimentada por la putrefacción de algún cadáver. Los transeúntes reposarán satisfechos en esa especie de alfombra mullida, sin sospechar que ella es la transformación del cólera ó de la lepra.

Pues bien: ¿quién ha sentido en lo más hondo de su ser la sonrisa que se burla gravemente de sí misma?

**XV**

Mi última experiencia espiritual es la siguiente.

Cuando al acaso mis ojos, mi odio, mi sentimiento ó mi idea se fijan interesadamente en algo, siento una especie de formidable reconcentración instantánea de todo mi ser, y aun de mis fuerzas pronatales; luego toda esa potencia se abre ampliamente transformada en atención, á modo de invisible y gigantesco pulpo, para caer en seguida, angurriente y sanguinario, sobre el ser, la cosa ó la fuerza, la idea ó el sentimiento elegido, diseccionándolo átomo por átomo, analizando su origen, su desarrollo, su objeto y su fin. Entonces; como se transfigura mi ser en un ente transverberador y ultraincorpóreo, acaso mil más que los rayos catódicos! Después, consumado el placer de la posesión, del conocimiento, yo soy el agotado: caigo exánime.

Y estos trances fenomenales llaman locura las gentes que me miran sin siquiera sospechar la verdad que hube exprimido.

**XVI**

¿De qué me sirve ser ya todo corazón, si en cada átomo de mi sangre siento la misma eterna palpitación de angustia y dolor, temblando en la onda de la pena infinita? Estoy sintiendo y viendo sin cesar el hórrido y eterno revolar de silencios y retumbos de moléculas y universos, de espíritus y materia en esa única angustia.

**XVII**

Qué pena me dá cómo no entra á mi alma ningún ruido ni me mueve intencionadamente ningún impulso ajeno; sólo sabe mi alma de ruido y movimiento cuando mi silencio y soledad han salido de mí en busca de belleza y amor para purificarme purificando á los demás en la cósmica armonía.

El infinito abandono en que se agita cada espíritu tiene toda la desolación del vacío.

## EL LOCO XVIII

Es necesario haber sabido soñar despierto más de una vez, para saber lo que es la realidad con que se vive esos ensueños, tan realidad en lo intenso, que, si se me permite, es más realidad que la realidad. Y sobre todo es de notar la incomprensible y formidable fuerza de comprensión de la vida que desarrolla en nosotros, tanto que. . . - no sé - uno se pregunta: - ¿Si la muerte es más que el sueño y la facultad comprensiva está en relación directa?, entonces . . . Entonces yo quiero morir.

Es tan dulce soñar... Anoche mis amadas llegaron á millares en una inaudita exaltación de su belleza, ya entre la penumbra lunar en la selva o en la magia de luces feéricas en salones regios de Alhambras y Kremlines. Era así en esa dulcedumbre de amor á que la realidad no llega, que al son de las dulzainas y al himno de los vientos silvanos, suave, ligera, dulce, honda y leve. Ella también me amó. Y me amaban todas, tanto como con el idólatra deseo con que yo las amara. El amor había germinado al fin en sus corazones. Yo estaba en un principio á modo de la pasionaria que florece entre las grietas de las rocas, contemplando el azul de los precipicios y el azul de los cielos. Ellas me amaban en silencio, sagradamente hasta la pasión, tristemente, profundamente, ora confiadas á modo de criaturas traviesas ó ya dudando á semejanza de las inocentes engañadas, pero cada corazón envolviéndose en un mundo de ensueños, cual si su querer fuese único en la amplitud de los universos. Y me amaban así. Mas, aquí llega lo malo: yo que buscando no sé qué infinitudes de amor y belleza, de justicia y verdad, había envejecido ciliciando mi amor, ya era apenas una especie de estatua de tristeza hipócritamente fría, hundido en la lúgubre región donde los enigmas silban tajantes y los severos misterios acechan sigilosos, ocasionando los innostrados estremecimientos, entre cuyos absconditos repliegues culebrea la sonrisa trágica, burlándose de todos los espejismos de la conciencia.

Al sufrir un daño cualquiera inmediatamente debemos ir á la revancha, porque la misma naturaleza procede así: la sombra es de la luz; hay una autumnal y otra inver-

nal; la vejez es de la juventud, como el dolor es del placer. Todo se opera por sucesión de oposiciones. Sospecho que por ahí anda el origen de la belleza.

La venganza es un constante hecho cósmico necesario y útil, ya que de no existir, **todo** sería eternamente la nada.

Al ejecutar un acto cualquiera, si se sabe hacerlo, se hallará que encierra un venero de placeres. Nada más vulgar que andar, sentarse, hablar, pensar, y nada más inevitable que respirar, sin embargo ¿quién sabe ejecutar satisfactoriamente? Para eso también se necesita el conocimiento de la armonía. Se trata de un estudio cósmico.

Luz De...

Hay que procurar ni pensar en ella.

Desde hace días me hallo sacando en limpio algunas cuartillas de esta especie de diario, y lo que he notado más claramente es cómo me entusiasma ir poniendo la numeración de cada página, con una verdadera precipitación por concluir, como si ya me faltase la vida.

Qué tremendo esfuerzo para domeñar nuestros más insignificantes automatismos.

• \* •

Si se trabaja para el beneficio futuro, es menester resignarse urgentemente á soportar las represalias que nos acarrea la verdad.

• \* •

Otra cosa que también noto es que todo lo que fui poniendo sin dificultad, tan pronto como iba experimentando mis emociones, seguidamente ó de tarde en tarde, ahora me rinde el simple hecho de copiarlas, corrigiendo siempre, porque cada vez me parecen más imperfectas. Por el momento no puedo averiguar si es por lo indescifrables o si es



## EL LOCO

por atropellamiento de un exceso de emoción ó si por la densidad ó pesadez de las ideas ó simulación de ellas.

Veo, sé y siento que si no fuese una consolación de no sé qué, que desciende como en un aplanamiento desde los profundos, sumergiéndome en una especie de quietismo de la nada...

Qué difícil es vivir. Y yo no quiero morir: tengo miedo; pues no sé si ahí concluye todo ó si sobrevive el alma. ¿Cómo es posible que la conciencia de mí mismo desaparezca para siempre? Todo éste amplio sentir de la vida me dice que mi conciencia no debe morir.

Sólo por la conciencia es que la vida se hace deseable; y constantemente estoy confundiendo el alma y el espíritu con la conciencia. Si yo pudiese ser pura conciencia ¿sería más ó menos que espíritu ó alma?

• \* •

Pero, lector, pasa como sobre ascuas, y no quieras comprenderme; porque esta es la conciencia del quietismo en la última palpitación de miles de agonías.

Espera. ¿Sabes qué he querido decir? Pues justamente eso.

Qué cosa más despreciable que los títulos honorarios ú honoríficos con ó sin condecoraciones á presidentes, ministros, etc. etc., con que las sociedades científicas y artísticas de otros pueblos quieren o pretenden honrar a individuos que no valen el tiempo que se pierde en pensar en ellos. Pues yo conozco multitud de ellos. ¿Entonces cómo se puede dar ningún valor á esos títulos y á esas condecoraciones, si no es simplemente por que son obras de arte? y, sobre todo, qué pueden valer esas sociedades que así distribuyen sus honores, quizá si no más que por oro ó merced á los ruegos?

Algo que me sorprende en todas las religiones es que sólo predicán derechos humanos para con Dios, para su

## ARTURO BORDA

iglesia y sus misioneros, pero jamás hablan de los derechos de nadie á menos que traten de fomentar revoluciones de las que primeramente ellos habrán de sacar las mayores ventajas.

La providencia más poderosa que obra en nosotros, es por intermedio directo de la voluntad, humana ó cósmica, de nuestros padres. ¿Cómo calcular la cantidad y calidad de esfuerzo espiritual con que ellos, vivos ó muertos, buscan nuestra victoria?

¡Ah! Quién pudiera llevar sus padres en triunfo por el mundo y los espacios siderales, en nuestro corazón ó en el trono del Señor, paseándolos triunfalmente, inmortalmente, en el silencio de nuestra alma, con el séquito imperial de nuestros deseos, entonando himnos angélicos.

Estoy leyendo en uno de los mayores periódicos del mundo unos interesantes artículos que me parecen muy buenos. Son de las firmas contemporáneas más notables. Y están pagados á precio de oro, según dicen. Pues bien: á mí me parece que hago lo mismo y acaso si cosas mejores, y sin embargo como gato escaldado, ya que no huyo me retraigo avergonzado, temeroso y lleno de esto que se llama pudor, hecho que luego me produce una especie de recóndito disgusto; pero al punto me parece resignarme, recordando que si algo acepta la prensa aquí es con gestos y tonos de concesión puramente graciosa, previo, se entiende, el derecho de cercenes que se abroga, cuando no va todo de llano al canasto sin que siquiera se den los directores el trabajo de leer aunque sólo fuese á salto de mata.

Diariamente la vida me demuestra la urgente necesidad de usar la farsa descarada, como tanto, tantísimo petimetre. Una sencilla honradez jamás podrá abrirse camino recto en ninguna sociedad de simuladores.

Mañana Mañana, cuando no quede ni el leve temblor de esta palpitación; mañana...

Otro de los secretos para domeñar gentes es sondear las miserias de su existencia; entonces se produce en noso-

## EL LOCO

tros la desilusión de los valores aparentes del tipo observado. En tal momento nuestra dignidad se agiganta inconscientemente, despectiva y silenciosa. Luego halagamos a las gentes con la misma superioridad con que pasamos la mano sobre los lomos del perro. Y hay idiotas que cuando se les palmea en el hombro ó en la espalda quedan más orondos que si se les hubiese coronado con laureles, ¿Qué conciencia tendrán de sí?

Ahora que pienso en mis padres, siento un dolor de ternura sin medida, porque ¿acaso yo, el expósito, soy simplemente la víctima de una venganza?

La pérdida de un hijo apenas nacido ¿no es acaso igualmente dolorosa que ignorar á los padres?

Tal vez ellos me buscan enloquecidos, Dios sabe **por** qué tierras, queriendo adivinar el nombre que no tengo, para llamarme ... quizá mudos, ultraexcitada la sensibilidad, esperando la atracción de la sangre.

¿Dónde y cuándo los encontraré, oh Dios mío?

Cómo llora, oh padres, el silencio en vuestros corazones, vertiendo algo así como gotas de hirviente bronce. Oigo el chamuscarse de la sangre. Mas, no sé qué viento que sopla me trae éste chisporroteo que me crispa el alma.

Os busco sin éxito y me buscáis en vano. Pero - triste consolación - no somos únicos: el porcentaje de los que triunfan del tiempo en sus afanes, es mínimo.

Sí, lo sé, padres míos: mi hado me obliga á exprimir en mi corazón el dolor de esos millones de vencidos para que fermente en mi sangre la angustia de los siglos. He aquí que mis días son la arenilla de un Tabor que un día será Vesubio. La erupción de un instante cubrirá para siempre el orbe de polo á polo, licuando los hielos eternos. Entonces sabrá la soberbia de los vencedores que la fuerza ilimitada en angustias é impotencias de los derrotados triunfa en el tiempo y para siempre.

Una mujer hedionda equivale á un hombre perfumado.

Mi espíritu va entrando lenta y silenciosamente en una serena somnolencia, pero hay en mi cuerpo unas ondas sutiles de hormigueos y estremecimientos, mientras que debajo de mis párpados, cerrados ya, los ojos se caldean y vierten sus más salobres lágrimas, las cuales resbalan candentes por mis heladas mejillas; sin embargo mi espíritu sigue hundiéndose dulce y blandamente en una enorme y serena dejación.

De esa suerte  
inmerso en la esencia misma  
de un gran bienestar,  
noto que de pronto se agita el aire  
al impulso de unas alas invisibles.  
Son el sentimiento  
y las ideas telepáticas  
de mis lindas amadas  
que revuelan en torno mío:  
es la dulce, honda y blanda caricia  
de los deseos que me transportan  
en éxtasis  
al quinto cielo de las huríes.

Tal en la sutil caricia de cada una  
siento en una leve racha  
siento el aroma del amor  
en alcoba ó tocador:  
ora es altea, jazmín ó rosa,  
reseda y alelí,  
como ya es violeta,  
Diana ó piel de España.

De éste modo, ebrio y gozoso en el amor de los espíritus, al través del tiempo y del espacio, me hundo lentamente en la inconsciencia del más hondo soñar.

Cuando juzgues a las mujeres, sin notar que lo haces sólo por lo que ves, pregúntate, y esto de modo invariable: - ¿Y en la intimidad?

Respecto a los hombres procede del mismo modo, recordando siempre que tu misma existencia es un maravilloso tejido de hipocresías sociales.

## EL LOCO

Sin embargo las simulaciones de la buena educación son muy agradables, pero generalmente tienen el peligro de trampa á los incautos.

El mas educado más hipócrita.

Una inquietud agorera  
me horroriza y desespera.  
Siempre a a intuición del infortunado á venir  
me desgarró ferozmente el corazón,  
removiéndome de modo más hondo  
que la evidencia misma.

Pues no en vano tiemblo:  
lentamente se encrespan las **sombras**  
al través de los siglos  
y en medio de un crepúsculo **de agonía**  
siento llegar un helado soplo  
de infinito silencio.

Ahora las nieblas se ennegrecen  
y veo ir allá,  
en lontananzas de recuerdo  
las sagradas sombras paternas...

Recógete en silencio ¡oh alma **mía!**

He oído pasar  
en el silencio de la noche **profunda**  
las notas de una música lejana  
y han rasgado el luto de mi **alma**  
hasta el fundamento de mi vida:  
eran lamentos ancestrales,  
gemidos de raza  
¡oh sollozos de madre!

Dios mío...  
hay un silencio de muerte.

Líbrame, **Señor, de mi alma:**  
he oído pasar **en la noche profunda**  
los arpegios de **una armonía lejana!**

**Si me fuese posible, haría que los dirigentes de  
pueblos me oigan, para sugerirles establezcan seis meses**

## ARTURO BORDA

de reclusión obligatoria todo el que opte su título profesional, con objeto exclusivo de que se entrenen en el estudio práctico del magnetismo personal, bajo la ineludible base del dominio de sí mismo.

Tengo entendido que mientras no se establezca un tal curso no se habrá perfeccionado el proceso educativo.

Es de notar cómo los hombres se desviven por difundir en cursos oficiales todos los ramos del saber, haciendo abstracción de éste que es substancial: el origen de todas las ambiciones, de todas las grandes empresas, el impulso a todas las audacias y el secreto de todos los triunfos: la realización de las más grandes obras.

Al pueblo que primero opte por tal sistema de educación oficial le están reservadas las mayores victorias en todas las actividades.

O, por lo menos, debería haber un profesor que siquiera hable del asunto una vez por semana en cada curso.

Pero ya no puedo aguantar la carcajada, porque me parece hablar seriamente.

Estimo que si los muchachos de quince á veinte años pudiesen comprender el fondo de niñez latente que reboza aun en las horas más serenas de las personas más sabias y graves...

Pero mejor es guardar silencio en éste asunto, porque de lo contrario los niños perderían todo respeto á sus mayores, burlándose de sus glorias, de sus vergüenzas y de sus miserias, y llegarían á tal grado de insolencia que no habría poder humano que los aguante, aunque en verdad esto es lo que persigo para libertar de su cobardía y seguro fracaso á los hombres de mañana. Pensaré en ello hasta que la idea redondeada y agotada caiga de pura madura. Será algún día y la dedicaré a TODA JUVENTUD, A TODA ESPERANZA.

Sinembargo es de advertir que siempre cada cual tiene un valor tan suyo, tan propio, una virtud cualquiera

## EL LOCO

que le da un perfecto derecho para mirar de alto a bajo á los demás, sean quienes fueran.

Un día yo era joven .. Hoy . . .

¿Para qué mas si me estoy tragando la lengua?

No hay remedio: las horas, los segundos, y aun menos. ¿Qué sé yo? ¿Acaso la vida misma . . . ? Todo me está engullendo silenciosamente, sin ruido; y yo, á mi despecho, queriendo tornar a mi edad primera, angurrio ser niño: quiero gritar; anhelo la potencia juvenil: siento incontenibles impulsos de amor y algazara: reir, jugar, beber y amar. Todo, todo; pero la vejez está aproximándose á la melancolía de la carne.

¡Oh, jóvenes! magullaos en un infinito amor, porque más fuerte que el dolor presente es el recuerdo del soñado goce. Gozad, porque al fin, y notad bien, todo es vanidad de vanidades y aflixión de espíritu; autorización tácita para todo desenfreno.

Si saberse infame en los infortunios es una consolación,  
hoy lector, quiero destilar en tu alma una gota de veneno.

Todo — el bien y el mal — es bondad. Lo dice la Biblia.

La comprensión de los seres y las cosas de la vida ó de la muerte, está en la verdad de la definición que se dé. Saber definir es comprender y entender. La definición verdadera ha de poseer, quintaesenciadas, la virtud de la justicia, la virtud de la verdad y la virtud de la lógica. Entiéndase por virtud, fuerza.

Cuando predico me parece que mis dogmas y mis apotegmas estallan cual petardos en la nada; en cambio, cuando imploro, en el silencio de mi alma siento que mi clamor se ahonda en la eternidad.

La satisfacción de una necesidad, cuando es, deja de ser un refinamiento y pasa á la humilde condición de simple necesidad.

## ARTURO BORDA

El que perpetra un crimen, casual ó premeditadamente, lo hace de modo tan fatal como el que forja la belleza; así que ni el criminal ni el artífice deben vanagloriarse de su fatalidad.

No es el miedo al dolor, a la miseria y a la muerte lo que concluirá con las guerras, sino que lo que dará al traste con ello es el ansia de vida plena: la conquista de la existencia, en la existencia.

No se debe ser soldado ni por miedo al patíbulo ni por amor á la patria. Por nada.

La belleza de la prostituta Friné sólo ha servido para fascinar y corromper la justicia en los ojos de la vejez lactiva. Ahora no se necesita ni eso: ya van muchos siglos de hábito.

Mucho rato estuve apoyado en la vidriera de una cantina, entretenido con el movimiento de la gente, con esa actividad tan especial de las siete de la noche, cuando todos han salido de sus ocupaciones, yendo perezosamente á distraerse en los cines y los cafes. En la cantina ó bar, sonaba la orquesta, apagada casi por el rumor de la concurrencia, cuando un golpe seco en la vidriera me hizo volverme. Tres sombras de hombres que proyectaban luz focos que habían encendido se sentaron y unas voces muy entusiastas hablaban no sé en qué idioma, pero de modo tan atropellado y en alta voz, que no pude entender nada. Luego una mujer reía muy alegremente y con tanto gusto que me sentí con ganas de reir también. Así. Hubo palmoteos. Posiblemente se aproximó el mozo, pues pidieron sorbetes y licores. Mucho tiempo estuvieron hablando á ratos en castellano y á ratos en ese otro idioma que no sé qué sería; pero entendí que contaban sus recuerdos y cuando la música ejecutaba un largo pianísimo, uno de ellos dijo: — No, no quiero oír nada, no quiero saber nada de mi patria. Hablad vosotros de la vuestra, muy bien; pero no hablen de la mía, porque... me hacen llorar. — Y la mujer largó su carcajada, enmudeciendo repentinamente. Entretanto la algazara aumentaba juntamente con la música que se hacía más fuerte. En seguida **me retiré.**



El hombre veraz es el peor de los políticos posibles, porque la política es la falacia. La verdad es sencillísima, no le gusta los enredos; va derechamente a lo que sabe ó necesita, ó revienta. En cambio un político es algo repugnante; falso, cobarde, traidor a su conciencia, y, sobre todo, como algo esencial, es un sinvergüenza, a lo que es urgente agregar su haraganería, condición inherente á las necesidades de su cargo. Ellos, intelectual y moralmente no viven nada más que para el día y al día, pero esto no en el sentido económico, porque hasta hoy no registra la historia el caso de un político pobre, pues ¿qué sería de un político que no tuviese nada más que su sueldito? En esta materia también el talento no sirve de nada.

Cuando el amor comienza á quintaesenciarse ya no tolera las palabras: sólo se goza en las agonías del silencio, en el desdoblamiento espiritual y en la transmisión del pensamiento, navegando en el augusto palpitar del amor eterno. ¡Oh majestad de la onda inmaterial, pulsación de levedad divina!

Acabo de releer unas estrofas que escribí hace tiempo, en momentos de gran sobreexcitación; puse en ello, al soplo de una intensa pasión, todo el fuego que hacía hervir mi sangre: era, en fin, algo capaz de poner en suspenso el latir de todos los corazones. Pero hoy ¿qué ha sucedido de ello? ¿Dónde está el fuego que puse en esos renglones? Esos signos que releo no dicen nada: falta ya ese olímpico soplo que puse en cada palabra y que después lo sentí palpar una y mil veces. Pero hoy ¿por qué ya no tiene eso que puse yo mismo? ¿ó es que la fuerza de la idea y el sentimiento era en mí un mero espejismo? ¿O será que mi corazón se está callando?

Y todo está silencioso en esta tarde. En el cielo hay un trasluz opalino: parece que la tierra está dentro de un inmenso fanal de nubes que se apoyan en los horizontes. Una golondrina ha pasado rápidamente, sin turbar el silencio.

Acabo de escribir esto y alzo la vista. En el azul se va esparciendo el leve tinte de un celaje.

En la lectura, si no se hace correctamente, el autor mismo desconoce su sentido.

Es evidente mi vejez, me lo dice el deseo y la necesidad de expresarme en forma sencilla, familiar y pedestre; además mi comprensión del mundo se va reduciendo á lo muy inmediato á mí. Pero todavía éste estado no es permanente, procede por saltos.

¿Qué es el sol? No sé; mas me basta sentir su calor cuando siento frío. Tampoco puedo comprender ya lo que es la vida; pero me gozo en la salud, haciendo lo posible por mantenerla, rehuyendo tranquilamente toda emoción. Por lo demás, desde hace unos días mis entusiasmos solo pueden compararse con las sonrisas de un convaleciente.

Por todo ello tengo el presentimiento de que está llegando al mundo un gran quietismo, cuyo silencio comienzo á notar olfateando el espacio.

Y mi deseo más persistente es reposar serenamente, durmiendo tranquilo sobre la yerba fresca á la sombra de algún árbol viejo, mientras murmulla el agua del arroyo y cantan algunos jilgueritos.

Ahora, por ejemplo, estoy así; pero una vez que he descansado á mi regalado gusto, noto asomar á mis labios una sonrisa plácida por las zoncerías que se me ocurren.

Cuando llegue la hora hay que procurar morir serenamente. Los arrepentimientos ó la esperanza del creyente y los arrebatos del incrédulo acusan ignorancia del sentido de la existencia. La muerte es también parte de la vida universal.

Saber vivir alegremente y morir serenamente será la última religión.

Llega un instante en que el pensamiento semeja ser un taladro de vacío perforando la nada. ¿Desencanto, cansancio, agotamiento? Qué sé yo.

## EL LOCO

Mi existencia es la historia de los equívocos. Si de alguien creo bien ó mal, á la tarde ya sé **que** estoy en error. Por esta razón, si teniendo un concepto acerca de seres, cosas ó fuerzas, hago por convencerme de la contraria, entonces, estando en la primera seguramente estuve en la verdad. Mi situación es tan tremenda, **que** ya no puedo ni dudar.

Por eso recuerdo que...

Fué en un relámpago.

La Ignorancia iba frente: crispadas las manos, soberbia la mirada, dando pasos violentos, increpando a voz en grito, atropelladamente, mientras que la Razón, sentada, con los brazos cruzados, le oía serena; luego habló con calma, palabra por palabra, en voz baja, y la Ignorancia audaz tuvo que retirarse chorreada, royendo su humillación, fijos en el suelo sus ojos.

Y desapareció la visión.

Acabo de ver una maravilla en miniatura que compete ó supera todo cuanto se tiene noticia en la miniatura.

Es una mosquita de madera, cuyo cuerpo mide ocho milímetros. En el vientre, que es hueco, y de abrir, lleva un huevo de madera, de abrir también, de un milímetro de grandor y almacena doce copitas perfectas, de madera, visibles sólo con lente. A esa mosca la tiene asida una araña de madera, con las mismas particularidades de la mosca, la cual tiene treinta piezas, siendo treinta y ocho las de la araña.

La mosca descansa en un soporte de un centímetro de alto por un milímetro de espesor, en la parte que encaja en la mosca. Por el canal del cual soporte pasa un alambre doble, conductor de corriente eléctrica de inducción continua, que hace mover las alitas, cuyo mecanismo se halla en el hueco del vientre. La araña y la mosca están á la vista, en la parte alta de una caja que tiene seiscientos ochenta y cuatro piezas, en mosaico diagonal.

## ARTURO BORDA

Las maderas son nacionales y de distintas coloraciones naturales. En la división interna de la caja, que comprende las dos terceras partes, se halla la máquina eléctrica, cuyo electroimán mide un centímetro, constando de seis piezas. Los carretes son de á ocho milímetros y de á cinco piezas; el tope es de cinco y el interruptor es de cuatro. Esa maquinita desarrolla medio volt, produciendo el movimiento y consiguiente zumbido de las alitas de la mosca y el movimiento de las patitas de la araña que azota, con lo cual la ilus'ón de realismo es cuanto se puede desear; pues están en una telaraña de finísima madera. Doscientas piezas.

La cajita cilindrica, mide siete milímetros. El todo consta de novecientos treinta y un piezas.

Los autores son... Aranibar, carpintero, y Alberto Villalobos, mecánico.

Estoy sentado de cara al sol, en el corredor. El día está sereno, hermosísimo. No se mueve ni una brizna. Sorbo á sorbo bebo el agua clara y fría en un cristal limpio. Me parece que trago el fulgor de las estrellas en vaso de hielo. Entretanto el agua del surtidor va contando el somnífero gluglú.

He concluido de beber y veo en el patio una chiquilla blanca, vestida de negro. Lleva zapatillas de gimnasia y el cabello desgreñado. Me mira atentamente, sonriendo, mientras se peina. La miro enamorado y con deseo, y bajo la vista. Cuando quiero volverla á mirar se va ruborizada, ágil, incitante, culebreando.

Después he cerrado mis párpados, apoyando mi cabeza en la pared. E inmediatamente he sentido pasar por mi cara el reflejo del sol en un espejo. En mi vista relampaguean salpicones de luz anaranjada con orlas de blancura cegante. Luego abro los párpados. La chiquilla se esconde ocultando el espejo.

Estoy en el campo. Todo el día anduve abobado, medio durmiendo. Lo único que me impresionó fué el

## EL LOCO

aura leve y fresca, que me acariciaba en la piel, por entre las ropas, tibia, blandamente, mientras contemplaba un delgado hilillo de agua cristalina, en el pastizal, entre lamas y arenilla. De pronto descendió una torcaz, batiendo sus alas. En seguida dio unos pasos en el lodo. Luego se agachó, tomó unas gotas de agua en el pico, las cuales bebía irguiéndose y mirando al cielo. Repitiendo el acto bebió hasta saciarse. Entonces alzó el vuelo. En el cielo quedaron los signos crucíferos de sus patas.

Y pasó suspirando. Todos los días á la misma hora, cual si fuese el cucu de un cronómetro ó á modo de un girasol en abril, daba de once á doce doce vueltas á la plaza.

La loquita, coqueta y buena por amor, estaba acabando ya su juventud virginal y era linda á modo de una esbelta princesita en el encantamiento del fuego en los cuentos de invierno; siempre pálida y retrechera; atenta á todas las voces, sus nervios, sobreexcitados hasta el desdoblamiento magnético, sabía instantáneamente las intenciones que la herían; siempre sola, de luto y elegante con cualquier trapillo, iba con la majestad del misterio, cual una emperatriz de la sombra. Pobrecita. Quien la vio no la olvida: sus ingenuos ojos son el clamor de infinitas promisiones en su deseo. Cuando alguien le asedia mirando á insistentemente, sus mejillas se inflaman mientras murmuran sus labios una especie de oración. Nadie nunca supo lo que dijo, pero sus ojos brillaban como en sus últimos fulgores la estrella de la mañana. Por amor se consume en la esperanza, y día á día su silencio es más hondo, y su melancolía, más ruda, y ella es más bella que un negro cisne en las aguas lústrales al morir la tarde.

Ayer la vi. Mis ojos la seguían embelesados. De pronto, deteniéndose ella hizo un encantador mohín, mientras se encendían sus mejillas á la vez que sus labios musitaban así: — ¿Por qué no vienes, si me deseas? ¡Cobarde!  
— Y brillaron inmensamente sus ojos, igual á dos ascuas de esperanza. Yo tuve miedo. Se agitó mi pecho y bajé los ojos. Pero ella, la loquita, volviéndose una vez más á

ARTURO BORDA

mí, me gritó en voz baja: —¡Loco!— por lo que un sudor frío me paralizó un instante.

Oigo que hablan de mí. palpita el corazón. Quiero oír opiniones favorables; más, como ignoro cómo son las que escucho, hago por no entender nada y concluyo por oír sólo un vago rumor.

Esto es exactamente lo que me sucede cuando paso delante de un espejo: quiero mirarme, no obstante, al influjo de una involuntaria vergüenza hurto la vista.

Hasta en tan mínimos detalles obra tenazmente la educación. Deprimir la libertad del niño es matar su porvenir.

• \* •

Pero lo terrible es no poder ya ni dormir sin tener que estar observando y analizando cada instante del tránsito. Y, aun más; como reacciones de la subconciencia los ensueños son el mismo proceso de análisis, de recónditas vivisecciones.

• \* •

Hay una chiquilla con quien nos encontramos siempre en la calle. No es bonita ni fea, no la quiero ni la aborrezco, tampoco no es ni altiva ni humilde: no tiene ninguna particularidad que la distinga de la vulgaridad femenina. En fin, no atrae por ningún concepto; sin embargo cada vez que me mira se me detiene instantáneamente la respiración y ella se ruboriza ligeramente, hecho que se nota nos molesta á los dos, porque instintivamente fruncimos el entrecejo. No es un fenómeno de atracción, tampoco es de repulsión. ¿Será acaso el choque de dos fuerzas magnéticas iguales? Lo cierto es que por el momento no sé responder.

Dijérase que salgo  
de un sueño cataléptico  
y milenario,  
tanto que la luz me hiere  
en los párpados y en las retinas.  
Y aun no puedo sacudir  
esta especie de modorra  
que me agobia.

## EL LOCO

No sé **lo** que fué de mí  
durante mis últimos tiempos:  
estoy como quien saliese repentinamente  
del origen caótico  
hacia la efervescencia de la **luz**.

Todo lo que hago es contemplar **absorto**  
la inquieta y maravillosa urdimbre  
de la existencia,  
la cual juega ante mí  
sus malabares de luz, de aromas y **color**;  
toda la lujuria en alma y carne;  
toda su armonía de línea en son y forma  
todo el retortijo del pensamiento humano.  
En fin,  
el cosmos hace las veces de un caleidoscopio infinito,  
en el cual todo gira dando tumbos,  
mezclando cosas, seres y fuerzas,  
sin que un átomo discorde  
rompa el milagro de la eterna **armonía**.  
Y éste espectáculo me fascina,  
vaciando mi cerebro,  
de modo que del pasado  
apenas si conservo el nombre.  
Estoy cual si en mis días  
hubieran transcurrido siglos de **olvido**;  
tan lejano simula estar el ayer.

Algo de lo que no me explico es que los hombres  
puedan, á partir de los treinta, continuar ocupándose de  
arte, sin temor á perder el prestigio que puedan tener en  
serenidad y seriedad.

Mas, es útilísimo que se haya vivido intensamente  
el arte, y la vida del arte, hasta que nos repugne; porque  
entonces sí que no hay nada tan despreciable como el arte.  
En iguales condiciones ni la amada es tan aborrecible, cuando  
se la deja húmeda en el lecho de lujuria, cuando nos  
sentimos agotados y saciados.

Digo que el asco de todo empacho es poco comparado  
con aquel que se experimenta **por el arte**.

## ARTURO BORDA

A los que persisten en el arte, pasada la juventud, sería necesario abrirles las entendederas ante la idiota incomprensión de los que oyen ó ven sus obras, y, más que todo, habría que hacerles comprender cómo aun los más cultos, cuando oyen ó miran la obra, siempre quedan con el pensamiento en otra parte, permaneciendo, consiguientemente, incapaces de experimentar ninguna emoción, lo cual constituye una manifiesta burla á la secreta esperanza del artista ó poeta, que es sinónimo. Y lo malo es que esto se produce sin malicia, porque la crítica ó la malicia de los eruditos dice todavía de algún interés, aunque sólo sea por el afán de mostrarse superiores al autor.

Y ¿qué decir de aquella crítica sencilla, inocente, de aquellos para quienes hablarles de arte es lo mismo que permanecer mudo?

¿Pero, en verdad, si el artista mismo llega á un instante en que su propia obra "e ocasiona fatiga y le da asco, siendo que cuando la creaba le parecía no sólo bella sino que hasta sublime, cuánto más no sería entonces, por ejemplo, para los hombres prácticos, de fortuna, de aquellos á quienes no les agrada nada más que palpar y acumular dineros? ¡Oh! hay que ver la sonrisa de infinita misericordia que tratan de disimular sus labios cuando se les habla de arte. Yo sé.

Es por eso que si hace algo el artista debe hacerlo pagar muy bien, y esto en sus dos conceptos: arrancándoles mucho dinero y enrostrándoles sus vergüenzas; pero como eso no siempre es posible... entonces á sembrar rábanos y á pastorear cerdos.

La verdad es que... Que la verdad es llanamente la verdad. ¿Y dicen que cuesta mucho...? Sí: una vida de miserias.

Ese espasmo de placer que se experimenta en la idea y en el corazón, como en sutilísimo trance de amor, al contemplarla belleza en los seres, en las cosas y en los paisajes lo mismo que en las almas, en las obras de arte y en las de la ciencia, verdaderamente que da rabia y pena no po-



## EL LOCO

derlo hacer partícipe á las gentes. Por ejemplo: ¿cómo puedo hacerle sentir y comprender á esta linda chiquilla todo el placer que me causa simplemente contemplar su belleza?, ¿acaso diciéndole tema, tal vez abrazándola y besándola o quizá gozándola? No; imposible: ni injertándole mis sesos y mi sangre. Pero por lo mismo, lo que hace más enorme éste placer es el dolor de la impotencia de transmitirlo á los demás.

Es ciertamente indigno de la sabiduría y bondad de Dios el haber creado éste egoísmo tantálico y fatal en el corazón humano, y hasta se hace inicuo el haber dotado á la especie de una inteligencia y una voluntad inútiles por siempre en éste sentido, nada más que para poder transmitir a los demás esto que es lo más bueno, lo más bello y lo que menos cuesta á la vez que lo más hondo: el goce llamado espiritual ó de la inteligencia que se traduce en dulces opresiones del corazón.

Ahora renace en mí aquel placer lejano que me causaba cuando era niño, al contemplar las bolitas de cristal de estriados colores y ciertos contrastes de color en las ropas de las mujeres, los anillos de oro liso y las relucientes moneditas de níquel. También recuerdo de tanto juguetito que miraba ansioso en poder de los demás y que jamás he podido tener, así como huye, cual si fuese por maldición, todo lo que anhelo en el día que pasa. Por eso ya sólo me refugio en las angustias de las sorpresas con que el infortunio me obsequia. Este es el secreto de mi indiferencia ante las alegrías del día.

Si estudias, aprende para tu conciencia y no para que los demás sepan que sabes.

Con el fin de lo primero hallarás la verdad y con el de lo segundo serás un necio.

Cuando a fuerza de amor se suprasensibiliza en lágrimas el corazón, ahondándose en la comprensión del silencio, es que el instante está cercano.

Hay un instante tan profundo en la soledad, que pone espanto en el ánimo y lágrimas en los ojos, sin que el silencio se altere.

Me doy parabienes por mi pasión al arte y no por el dinero, porque así gozo lo que pude haber perdido en la sombra invisible y muda.

La creación no se ensaya, la forma sí.

En arte, cuanto se pretende ir al fondo de la verdad es absolutamente necio referirse al conocimiento que de ello tienen los hombres, porque es necesario que busquemos la belleza y la verdad en la vida misma y no en los libros, para que lo que demos trascienda su aroma nativo.

De conocimiento directo de la vida es que nace la más fuerte expresión.

El noventa y nueve por ciento de las propiedades particulares en Bolivia están entre los indígenas, obreros y artesanos, que viven en una perfecta simulación de miseria.

Riqueza económica es todo lo que excede de lo necesario.

Me molesta seriamente el no poder escribir sin que no se note cómo voy atracando la brida de mi desbocada idea. Su paso normal es a rompecincha; naturalmente que nadie podría comprender nada más que su paso llano. Mi idea es también una bestia, pero se llama Pegaso.

Este esfuerzo me aniquila.

Nada, señor: vuela, alma mía, porque llegará un día en que acaso en mi cabeza hueca no habrá ni una idea.

Antes que aprender idiomas, ciencias y artes, aprende humildemente a querer comprender el sentido de todo en todas sus acepciones.

Te hablo a tí, ya que no hay maestro que pueda enseñar eso.

El hecho es mil veces más frecuente que la palabra, .Muí más que la idea, porque el hecho obedece al impulso

## EL LOCO

de la fuerza irrazonable — hecho cósmico — en cambio **que** la palabra es puramente subjetiva y consecuente, pura representación, hecho netamente humano.

La onomatopeya es la lengua universal; y cuando el mundo resuelva tener un sólo idioma será esencialmente onomatopéyica.

Por mucho que haya redundancia en el concepto mismo, hablando del progreso, es preciso insistir en ello constantemente a causa de que es algo profundamente necesario para toda actividad en la vida humana, cualesquiera que ellas sean. Pues la razón es más que suficiente, para que así se imponga: el progreso es la vida misma, con la sola diferencia que en lo humano significa la cooperación de lo humano. Digo mal: no es la cooperación de la inteligencia; es otra actividad de la naturaleza, pero a la incomprensión general simula exceder los límites de la naturaleza, por los campos de acción que abarca, pero sin poder sondar ni operar en las vidas llamadas animal, mineral y vegetal, cuyos progresos son tan escasamente conocidos que casi no se sabe nada de ello si no es por la evolución general de la tierra que apenas hace deducir algo. Decía que la inteligencia es otra actividad de la naturaleza. Por ejemplo: los progresos mecánicos, que son algo de lo más visible a nuestra percepción de a bulto; porque no son menos los químicos, sociales, psíquicos, y científicos en general, que más por la sutileza que implican, se pasa por encima de ellos sin prestarles mayor interés. Pues bien: decía que en esto es necesario insistir tenazmente, porque no debe haber actividad humana, más bien dicho, no debe haber vida humana que no trate de tener un ideal, el ansia, el deseo de un algo mejor de algo en algo, según su comprensión, y que ese algo mejor sea una especie de guía de su destino, la última finalidad de su tránsito en la tierra, la obsesión de sus días. Ese ideal nace generalmente en una idea o un sentimiento, que impresionándonos de un modo más o menos sensible, aparece y reaparece su recuerdo intermitentemente, tanto que llega un instante en que se fija larga y hondamente, de manera que adquiere el valor de una idea fija, un estado casi de insania, de comprobado desequilibrio. Pero su persistencia despierta la conciencia

## ARTURO BORDA

de un hecho a proseguir, es decir la realidad del hecho en marcha, ficciones que son una especie de tregua para nuevos y más tenaces empujes: y es el Ideal en acción. Ya nuestros días no son en vano; llevan un fin. En cuanto a que el Ideal tenga mayores o menores proyecciones, eso no da ni quita mayor o menor importancia, porque ello procedería siempre de toda la comprensión y capacidad individual, de lo que únicamente la naturaleza podría ser responsable, si la prosecución de un alto fin — cualquiera que sea según nuestro concepto — puede ser objeto de responsabilidad de la naturaleza, ni aun en el caso contrario. O a lo menos en éste orden, no se sabe que ninguna ciencia haya tratado ni de lance el asunto, menos, naturalmente, profundizarlo.

Ahora bien: cabe acá hacernos una pregunta: ¿El Ideal puede lo mismo ser ascendente o descendente?, es decir, ¿puede lo mismo dirigirse al bien que al mal, a lo bello que a lo feo? Se entiende que este concepto tendrá que ser puramente humano, toda vez que en la existencia cósmica no existe ni lo bueno ni lo malo, ni lo bello ni lo feo, ni lo útil ni lo inútil. Pero, sin aventurarse a concretar la respuesta, desde luego nos parece que siempre debería ser ascendente, entendiéndose por ello lo mejor en lo bueno y lo bello, que son conceptos humanos genéricos, entre los que estaría comprendida la justicia, aun en su aceptación más neta: el equilibrio justo — una comprensión reducida del equilibrio universal: ni premio ni castigo.— Ahora, sin pretender establecer un descargo, digamos que la vida, la existencia, o sea la naturaleza, produce, o, más bien dicho, transforma, si todo es eterno, de modo perfecto y natural, de acuerdo a cada medio y a su tiempo, circunstancial naturalmente en cada mundo, toda vez que el tiempo eterno como unidad cósmica, si no existe por lo menos ni se le sospecha. ¿Cuál será la medida de tiempo en la eternidad?

En este orden conviene despertar hondamente en la conciencia popular una tal inquietud, renovándola constantemente en distintas formas, cual si fuese la manifestación de un maniático, hasta que el ideal sea un sentimiento, una comprensión y una visión de todos, de todo el pueblo, entonces el progreso se sentirá palpar en todo sen-

## EL LOCO

tido, elevándose a semejanza de una enorme evaporación de la tierra, de confín a confín. Pero hay que advertir, que la prensa en general, en todas partes, parece que por que no se sabe por qué ignorados intereses no procede con esa regularidad cronométrica en ese y otros sentidos de interés netamente humanos. A nosotros nos parece que fuese un inconsciente temor de ver, o de no ver, levantarse en un tiempo más o menos lejano hacia a todas las escalas sociales, intelectuales, políticas, económicas, etc. a la enorme masa proletaria humana, más que proletaria por ignorancia, ilota y paria.

Y este deber que podríamos considerarlo hasta de patriotismo local, de campanario, tendiente a humanizarse, estarían obligados a ponerlo en práctica en esa forma, diariamente, á modo de oración matinal; en las escuelas, los profesores; en los cuarteles, oficiales y jefes; en los pulpitos, los sacerdotes; en toda tribuna, los oradores, y en la prensa, carteles permanentes; porque no basta que los más preparados, los menos, sean los que se alcen más para dirigir: es preciso que todos se levanten a las más a" tas zonas o esferas, a fin de que, hasta por egoísmo individual, regional, patriótico y humano, universal, sea la familia, el pueblo, el país, la nación y la Patria y la humanidad, unánime, conjuntamente, grande en el poder de todas las actividades; pero para ello es pues de primordial urgencia, despertar la ambición del ideal o por un ideal, individual primeramente. Mas, para el éxito del Ideal, previamente debe ser *un* culto la acción de la voluntad, aunque en su génesis no se sabría distinguir si el ideal es la voluntad o la voluntad es el ideal; pero luego se ve que el ideal sueña y la voluntad impulsa.

En este punto ya se puede ingresar a la metodología del asunto, al estudio del desarrollo de un plan.

No hay que perder ninguna ocasión para legar la conciencia de nuestro albedrío, para lo cual hay que aprovechar los incidentes diarios más triviales.

Antes de ejecutar un acto cualquiera, es necesario repetirse mentalmente o a viva voz: — Yo quiero hacer

esto o lo otro — y luego ejecutar el acto, **procurando** sentir el triunfo de nuestra voluntad.

Y hay que hacer que hagan eso los niños con los movimientos más esenciales y los actos más necesarios e inevitables, para que por tal manera se vayan habituando desde el kindergarden a tener conciencia de la eficacia de su voluntad. De esta manera luego será en ellos una fuerza inconsciente capaz de llevarlos a los más efectivos triunfos en las mayores empresas.

Se puede hacer que digan por ejemplo, al ingresar a clases:— Ahora yo quiero sentarme; — y se sientan. Luego:— Yo quiero aprender esto; — y estudian. Entonces el profesor les hará comprender que lo que han aprendido han querido aprender. Así jugando, de la misma manera que aprenden todas las demás materias, fortalecerán su voluntad, desarrollando su carácter.

Por lo demás, que yo sepa, esto no se ha tentado en ninguna parte.

Bien orientado el kindergarden es una potencia verdaderamente terrible.

Cuando se ha pasado los retortijones del hambre no hay honores que valgan lo que un mendrugo de pan ácimo. Cuando oigo llorar o referir cosas tristes, al instante me enternezco y se me humedecen los ojos; pero, al mismo tiempo, mi conciencia siempre alerta, ríe de mi simpleza, esperando la burla secreta de los demás.

La armonía es la necesidad de existir soportando el peso fatal de la eternidad, ese peso sin peso, imponderable, infinito, que descansa perennemente en cada instinto, en cada conciencia. Así los seres, las fuerzas y las cosas, se buscan, se atraen, tratan de acomprenderse y compenetrarse, protegiéndose instintivamente contra las potencias contrarias incognoscibles de las ilimitadas inmensidades que gravitan sobre cada alegría, sobre cada dolor o serenidad.

## EL LOCO

Cuando no hay nada qué decir, así se disparata.

Toda fuerza tiende a materializarse y toda materia tiende a desmaterializarse.

Después del apéndice seguramente que los cabellos y las uñas están destinados a desaparecer. Quizás. Pero ¿qué me importa?

Quisiera una hora de descanso tan profundo, tan en olvido y dejación, que casi sea una muerte serenísima.

Para llegar a las altas peregrinaciones de la idea y del espíritu que ni aun se sospecha, falta todavía, previamente, las grandes peregrinaciones en los hielos y en los aires, como se ha peregrinado y aun se peregrina las tierras y los mares. ¡Qué lejos está el imperio del espíritu!

Me parece que la América del Sur debe pensar ya en un congreso permanente de sus hombres más sabios en la práctica para forjar la constitución política de la América, congreso que después debería reunirse cada cinco años para atender a las reformas que el tiempo exija.

Urge que cada cual tenga el valor de arrancar su propia verdad, usándola a modo de broquel ante las injurias.

Retirarse a la soledad y al silencio es arrastrar el respeto de las gentes más envidiosas, ambiciosas y díscolas, conjuntamente con su agradecimiento, porque tantas y tales son las liviandades que carga su conciencia, que cada verdad divulgada les zahiere cual si fuese un hortigazo en llaga viva.

Bien haya el más alto retiro, ya que en él los hombres adquieren las trascendencias de lo eterno.

Y sin embargo una vez retirado el hombre, da risa cómo apegar de que ya no quita ni luz ni sombra a nadie, no falta el recelo, el odio, la delación, la calumnia d e . . .

ARTURO BORDA

Es necesario estar temporalmente enfermo,  
desheredado y despreciado, porque la salud, la fortuna y el  
mando, en fin, porque todo poder nos torna déspotas, es decir,  
intolerables.

Para quien no haya recibido el don de la facundia  
y la creación, la ilustración no hará nada más que hincarlo,  
sin que le haga producir nada de sí, si no son ridiculeces;  
lo cual será algo como la clásica gordura de las hetairas.

Hoy he de cantar al divino tedio.

Hastió en la esperanza  
y el bien gozado;  
molestia incesante  
de no sé qué;  
ansias de huir siempre  
no se sabe a dónde;  
terror en el estatismo  
y pánico en la actividad;  
miedo a la muerte  
y horror a la vida;  
segundo a segundo  
silencio asesino

Si, tal es el tedio, amigo mío.

Llega un día en que ya no se ve en el ser amado  
nada más que carne de placer, así como en el ajeteo  
diario no se busca otra cosa que el oro para la satisfacción  
de las torpes necesidades; y si en ese instante el ideal no  
echa su anzuelo, estamos perdidos, se entiende que cuando  
se quiere ser un cuerpo glorioso o algo así, alimentándose  
de ambrosía. Entonces, cuando no hay más remedio  
que ser máquina de explotación aurífera para vivir  
¿quién sería capaz de expresar lo inútil del arte?. Pero  
Me necesario sobreentender que no me refiero a los  
explotadores del arte, del artificio, o lo que se quiera llamar, es  
decir, a los que viven de la belleza en el mercado  
y las almonedas.



## EL LOCO

La resignación en las tribulaciones es el signo de la santidad; pero la santidad es también la perfección de la derrota, algo indigno de la voluntad humana, aunque es muy útil por algún tiempo, como simple disciplina. Mas la resistencia en el infortunio es la fortaleza, que dirigida en el sentido de la conquista de la vida en el presente valdría mucho más.

Hay seres tan vencidos por la vida y que tienen el espíritu tan soberbio, que nos horrorizan; y hay seres de expresión tan gozosa, orgullosa y triunfal, y que, sin embargo llevan el alma de bruceas, lamiendo el polvo, que...

El arte yace en los dominios de lo netamente genéricos, no así la ciencia, cuyo dominio es lo particular. Lo cristalino en ambos casos, no siendo asunto de tráfico, es la más alta especulación.

Aquí la mayor parte de las gentes parece que no tienen ningún interés por la belleza o el bien, ni por las grandes especulaciones en la ciencia o en el arte. Una mujer hermosa, por ejemplo, no les interesa si no es por la satisfacción material inmediata que les pueda proporcionar; y fijan su atención según su fortuna. La belleza de una mirada, de una sonrisa, de una idea... en una pincelada, en una partitura, etc, como si no existiesen. Pero, eso sí, se desviven y enloquecen de alegría con un circo ecuestre con monos, gallos, perros y burros sabios. Eso y la política, en lo que todos son profesionales, y que todos para iniciarse fatalmente lo hacen en el matonaje, naturalmente que según la condición socio-económica de cada cual, y también intelectual; esto aun cuando sea lastimoso el decirlo, pero así es. Por eso se ve tanto absurdo.

Bueno; y con eso ¿para qué más? No necesitan más. Y si no basta ver cómo en todo orden no se ve nada más que una mera apariencia teatral.

En cuanto a las mujeres debe haber alguna diferencia cultural.

## ARTURO BORDA

Las razas existen sin gramática y con lengua. Quiero decir que la lengua es la base de la gramática. Aquí se debe entender por lengua el sentido onomatopéyico de la palabra. Y el estilo, es decir, el alma del individuo en virtud del impulso de su espíritu, forma su propia gramática, como consecuencia del idioma ya; el reflejo directo de la tierra, el aire, la luz y las condiciones de vida del medio.

Quince años, no tenía más, y ya era madre. La muchacha impresionada de modo extraño, porque no bien se iniciaban sus ensueños de amor, que ya sus eternidades e infinitos se habían concentrado en su prole, haciendo abstracción del mundo. Estaba aislada por sí misma, como en un fanal de prismas iriscentes en la floresta, al pie de la cascada, en el verano o en la primavera; los abrils de toda su juventud cantaban en su alma a modo de las alondras al rayar el alba. Todo era luz de sol, jardines florecidos, canto de aguas y de aves y de aguas heladas y diamantinas. Así gozaba las horas la niña madre, sin notar que las sombras nocturnas le cercaban ya a semejanza de un círculo de hierro. Yo que la vi crecer sentí una inquietante melancolía, cual la tibieza del ocio que nos adormece en el otoño.

Un día ya no la vi. No sé si se fue o murió. No pregunté, por conservar la duda y quizá si la esperanza sugerente y triste de un imprevisto encuentro.

Aquella humildad que tienen los artistas en sus íntimas expresiones de afinidad, es de tal sutileza, como es el de la música que se dilata en los silencios de la idea y el de la conciencia en el sueño, tan dulce, tan levemente, tan lejana y presente en evocaciones y presentimientos o intuiciones, en éxtasis ó nirvana, que quisiera transmutar a la mayoría de las gentes, envolviéndolas entonces en mi espíritu.

Todos tienen sus horas sacras, más o menos, y no saben, porque viven a flor del día, siendo que hay que vivir a fondo de existencia.

La comprensión que se ha de tener del arte, no es de forma, es de fondo.

## EL LOCO

Fondo en el arte no es mero intelectualismo o mero pensamiento, análisis técnico; no: es ahondamiento en la calidad de emociones, comprensión de la parte netamente emotiva, de aquello que trasuda alegría o tristeza en la expresión, de aquel desdoblamiento de los silencios, de esa atracción que se comprende y que no tiene explicación si no es por el sentimiento mismo, como en el entretejido misterioso de amores, deseos, esperanzas y seducciones entre el hombre potente y la mujer bella.

En la casa vecina han instalado una fábrica. Hace seis meses y medio que no cesa el violento chocar de los hierros. Es un estruendo que simula el desquiciamiento de la tierra; de tal manera traquetea en mi cerebro. Debe haber una producción formidable.

En todo ese tiempo no hice otra cosa que no hacer nada, si no es querer pensar en algo. Y eso sin haber anotado hasta hoy ni una sola línea. He pasado verdaderos días de hambre a causa de que mi pensamiento robó toda su fuerza a mi sangre.

Ahora, transponiendo los límites del presente, estoy abismado en la idea de la eternidad increada. Una idea chistosa, casi burlesca, una especie de logogrifo de almanaque, y que sin embargo me parece que así son las ideas puras en una potencia más pura que la astral, allá donde Logos no halla espacio. Por eso ahora sólo me comunico con las gentes, mientras duermen, en las ondas de la idea sin concepto, casi en especie de sentimiento; más bien en algo parecido a nada.

Ciertamente que si mi cabeza fuese más juiciosa, todos estos barullos los orientaría clara y útilmente; pero...

Ah! ¿Durarán más y serán más útiles mis voliciones o el hierro que malea la fábrica?

En los instantes decisivos en que el acaso nos obliga a obrar rápidamente, siempre he visto quebrarse las voluntades más rectilíneas. No sería así si los individuos tuviesen el hábito de obedecer plenamente a sus intuiciones razonadas.

## ARTURO BORDA

Cuando me veo obligado a hablar con alguien, cerca de gente extraña, modero mi voz aunque los circunstantes sean más brutos que topos. Esta zozobra tiene la ventaja inapreciable de hacernos cerebrar más, con calma, más hondo y en silencio, fuera de que ello aviva la sutileza que a la postre nos agujonea a semejanza de cilicio.

La subconsciencia es el nexa entre el instinto y la razón.

Para tener la imagen del todo es necesario concebir la nada en algún punto.

Los libros más inútiles son aquellos que se escriben para los viejos y me hacen la impresión de lápidas al revés.

Cada lección de la ciencia más abstrusa debe ser un cuentito para niños, porque los viejos lo único que necesitan aprender es no más que saber morir ejemplarmente, sea rezando o bailando.

Cuando oigo o leo que se refieren mal de una tercera persona, me siento herido al instante. Puede que en esto se halle el reconocimiento de mi yo. Pero no quiero averiguar.

¿Y a tí lector, que te sucede al respecto?

A la puesta del sol se experimenta siempre un frío casi insensible que no todos lo saben, pero es inevitable aun en los veranos tropicales. Y es que rápidamente pasa una racha de malestar profundo: el paisaje se pone ceniciento: el sol se hunde. Es en ese momento que se le mira de hito en hito, cuando su luz es pálida y fría. Pero a fuerza de contemplarlo en su agonía, puedo mirarlo de frente, cuando se halla en el cénit.

Toda audacia es la ignorancia o el rechazo de una obligación y el deseo de conquista de un derecho a la libertad.

La mayor audacia con éxito en la historia física del globo es el casual y oficial descubrimiento del Nuevo Mundo.

## EL LOCO

Sin embargo pienso que siendo nuestras libertades tan ilimitadas, tanto que se ha pensado en el libre albedrío, nos rige el más siniestro fatalismo.

Tal convicción es general; no obstante pasma la suficiencia de todos.

Lo infinitamente grande es la razón de lo infinitamente pequeño, y a la inversa.

Cuando va pasando la vida, el ser se prende a la carne joven a manera de náufrago en salvavidas cilicial.

A las mujeres es necesario enseñarles que muchísimas cosas que se dice de ellas y de su destino, no es para que sonrían dulcemente, sino que para que mediten acerca de sus derechos y la responsabilidad que contraen ante su prole.

La belleza hace tolerable lo baladí; y nada más baladí que la belleza.

Ahora vive al lado un individuo que tiene un reloj de pared. Me desespera ese tic tac constante. Parece que el tiempo se burlara contando uno a uno el latido de ese instrumento.

Justamente en el silencio de la noche y cuando se está enfermo es cuando ese aparato ha de reconcentrar hostilmente con su terca indiferencia toda la vida en cada segundo que golpea, como jugando distraídamente con mis angustias; pero en cambio qué inadvertido pasa en medio de la ventura. Dij érase que por esa misma razón se patentiza en el dolor a modo de un suplicio.

Ese isocronismo es mi desesperación, me parece que con cada golpe que da engendra lo que mata con el siguiente. Oficio de máquina, de la vida y de Dios.

Ayer se fué de la casa una señora esbelta, que siempre estuvo silenciosa. Llevaba recogido el cabello. La bata, negra y muy sencilla. Jamás oí su voz. En ella supe la majestad.

Varias veces la contemplé furtivamente y con delectación. Su mirada, segura de su victoria, era plácida. Sus pechos y, en fin, toda ella, perfecta. El andar, libre, y el balanceo de sus caderas daban a sus formas en plenitud la fuerza de la atracción irresistible.

Su ida ha dejado en mi corazón un gran desasosiego semejante a esa vaguedad de ensueño que nos invade cuando perdemos algo que sólo entonces descubrimos que nos era indispensable. El cerebro está adormecido en el recuerdo y mi corazón parece envuelto en el vacío. Nuevamente estoy como sonámbulo, con la vista en el pasado.

Siempre la contemplé a esa bella mujer, convencido de que era mi Luz De Luna; ahora que se ha ido, la melancolía me rinde en el sueño.

He podido observar que mientras que no haya posibilidad de tomar a una persona por el brazo y poner la mano en su hombro, existe o se establece entre tales interlocutores un recelo recíproco y zozobroso: cada palabra casi tiene el valor de un rechazo o el de un agujijón de tábano.

De ahí resulta que parece que todas las personas llevasen en el pecho y en la espalda, letreros que dicen: (CUIDADO CON EL SECRETO), ni más ni menos que lo que se hace con los muebles públicos: —CUIDADO CON LA PINTURA.

# ***DE LA MISERIA***

Otro de los fenómenos de la miseria es la constante insatisfacción del ansia.

La miseria con todo su cortejo de angustias, al principiopropulsa una fuerte ideación: la fantasía nos eleva insensiblemente hacia los más fúlgidos mirajes: surgen creaciones, descubrimientos é inventos; el arte y la ciencia nos embriagan con sus más venturosas promisiones y, como consecuencia, la esperanza allega nuevas formas de ensueño.

Entretanto la miseria se intensifica, se debilita la energía, el corazón se adolore, la desesperanza impera, huye la juventud y el cerebro se bestializa en medio mismo de la conciencia que aun sobrevive en lucidez, para mayor tormento.

Aquí es que nace no el odio, sino que el desprecio, y en su forma más intensa, que tiene mucho del horror á la humanidad y de asco á la vida. Entonces el silencio no es nada *más* que la ocasión para el análisis sucinto del infortunio: cilicio.

Es en estos momentos en los cuales tragamos nuestro propio corazón, después de mascararlo, y huimos de todo consuelo posible, creyendo estar así fuera de la vida y, sobre todo, de los hombres, pero nuestra mirada al mundo es de estupefacción, igual á la mirada de la mente ante la nevada.

## I

Anoche tuve un sueño infantilmente original.



Habitaba en un trigésimo piso de un caserón destinado á la gente más proletaria. El edificio abarcaba dimensiones enormes y era de severidad poco común.

La ciudad tenía una extensión de muchísimas millas. Su vegetación escasísima se reducía á toda la variación de los cactus. Esa ciudad se llamaba Cosmópolis. La humanidad parecía haberse congregado en ella. A una enorme distancia de la urbe se hallaba el putridero de las cloacas, lo cual servía de abono.

Me admiró muchísimo el no hallar en los almacenes nada más que seda y pedrería y en las proveedoras sólo golosinas.

Las gentes, más que personas, parecían espectros, de consumidas que andaban; pero sus modales tenían una graciosa urbanidad.

En tan enorme ciudad sólo recuerdo haber **visto tres** centros de diversión: uno era el cielo siempre azul, para los habitantes de la casa de pobres; el otro, un inmenso salón para la ruleta, y, finalmente, la mancebía. Cada uno llevaba su emblema: el cielo, en el cénit, un libro abierto con un corazón encima; la casa de juego tenía en el frontispicio una mano con enormes garras, empuñando una daga; el palacio de la prostitución ostentaba la cúpula.

Noté también una sola botica, el más suntuoso de los edificios, cuya torre constituía un colosal frasco del 606; al lado estaba otro edificio igualmente lujoso, con esta leyenda en el frontis; —**Ovriotomista**.

El gobierno y las religiones se habían refundido en un sólo credo y su centro de operaciones era una inmensa basílica, en la que funcionaba la mayor institución bancaria conocida; así que la religión universal oficialmente reconocida era la vida por el oro.

Por ello se verá que la humanidad menguaba rápidamente.

## EL LOCO

Un día hubo fiesta en la casona. Y tratamos de cómo se podría remediar el próximo fin humano. Después de agotar las reflexiones de orígenes y efectos, concluimos en que el oro era la causa. Y resolvimos saquear la basílica. Así fué.

Pero como quiera que el tiempo era avanzado ya, postergamos para dos días después. Entretanto resolvimos tener una gran fiesta fuera del radio urbano.

Llegada la noche fijada para el saqueo, con el mayor sigilo efectuamos nuestro propósito.

Durante el resto de la noche cada cual cumplió con su obligación para el logro de nuestro jolgorio.

\*\*\*

Al siguiente día anunciamos el desastre del templo y que el oro se hallaba en la letrina. A la noticia, los cosmopolitas en atropellada caravana fueron al sitio indicado.

En la población quedamos únicamente los del caserón; mas, después salimos también, dejando en profundo silencio á Cosmópolis.

\* \* \*

En medio de una desolada planicie vi un dédalo de cuadros muy grandes y bellos que formaban calles asimétricas, pobladas de infinito número de estatuas.

Aquella era nuestra ciudad **Ideal**. Todos sentíamos una gran alegría, mas al unísono lamentamos que en medio de tanta belleza no se oyera ni un solo son ni se hallara una sola flor. Pero todo fué decir, que los más graves de entre nosotros, los más sabios taumaturgos, se levantaron diciendo: — Esperad. — Esperamos. Y se dispersaron en todas las callejas del laberinto, descubriendo retortas ocultas por los mismos cuadros y estatuas. Así en menos de un suspirar el yermo se pobló de vegetación tropical.

Ante un tal prodigio atronamos el aire con voces de júbilo á tiempo mismo que resonaba la sinfonía orquestal jamás oída, mientras que todos, envueltos con el humo de las retortas, íbamos rejuveneciendo en una excelsa mocedad; las mujeres se tornaban más bellas que las hadas. Todas las fantasías esculpidas ó pintadas adquirirían realidad en su ambiente propio que también se formaba. Nuestra existencia se iba sublimando en la ebriedad de un ensueño imposible, hasta el frenesí. En la umbría de exuberancia ecuatorial se materializaron todos nuestros deseos entre aromas y elíxires, en tanto que las aves más exóticas coreaban armónicamente en un murmullo de encantamiento.

Tal transcurrió aquel día.

• \* •

La noche se avecinó. Y regresamos á Cosmópolis, mientras desaparecía en niebla nuestro Ideal. Cosmópolis se hallaba silenciosa, como cuando partimos. Mas, así que subimos á la torre del caserón vimos que los cosmopolitas, asfixiándose en el desagüe de las cloacas, rescataban el oro, retomándolo triunfalmente á la basílica.

### III

Ocho años después.

¿No dije? He aquí algo que se esfuerza por ser simple, sin dejar de tener pujos de enjundioso. Es, pues, otra de las formas de que se debe huir.

Me dan rabia y pena mis esfuerzos inútiles.

El dilema es muy sencillo y fatal.

Todo debemos vivir espiritual y físicamente. Esto es incuestionable. Para eso es urgente sentir, pensar y comer. Pero aquí está el asunto.

Si tienes miedo al hambre y á la miseria, sacrificas primero el espíritu y haces fortuna para luego dedicarte

## EL LOCO

agotado á lo noble y bello; pero si no tienes miedo ni á la miseria ni á la muerte, y sobre todo al ridículo, sacrificas tu bienestar, yendo primero trágicamente á la ejecución de la más grande obra, en cuanto sea posible, que demande tu capacidad, para dedicarte después, agotado, á hacer, ya que no una fortuna, siquiera á ahorrar para la mortaja, pero altivamente.

Como ves, el dilema es muy sencillo y fatal; pero tampoco depende exclusivamente de sólo la voluntad del individuo, sino que en mucho de la capacidad particular con que la naturaleza nos dota á cada uno: uno, por ejemplo, habrá nacido para lucir su cara; otro, para dar brillo á sus zapatos; aquel, para exaltar su corazón; el de allá, para santificar ó pervertir; el de acullá, para exprimir su espíritu, y éste, para satisfacer su carne. Etc. Pero de todas maneras, refiriéndome siempre á los altos destinos de lo que se entiende por lo más noble y bello en la vida, el heroísmo se hace incesante en sueño y vigilia, anónimo y sin remuneraciones; no es, pues, el heroísmo de un instante como en el campo de batalla.

Pero mejor es heredar una fortuna para vivir de cualquiera manera.

Un día vi que un vecino estaba leyendo atentamente un libro; pero de pronto, poniéndose furioso, se levantó gritando: — Esto es loco, absurdo, idiota: terrible. — Y vota el libro, echándolo de un puntapié á un rincón. En seguida se pone á pasear de largo en el corredor, aun más preocupado. Pero después de reflexionar mucho recoge el libro y se sienta tranquilizado á leerlo lentamente. A poco rato, abismado en la lectura, iba llorando suspirando y riendo sin notar, urmurando: — Qué loco. Pobre hombre. Y no parece que estuviera. Que está loco es incuestionable; pero ¿cómo? Tal es el asunto. — Entonces noté que eran mis manuscritos y que el lector era yo mismo, yo que á mi vez era ya un eco de la opinión ajena respecto de mí; por lo que en el fondo de mi conciencia torné á oír: — Qué loco. Pobre hombre. Y no parece. — Así hasta que el horror de esa obsesión me despertó en oneireodinea de oneireocricia.

¿Quieres saber si eres un ocioso, ó sea un parásito social, ó un trabajador? Pues nada más sencillo que veas

cuánto has producido y dado y entregado desinteresadamente al beneficio público, cuantitativa y colectivamente, no para tu provecho, ya que entonces estarías dentro del círculo del egoísmo. Pues observa que dentro de esa esfera un zapatero trabaja también para que las gentes anden, pero por su justo precio.

Mas quizá no esté en lo cierto. No, yo no tengo razón; pero todo el mundo, cada cual, tiene razón, menos yo que ya no sé cómo defender mi tesis; lo que quiere decir, que, según mi propio criterio, no debo estar en lo cierto, aunque algo muy íntimo me dice porfiadamente que estoy en lo cierto. Tú decidirás, lector, con mejor juicio; que yo ya tengo la cabeza caliente.

El sol caldea y la atmósfera sofoca. El reloj dá las once.

Dejando que las horas huyan vago apoyado en el vitral, fumando un cigarrillo á la vez que me divierto con el tráfico dominguero.

En frente, a la vera de la calle, hay un puesto de venta. Una mujer adiposa y mugre hace buñuelos. El sople del aura ignea las brasas del fogón, aventando las cenizas, las cuales dispersándose en torbellino ensucian la mesa en la que la mujer hace rosquillas de masa de harina que las echa en el aceite hirviente de la sartén, donde las remueve de vez en vez con una varilla. Cuando bien cocidas ya se esponjan, las saca con el mismo mimbre, acumulándoos en una palangana abollada.

En eso pasa una señorita vestida de gros y tul. Su amado, inclinándose de lado le abraza la cintura, mientras que con la otra mano lleva el bastón al sobaco. Así, mirándose alegremente se estrechan con impulso lascivo, mal disimulado.

Los bulliciosos pilluelos, que a la sazón merodean la sartén, relamiéndose los labios y haciendo como que juegan a la mancha, se burlan de la enamorada pareja, correteando en su derredor.

## EL LOCO

La buñelera sigue imperturbable en su quehacer.

Entonces, de luto, toda demacrada y lívida, se aproxima lentamente una pobre con los ojos extraviados, tropezando en sus pies, que los arrastra muy apenas. Blanqueando sus ojos, los mueve con desesperación. Luego, con voz entrecortada y ronca, pide cinco centavos de buñuelos.

La del puesto, sin alzar la vista, llama a uno de los chiquillos del corro.

El rapaz llega a la carrera, saltando y batiendo en alto los brazos, e inmediatamente lava un plato de barro en el agua turbia de un balde viejo.

La vendedora sirve los buñuelos enmelados ya y que el molondro haciendo gestos burlescos alcanza a la parálitica, la cual saca de entre su manto verdinegro sus manos esqueléticas, crispadas, retorcidas y temblorosas, y, haciendo fantásticos esfuerzos, de una manotada atrapa un buñuelo que pretende llevarlo a su boca; pero como también tiembla su cabeza, hace horrorosas muecas y visajes por morder en su golosina que huye de su boca, como por maldición.

Así, en tan terrible burla de quita y pon hecha a sí misma, tortura horriblemente sus miembros y su voluntad con su anhelosa desesperación, de lo que los chiquillos ríen a carcajadas, inocentemente trágicos.

Ella es la miserable laceria del infortunio ante la espectación gozosamente diabólica y burlona de la muchachada del hampa no menos miserable.

En eso la impotente enferma, enfureciéndose cruje los dientes, chuequea la boca y, blanqueando sus extraños ojos, irradia un siniestro fulgor de odio blasfemo. Tal, gruñendo y gesticulando horrores, muerde por fin su ración, cuya mitad huye también violentamente arrancada al im-

pulso de su mano esquelética, contraída y febril. Así, sacudiendo tremendamente su cabeza, masca a dentelladas.

No come: traga.

Hay en eso algo de sagrado y sublime; algo que infunde horror y respeto. Pero he aquí que los rapaces nuevamente restallan sus cristalinas carcajadas, por lo cual la paralítica se hiela de cólera, clavando en mí, al acaso, sus extraviados ojos cristalinos, casi desorbitados, sublevando en mí la hiél asesina; no obstante, débil ya aun para mover mis labios, caigo con temblores de envenenamiento en una estúpida melancolía.

De esa suerte laxo y triste me retiro de la ventana. Y sin voluntad para nada me tumbo en cama.

Luego en sombra y silencio, me invaden sueño y olvido.

Un gran conocimiento de la vida centuplica la potencia y anula la acción, en virtud de la visión de círculos que abarca cada vez mayores.

Esta mañana he despertado espiritualmente ágil, aunque con cierta languidez física. No obstante mi tranquilidad general es tal, que en cualquiera otra circunstancia me hubiera horrorizado. Casi podría decir que soy un dios olímpico, de serenidad augusta y eterna; tan transformado desperté hoy, al empezar la aurora.

## I

Después de vestirme salí, cerré la puerta y á modo de sonámbulo descendí la escalera.

En el zaguán dormía un perro, bien enroscado. Sin advertir le piso en la cola: aulla, da un salto, me muerde y escapa.

## EL LOCO

### II

En la puerta de la primera tienda que hallo hay una mujer andrajosa. Lleva en brazos á su niño medio desnudo, el cual lloriquea apenas, débilmente, enfermito, muñéndose. La mujer compra cinco céntimos de pan. Quiere pagar y no halla el dinero. El tendero le arrebatá bruscamente el pan. Arrasados en lágrimas los ojos, agacha la cabeza la mujer avergonzada, cuando alguien que pasa le arroja una moneda al dueño del negocio, quien echa á la calle el dinero, seriamente disgustado.

### III

Pasan varios cargadores llevando catres, sillas, armarios, mesas baúles. Etc.

### IV

Más allá, en mangas de camisa, escribe un carpintero, sobre una tabla.

Un pilluelo que viene silbando el vals Sobre las olas, le dice, al pasar: — Maestro burro — Luego da unos saltos y prosigue tranquilamente su camino. Y arrastrando la mano en la pared va silbando indiferentemente el vals Sobre las olas. Buen oído.

### V

Un intelectual bien trajeado viene trayendo papeles en el sobaco, leyendo un diario local de la mañana. Camina lentamente, absorto. De pronto tropieza en una mujer del pueblo que de cuclillas y remangándose apenas la falda por delante, orina en media calle. Ella, mirando de modo sañudo al intelectual, le dice: — ¡Guá! ¡Parece que éste joven no tuviera ojos! — El joven sonríe, mirándola de reojo, mientras que el guarda de la esquina contempla indiferentemente la escena, sin saber dónde colocar ni cómo sus manos enguantadas. Lleva los dedos tiesos. Pobre indio.

### VI

A poco andar veo que el guarda de otra esquina se halla entretenido con una indiecita, detrás de una puerta



de calle. Al momento, y no lejos, se hace un alboroto. Un auto acaba de atrepellar á un niño, al cual lo extraen de entre las ruedas. Lo alzan. Es un costal de carne molida. Está doblado por la cintura y cuelgan los brazos, las piernas y la cabeza. Llega el guarda, ve el siniestro, apunta el número del auto, sube en él, acomoda de cualquier modo el cadáver. La multitud se conduele por la víctima y sopapea al guardián. El auto parte. Yo paso y la muchedumbre queda haciendo comentarios.

## VII

Un anciano sacerdote, muy arrugadito, me detiene, preguntándome la hora. Le miro y me da asco: lleva pintadas con hollín las cejas.

## VIII

Ahora es una ventana con rejas de hierro llano. El vitral está abierto. Se ve un dormitorio femenino, limpiecito y monamente arreglado. Una cama al fondo izquierdo. A la derecha una máquina de coser. Dos mujeres jóvenes y bonitas. La que cosía está muellemente sentada en el sofá, muy pensativa, y la otra, leyendo risueñamente una carta en papel lila, descubre una linda pierna bien calzada, sentándose á medias en una esquina de la mesa.

## IX

Hora de almuerzo. Sol fuerte. El tráfico ha disminuido. Muchas casas comerciales cierran sus puertas. Los tranvías van casi vacíos. Pasa uno que otro coche. Se oye el ruido helicial de un aeroplano. Pasa un auto con dos señoritas que se matan de risa, señalándome.

## X

Voy á tomar mi almuerzo. En la fonda me sorprende ver en el menú la fecha del 18 de Junio. El mozo me dice: — Se ha perdido usted, señor. — Por toda respuesta le miré sin comprender nada.

Al salir lo primero que hice fué preguntar á los transeuntes la fecha en que nos hallábamos. Todos confirma-

## EL LOCO

ron la fecha del menú. ¿Resulta, pues, que he dormido dos meses? Es curioso: yo apostaría á que no he dormido más de ocho horas.

### XI

En la calle vuelve la animación. De un almacén salen tres señoritas, vestidas con telas ligerísimas. Ríen alegres al dependiente que las acompaña hasta la puerta. El viento, ajustándoles las telas, diseña perversamente sus formas. Las chiquillas se sostienen con una mano el sombrero y dan media vuelta; pero el viento les diseña también las formas traseras. Ellas siguen riendo, satisfechas acaso de mostrarse excitantes públicamente, á la vez que hacen alegres lo posible por desprender las ropas que se les prenden más. Los transeúntes se detienen á mirarlas. En el viento van á ellas los saetazos de la lujuria de los espectadores.

### XII

Ahora pasa una mujer bien trajeada. Pisa fuertemente y á cada paso le tiemblan como gelatina sus pechos y las mejillas. No es gorda.

### XII

Aquí viene una señora. Lleva la falda muy alta y tiene tobillos de elefante.

### XIV

Hace algunos minutos que voy viendo seres, incidentes y cosas de una vulgaridad perfectamente fastidiosa.

### XV

Delante de mí va un individuo gordo, pagado de sí. Camina con paso solemne; lleva el bastón hacia atrás, sosteniéndolo con ambas manos. Parece diplomático. Carraspea, tose y escupe; pero un joven petiso y nervioso, con tacos de gebe, que quiere adelantarle, recibe el salivazo en la cara, por lo cual, sin pérdida de tiempo, le atraca un bofetón al hombre gordo. Se arma la de Dios es padre.

Continúo mi marcha. Oigo una bulla endiablada y un disparo de revólver. Veo correr mucha gente, como brotada de la tierra.

XVI

Una casa en construcción. Los obreros están ocupados en los andamios. Me detengo á observarlos un instante. Uno de ellos me mira, tambalea y cae; pero queda suspenso en la piola que le sujeta por la cintura. En la calle se oyen gritos de angustia femenina. Los operarios se afanan en suspenderlo. Aglomeración de gente y murmullo.

XVII

Al salir de la población, en la última tienda compro pan y queso. Me dirijo al campo. Voy por la carretera polvorienta. Los viajeros de la campaña van y vienen: unos traen legumbres y fruta y otros llevan harina, arroz, cecina y ultramarinos. Etc. Muías, burros, perros; indígenas y colorines. Mucha luz.

Me desvío a campo traviesa. Cruzo el pedregoso torrente. En uno de los remansos hay algunas chiquillas y unos cuantos muchachos. Se lavan los pies á pleno sol. Hacen bulla: silban y cantan. Juegan. Chapoteando hacen salpicar el agua que finge ser lluvia de estrellas. Hay carcajadas infantiles y argentinas.

La madre de los niños, hermosa mujer, está sentada en un pedrón, en compañía de otra señora. Ambas recogen piedrecillas. Y murmurando no sé qué palabras cabalísticas las van echando una á una en las aguas. La señora se pasa tristemente el pañuelo por los ojos y la otra se queda pensativa.

XVIII

Trepando una barranquería llego á un cebadal muy verde, orillado por una acequia tumultuosa. Me echo de estildas en el césped á la sombra de un matorral. El día está ventosos. Lentamente voy comiendo la merienda. Me le-

## EL LOCO

vanto. Bebo agua en mis manos y vuelvo a tumbarme en la grama.

Después de un instante de estar pensando no sé en que, he anotado lo siguiente en mi diario. Me parece que hace un siglo que mi cerebro se adormece. Apenas si late pausadamente mí corazón. Estoy cual si navegara en la mar bella, sin vientos, sin olas, sin remos. Me posee la paz, el sosiego, la confianza en no sé qué. Enigmas, misterios.

Dijérase que las imágenes no pasan de mis retinas, ni los ruidos de mis tímpanos; se podría suponer que la vida resbala á for de piel. Mi respiración es lenta, tranquila: nada me conmueve.

Estoy escribiendo esto, sin interés, sin deseo, por costumbre, á modo de respirar. En mi alma hay brumas, sopor y relente; en mi cerebro, olvido, y, en mi corazón, el letargo está: apenas advierto el instante que pasa.

En mi alma oigo algo así como los últimos acordes de un réquiem eterno. Es un tregua infinita en la que me anonado. Calma, sombras y silencio: silencio en los arenales y en las aguas muertas; silencio de los éteres en la inmensidad; quietud de los arcanos. Aquí no hay ni deseos, nada; pero tampoco es el nirvana.

Todo pasa en mi cual en la abulia, en la pesadez y el aplanamiento en las aguas dormidas de las ciénegas; todo cesa aniquilándose en un abandono letal. Todo está sereno, fresco tranquilo, perennemente impasible. Es el sopor inmutable del marmol olímpico que ha descendido á mi existencia en una bocanada de la eternidad.

Así ciego, insensible y sordo, mi conciencia va desapareciendo. Ya no sé ni lo que mi mano escribe. ¿Acaso dice de azures, de lontananzas y lejanías en la noche, en el silencio, en la muerte?

Y el rumor de la acequia va adormeciéndome más, mientras que con la vista en el azul veo pasar nubes de mil formas.

● \* ●

.....  
\* \* \*

¿He dormido? No sé. El sol declina. El viento silba y se oye intermitentemente un lejano cantar con acompañamiento de guitarra. El cebadal ondula al viento. De pronto llega un picaflor que sosteniéndose en el aire bebe la miel del nectario de La Flor del Inca. Luego se va, volando inquietamente con giros quebrados.

Me incorporo y por la misma vía hago el viaje de regreso.

#### XIX

Antes de llegar á los suburbios veo una señorita de unos once á quince años que va con tres chicuelos de más ó menos la misma edad, uno de los cuales lleva uniforme de cadete. Ella al verme se turba. Da media vuelta y echa á correr á la ciudad. Los jovenzuelos se quedan cortados y rojos como amapolas. Pasado que les hubo la sorpresa, así le increparon al cadete: — Tú tienes la culpa. Aquí cerca la hubiéramos hecho feliz. — Seguí de largo el camino. Oí vocearse. Parece que hubo altercado. Sin más novedad regresé á La Paz.

#### XX

Un ministro de estado viene en coche. Se lleva los dedos á la boca y se pasa con saliva en las cejas.

#### XXI

El crepúsculo es largo. Hay muchos paseantes en la Alameda.

## EL LOCO

### XXII

Delante de mí van un joven y una señorita. Ella es, de puro inquieta, un manojito de nervios piróforos y tiene voz dulce y cantarina. El anda tieso; su voz es ronca, parece que sale de la tierra. La conversación de ambos me sugiere un dúo de la vida y de la muerte.

— Créame usted, Aidé. La adoro.

— ¡Jesús! Qué zalamero y amable.

En eso la pareja se detiene en la esquina. Yo paso de largo.

### XXIII

La luz eléctrica se ha encendido y el crepúsculo da sus últimas luces.

En una casa nueva, sin revoque aun, en los agujeros que sirvieron para los andamios, las palomas han hecho sus nidos. En éste momento hay unos hombres^ los cuales subiendo en escaleras atrapan los pichones; pero una de las palomas escapa, volando entre los árboles. Al regresar tropieza en los alambres del alumbrado eléctrico, y con golpe sordo, de masa, cae boqueando, con las alas abiertas. Una mujer que pasa la levanta. Los hombres de la escalera reclaman. Hubo discusión y el guardaparques reía.

### XXIV

Trastorno una esquina y me da de lleno la luz de *un* auto tuerto. Al centro de ese fulgor veo dos siluetas tinieblinas de señoritas que se besan. La luz huye. Pasa el auto. Avanzo. Dos chiquillas se despiden entusiastamente.

— Mañana, en la iglesia, Amalia.

— Sí, Elsa. A las nueve.

Elsa se va y Amalia entra á su casa, dando saltitos.

XXV

En un banco de la plaza principal me senté. Poco después vinieron dos jovencitos. Charlaron de esta suerte:

—¿Quebraste al fin tus estudios?

—Sí. Esta noche no sé dónde ir. Tengo tres compromisos. Si me acompañas tienes jarana y carne fresca.

—Me parece que eso no lleva buen camino. Vas derrochando en mujeres casi todo tu patrimonio.

—Efectivamente. No creo que haya dinero mejor gastado. Además, el hombre jamás se siente tan macho como cuando está encima.

—Cierto. Ni la mujer tan hembra como cuando está...

Y no quise oír más.

XXVI

Llego á casa. Es de noche. En el zaguán da su luz mortecina una velita desde un pequeño farol.

Tres habitaciones iluminadas proyectan su luz en el patio, donde á la sazón los niños de la vecindad juegan al escondite. Dos de los chiquillos están apartados, apoyados en un pilar. Uno de ellos toca un organillo y el otro canta. Una chiquita, hace el dúo desde la escalera.

En una pieza, cuya puerta se halla cerrada, rasgúan una guitarra y tararean canciones nacionales.

En lo más oscuro del pasadizo al segundo patio, hay una pareja muy prendida á la pared. Hablan agitadamente.

— No. No así. No quiero.

— ¡Chico! Viene gente.

## EL LOCO

Se oye silbar en algunos cuartos en otros hay ruido de platos y conversación gangosa de gente que come.

Una puerta se abre y suena una voz clara, femenina aunque gruesa, que llama á los niños á comer.

En el corredor un individuo que tose enciende una cerilla y un cigarrillo.

Hay luces que iluminan y desaparecen al abrirse ò cerrarse las puertas. Oscuridad.

Oigo el ruido de un cristal que se rompe: voces iracundas de hombre y mujer y el lloriqueo de una criatura.

Entro al dormitorio.

Ahora estoy escribiendo estas últimas líneas y comienza el aguacero. Dormiré bien.

• \* •

Y me da rabia pensar el afán con que he hilvanado mis recuerdos dispersos, simulando sucesos de un día, todo por sepultar esta maldita tristeza sin por qué, que me asesina.

¡Oh, alma mía, si siquiera tuviese la esperanza de dormir! Cierro los ojos y mi espíritu despierta agitándose en los espacios inmensurables, enloqueciendo de angustia y cansancio á mi corazón.

## DOMINGO

### Medianoche.

La atmósfera estaba inquietante: daba ganas de irse, de olvidarse y perderse. El silencio se hacía martirizante; pero de pronto habló Elíseo:

—¿No oyes? Observa.

—¿Qué? ¿Dónde?



—Pero ¿no oyes? Nota que los abuelitos nos están mirando; quieren hablar.

—(Con inquietud) ¿Quienes...

—Los abuelitos, aquellos que chocheaban con nosotros, los que nos mecían en sus rodillas, los que nos fastidiaban lastimándonos con sus caricias, los que en sus delirios nos querían transmutar en sí: rejuvenecer su sangre: vivir nuestra infancia. Ellos, los abuelitos. ¿Recuerdas?

—Pero si hace años que...

—¡Oh! No, no duermen: están en vela en el seno del Señor. Toda existencia, todo misterio, toda densidad se transparenta para los muertos...

Y Eudoro, como adormecido, quedó mirando el vacío y oyendo el misterio. En el aire había un suave crujido de sedas invisibles y en el alma una sutil picazón de espinillos.

## L U N E S

### El alba

Desperté y salí á la disparada á campo traviesa. Sonámbulo aun anduve y anduve hasta que el sol se puso.

### Atardecer

Pero aun recuerdo que el día estaba risueño y mi espíritu se hallaba saltarín. A medida que la tarde se venía, el cielo se iba encapotando, en tanto que mi alma se tornaba huraña y lúgubre. A las seis el cielo estaba ceniciento y la tierra oscura. La cerrazón venía del Oeste. Apresuré» pues, el andar, pero ya no había tiempo: la noche me tomaría en el desierto. En el firmamento culebreaban ya las saetas ígneas á la vez que los truenos rodaban sacudiendo la atmósfera, mientras que la pampa simulaba erizarse. Casi en el horizonte se veía desprenderse de las nubes una especie de cortinaje que al arrastrarse venía levantando pol-

## EL LOCO

vareda. Y venía y venía y mi corazón iba á reventar en tanto que mis pulmones se asfixiaban. En vano aligeraba mi andar: la borrasca se echaba encima con el rumor de torratera soterrada, á modo de un sordo vocerío de las lejanas multitudes. El frío me atería cuando sentí una infinita descarga de granizo que me aturdí. Suspendí la solapa y los hombros, bajé el ala del sombrero, metí las manos en los bolsillos y moderé el paso. La granizada simulaba una danza de los espíritus congelados que me azotaban la cara, furiosamente, saltando en el suelo con rabiosa alegría, miles de millones, atrepellándose en desesperada algarabía. En los senderos, en las carreteras y á campo traviesa, entre los pedregales, iban el declive los cintillos de agua que salpicaba el vertiginoso granizo, hundiéndose en el barrizal, soltando burbujas que á flor de agua reventaban semejando besos al contacto brutal de otros granizos que formaban nuevas burbujas. Yo iba dejándome caer en las vascas del malestar: en el soplo del frío interior; las sienes estaban a reventar; el dogal de congoja, en la garganta; la tensión de la médula, en la nuca; la desorbitación de los vértigos, en el cerebro; las rodillas que se rinden, y el corazón. .. ¡Oh, la extensión helada!

### El anochecer

Cuando volví en mí, unos indios aymarás me friccionaban con hielo las sienes. La pampa estaba blanca y el cielo parecía un opalino fanal de nubes. Frío. Mucho frío en el alma, en el cielo y en la tierra. Los sembradíos, agostados, augurando la inflexible hambruna. Mas, en mi recuerdo sólo veía innúmeras legiones de almas encarnadas en la nieve, en el granizo loco, desenfrenado, que me ajusticiaba, mientras que el viento silbaba en mi oído, siniestramente. Entretanto los indios me hacían cabalgar en un borriquito que andaba apenas. Un indio me sostenía á cada lado. Cuando llegábamos de noche á La Paz, volví á caer en otro síncope.



Abrí los ojos y me hallé en la Asistencia Pública.

MARTES

**Medio día.**

No sé las horas que me restan. La fatalidad me empuja de modo invencible, porque el fin galopante se acerca minuto á minuto. Ya no resisto ni tengo voluntad.

Son inauditos, sobrehumanos tal vez, los esfuerzos que hago por someterme y comprender la realidad, por olvidar el ensueño y el amor, el infinito amor en que me pierdo, replegándome resignado en mi resentimiento contra mis días; pero al instante, fatalmente, mi cerebro se adormece soñando en el amor y la belleza de una existencia fuera del tiempo, mientras que mi corazón se marea en la honda amargura.

Y, al despertar, sólo la miseria de mis tristezas, mis impotencias y la angustia por los demás.

Pero mi corazón está perdonando ya á la vida y á los que se ensañaron conmigo en tanto que mi existencia se torna en la honda, inmémora de amor suprasensible á los que me amaron: siento que los míos se sumergen en la mar sensitiva y salobre de mis lágrimas.

Mi corazón es un amasijo de querer: obra y sangre de mis mayores: dolor del fuego inmemorial. Esta despedida de la existencia . . . Y el día tan sereno, tan plácido. La luz y las auras me envuelven amorosamente serenas, como después del placer los abrazos en un laxo dormir. Y estas campanas.. .Y la hora. Todo el pasado. Pobre corazón. Estoy implorando perdón.

● \* ●

Y á medida que voy escribiendo, conforme silba ó musita la pluma, al correr en las cuartillas, parece que ha-

## EL LOCO

blara, mientras salta corporizado el concepto de cada palabra que concluyo. Qué innúmeras multitudes que me asedian. Qué inusitada actividad de formas tan raras, tan imposibles. Algunas suspiran y gimen, huyendo á arrinconarse, mientras que otras se quedan estáticas en la meditación. El ambiente se puebla de seres alados y diminutos que me acosan zumbando locamente, arguyendo con la tezon de sus argumentos. Habla la Lógica:

— Somos la eclosión de la savia absorvida por tus lejanas raíces: somos tus horas fecundas. Toda floración es el aroma y la belleza de los antepasados.

¡Ay! del que pretenda florecer artificios: corolas mustias con olor á cadaverina.

Así, la sangre de mi pulso ya sale lentamente, poco menos que incolora: la escritura es ligeramente carmesí, casi blanca. Necesito sopar constantemente la pluma en mi sangre, y al correr de la pluma en el papel la vida se eleva de su filo á modo de humo, cuyo vaho de sangre me asfixia. Toda esta existencia que me consume ha salido de mi sangre.

Y siento helarme rígidamente. Pero en eso desaparece felizmente la alucinación.

## I

¿Quemara? ¿No quemara? No . . . Sí . . . Y en esta lucha perdí más de once meses, irresoluto delante de mis dibujos y manuscritos, hasta que al fin en un mañana que desperté muy triste y con el corazón sacudido en violentas palpitaciones, haciné al pie de mi cama todo el trabajo de mis días. Cerré bien la puerta. Y en un arranque heroico y con la tranquilidad de un cadáver, encendí la hoguera.

La llamita del fósforo quemó primeramente un papelucho. Era una llamita azul, coronada de amarillo anaranjado, que avanzaba mordiendo, lamiendo, tragando el dibujo, mientras que la negra ceniza se encarrujaba echando humo. Luego saltó a una cuartilla, después a otra que encendió otro dibujo, el que a su vez alegre y juguetona-

mente, contagió a mil. Al fin se hizo una llamarada enorme, de más de un metro, la cual a causa del viento que se colaba en las rendijas de la ventana y las puertas, flameaba dando latigazos en el aire, por cuya razón se desprendían centenares de lenguas ígneas que desaparecían al instante, como absorbida por el humo denso ya. En seguida se multiplicaron las llamaradas. Aquello era una danza loca del espíritu de las asolaciones, mientras que los dibujos y las cuartillas se enovillaban, suspirando y gimiendo, a medida que se iban quemando. En la hoguera se oía el murmurio de un secreteo inquietante: los moribundos suspiros y un leve frufú de las enaguas de oropel. Mientras tanto la estancia adquiriría la temperatura de una hornaza. En esto, al despejarse las nubes, entró un rayo de sol mañanero. El humo atravesado por la luz del sol era anacarado, opalescente o tornasol. Al jugar ondulando leve se retorció en cendales arábigos y en volutas raras.

Así se consumían muchos años de labor ruda en el análisis de la existencia.

Entretanto el aire se hacía cada vez más espeso. El calor aumentaba, pues la hoguera se hallaba crepitando. Todo lo que había de más noble y bello en mi existencia se iba tornando en humo, mientras que yo, respirando difícilmente ya, contemplaba satisfecho mi última liberación. Ya podía dispersarme sin dolor y á todos los vientos, porque me desligaba de todo el pasado.

Pero de pronto las cenizas comenzaron a moverse cual si los torbellinos se agitaran, subdividiendo a millares las llamaradas, ora aquí, ora allá. Y así en todos los puntos, dando origen a medio millón de niñas que, sutiles a modo de figulinas de mayólica, emergieron más hermosas que el recuerdo y la esperanza, vestidas de luto, más ágiles que las anguilas en el agua y más incisivas que las avispas. Y cantaban:

## EL LOCO

¡Venganza de quien sin piedad  
nos hunde en la nada,  
ahogando en nos el amor,  
la fuerza y la belleza  
que cantan su armonía  
en los himnos de la verdad.  
¡Venganza! ¡Venganza!

Tal cantaron a coro. Y, dolientes y procesionarias, desfilaron llevando en vilo el cadáver del Pasado. Luego se desgalgaron contra mí. Cada una me hería lanceteando su lengua sagitaria, que era aguijón o dardo, cuando no cauterio, mientras que me asfixiaba su aliento de quemazón. Entonces quise huir, pero todas ellas, a modo de un infinito enjambre de tábanos o de una plaga de langostas que impeliese el huracán, me detuvieron furiosamente. Yo me sentía morir: mi cuerpo era ya una llaga viva. No obstante mis Horas Muertas me agujonean con más afán, suscitándome el remordimiento, a la vez que cantan:

Venganza de quien nos hunde en la nada.

Después me sentí descansar, anonadándome en una vorágine de sombras.

### II

Cuando abrí los ojos vi que los vecinos me auxiliaban;  
pero al instante caí en un profundo estado de somnolencia y postración.

### III

Convalecido que hube, me hallé tan liviano y satisfecho que ya nada me ligaba á la tierra; mas, en el curso de los tiempos torné á mis andadas. Quiero decir que volví a escribir y dibujar. Pero en breve pondré coto a este hábito que otra vez liga mi sangre al mundo: quemaré mi corazón.

La una, más o menos. El sol cae a plomo. La casa parece estar durmiendo un sueño ancestral. Una somnolencia enorme de la naturaleza dijérase que reposa en el edificio. No se oye nada más que el cacareo de una gallina y el lejano gemir de un organillo, que suena como si estuviese soterrado.

De pronto se abre una puerta y sale un chiquitín de unos ocho años, de rubia melena ensortijada. Va soplando sin descanso un organillo. Unas veces marchando marcialmente o midiendo el paso, atento no más que a *lo* que toca, cual si estuviera fuera del mundo; camina en el corredor, soplando con toda la fuerza de sus pulmoncitos, sin más ritmo sugeridor que el rudo trémulo de su inspiración y expiración. Pero se detiene de súbito y me mira cómicamente, y haciendo como si me escupiese una burla en la cara, hace chillar la musiquilla, inclinándose ridículamente, para, satisfecho de la ocurrencia, proseguir ufano su marcha. Está inocentemente lindo el nene. En eso, dentro de una habitación ladra lastimero un falderillo. El muchacho se detiene en la puerta, da un puntapié, tocando con furia el instrumento musical, por lo que aúlla con desesperación el animalucho, lo que divierte al pequeño organista, quien para martirizarle aun más pertinaz, tocando siempre sus armonías prenatales, toma asiento en el suelo, donde poco tiempo después, á semejanza de una pintura en miniatura, quedó simpáticamente dormido al lado de la puerta, en la que de vez en cuando araña ladrando el perrito.

Acto seguido sale de un dormitorio contiguo una risueña doncella, coloradita, igual á un durazno ordinario, y mirando compasiva al infante se pone á regar distraída las mecetas floridas. El aire tibio, ciñéndole su batita de espumilla lila, remarca sus excitantes formas, en tanto que al descolgarse en hilos el agua de la regadera, brillando ante la luz del sol, simula inagotable raudal de gargantilla de cristal que se van enredando entre geranios y rosas o entre clavelinas y fucsias.

Así el sol en la cabecita rubia del chiquitín se dijera ser ovillo enmarañado de hilos de oro.

## EL LOCO

### IV

De tal manera contemplando aquella escena hacía rato que yo estaba sentado, recibiendo el solazo. Al fin una especie de modorra se me apoderó. Y cerré los ojos.

Era una época inmemorial. Luengo espacio me supe ambulando sin rumbo en las brumas, cuando noté que no en vano pasaron mis días con todo su séquito de aciduladas angustias; pues en mi corazón había anidado el amable desgano por toda cosa, en tanto que se rendía en letargía mi carne. En el porvenir no se vislumbraba ya ninguna esperanza. ¿Ni para qué? Yo experimenté pues la sensación más perfecta del exilio en los eriales mudos. La voluntad de la libre iniciativa se hallaba copada totalmente y sin ánimo ni aun para el rutinario quehacer. Apenas si por el acezo de mi pecho tuve conciencia de la hora. Entonces ¿para qué ningún esfuerzo? El ambiente estaba ciego, sordo y mudo: indiferente. Sólo restaba dejarse consumir por sí la existencia. Por tal manera estuve acabándome en una anestesia indecible, sin que mi mente, idiotizada al fin, halle ni una idea en el infinito contemplando en vano con ansiosa esperanza. Ya no hubo nada que esperar, cuando repentinamente en asombroso tropel deslumbrante llega en multitud la fortuna. Yo miraba sin ninguna emoción ó deseo aquella ingente riqueza en lluvia de oro y rutilante pedrería, porque, á decir verdad ¿para qué, si la vida había pasado ya? Por eso, así como llega enorme la sombra nocturna después de un crepúsculo sangriento, así se expandieron en mí el silencio y la calma. Sin embargo oí en un rinconcito de mi corazón el hipar de unos sollozos ahogados. Pero lenta y serenamente di la espalda á ese tesoro inútil que...

El estrepitoso aleteo y cantar de un gallo me despertó.

### V

Y mientras que el perrito prisionero sigue aullando, arañando la puerta, el chiquitín de la rubia cabellera ensortijada, que á guisa de animalito abandonado con-



tinúa durmiendo, lindamente acurrucado, abrazando su organillo, con movimiento de paralítico espanta lentamente de su orejita una mosca, dejando caer después laxa al pecho su manito, mientras que sus mejillas parecen ya dos amapolas. El sol arde furioso. Siento que la viruela se cierne sobre la criatura, pero por eso mismo salgo alegre de la casa.

¿Qué me importa?

Hay personas que hacen lo posible por convencerse de su optimismo acerca de la vida, aturdiéndose en hosannas al éxito, todo por temor al negro fondo de la verdad.

En el mejor de los casos ¿qué son los éxitos puramente físicos? Son el cansancio del esfuerzo y la tristeza de los días que huyen para nunca más tornar.

Cuando la comprensión del hombre más avisado no avalora ya en su apercepción lo efímero del triunfo es evidente que ha desechado su más alta y mínima conciencia, porque ante lo eterno y fatal del último olvido, toda alegría es nada.

Es tanta y tal nuestra limitación, que necesitando tanto y amando tanto, nos abriga un harapo, nos harta un mendrugo, nos sacia un trago y nos satisface una hembra cualquiera a la vera del sendero. ¿Quién halló nunca la ansiada fortuna, la salud que quiso ni la adorada concebida en el espíritu?

Nuestro optimismo se restringe del modo más miserable, no obstante que en nuestros días somos cada uno la concreción de la humanidad, del mundo, de lo pasado y de lo futuro, en suma, de lo eterno, y todo en el instante que pasa. Es por ello que el progreso universal se reduce sólo á mi progreso.

Y diréis: —¿Entonces que es el progreso?

En mi opinión el progreso es para mí, perfectamente miserable; porque ya pueden haber Imperios y Reyes,

## EL LOCO

**confort** y promisiones increíbles de nababes y faraones, que estarán lejos: no es **mío** ni habrá de serlo dentro de los lindes de verdad; en cambio lo propiamente mío, dentro del empuje siniestro del progreso, es todo lo contrario, es decir, lo que repugna mi ideal, mi ensueño hecho sangre, nervio/hueso y médula. ¿Cuál es, pues, entonces el progreso para mí? Es lo imbécil, el cilicio, la tortura, todas las formas del martirio en las suscitaciones de la necesidad y el deseo.

Pero todavía demos un paso más en el optimismo.

El sacrificio de mi presente me otorga un día en la muerte, la gloria, ¡La gloria! Sin embargo, **muerto yo**, como que ignoro si mi **conciencia** sobrevive en la eternidad o parece para siempre, es decir, que no conozco nada tan absolutamente despreciable como la gloria ni siquiera vale lo que un mal mendrugo cuando el hambre me retuerce el estómago, entonces la gloria llega inútilmente para mis dolores.

Mas, llegando á éste punto, entiendo con demasiada precisión, que todo mi daño deviene de haber comprendido la naturaleza, la vida misma, con relación á lo único absoluto que puede valer para el **individuo**, es decir, con relación al yo. Luego lo que debo hacer es abolir la causa de mi daño que vive en mí y de mí: yo mismo: mi conciencia en espectación universal. Debo tornar humildemente á edades más ingenuas; pero...:— mátrate oh floración carnal del mal, — me dice en lo interior una **voz** misteriosa, y . . .

Y mi alma está cantando.  
Salve á la varita mágica  
de la hora que no ha de volver:  
á la gloria de amar,  
á la dicha de pensar,  
**á la angustia de vivir**  
**y al horror de morir.**  
Así, lleno de alegría **trágica**,  
**avanzo bailando**  
**sin revolver.**

Sí, hay una voz interior que me dice: — Naciste suicida: mátrate oh floración carnal del mal. — Y hago en vano lo posible por no oír ni entender; pero yo sé que aquello es fatal.

Y el horror de esta tragedia está en que tengo miedo, porque veo que aquello se viene á modo de una tempestad en cerrazón, que abarca los horizontes.

Y dentro de mi pecho noto un aire denso, malsano y asfixiante que me estruja el corazón, el cual parece que suspira bajo la presión de manos impalpables. Entretanto hay fuego en mi cerebro y fiebre en mi mente: sinrazones en vértigo y devaneos en torbellino; confusos voceríos de lejano tumulto; anestesia en el cuerpo, calor en la carne y laxitud en las coyunturas: languidez de amor.

¡Oh!, vivir por amor... Pero hay una voz interior que me dice: —Mátate, oh floración carnal del mal.— Sin embargo...

¿Por amor? ¡já, já, já! Veamos.

El hombre y la mujer deben tener en el amor la absoluta seguridad de que no son amados uno de otro, aunque se hayan consumado los signos.

Dentro de los justos límites del amor, diremos que el deseo y la satisfacción de nuestro físico, moral é intelectual, aunados, comprende á las tres correspondientes del ser amado, sin hacer abstracción de ninguna de sus partes, es decir, el todo de uno por el todo del otro.

Entendido esto, no hay por qué entrar en más pormenores. Sin embargo pondré un ejemplo:

Tú amas a una niña, hermosa conforme a tus deseos, —lo cual desde luego es imposible,— perfecta en lo moral y en lo intelectual; mas un día esa deidad enferma viruela: su belleza en uno sólo de sus detalles, se ha transformado en fealdad, pero sus facultades intelectuales y morales se han sublimado. No obstante tu amor ya no es

el mismo; hay en tí una amalgama de sentimientos al contacto en el lecho más que a la simple vista de esa fealdad, porque siendo ya cárdena su carne, acusa al tacto innúmeras cicatrices. Y ella que era la más **bella...**

Pues bien. Di la lucha de protestas y **resignación** **que** se opera en tu conciencia, en los silencios del análisis: de una parte una especie de resentimiento de tu sentido estético que se recluye, que no quiere ver ni tocar; de otra parte el amor que venciendo esta resistencia pretende amar otra vez, sin embargo de estar triste ya, y así huye, vuelve, se esconde y nuevamente quiere amar vencándose, poniendo bajo sus propios tacones su rebelión, pero su amargura trasuda desde la **médula de tus huesos.**

Mas, veamos ya la comprensión de ella.

Ella te comprende más que antes, **porque** ha aumentado su prudencia y su amarga humanidad, que a su **vez** pretende esconder el alarido de su protesta; su ternura es más, y su púdico recato, a sabiendas de su fealdad, la hacen adorab e a ojo cerrado. Ella lo sabe y tú lo comprendes. De esa suerte día a día una amable tristeza os va haciendo inteligentemente **solícitos al temor** de una suspicacia que nace a fuerza de preverla mudamente. Así llegará la vigilancia suprainfensa en el deseo de no heriros; pero será en vano: la causa evidente del malestar anímico es demasiado real. En el silencio de los insomnios ella y tú, cuerpo a cuerpo analizaréis a conciencia y en secreto, **lo** que fue, lo que es, temblando por lo que será.

¿Qué ha sucedido entretanto del amor? ¿El amor?  
El amor no ha existido.

Y aquí pongo punto final á mis labios; pues si tú sabes pensar, ya tienen para hacer un lío con tus ideas más lógicas, y, además, ya tienes en tus sosiegos la gota negra de la tristeza, porque nadie hay que no crea y espere en el amor como en un reposorio de paz, de alegría,

de satisfacciones en armonía. **Y te** preguntará sin **cesar** en estos términos: — ¿Pero yo amo? ¿he amado? ¿qué, cómo y por qué? Mas ¿yo soy amado? ¿Y cómo probarlo? ¿Existe acaso ni un sólo método para descubrir el secreto en los repliegues de la conciencia ajena y más aun la conciencia de quien pretende ocultar sus secretos? ¿Y no es acaso el ser amado quien hace más precisamente por esconder el ayer de sus querer tanto como el ideal para sus mañanas? Respondan tus ideas en la alta noche. Y no hay que asustarse ni escandalizarse ante la verdad, suponiéndola cínica, cruel ó repugnante; aunque incesantemente pone en claro los horrores y las inmundicias, no es nada más que el hecho, aunque es tremenda cosa **que** sea tan simple.

Y luego ahora:— ¡Loco! Pobre hombre. Y no parece?.— Tontos.

Si no se tuviera que estar con el martirio del mañana, corriendo siempre tras del errátil y trágico mendrugo, sin poder hallar ni un instante de sosiego, de aquel que da la seguridad del porvenir, la seguridad que presta la fortuna... ¡Oh, éste correr los días uno tras otro, arrancando rabiosamente á dentelladas y á la carrera nuestros pensamientos, y sin término para poder fijarlos en una página gloriosa... ¡Oh, cómo cuando apesar de ello se llega al fin, arrebatándonos de nuestra inquietud, para dar una frase, una idea, una nota del cántico misterioso, entonces, por bello y verdadero que sea, entonces cómo sonrío el sarcasmo general ante nuestro desprestigio... ¡Oh, esta vida perra!....

¿Con qué claridad, con qué amor, con qué sosiego y seguridad no cantará el poeta acaudalado, disponiendo como dispone de su tiempo á **su albedrío?**

Así, pues, mi canto deberá ser amargo, como el pan que masco.

Shakespeare dice que el médico es un alcahuete entre el oro y la muerte; **pero hasta hoy los médicos no han dicho nada en contra.**

## EL LOCO

### I

—¿De luto?

—Sí.

—El abuelo?

—Que sí. E iba ligero, arsastrando los pies.

—¿Le hablaste?

—Le saludé; pero hizo a **otro lado la cara, como niño** resentido. Y desvió el camino.

—¿No le seguiste?

—No. Sin embargo vi que dos lágrimas se encendían en su barba, hubiéranse dicho fulgor de estrellas, resbalando.

Y perseguí mi camino al campo, sin darle más importancia á ese diálogo; pues yo era muchacho todavía, y mis conceptos acerca de los seres, las cosas y las fuerzas, estaba muy á flor del instante: la idea que tenía de la vida si es idea el vivir casi sin pensar, era tan torpemente inmediata, con la generalidad tiene de toda cosa. Pero hacen bien en obrar así, toda vez que el análisis sólo sirve de tortura y ya que no todos los nervios aguantan determinada tensión para llegar á la cual se requiere un severo y constante entrenarse, la que por otra parte, no tiene ninguna utilidad práctica, cuando se vive al día.

Así, es a este orden de especulaciones que pertenece el cambio de conceptos que operó en mí la presente historia.

### II

Sí no me equivoco, debió ser á eso de las ocho y media ó nueve de la noche, hora en que regresaba á casa, ebozando alegría interior, satisfecho de haberme serenado en el campo durante el día, cuando sentado en el escalón de una puerta cerrada vi que un viejo imponente lloraba tanto que parecía un niño.

Me detuve no lejos, más ó menos con disimulo, á fin de enterarme de la causa de aquella angustia; porque es de advertir que á la primera impresión tomé por borracho á aquel pobre hombre, pero luego comprendí que **era**

la fuerza de un sentimiento la que arrancaba aquellos gemidos, tanto más terribles cuanto que venían de su plena conciencia.

Con un impulso de compasión y, sobre todo ¿por qué no decir? de la vulgarísima curiosidad, fui á él y le pregunté:

—¿Qué sucede, señor? ¿Quizá? ¿Quizá puedo ser útil?

—(Sollozando) Mis padres, señor Mío...

Y sentí el sacudón de un estremecimiento tal, que me impidió oír lo que decía; pero vi aun las lágrimas que le caían hilo á hilo bañando su cana barba, arremolinada por el viento de la noche.

Entonces, á manera de la conciencia en un súbito despertar, supe que hasta ese momento no tuve ni idea de que un viejo puede sentir ni pensar en sus padres. Lo que quiere decir que en éste orden no hallaba en perfecto estado de inconciencia infantil, igual que los demás.

Recuerdo que tenía á modo de un dogma de fe intuita el hecho de que hombres y mujeres, á partir de cierta edad, se independizaban del sentimiento y de la memoria de sus mayores.

Me explicaré.

Creía, inconscientemente, que los seres, llegados á cierto límite, y especialmente cuando eran padres, entraban á una época y á un medio ambiente en los cuales todo se iguala y funciona en el olvido, como si fuera una regresión instantánea á los orígenes caóticos; es decir, suponía que las gentes, en su mayoría, quedaban á modo de guías únicos hacia lo ignorado.

Tal era la idea sin forma que vagaba en mi conciencia, hasta que el terrible llanto de aquel viejo me hizo comprender de golpe la inmensidad inmortal de los adres, por lo que con pudor o vergüenza jamás se les oye ablar de ellos.

## EL LOCO

Y desde aquella hora, apesar de mi destino, yo, el expósito, venero religiosamente á los progenitores, por la sacrosanta imagen que guardan ellos de **los** suyos.

Seguramente que para la hipocresía de los indoctos poemas ha de ser ridículo el relato que precede al parecer sin importancia y más, si son de los que se suponen los únicos; pero si por casualidad entran á escudriñar los misterios del corazón, entonces se hallarán admirados de la verdad neta que les revela la sinrazón. Y otra vez más será la locura la que triunfe, ¡já, já, já!

Las fiebres y las enfermedades, que son, por decirlo así, nuestros mayores males, tienen de bueno que no avergüenzan á nadie. En todas las demás desgracias vemos que todo el mundo se complace en contar sus infortunios; sólo la pobreza tiene de común con el vicio el hacernos avergonzar, como si **ser pobre equivaliese á ser** criminal, dice Bossuet.

Si Bossuet no ha sido un miserable es de suponer que ha tomado ese dicho de alguien que ha vivido la miseria más angustiosa, pero que no supo por experiencia propia, que sepamos.

Ahora bien. Eso mismo yo había pensado y escrito casi en la misma forma; pero, como se ve, ya había sido expresado por otro. Por eso todo lo que hago es subrayar el nervio del asunto. Pero ¿qué millón de veces no estaremos, como nuestras, repitiendo en el mundo las mismas cosas notables y ocultas, sólo porque procede de gente que no está consagrada por la admiración de los hombres?

Seguramente que no hay más estúpido que el trabajo forzado. Eso es indiscutible.

Pero ¿por qué diablos se me viene esta idea? He aquí una idea intrusa que como al convidado de piedra del cuento, se presenta con un **aquí estoy por que** he venido.

El trabajo forzado es lo más consumidor de la energética; al individuo lo convierte en algo así como en lana húmeda.



Recuerdo mucho que cuando era muchacho, en la época de bohemia, siempre, casi lo mismo que ahora, tenía el pensamiento en las nubes. Sí; ni más ni menos. Entonces iba de redacción en redacción de periódico, dando barquinazos. En **una** de esas...

¿Cómo fué?

La noche estaba fría y en la redacción estábamos tres: el secretario, un muchacho delgado, coloradote y con grandes antiparras de carey; un cronista alegre y yo, que con una dosis considerable de buen apetito me iba durmiendo, no obstante el angustioso esfuerzo por sostener mis párpados.

El **secretario** (amostazado)

Bueno, amigo, aquí no se viene á dormir; hay que trabajar, máxime si no llegan el director y los redactores, ni nadie.

El **cronista** (bostezando cómicamente)

Qué han de venir! Ahí están todavía en el comedor del Hotel París, tratándose á cuerpo de rey. El mundo verdaderamente necesita un verdadero Demoleedor. Imagínense que ellos que sacan todas **las** tajadas...

**Yo**

Eso es lo que sueño siempre Si yo fuera ese, metería no dinamita sino que nitroglicerina al cielo y a la tierra. Y ¡pún! Lo demás es andar en las nubes.

El **secretario** (sonriendo)

Ahora, amigo, á trabajar. Eso es lo que hay que hacer.

**Yo**

Pero si no se me ocurre cosa alguna. ¿Qué quiere usted que haga? Estoy hecho un burro. ¿No ve? Por decir que estoy atontado digo que soy burro. A ver, señor secreta-

## EL LOCO

rio, diga si es ó no una tontera ser burro ó es **una burralidad** ser tonto?

**El secretario**

Por ambas maneras resulta una estupidez, tanto, amigo, como querer que sin ninguna cooperación salga mañana el número.

**Yo** (bostezando)

De acuerdo. Pero trabajo es trabajar, y da rabia. Más, ¿qué le parece que.

**El secretario** (impaciente y sonriendo)

Diga, amigo, sin vergüenza...

**Yo** (con cierto temor)

Gracias. Es el caso que se me ocurre algo admirable, La inspiración más hermosa que jamás haya tenido en mis momentos de . . .

**El secretario** (alegremente)

Al grano, señor Loco. Eso necesitábamos. Hable.

**Yo** (titubeando)

- Digo...

**El secretario** (al cronista)

¿Qué? ¿Diga? **Quam ilico recto trámite.**

**El cronista** (a carcajadas)

Si eso no es chino ó griego...

**El secretario**

Pero diga usted claramente, amigo ¿Qué es aquello que se le ha ocurrido como su más grande concepción?

Estoy burro. ¿No ve? Por decir que estoy atontado digo que estoy burro. A ver, señor secretario, diga si es ó una tontera ser burro ó es una burralidad ser tonto?

**El secretario** (sonriendo)

Ahora, amigo, á trabajar. Eso es lo que hay que hacer.

**Yo**

Que... No se cómo decir que me invitara usted chocolate.

**El secretario**

¡Aja, já, já! ¿Con quihus, caro amico? ¿Acaso con la plata de los estribus? Pero, por último, vamos. Y si el patrón no recibe en prenda éste reloj, buenas piernas tenemos para emprender las de Villadiego Mas, sólo hay un inconveniente...

**El cronista** (asustado)

¿Cuál?

**El secretario**

Que barriga llena y corazón contento no crían **mal** pensamiento, lo cual constituye un grave peligro, toda vez que el periodismo es . . .

**Yo**

Cierto. Parece que, muy especialmente aquí, como en el resto del mundo, para ser periodista es requisito indispensable estar con la mi . . . ¿Cómo se dice con la mi... sangre avinagrada?

**El cronista** (a carcajadas)

¿Cómo se ha de decir si no es como se dice? Cada cosa tiene su nombre y no hay más remedio que nombrarla. Pero...

**El secretario**

Por lo que hace á mí ya estoy al reventar en éste diario, ni más ni menos como al fin estuve en todos los demás. Aquí es inútil ser un hombre verazmente veraz y justo. Yo he visto que los que más se precian de hombres libres, tiemblan cuando se habla la verdad neta y se enrojecen á modo de amapolas, temblando como azogados, si se les presenta originales que canten claro, censurando los vicios presentes y señalando los deberes futuros. Ellos, sin preocuparse para nada de los intereses afectivamente nacionales, no son capaces de publicar nada que no sea enderezado á su propio beneficio, ejercitando para ello la hipocresía y el egoísmo más intensos. Yo los conozco al dedillo. Es en vano elevarse á los altos intereses de la patria, porque ahí están los señores directores para tarjar todo lo que no colabore únicamente á su beneficio ¿Y tales inmundicias quieren llamar periódicos ó revista libres é independientes? Todos los canastos de los diarios y revistas han visto pasar innúmeras cuartillas en las que he volcado la verdad más desnuda que he podido exprimir de mis observaciones personales; y de todo ese trabajo que es en el fondo el único que tiene valor, ni quien de un céntimo si no es más bien la censura. Y como no hay, al fin y al cabo, directores, redactores, ni títulos de periódico ó revista opositores, que concluyan por no ponerse de parte de sus contrarios, cuando se les unta las manos, imagino el periodismo también una especie de escuela de proxenetas políticos.

Y así, hablando habíamos llegado á una taberna, donde tomamos una especie de chocolate, es decir, un poco de harina y maní en agua, con lo que después de beber nos habíamos dormido como unos benditos, soñando así:

**Yo** (corriendo en un bosque)

¡Oh! Qué tontos son nuestros jefes; querer que saquemos, quieras que no y sin cesar, pensamientos y más pensamientos de la miseria del cerebro? ¡Aja, já, já! Eso sí que es célebre. Como si la cabeza fuera una cantería inagotable de la que se puede extraer bloques por dece-

ñas de miles de cada dinamitazo, mucho más sí lo que pagan no alcanza ni para comprar un lápiz. ¡Jí, jí, jí! Qué borricos. Y ¡Viva la libertad!

De ese modo corro á campo traviesa, retozando á modo de una bestia. Pero como quiera que no se aparta de mí la sombra del secretario, á semejanza del leguito del conventum en Los Maggiares, con la diferencia de que éste viene pidiéndome los originales para el número de mañana, redoblo mi desesperada fuga, hasta que en mi atolongramiento caigo en una cisterna.

\* \* \*

Y resulto en un país extraño.

En un valle un torrente de sangre viva se despeña cantando la canción de la sangre, con verbo tan revolucionario, que durante un minuto me quedo encantado. Luego advierto que, en vez de pedrones en el cauce del río, hay solamente cabezas humanas; pero unas son de oro, otras de plata, aquellas de cobre y las de más allá de wolfrám, con ojos de selenitas, carbúnculos, jades, ópalos ó topacios. En una de ellas descubro la mía, de la que desesperadamente me pongo á extraer mi cerebro: tungsteno puro. Lleno con él mis bolsillos, cuando el guardacampo me atrapa del hombro, dándome un fuerte sacudón.

Pestaño rápidamente y me sorprendo hallarme aun en la taberna.

**El secretario** (empujándome el hombro)

Oiga, amigo, despierte. Nos habíamos dormido. En marcha, Hay que trabajar.

**Yo** (atontado)

¿Y qué me importa? ¿No sabe usted que ya somos millonarios? ¿Si usted quiere, ahora vamos más bien de parranda. Mire: somos archimillonarios. ¡Húrra cosacos del desierto!

## EL LOCO

Y con la cólera por la sorpresa al mostrale al secretario el tungsteno, casi caigo de espaldas, porque en mi mano sólo había una masa asquerosa de pan empapado en chocolate.

Ya en la redacción mis amigos rieron mucho de la ocurrencia que la relacioné; pero con sólo el relato despaché el artículo pedido. Mas, sucedió lo fatal: cercén por acá y capadura por allá, á la vez que zurciduras á tajo y destajo, resultó el bodrio que se ve, que no conserva ya ni la sombra del original. Mientras se opera tal descuartizamiento yo observo el mayor silencio — si no seré imbécil á carta cabal — no obstante que jamás recibí en pago ni un céntimo falso. Parece que mi destino de bobo es ser eterna víctima de explotación. No importa al género de trabajo al que me dedique, el hecho es que la gente se da tales mañas para no pagar y yo tengo no sé qué de estúpidos pudores para reclamar lo mío, aun cuando me esté muriendo de necesidad. Claro que así, después es mi cabalgar en cólera. Tal, siempre estoy admirado de la infinita habilidad de los hombres para explotar desvergonzadamente hasta lo indecible el eco de sus esfuerzos, éste hace, por ejemplo, un opúsculo de versos ó menos aceptables ó recopila los elementos de matemáticas, gramática, ó cualesquiera ciencias ó artes, extractando los textos de consulta; ó ya aquel pintamonas embadurna un lienzo, copiando una oleografía de á peso si no es el otro que modela torpemente el busto de un indígena más feo que un chimpancé, ó el de acullá que compone un trozo de música, también más ó menos aceptable, etc. que ya ese su aborto les sirve de suficiente credencial, pasaporte ó título para sacar dinero de todas partes y durante toda su vida, fosilizándose desde el primer instante en la colocación que han logrado á ese precio; de manera que en sus postrimerías son unos perfectos inbéciles esos vividores, que constituyen... Pero sin embargo hay excepciones. Además hay otros melosos y pegajosos. Pero indudablemente que eso no tendría importancia, ó ellas sería muy relativa, si los tales anduvieran sueltos por el ancho mundo; mas, lo grave es que casi sin excepción, ellos, á manera de polilla, se prenden en los profesorados de primaria, secundaria ó facultades, obstaculizando un sabio

avance de sus alumnos. De ahí proviene, muchas veces que casi la mayoría de los estudiantes son autodidactas, ya que es tan limitada la capacidad educacional de sus mentores. Y si no que cada cual vaya midiendo la calidad intelectual de sus magísteres, analizando sus lecciones. Si se logra una media docena de maestros aptos, que no toman el magisterio como simple medio de subsistencia ó de escalones políticos, será mucho. Pero esto es tan general en el mundo... Sin embargo es de observar que entre las bestias se selecciona los machos más potentes, á los que se les llama hechores. Esos animales son los más hermosos ejemplares, capaces de mejorar la raza. Algo análogo es lo que se debe hacer con el cuerpo docente; una selección radical de los más sabios y que acepten su misión como apóstoles. Etcétera. Pero claro está también que deben ser remunerados debidamente y no como ahora que se les paga mal y con tres ó seis meses de retraso.

Estoy triste,  
 más triste que nunca.  
 Sí, por piedad á tí misma, hermosa,  
 inocente y buena virgencita,  
 no te aproximes  
 ¿no ves acaso que ya es tarde?  
 Y aunque la noche aviva el esplendor  
 de la estrella de la tarde,  
 ella se está escondiendo  
 en los lejanos horizontes  
 llenos de opaca bruma  
 en la absorción sideral del ocaso.

Y a pesar de que mi amor es ya el trazo de una línea limpia en la inmensidad, ha dejado la vida en mi alma tanta amargura, que rebozando de mí, celosa, forma esta mi atmósfera deletérea para toda sonrisa: en mi derredor enmudece todo canto, mustiándose toda forma: un silencio y hálito de muerte me circuyen. Por eso, porque te amo, te ruego no avances, no llegues á la zona mortífera; no quieras que satisfaciendo mis egoísmos seas mártir de mis inquietudes.

## EL LOCO

Estoy triste,  
más triste que nunca;  
pero ríe, canta y baila:  
que, si andas culebreando retrechera la cintura,  
arremolina el aura su alegría en tu faldellín,  
en las sedas sueltas de tu blusa argéntea,  
en los cintillos de tu sombrero pastora  
y en tu alborotada melena negra;  
ríe, canta y baila,  
que yo, huyendo  
quiero entonarte un cántico,  
sin número, sin ritmo ni compás,  
ya que reconcentras en tí mi existir.

Esbelta eres y hay donaire  
en la majestad de tu andar.  
No obstante en un principio  
no me atrajiste. ¿Por qué?  
Pero un día nos miramos  
hondamente en las pupilas '  
y desde entonces  
si al acaso nos encontramos,  
un leve rubor sopla  
en tus suaves mejillas,  
anublado en arreboles  
las alburas de tu candor.

Mas ¿qué tienen esos tus ojos,  
incisivos, juguetones,  
de azur luminoso,  
que infundiéndome el sentido  
de un claro día,  
han robado el sosiego  
del pausado latir de mi sangre,  
inflamando en la dulce inquietud  
el indeciso amor de mi ser?  
Luego si tus húmedos  
y ardientes labios  
murmuran una frase,  
cual si besaran,  
entiendo en ello  
el limpio son del arpa:  
un cristalino glúglú del agua.



Pero ¡tente!  
Sí: ¡ven, ven!  
¿Por qué huyes?  
¿Qué digo ?  
¡Oh, Señor...!  
No se lo que quiero:  
roto está el ritmo.

Estoy triste, más triste que nunca, porque ni cantar sé. Mi alma se está muriendo en esta impotencia. Tal es el silencio en la última soledad de la idea. Sin embargo tu imagen — oh áspero cilicio de amor — está grabada en mi recuerdo, iluminando mi entenebrecido espíritu. Sí ¡tente! no avances en la zona letal de mis días; huye, más bien: no quiero ver aniquilarse en la desesperación á la niña de mis amores. Eres alegre, eres buena y bella; vive, pues, alentado en los rojos corazones la sacra llama; que tu imagen será la luz votiva en mi recuerdo funeral.

Y qué desesperación en mi pecho, queriendo ahogar los furtivos suspiros que me sorprenden, indignándome de vergüenza, tanto como por el hastío de éste lirismo ramplón.

No sé qué fiesta sería, pero iban lujosamente trajeados los indígenas, los blancos, los negros, los extranjeros y los mestizos, cuando tuve la desgracia de mirarlos de frente. Hubo un largo cuchicheo entre hombres y mujeres. Luego al pasar junto á mí hacían un gesto de asco, sonreían maliciosamente y se apartaban para no rozarme; otros con la mirada me medían de pies á cabeza con un desprecio indecible; algunos querían escupirme y abofetearme — tales eran sus actitudes —; quienes pasaban como pisándome: todos se habían sublevado contra mi tranquilo é inocente mirar. Pero lo malo fué que yo empecé á sentir en las opresiones de mi corazón la inaudita inquietud de los sesos y los corazones de la agria agitación de la multitud, y bajé nuevamente los párpados, clavando mis ojos en la humilde sonrisa de mis zapatos polvorientos y malolientes.

Yo no sé por qué fatalidad fui á dar aquel día á esa esquina de la iglesia de San Agustín, entre los Bancos Mercantil y de la Nación.

## EL LOCO

Después me había quedado como una estatua, mudo, contemplando mi soledad, hasta que de pronto, no sé cuándo ni cómo, pero era algo como un estremecimiento que se materializara temblando á mi lado, cuya voz me decía en el alma:

—Soy la esencia de la fuerza.

Y una mano cálida me empujaba hacia arriba la frente, mientras que la voz seguía diciendo:

—Pero ¿por qué no miras de frente? ¿Por qué agachas la frente; por qué bajas los ojos?

Después de un instante de silencio en que forcejeaban esa mano y mi frente, al fin mi corazón repuso así:

—Si un misérrimo porque es pobre lleva de hecho en la inconciencia de las gentes algo ya como el sello del crimen ¿para qué ni mirar a nadie si hasta eso ha de constituir aun para el amor una especie de ridícula fanfarronada provocativa? Entonces, claro está que debe refugiarse en su hermetismo hosco y sombrío, como el resentimiento de la raza empujada dentro de sí misma, royendo la hiél de su cólera cuajada.

Después noté que aun los transeúntes y el guardián de la esquina se me apartaban cual si fuese del cólera.

En eso mis labios murmuraron:

—La **revancha** del individuo se opera en sus días —sesenta u ochenta años—, la de los pueblos en el curso de los siglos y la de las razas en los ciclos de las civilizaciones.

La voz me contestó:

—La resistencia en la repetición de nuestras lacerias es la comprobación de nuestra fortaleza.

A lo que mi corazón dijo:

—Realmente que indigna ser de roble cuando la adversidad nos zarandea.

La voz:

—Es **una** bendita maldición para **probar no la** resistencia corporal, sino la fortaleza del ánimo.

En eso, como arreciera el frío, me puse á caminar, pensando que al fin yo ya no era nada más que un autómeta, aunque mi conciencia regía mis actos. Es así **cómo** empecé a mirarme doble: uno, yo, y el otro una especie de maniquí. Este era tan perfecto que nunca nadie supuso que fuese un autómeta: jamás faltaba en nada a sus habituales quehaceres y sus palabras en la conversación eran justas, lo que revelaba un criterio muy bien equilibrado. Sus necesidades las satisfacía cronométricamente. Era, pues, el individuo más respetado en la sociedad, tanto que todos lo tomaron por consejero. En cambio á mi yo quien menos lo considero un muñeco, porque en nada estaba de acuerdo con los demás, ni consigo mismo: decía y hacía las cosas más disparatadas y no tenía hora para nada. Deshacía y destrozaba todo en una especie de inconsciencia, para luego rehacerlo. Un día, enfrentados los dos, trabaron una disputa, y murieron estrangulados uno por otro. Con tal motivo al hacerle la autopsia se tuvo la sorpresa más grande del mundo. En el cuerpo del muñeco admirablemente sabio no se halló nada más que la más maravillosa maquinaria con discos de todos los conocimientos á la vez que en el otro se encontró el cerebro y el corazón consumidos, simulando grandes cascabeles el cráneo y el tórax. Se les enterró estrangulados, como se les hallará.

Aprender solo y mal es cosa vulgarísima, el asunto es aprender solo y bien. Individualmente que desde la bestia hasta el civilizado aprenden todos solos y mal.

Profesión es la costumbre de un trabajo determinado para ganar la propia subsistencia. Así desde el pensador hasta el barrendero; pero aunque el pensador piense hasta reventar y el barrendero barra hasta reventar también, si no gana plata, según las gentes, no trabaja. Según la moral universal sólo trabaja el que gana plata, aunque sea un afincado que durmiendo y divirtiéndose día y noche no haga nada más que recibir el interés de sus bienes. Por lo que hace a mí puedo asegurar que jamás he podido

## EL LOCO

ganar con el cerebro ó con el corazón, aquí, en Bolivia durante muchos años, lo que he ganado gastando una suela de mis zapatos, como mandadero o algo así.

Ahora y apropósito.

Entonces yo era muchacho, pero aun recuerdo como si fuese hoy mismo, y esto debido á que no hace ni media hora que á un joven pobre le he visto en la misma situación que suscita éste mi recuerdo.

• \* •

Era un domingo y necesariamente debía salir yo, lo que fué contra toda mi voluntad, porque... Eso es, porque yo había estrenado ropa. ¡Cómo se me reía la gente! ¡cómo por eso mis ojos, mi oído y mi atención estaban en mi ropa reflejada en las miradas ajenas! Qué ojeadas al soslayo y qué sonrisas y codearse, y qué cobarde murmurar de las gentes, más siniestra y más perversamente que cuando á la pobreza le ven manejar algún dinero ajeno ó propio. ¿Por qué? ¿Yo he robado mi ropa o la he logrado por caridad? ¿Por qué se me echa encima esa furtiva vergüenza? ¿Por qué? Acaso que porque por no humillarme vilmente ante nadie ni ante nada entregando la libertad de mi conciencia, llevando más bien con altivez hasta lo último el orgullo de mis hambres y de mis andrajos orgullosos hasta la soberbia, hasta la más diabólica soberbia, hasta la soberbia más que macho? Pero de esa suerte y a pesar de todo mi ropa era ya por ello mismo mi propia vergüenza ante los que acaso diariamente renueven trajes merced á la humillación incesante de sus incondicionales sumisiones

en los repliegues de su conciencia. Pero yo no digo nada, jamás he dicho nada, y lo que ahora digo aquí se está mudamente escrito, mientras que ellos se me burlan señalándome como á criminal, sin pensar seguramente que la ropa vieja es casi parte integrante ya de nuestra personalidad, título de imperio para el que jamás hubo ni habrá en la tierra suficiente oro para cómpralo.

Pero yo estaba diciendo que avergonzado de mi ropa nueva tuve que salir. Así fué. Y con un asunto urgente

fui donde unas gentes, quienes me recibieron con una cortesía desusada; mas, cuando me reconocieron, fueron las sonrisas, el cambio de actitudes y voces, el contener con tosecillas las risotadas, el escabullirse prontamente, el atisbarme por los resquicios y por último el largar la carcajada en las habitaciones vecinas. Entonces cómo maldecía yo mi ropa que me molestaba cual si estuviese excesivamente holgada y estrecha al mismo tiempo, llevando grandes letreros que dijeran: — Miren la ropa que ha estrenado el miserable — De veras que así me parecía a pesar de que echo á rodar en mi inteligencia la opinión de las gentes. ¡Y esta especie de asco, de cansancio y de pena que me agobia! Por eso yo creo entonces que debo empezar á burlarme de la estupidez y la ignorancia de todos. ¡Claro! Esto es justo, puesto que en la vida todas son compensaciones.

Es admirable cómo todavía la gente pueda ensañarse casi con rabia de envidia, atacando á un miserable y desgraciado que no tiene más fortuna que sus ideas y su corazón, viviendo confundido entre la gente humilde.

¡Ah vida perra, mil veces perra!

Es muy divertida la moral universal, no la moral de texto, sino que la moral vivida, aquella que al que roba y goza le llaman vivo y que al que sufre honradamente le llaman zonzo, ni más ni menos que las mujeres que se sienten respetadas ó violadas. Por eso la vida, la sociedad y la humanidad son femeninas.

El trabajo por el trabajo no es todo; hay más: el trabajo por el perfeccionamiento, por la sed de saber más y más. Terrible cosa.

No estoy seguro si son ciertas las escenas que vi en días pasados; porque á ratos me parece más bien algo como el recuerdo de un simple ensueño, aunque tiene todos los relieves de la verdad. Es decir, que tal fenómeno es un suceso vulgarísimo, que por ser tanto pasa perfectamente inadvertido. Y si no que cualquiera haga un pequeño esfuerzo de recordar algunos hechos que por sus contor-

## EL LOCO

nos lindan con el ensueño, y verá que pensando en ello no podrá asegurar si eran realidad o simples fantasía. Eso me sucede.

Pero esto aparte, recuerdo que la primera escena fué un diálogo, ó, mejor dicho, era un soliloquio.

Debe haber sido un loco ó algo así, porque aquel individuo estaba delante de un maniquí á quien le iba poniendo su ropa hasta quedarse desnudo; mientras tanto le hablaba, más ó menos, de esta suerte:

—Pero habla, Maniquí. Habla. Cierto, habla, ya que debes probarme que **la ropa hace al monje y que como te veo te trato**, por aquello de **cuanto tienes tanto vales**.

—.....

—Vamos a ver. ¿Por qué no contestas? Pues justamente ya que estamos frente a frente y te hallas trajeado con mi ropa, nada más oportuno que pruebes que ya eres persona. Di algo; ¡habla, pedazo de trasto!

—Aunque al buen callar dicen que llaman Sancho, no dirás que tu silencio es oro. Eso nunca. ¡Vamos! Di algo.

.....

—Al fin, Maniquí. ¡Qué has de decir nada! Pues mira que sin embargo de que llevas mi ropa y que no obstante de lo astrosa como está, y que por eso la respeto yo mismo; pues digo que a pesar de eso no eres ya para mí, por nada de éste mundo. De esto deduzco que todos los maniqués imaginables jamás serán otra cosa que maniqués. Y si no creen prueben, pues, sencillamente, lo contrario: prueben que todos los maniqués juntos son siquiera una semiinconciencia.

Y diciendo así el hombre se mataba de risa durante horas de horas, mascujando de éste modo:

—Pero la monta no está en ser simplemente hombre; es necesario ser más que hombre: ser en sí más **que** uno mismo. Ahora sabe que si estoy delante de tí es solamente por matar en mi conciencia un perjuicio ancestral, el de **cuanto tienes tanto vales**, el de **como te veo te trato** y el de que **la ropa hace al monje**, porque otro dicho asevera que **la mona por más que se vista de seda mona se queda**.

Así. Después se trajeó de sacerdote, de bandido, de marino y militar, y qué sé yo de cuántas otras cosas más, contemplándose siempre en el espejo, sin poder llegar á reconocerse en los caracteres sugeridos de las ropas que vestía, hasta que al fin habló nuevamente de éste modo:

—Por eso que con la intención desnudo a las gentes no sólo de su ropa, sino que de su peí ejo, de su carne y de sus huesos, hasta encontrar su cultura, más allá de sus tuétanos, y más adentro todavía, su instinto. Pero ¡qué desnudez! ¡Já, já, já! Ni sospechan en la simplicidad de signos inconscientes con que revelan su instinto y su cultura.

Y seguía riendo el hombre, tanto que yo me cansé, razón por la que prudentemente me retiré de mi observatorio.

Y la otra escena era de éste modo, escena que no era ni ensueño ni realidad, ya que poco á poco la fui forjando conscientemente.

En el más delicioso de los rinconcitos del mundo, debajo de una juguetona y alegre arboleda admirablemente matizada con la luz del sol, el agua cabrillea aun más alegre, quebrándolo todo en el reflejo de sus blandas ondulaciones; en medio, escogidas entre todas las condiciones sociales, intelectuales y morales de todos los pueblos del mundo, se bañaban completamente desnudas, alborotando cantarínamente las adamantinas aguas, una centena de hermosas mujercitas, luciendo sus jugosas carnes. Eran cien distintas formas de belleza física, cien distintas formas de coquetería, cien revelaciones varias

## EL LOCO

del enigma de la mujer. Cada cual era mejor, tanto que se me hacía absolutamente imposible escoger: estaba verdaderamente loco de amor, del más cierto de los amores, por cada una y por las cien, sin embargo de ser las unas, altas; las otras, petizas; estas, flacas; aquellas, gordas; las de acá, blancas, y las de allá, morenas. Etc. Pero yo no podía distinguir cuáles eran aristócratas, cuáles esclavas ó plebeyas, cuáles necias ó sabias: eran tan lindas y sus voces armonioso canto... Por eso largo tiempo estuve pensando que ante la simple belleza no valían nada la ignorancia, la sabituría, el color, la alcurnia y ni el crimen ni la virtud. ¡Qué fuerza tan tremenda la de la belleza, con ser tan nada! Mas, así perplejos como yo, estaban también los más sabios y los más necios, los más ricos y los más pobres, los más tímidos y los más audaces, los más fuertes y los más débiles tanto como los más santos y los más bribones: todos estábamos alelados contemplando tanta belleza cuando...

Y aquí se me quita la gana de seguir escribiendo.

Señor, siento que en mi ser hay una idea que vive, lucha, que se mata por ser una forma comprensible; pero, Señor, esta idea no halla ese infinito y esa eternidad hecha materia que necesitaría acaso para ser comprensiblemente lo que es: y retorciéndose sin cesar gira consumiendo mi naturaleza ese horroroso no sé qué, hasta de pronto parece desaparecer tanto casi como si jamás hubiese existido, para luego reaparecer con más violencia.

Pero en verdad que ésta idea no hace nada más que distraerme, conturbando mi serenidad, sin darme reposo, mostrándome que la idea no está en mí mismo (en uno mismo), sino que en la causa de la sugerencia: en lo que provoca nuestras sensaciones objetivas, auditivas, olfativa y táctiles. Por eso ahora me da risa tanta retorción, contorción y torción para tener que decir llanamente que la idea es la sugerencia informe retorciéndose por adquirir su forma en el pensamiento.

Bueno; tal es la menor retorción que puedo hacer de ésta idea de lo que es la idea, pero sin poder hallar la forma de esta idea que me mata.



El intelectual siempre puede, debido á su propia cultura, emprender cualquier trabajo manual, se entiende que si vence su vergüenza; en cambio que el obrero, por su ancestral falta de educación, no puede emprender de hecho un cambio de rumbo hacia las especulaciones intelectuales.

Ciertamente que ya es cuestión de la edad: yo siento las mismas concupiscencias que de cuando empezaba en mí la pubertad; pero impera en mí, ahora, avasallándome, la importancia del hastío o de la desilusión, por lo que un desgano indecible, impidiéndome escribir coopera a esa falta que ya tengo de imaginación, y si acaso brota en mi cerebro alguna idea o una frase armoniosa, si no un sentimiento raro, entonces con el deseo de escribirlo y sin que pueda mover ya ni un dedo, ni pestañear, ni siquiera hacer acelerar la respiración, por hallarme bajo el peso de esta idea que la llevo clavada entre ceja y ceja, digo:— ¿Para qué si aquí todo es inútil? Cuando no se siente en torno la más helada indiferencia es el más hiriente menosprecio. Lejos de poder lograr siquiera sea lo mínimo con la más íntegra dación de todo, pero sin humillaciones ¿no se cosecha acaso más bien sólo ultrajes? — Por eso dejo ya que todo se anonade en esta mi especie de monolización, refugiándome en la tolerancia de los humildes.

No en vano uno se hace viejo.

Y cuando se va forjando para cuando ya no nos oigan ni sepan-los que atesora nuestro amor, sea por estar ausentes ó porque con el oído y la vista perdieron la resistencia y paciencia moza, entonces ¡qué falta de inquietud ó exceso de ella, ó no sé decir qué tan hondamente desesperante que nos hace silbar como silba el viento, en vano...

Luego, ¡qué asombro de cómo sin saber cómo ni cuándo nos vamos desligando de todo y de todos en la conciencia brutalmente huraña y áspera de nuestra soledad, en la que desaparece todo, fuera de nuestra conciencia!

## EL LOCO

Pero realmente que es horroroso vivir la conciencia de la conciencia; no hay telescopio ni microscopio ni rayos ultravioletas que hieran y escudriñen tan hondamente en el alma. Yo diera la conciencia en cambio de todos los demás cilicios.

Los espíritus inferiores, acaso por reconocerse en su conciencia, son absolutamente incapaces de disimular su alegría ante el infortunio de aquellos á quienes reconocen como á más; y cuanto más descienden en la escala de la bestialidad, no pueden en tales circunstancias nada menos que prorrumpir en carcajadas. Cómo se manifiesta su brutalidad. Ellos ni sospechan la silenciosa seriedad reflexiva de la sabiduría, y menos comprenderán el silencio de la bondad.

Al fin ya no sé después de qué tiempos, en medio de éste gran embrutecimiento, cual si fuese de barquinazo en barquinazo, como en infinitos de olvido, reaparece uno que otro instante de lucidez, semejante á esos revivires del pasado en el ensueño, con todo el colorido, el aroma y la viveza, no ya de la realidad, sino tan intensamente, que excede á toda excitación, igual al fulgor de un estallido de la reconcentración de la eternidad en un instante. Luego qué sombras las que caen. Pero ¿qué más nos da, pues, el que en esta brutalidad presente sea nada todo lo ansiado en otrora?.

Razón por locura: cilicio por cilicio.

La insatisfacción espiritual, esa angurria de no se sabe qué, ese vacío infinito, irritado, y que no se sabe con qué llenarlo, es toda una desesperación de atragantarse amor, almas y carne: es hambre y sed de cielo y tierra.

Es así cómo mi alma se extiende fuera de mí con millares de manos ultra sutiles; pero todo lo que atrae y echa en mi espíritu, es nada; y el vacío de mi existencia aumenta más y más, sin limitación. Nada me sacia, ni la sangre y las lágrimas, ni los besos, los tajos y los enenos.

Por eso cada vez me dilato más sutilmente en la inmensidad, y cuanto más come y bebe mi alma, tanto más mi vacío se inflama y crece.

Y lo trágico es que esa insatisfacción arrolla a mi cuerpo: el paladar, el esófago y la tráquea; los tuétanos, el corazón y los nervios; los intestinos, el sexo y los pulmones. He aquí, pues, que mujeres á millares, nicotinas, opios y ajenjo, y, en fin, elíxires, huesos y carne á toneladas, no me bastan, porque es la angustia desesperante del más y más que me retuerce y aniquila en mis propias fuerzas: necesito atragantarme de infinito y eternidad, devorando los espacios en una carrera más desenfundada que las de Aquiles y Atalanta. Pero todo es en vano: aquí, en éste mismo punto he de morir, mudo, inmóvil y petrificado. Esta es mi maldición.

Hay una fuerza que me impele constantemente á huir de esta vida de iniquidades y tumulto; pero, felizmente, el ambiente de éste pueblo es propicio para la vida ascética. Este es un rinconcito del mundo donde hasta el movimiento de las gentes se hace rígido y tímido, tanto que se podría decir que son mo'es de granito en poderoso movimiento: sus miradas no causan ninguna inquietud espiritual. Hay que verles los ojos y buscar su mirada. Qué pobreza de alma.

Me conviene vivir acá, porque ya he dilapidado mi existencia. ¿Qué me queda? ¿acaso dejarme morir?

Y, no sé por qué, ahora recuerdo, aunque de modo muy vago, que he existido en otras tierras ó en otras existencias, no sé cuándo ni cómo; pero en ésta villa es donde se ha operado el trastorno más profundo de mis días. El viejo maldito tiene la culpa, á quien odio hasta más allá de sus días y los míos. Sí, recuerdo perfectamente ese día infausto, Yo le creía mi padre y . . . Pero el hecho de haberme recogido de la inclusa ¿acaso no lo condena? La revelación que me hizo entonces me dio la conciencia de dónde estuve antes, de aquello que había olvidado ya ó que sólo recordaba muy de tarde en tarde, como de la imagen confusa de una pesadilla. No hay duda: aquella mole enorme y sombría... era la inclusa. Ahora se me aclara la memoria; no era el colegio ni era mi casa. ¡Santo Dios! ¿qué suponía yo? No; ahora lo veo muy claramente: las Madreeitas... Sí, esta me empuja, porque no estoy

## EL LOCO

en fila; aquella otra... Mas, ¿para que recordar nada? Pero después... Sí, lo veo con mis propios ojos, aunque me los restregó: ahí está el viejo, refunfuñando, plantado en la puerta de su sala, mascando la colilla de su cigarro que le chamusca los bigotes sucios, diciéndome: — Puedes irte mañana; y o . . .

No, no: estos recuerdos no atormentan; debo llevar mi pensamiento a otra parte pero...

¿Cómo? ¡Ah! Luz De Luna... Este nombre es una bendición en mi existencia, como el dulce nombre de la virgen india Devanaguy: siempre ha de surgir entre mis agonías, semejando una divina consolación; y, a pesar de eso, ahí están la Inclusa, las Madrecitas y el viejo...

¿Por qué no me avisaron á tiempo? ¡Dios Mío!  
Calla, calla, corazón. Calla, por Dios.

Sin idea alguna salí a pasear. Iba indistintamente por donde el impulso me llevaba. Iba mirándolo todo, se puede decir que casi sin mirar y sin que nada me interesase, en un perfecto estado de bobería. Nada de particular me llamaba la atención, hasta que dos jóvenes que caminaban delante de mí lo tomaron por el brazo a otro que estaba delante de ellos. Y empezaron a charlar animadamente:

—¡Hola! ¿No sabes que en la próxima semana damos el número de gala?

—No. Me alegro. Y que salga bien.

—Ya lo creo que así tiene que ser. Precisamente estamos reuniendo el material, y escogiéndolo.

—A ver, señor Pozo de Airón, ¿qué nos das?

—Todo lo que quieran.

—Magnífico. Pero que sea algo que pueda interesar a todos y que a la vez sea hondo, ligero y superficial; pues lo que requiere el periodismo contemporáneo.

—Cierto. Y además que sea picante sin herir, y breve. ¿Comprendes?

—¡Ta, ta! Todo un problema periodístico. Hum...

—De veras. Y no solamente problema, sino también precepto y ley, y reglamento, si quieres.

—La verdad es que dentro de tales límites ya no acierto a ver qué podría darles (sacando **de uno de** sus bolsillos **un** legajo) ¿Si les parece bien esto?

—(**Leyendo**) El salero, el encanto o la simple gracia es la inconciencia incontenible imprimiendo el ritmo de su volición a la forma. Estas zoncerías no. (**Y con disimulo lo echa el papel**).

—Entonces éste otro. (**Desprende y alcanza otra cuartilla**).

—(**Lee**) Los ojos dormidos, o, mejormente dicho, los ojos adormecidos o adormitados, nos seducen siempre, porque nos dan una esperanza de que seremos los amos de un alma. Tales ojos son para el espíritu una especie de telaraña. Es necesario aproximarse con suma cautela a las hembras poseedoras de semejantes imanes seductores. ¡Oh! Esto mucho menos. (**Lo echa**).

—¿Y este otro? (**Alcanzando una cuartilla casi blanca**).

—A ver. (**Leyendo**) Todo hecho de conciencia es un dolor.

Y los dos periodistas se echan a reír, palmeándole la espalda, mientras echan también esa cuartilla que se lleva el viento.

—Entonces (**sacando otros papeles de otro bolsillo**) ¿quizá esto?

—(**Leyendo**) El santo Job dice cosas muy bellas y hasta llega a lo sublime, pero olvida decir: **a mal que no tiene remedio hacerle buen gesto; y alabado sea el Señor**, porque ello agradaría muchísimo **a** los partidarios de la

## EL LOCO

síntesis y la sencillez. Por tal manera lo que el santo expresó?) en mil ciento cincuenta versículos, que poniendo a quince palabras por versículo daría término medio, trece mil trescientas diez, lo que pudo haber dicho con... catorce! Pero, ¡a verdad sea dicha, por eso es santo y Job. Sin embargo, sería necesario hacer una pequeña aclaración, la cual es que si Job escribió todo eso estando ociosamente enfermo en un muladar, ese su trabajo lógicamente deberíamos considerarlo como un mínimo entretenimiento, como una simple ideación para matar sus ominosas horas de lepra en supuración purulenta. **(Echando al viento sin disimulo la cuartilla)**. Pero ¿crees, por ventura, que alguien pueda leer eso... ?

—Como te hemos dicho: algo apropiado al caso: para un número extraordinario; no vulgaridades.

—(Rascándose la cabeza) ¡Hum...! Esa es, pues, la cuestión. Pero ¿tal vez este otro?

—**(Dándoles ambos un pescozón)** Ojalá aciertes ahora. (Leen) Felizmente se puede asegurar que la imbecilidad de las gentes no es un delito, asimismo se puede apostar que la fealdad no es un crimen; pero, eso sí, parece que la pobreza es una estupidez. Bueno. ¿Quiénes quieren pasar por estúpidos? ¿Nadie? La doble llaga. **(Rien ambos y leen este otro párrafo)** En la sosegada esperanza del corazón es asombroso cómo el más mínimo cambio pueda producir instantáneamente los excesos de las pasiones contrarias.

—Bueno. **(Arrebatándole de la mano una cuartilla)** Quizá en esta hoja. Pero parecen asuntos distintos?

—Sí.

—Entonces vamos por partes.

Ayer una costurerita me detuvo en la calle, para preguntarme la hora. Yo que no tengo hora para nada, me quedé mirándola, sin decir nada. Con qué audacia aproxi-

mó su alma a mi espíritu: no parecía sino algo como un viejo amor que resucitase a sus confidencias.

Hoy, en sentido contrario del que yo iba, vino y pasó la misma. Parece que esta chica tiene ascendiente sobre mí; pues, sentí como si me hubiese arrastrado. El vaivén libre de sus armoniosas formas tiene el magnetismo de la ondulación de las aguas.

Cuando se aproxima la persona a quien rechazamos y nos ama, sólo entonces nos damos cuenta de la existencia de nuestro corazón: se retrotrae con violencia y se altera la respiración, la que en vano forzamos por regularizarla instantáneamente, pretendiendo disimulara a nosotros mismos.

En tales circunstancias tenemos una silenciosa conciencia del vencido por debilidad innata. Y sin embargo sentimos una especie de gratitud, aunque huraña y hostil.

Mas es varonil saberse alegremente solo.

Quizá si para lo que más fuerza de voluntad se requiere es para conservar la razón analítica en el desenfreno de la fantasía, porque ella es la locura que se viene en desbocada cabalgata, en un torbellino de sinrazones; pero después ¡qué orgullo! de la conciencia al contemplar el **mael strom** que salva!

Es propio de la atención el distinguir los detalles.

Decididamente, hacen unos disparates inaceptables. Mira si tienes algo pasable.

—¿Tal vez les convenga estas otras?

—Veamos. (Leen).

Si alguien se preocupara de coleccionar las músicas propias de cada pueblo de las Américas, no encontraría seguramente ninguna relación con las de Iberia y Albión.

## EL LOCO

Observo esto, porque siendo la música el reflejo más fiel del individuo y de los pueblos, nos demuestra que los iberos y los sajones y los americanos somos verdaderamente antípodas por el sentimiento.

Pero aquí no se debe entender por americanos lo que actualmente se entiende por tal.

La ira reconcentra en un instante las tinieblas sempiternas, en cambio la serenidad de la razón se dilata en luz.

Qué disparate. No queremos que el público se burle del número, aunque deseamos divertirlo. Busca. Busca.

—Entonces ya no sé qué estaría bien. No obstante, lean este artículo. Pero no lean saltadamente, porque así en certa naturaleza de composición la ilación se disloca. (Alcanza).

—Nosotros sabemos muy bien cómo leemos. (Recibiendo y hojeando) Hay muchas maneras de leer.

¿ Viste un día entero el curso del sol? Es solemne y triste, desde su orto al ocaso.

Sí, ¿qué puede alegrar a mi alma ni ella a nadie, si es triste? Mi alma es negra, tiniebla de abismo, y un día entero siguió el curso del sol.

La luz meridiana únicamente me ha servido para sondear los abismos sin fondo de mi espíritu.

Siento algo así como si se hubiesen agotado los motivos a qué referirme para hablar con las gentes; de manera que la compañía de cualquiera me embaraza muchísimo, porque pocas cosas son las que sobreexcitan e impacientan tanto cual el silencio del que espera oír algo más y el silencio del que ya no sabe qué decir. Y yo no sé qué preguntar ni qué responder.

No sabría decir si estos silencios son más molestosos y hasta repelentes si en círculos artísticos, intelectuales o



sociales. En tales circunstancias cae en el espíritu un malestar tan grande, quizá igual al que debe sentir un agonizante al recibir un beso odiado.

No sé cuándo nació en mí un tal estado, pero sospecho que haya sido después de la revolución que me hicieron de mi origen, cuando empezó mi tedio de la vida. El orfelinato.

... ..  
—¡Qué asco!...

—Bueno. No te he dicho que no leas así.

—Sin embargo prosigamos.

... ..

No hay obra humana que no cargue un cúmulo de imperfecciones y sin que el autor se percate de ello. Es por eso que las imperfecciones debemos ponerlas adrede y ostensiblemente. Hablo de arte. Hay del día que el arte sea matemática.

El autor del drama, la novela y la tragedia, etc., se identifica con Dios o la Naturaleza, muchísimo más que en las otras artes, porque, como el Destino, dirige los acontecimientos, muchas veces, y casi siempre, desde antes de crear las imágenes. En este sentido la música es la última de las artes, porque carece de imágenes, aunque a semejanza de la Naturaleza tenga que ser también fluente, cual la idea pura. ¿No será la música el alma de la idea?

Pregunto seriamente. De veras.

¿Qué sería del mundo sin la belleza? Posiblemente un absurdo: la estupidez, es decir, algo que no comprendo. Por lo demás mi incomprensión se hace un torbellino, pretendiendo definir lo que es la belleza. ¿Qué es la belleza? Me parece que es todo lo que existe y lo que no. Esta no es una paradoja, ya que la belleza es tan enorme, múltánime

## EL LOCO

y poliinfinita cual la vida, en cada medio con relación a su tipo especial.

Se sabe que para el cerdo y el excremento y toda inmundicia de los lodazales constituye lo útil, pero cuando no puede lograr aquello que está a su vista, entonces debemos suponer, y ¿por qué no afirmar? que esa misma inmundicia es bella en el deseo del cerdo?

Y aquí cabe preguntar: ¿Qué mucha diferencia hay en el concepto que tiene de la belleza un hotentote y el tipo más civilizado o una abeja y un chacal?

No ignoramos que el rocío hecho miel y las corolas multicolores son lo útil, y por qué no lo bello? para el colibrí y la mariposa.

Pues, entonces, lo bello es, en el fondo, la razón de la existencia ¿o es algo perfectamente sin sentido, lo que también es muy posible, fuera de las imágenes que pretendemos hacer únicamente para nosotros, y eso un reducido número de individuos?

Es incuestionable que los seres comprensivos son los seres más raros.

De veras es muy delicioso hacerse de las ideas un ovillo enmarañado, sin poder atinar a resolver el problema.

... ..

Cuando yo sabía sonreír, antes de esta parálisis de los risorios, lo que me causaba una impres<sup>^</sup>n fastidiosa que era el leve resbalar de la carne blanda del extremo interior de los labios sobre la superficie lisa de las muelas. Y al instante se aflojaban mis comisuras labiales en un imperceptible gesto de tedio y amargura.

... ..

El precio más inicuo con que se logra el favor ajeno es la alabanza; pero qué pocos saben tributarla sin caer

en la grosería de la bajeza: quien esté en posesión del secreto será el dueño de esta miserable humanidad.

Quizá pueda fabricar de ti un bribón, por eso te doy esta regla.

El elogio ha de ser insinuado de un modo tan suave y positivo, y tan al descuido, como si el mérito ensalzado fuese innegable, cual si lo que se dice no agregase nada al adulado.

Esta es una excelente telaraña del bribón tendida a los borricos. Con menos habilidad aparentemente humildesa, he visto a algunos bellacos vivir a cuerpo de rey, sirviendo, por tal manera, a unos y otros.

Pero Ovidio es de los más hábiles en su Ars Amandi; mas Cristo no le va en zaga cuando dice:

Sé inocente como paloma y astuto como víbora.

Y cómo nos alegra oír nuestra alabanza, aun cuando sepamos que no es la verdad. Pero el Rabí lo dice.

... ..

Dios hace milagros solamente a los que tiene suerte, los desgraciados tienen que morir blasfemando; por eso positivas o negativas, el mundo necesita frases tónicas en fuerza de su dureza. Frases reactivas. Ciertamente que los locos somos necesarios, contemplados desde éste punto de vista, aun cuando para disculparnos se pretenda aminorar nuestro mal.

Pero ¡Loco...! Loco...

... ..

La insolente seguridad con que caminan los millonarios es menos desdeñosa que la lentitud con que se mueve un pordiosero que no tiene más techo que el dombo azul.

Un día pude ver apropósito algo formidable.

Yo que trastorno la esquina entre las calles Comercio y Libertad, que, descargando todo el peso de su poder económico, mira cejijunto el archimillonario Orofino al indiferente bohemio Quemeimporta, quien mirando distraídamente al millonario, pasa como si no existiesen ni uno ni otro. Eran las conciencias del Poder y de la Libertad.

... ..

En la contemplación está el principio de la atención, porque por el placer que suscita despierta el deseo de saber y entender, no obstante de que la contemplación es el entregarse en la riada del goce y que no implica ningún esfuerzo para comprender cesa alguna.

Pues bien; esto se dice nomás.

... ..

—Pero todo esto es perfectamente disparatado.

—Naturalmente; si lees a saltos. Habría que leer todo y seguido.

—¡Hum! Esta es mucha lata: qué ha de resistir el público. Sin embargo hemos de ver en la redacción.

—Listo. Pero, a ver, lee esto más (Señalando en cualquier lugar).

—Bueno...

... ..

Si el hombre más sabio se propusiese vivir conforme a los preceptos que dan todos los sabios, en lo que hace a conseguir la máxima felicidad, sería el hombre más infeliz que haya existido; porque cada cual ve fatalmente la existencia conforme a su naturaleza y a su destino.

De consiguiente éste es el único precepto que doy a los hombres, y que tendrán que cumplir queriendo y sin

## ARTURO BORDA

querer: —Vive como puedas. Tu posibilidad será tu horca caudina o tu roca Tarpeya. Así.

La acción concluye en la acción; no así la idea, que cuanto más recogida en más absoluta soledad, es tanto más sin término en su propulsión sugerente. De modo que aquí se presenta la ley de las compensaciones. Que los seres de acción efímera tengan también toda la gloria, el bienestar y el mando del instante en cambio del olvido que les sigue, está muy bien, tanto como el olvido presente, la vergüenza y la miseria de los seres en potencia en cambio de su imperecedero recuerdo que deja. Aun Marcial es un ejemplo; pero mejor Diógenes.

A propósito. Yo quisiera ser gato de gran casa sino león o águila, porque en general los felinos y rapaces están muy bien, por ser fuertes. Esto es lo que cada cual debe procurar ser, fuerte en algo el más fuerte.

Algunas cuerdas les seguí, oyéndoles, hasta que al pasar por una vitrina, me llamó la atención un juguete, que por la aglomeración de niños y personas mayores que miraban haciendo alegres comentarios, no pude distinguir al principio. Eran unos muñequitos de cuerda que se movían haciendo mil piruetas. Pero por que el sol daba fuertemente en la vitrina bajaron la cortina. Y yo seguí andando sin ideas ni sentimientos, envuelto en una especie de vacío, de nada. De ese modo, sin darme cuenta por dónde, llegué a casa.

# *RAZÓN Y LOCURA*

## RAZÓN Y LOCURA

Ahora tengo por vecino un matrimonio. ¡Voto a Cristo! qué ignorancia en el amor. El amor como el arte tiene que ser un delirio largo de sabios tactos espirituales y físicos en suma poesía, tanto que al fin sea el doloroso gozo de la infinitud; y para ello se ha de buscar necesariamente el misterio de los crepúsculos en el silencio, porque el amor es sagrado, lo más sagrado de la existencia. De consiguiente, es sacrilego é imbécil exhibir las súbitas expansiones torpes de la ignorancia, de esa ignorancia brutal, torturante, impía sacrificadora del ensueño **del** alma y la carne en la necia realidad. En el amor, á fuerza de arte, la realidad debe transformarse suave y lentamente en un verdadero ensueño.

Mil veces me pregunto ¿qué nombre pondré á mi libro? A veces me parece adecuado el de **VIA CRUCIS ó VIA LÁCTEA**; pero pronto desisto, porque **PESADILLA** me parece más propio, aunque bien podría escoger de entre **TUMULTO, VORÁGINE, DISTORCIONES, CATACLISMO, TORBELLINO, TORMENTAS**, en fin, mil más. Últimamente se me fijó de **modo distinto** el de **LOCO**, luego el de **APOCALIPSIS**.

En realidad no sé cómo resolver éste problema. He aquí la consecuencia de **hacer** y **hacer** las cosas á salga lo que saliera, si bien es cierto que con una especie de esperanza y deseo insistente, y un tantico de vergüenza para mí mismo, de querer hacer algo grande, sublime y ridículo á la vez. Pero ¿por qué **me avergüenzo si esta aspiración es santa y no como aquella por la que nadie se rubo-**

riza, por esa de querer millones y millones de oro sólo para ser millonario? Nadie absolutamente debe avergonzarse por su deseo de querer ser grande en bondad, en sabiduría ó estetismo, porque tal deseo es el mejor aguijón para la dignificación ilimitada del individuo, del pueblo, de las razas y de la humanidad.

Así. Después de pensar largamente acerca del libro, creo que mejor sería que vaya sin título, porque no hay la síntesis de un tal libro que es el absurdo, lo incomprendible, el todo, la nada ¿Qué sé yo! Quizá si lo mejor sería titularlo llanamente LIBRO, ó en su defecto ÉXTASIS, DELIRIOS.

Y otra vez á imaginar.

En la mayoría de los momentos que medito en eso, creo que lo prudente es romperlo ó incinerarlo; pero es entonces que experimento un gran amor por estas cuartillas mal escritas y peor concebidas. Cierto. Pero llenas de pasión, tal como estalló: En ellas están los instantes de mis horas más inauditas. ¿Por qué entonces destruir lo que extracté con la esencia de mis agonías? Sin embargo no faltará quien quiera seleccionar según sus gustos y sus intereses, como si yo escribiese para la familia, para» la nación ó el continente ó para el mundo; yo escribo para la humanidad, con la humanidad y de la humanidad, exprimiendo las civilizaciones; de manera que yo soy el único responsable de lo mío.

No; vé, libro mío, en el raudal de mis lágrimas y mis cóleras: anda cual yo vine al mundo, sin nombre, sin abrigo, palpitando sin embargo del abortivo, cuando como tú fui todo inocencia a la vez que la infamante delación de mis autores. Vete así: no tengo nombre que legarte. Esta es mi herencia; tuya es.

Toda mi alma se va contigo; y es mi destino que ella misma se ahonde en la desesperación y el misterio.

No tengo ni el supremo orgullo de sacrificar mi nombre, ya que no tengo nombre, porque... LOCO...! no es un nombre.



## EL LOCO

Ve al mundo ¡oh mi libro! engendro monstruoso del dolor y la locura, efervescencia de las desesperaciones en el caos.

¡Oh, sombras! bendecid siquiera éste alarido de angustia...

El aislamiento y su silencio ya son un signo ¿De qué...? Averigüe cada cual; pero ya son un signo.

Soy sencillamente un vencido, como muchos, como la mayoría de los sinceros. Esta es mi disculpa. Digo mal: no, no es mi disculpa, es la verdad; mas no se me creerá, porque siempre para no ser creído el único método es decir la verdad, es decir, lo que suponemos ó creemos á conciencia que es la verdad para nosotros y para los demás. Pero presisamente por eso de lo que más hay que dudar.

Esto es lo que hoy anoto en mi diario.

Y a propósito. Se me ocurre preguntarme ¿por qué hago mi diario si he perdido toda esperanza?

.....

Francamente no sé qué decir, porque seguir escribiendo sin más que dejar correr el lápiz al dictado de lo que se me ocurre, por cierto que tendría gracia, y mucha, como todas las cosas.

Por lo demás, la importancia de las cosas no es **una** importancia intrínseca, sino que depende de la que cada cual le atribuye.

Además no sé cómo podría razonar de manera sensata mirando éste cielo tan plúmbeo y con el frío que hace en esta habitación.

Positivamente he nacido para millonario: noto que mis gustos son altivos regios y dignos, y mis nervios están refinados para gozar de las caricias de las hadas o nereidas. No debo beber nada más que la lágrima de Cristo o Champaña en cálices de aljofar á falta de algo más sutil. Mi atavío

debería ser muy dura de Tiro y Coco, de tules y sedas enjovadas. El ambiente de la estancia debe estar saturado con los aromas de todos los vergeles. Para mi servicio tendría odaliscas, de las más sibaritas, en aeronaves que sean edenes. Y así, agotado en los placeres, en brazos de huríes, de Ledas y Venus, moriría diluyendo mi sangre en mares lácteos, en tanto que los pebeteros quemacen áloe, sinammomo y mirra bajo la inmensa bóveda del templo del Amor, donde retumbaría sagrado el Gloria in excelsis Deo de Palestrina. Pero... ¡Cierto! Es ridículo y triste al por que admirable la altiva dignidad de la miseria.

¡Ah, esta locura de mi pensamiento! ¿Por qué ahora estos recuerdos? En una ocasión, hablando casualmente con una mujer, hermosa como jamás hasta entonces viera otra, al oír mí nombre —El Loco— pronunciado con aquella linda boquita y con timbre tari suave, he sentido que mi nombre y su voz bañaban á manera de una lluvia de suavísimo placer y consolación que se filtraba hasta mis tuétanos. Y mi nombre me pareció bello. Entonces, por primera vez sorprendido, tuve conciencia de que yó, yo tenía nombre, yo ¡El Loco! y que surgía de mi propia naturaleza. Hasta esa ocasión jamás había pensado en semejante cosa. Posiblemente ese fenómeno proviene de aquella especie de olvido ó ensueño en que flota mi vida.

Justamente. En éste momento me sorprende estar en mi pieza. Siento la impresión de hallarme en un sitio donde no estuve jamás, y estoy extraño é impertinente en la soledad en que siempre viví: me parece que molesto á alguien. ¿A quien? ¿acaso á mí mismo? ¿Es decir, que hay una perfecta dualidad en mi alma?

Ahora estoy paseando en mi cuarto. Mis pasos en los ladrillos suenan á hueco, como si pisase con mi esqueleto. Es raro. Camino á modo de un convalesciente que muy apenas da sus primeros pasos y que desea precipitarse en el bullicio de la población ó en la soledad de los campos.

Pero... ¡Qué diablos! Esto es lo que se llama un soliloquio. Mas es disculpable: cuando no se habla con

alguien hay que hacerlo consigo mismo, lo cual, por otra parte, equivale á hablar con el mundo entero, y esto sin el temor de molestar á nadie.

Mientras estoy hablando advierto que mis pasos son precipitados. Mis músculos se mueven con precisión maquinaal y siento impulsos de atropellar á cualquiera, á todos; pero al punto me avergüenzo mi petulancia de iniciado en el magnetismo y el atletismo, por lo que agacho la cabeza, dulcifico la mirada, pongo péndulos los brazos y modero el paso.

Y considerando estos asuntos, veo que los únicos factores del dominio y la influencia personal radican en el oráculo de Pithia, sacerdotisa del templo de Apolo en Delfos, que dice:— Conócete y conocerás el mundo y sus hombres.— Al mismo tiempo recuerdo aquello de Cristo:—Su fe lo hizo todo.— Pero claro que ello debe estar gobernado ó sometido por el sustine y abstine. Así pues, todo se reduce á conocerse almacenándose y obrar en consecuencia, haciendo práctico de éste modo el concepto HUMILDAD, porque el conocimiento de sí apareja fatalmente el descubrimiento de todas nuestras flaquezas y virtudes también. Por lo demás los brahmanes han sintetizado en esta forma los secretos del saber y del poder:— ver, oír y callar; saber, querer y osar.

Y ahora ¡silencio!



Hay un cansancio formidable en mis pulmones sin causa.

Me tiendo en cama porque necesito: el movimiento me roba pensamientos á veces, como ahora.

Siento frío en las mejillas y en las ojeras que se me hundén. Advierto una especie de pinceladas de hielo que me recorren desde el paladar al estómago, el cual se contrae vacío y con náuceas. Mi cabeza se desvanece como si rodara en nebulosas. Tengo laxitud y tibieza de conva-

lescencia en las muñecas y en las igles; en los músculos y en las piernas. Oigo los latidos isócronos de mi corazón al que lo siento empujar blandamente dentro de mi pecho. Mi respiración es difícil: me asfixio. Momento desesperante que concluye en un hondo suspiro.

Hago un esfuerzo y mi estado se va normalizando lentamente.

La piel de mi pecho cosquillea al contactarse levemente con la ropa á medida que el tórax se dilata, según que respiro ó expiro.

Procuro reconcéntrame en silencio.

Ahora noto las pulsaciones en los dedos y algo así como si me presionasen en las coyunturas. Contengo la respiración y en la cintura siento palpitaciones que me sacuden todo el cuerpo, el cual se mueve al vaivén de un olaje levísimo. Desde las rodillas para arriba advierto apretones tibios que concluyen, subiendo siempre, en soplos cálidos.

Una punzada aguda en el corazón me deja un dolor obtuso, mientras que las pulsaciones nerviosas se me atropellan entre los músculos y que, detenidas de pronto, estallan á manera de eruptos ó pompas de jabón; luego me baña una lluvia de infinita placidez

¿Mi agonía...

Estoy en cama. Esto es indudable. Cierro los párpados y entorno los ojos. Mi cuerpo está rígido. Tal es la posición de la muerte. Mi cabeza se desvanece en sombras muy densas. Oigo mi acezar y las pulsaciones de mi corazón, cual si fuesen el soplo inexorable de los tifones en la noche infinita y el lúgubre canto del océano estrellándose ola á ola en los escollos. Es el himno de la sangre y los pulmones á mi alma. Después todo calla. Sólo bisbea el silencio que envuelve las agonías.

En mi corazón hay angustia y palpitaciones de moribundo.

El reloj comienza á dar sus campanadas.

He aquí que con tal motivo acabo de descubrir el sentido de las horas; entonces toda mi existencia parece que da un vuelco súbito en la infinitad de mi desesperación. Y quiero huir; pero siento que me muero. Estoy muriéndome cuando necesito la amplitud del infinito para vivir.

El reloj sigue dando la hora, siniestra, implacable, cuyas vibraciones huyen al pasado en temblor de alas sonoras, llevando algo de mí en ansias de volar eterizándome.

.....

En mi angustia pienso en mi Luz De Luna a quien deseo visitarla y despedirme. Hago un supremo esfuerzo en mi deseo. Y noto que comienza á salir de mi cuerpo.

Estoy singlando en el aire á modo de un soplo ondulante, elevándome en el espacio cual un cintillo de opalino humo invisible y tremulento. Así. De pronto permanezco quieto unos instantes en los éteres, esperando la atracción. En eso en el espacio comienzo á oscilar en virtud del contacto con una voluntad que viene de la tierra, hacia la cual me inclino lentamente, hasta que la atracción es violenta. Y caigo.

He llegado. Ahí está ella, pálida y bella sin par. Se halla sentada, á solas, abstraída en su labor. Con seda casi impalpable borda un nombre en el más leve tul. La contemplo desvahido en delicia, en medio mismo de mi tristeza en mi viaje á la eternidad. Ella se estremece inocentemente sin saber por qué. Quiere huir y gritar y al pita violentamente el corazón; pero también, sin saber por qué se queda contemplando cómo se agitan sus pechos en el acezar. Ha oído mi suspiro que supone suyo. Luego, dudando, en seguida mira en torno y se sabe aun más sola. Cae en dulce languidez cuando me dilato envolviéndola en una suave caricia. Por entre sus labios le doy un beso en

la suspirante boca. Así me deslizo hormigueando en su piel, resbalando con blandicie de culebrillas de lujuria, escurriéndome en ella desde la nuca, el cuello y los hombros, descendiendo por la espalda al pecho, para, reventando un cosquilloso beso en el oído, estrecharla en la cintura y seguir así en las caderas, los muslos y las piernas, penetrándola por todos los poros, macerándola en la querencia del amor más amplio. Ella al crispase en el deleite de un grito de horror, mientras que sus ojos ligeramente entornados me miran desaparecer á modo de la sombra de un cristal.

Luego estoy vagando sin rumbo en el espacio cuando se me despierta el deseo de visitar á los criminales impunes ante las leyes humanas.

Deliciosamente se va ubicando mi espíritu, como en la dispersión de los vientos. Así llego á los criminales impunes, y rizando roeo sus nervios, fingiéndoles, por tal manera, eterno cada segundo en el remordimiento secreto de su conciencia. Después, adquiriendo la doliente forma de sus víctimas, paso flotando ante sus espantados ojos. Y desaparezco lanzando una carcajada en sus corazones.

Recuerdo haber entrado también donde el doctor Soloriqueo. Me vio, se asustó y me desvanecí.

De éste modo vuelvo á mi cuerpo, entrando en él como en un estuche de hielo, el cual se va estirando rígidamente en espasmo más dulce y profundo que los del amor; pero inmediatamente revienta mi agitación, mientras que mi cuerpo se acalambra en los brazos de la muerte, en la que me siento eyacular, con el último espasmo, el resto de mis días y . . .

.....

En el más allá...!

Jamás supuse que la muerte fuese tan dulce... Pero ¿es que realmente estoy muerto ó esto no pasa de ser

un sueño? Sin embargo temo que mi muerte sea evidente; pues mi corazón no se mueve, no obstante los esfuerzos que hago.

Decididamente estoy muerto. Y tengo conciencia, del hecho. Por mucho que hago no me miro ni me palpo. Esto debe convencerme lógicamente, que ya soy sólo espíritu. Es admirable cómo la vida concluye en tan nada; en una especie de suspensión de la conciencia entre la vida y la muerte ¿acaso en la anulación de ambas? Esto es desesperante. ¿La conciencia, nada más acaso?

He aquí el descubrimiento que hago del error fundamental de mi existencia: haberme tenido en alguna estima; pues siempre debí considerarme sin valor, porque la muerte... En fin, no es nada; pero ¿qué soy ahora? ¿Acaso una simple fuerza que se va descentralizando y que en un instante más quizá ni eso? ¿Un instante más? ¿Cómo debo entender esto, si la fuerza, el tiempo, el espacio y la materia dejan de ser ya para mí ¿Estoy muerto ó no?

Aquí está mi cuerpo, aun no ha perdido todo su calor y ya es cadáver. ¿Cadáver tibio...? Esto también debe tener algún sentido que no alcanzo á comprender. El calor por sí no es vida. Exactamente. Mi cuerpo no está frío del todo y ya infunde pánico. Esa palidez es perfectamente sofocante, cual no le es el horror mismo. La insensibilidad de mi cuerpo me estremece, y . . .

Pero si todo ello es un mero ensueño ó pesadilla, el sentimiento que experimento por mi muerte no pasa de ser un sibaritismo del dolor, de la angustia, de la suprema desesperación, fuerza es — me digo — que yo sea un cobarde, ya que tengo la hipócrita serenidad de analizar así gozosamente las ficciones... Pero ¿y si estoy efectivamente muerto? Qué terrible situación la de mi conciencia.

¡Ah! No: estoy simplemente amodorrado; pero tengo miedo y no sé por qué. Diríase que hay un manto de baba de abortivos que envuelve todo,, separándome de mi propia existencia; y mi pasado...

Yo fui joven... Sí; pero ¿cómo se explica una juventud sin hogar, sin sustento ni amor?

Estas líneas me hacen revivir dulcemente mi pretérito de inconsciencia infantil, cuando las horas se deslizan leves como la brisa.

Todo esto me induce á observar que soy una mezcla perfecta de niño y viejo y de razón y locura ¿Cómo estará formado mi organismo?

• \* •

Bueno: felizmente en éste momento oigo ya, aunque de modo confuso, el bullicio de fuera. Parece que mi oído se hubiese destapado de la reconcentración. Voces femeninas y acompañamiento de guitarras. La música es meliflua y plañidera. Distingo alguna que otra estrofa. Mentalmente voy repitiendo la letra:

**Calla y no llores, triste corazón;  
que con llorar no se apaga  
el ardor de una pasión.  
¿Por qué con tanto rigor  
martirizaste mi amor?  
Mi sombra te ha de hacer falta  
cuando te fatigue el sol.**

Y es tan triste y honda la voz que la canta que á la altura del pecho siento un frío extraño, cual si el de un cadáver hubiese pasado por mi cuerpo.

De ese modo parece alejarse mi vida nuevamente cuando oigo pasos en la escalera. ¡Parecen mis pasos...! Mi pecho se agita como molestado por la proximidad de una voluntad. Pero no puedo moverme; me domina un desgano mortal.

Alguien se aproxima. Mas nadie tiene que buscarme, ya que á la miseria sólo busca el egoísmo más curtido. Sin embargo parecen mis propios pasos... ¿No serán los pasos de mi propio espíritu?



## EL LOCO

¿Cómo se entiende esto? Yo tenía la impresión de que estaba escribiendo...

¡Ah... Ya recuerdo. Lo último que puse en mi diario dice:— ¿Por qué hago mi diario, si ya he perdido toda esperanza? Seguramente me puse á pensar para darme una respuesta y he pasado el tiempo divagando sin poner ni una línea. Efectivamente. Recuerdo también que he pensado en un torbellino de cosas. ¿En qué? Me es difícil hacer una reconstrucción.

Pero ¿por qué no sigo escribiendo? Porque no puedo moverme ni puedo materialmente abrir los párpados. Dijerese que mi existencia se va pulverizando entre dos eternidades que giran moliendo mis horas paso á paso, con traqueteo que parecen pisadas y golpes discretos, amables, como llamadas misteriosas. Sí, son llamadas...

¡Ah!... Golpean la puerta. Cierto. Un olaje de hormigueros recorre en mi cuerpo. Vuelven a golpear. Siento bochornos y un palpar asfixiante. Hago un esfuerzo por moverme. Es inútil. Tocan la puerta por tercera vez cuando oigo decir: —¡Hola, Loco...!— Abro violentamente mis párpados. La luz me hiere en las retinas y los vuelvo á cerrar para tomar á abrirlos, restregándomelos. El doctor está plantado en la puerta, atuzándose risueñamente los bigotes. Me incorporo para recibirlo.

— Pase, doctor. ¿Qué vientos le traen? ¿Acaso algún enfermo de gravedad?

—Sí. Acá cerca.

— Aunque sea de lance, sea bien venido.

— ¡Vaya, vaya! ¿Por qué me usteas? ¿es que no somos viejos amigos?

— ¿Qué quiere usted? La vida... En fin, disculpe. El tiempo establece diferencias de alma y . . . ropa...

— Tonteras... ¡Absurdos! Tú sabes que...

— Está usted incómodo ahí, doctor. Véngase por acá. Aquí, aquí. Disculpe. No hay sillas, pero... Ese cajón tiene clavos. Aquí, en la cama. No se vaya a romper el pantalón.

— No, no. Es igual. Además estoy alegre.  
Pero, Loco, ¡qué demacrado estás! ¡Es una barbaridad!

— No es nada

— Y qué helada ésta habitación. Seguramente que no entra el sol. Y donde no entra el sol..., pues, hijo, entro yo, el doctor. ¡Já, já, já! ¿Qué te parece? Y no es porque yo sea la sombra...

— ¿En su casa, todos bien?

— Me tuteas ¿o me voy...

— Como quieras.

— Jé, jé, jé! Siempre irónico é incomprensible.  
¿Cierto?

— ¿Y qué tal el negocio? ¿Va bien?

— Así, así. Pocos enfermos. Muy mala temporada.  
¡Hum!... Esta pieza es sumamente fría: no sé cómo no te carga el diablo. Imposible dormir ¿no?

— Eso no debe preocuparte. El perro y el hombre son las únicas bestias que se aclimatan desde el polo al ecuador. Por lo demás á mi no me admira verte en la prosperidad. No, no te rías: mira que tu risa es falsa. Además ¿por qué admirarse de no dormir? ¿acaso luego no dormiremos para siempre? Por eso los que utilizamos debidamente nuestro cerebro no dormimos ni durmiendo; nuestro trabajo de buceo en la existencia es perpetua. ¿Acaso alguna vez no hablamos de las hormigas? Pues como ellas que no duermen sino en la muerte, yo tampoco duermo. Y se acabó.

## EL LOCO

— Qué absurdos ensartas, hombre. ¿Hasta cuándo disparatarás? Pero ¿qué es esto de insultar sin más ni más? ¡Jí, jí, jí!

— Insisto. Tu risa es falsa. Advierte que con tu profesión y á tu edad no puede ser menos que un visaje terrible de burla y quizá de blasfemia.

— ¡Hum... Pero no negarás que la risa hace bien á los pulmones y, además, ensancha el pecho, como en el amor, acelerando la circulación sanguínea. El ritmo. El ritmo universal.

— Y uno se vuelve más animal ¿O no es así?

— Pero ¿qué afán tienes en fastidiar por nada?

— Estás equivocado: absolutamente no me preocupa el molestar á nadie; pues no se te ocurrirá decir que yo te necesito para eso ni otras cosas.

— Diablo con el frío que hace aquí. Si no sé cómo no te mueres. Esto enerva. A propósito, Loco. Tengo en casa, desde hace marras, una habitación amueblada. Te la ofrezco. Seguramente que estarás mejor que aquí.

— Muchísimas gracias. Eres muy amable. ¿Por cuánto?

— ¡Oh!... Eso no debe preocuparte; más bien...

— Basta. No. Muchas gracias. Todo tu boato no vale esta simplicidad. Por lo demás sabes muy bien que el frío es tónico: enerva no enerva.

— Pero si no sabes qué quiero proponerte...

— Presupongo. He dicho que no. Nos conocemos desde la infancia; y como los pañales se pegan hasta la tumba... No, hijo. No. La caridad Dios sabe á trueque de qué infamia. Y perdona. Ya ves: mi franqueza es brutal como

siempre, sin miedos, sin asco y sin vergüenza; como la verdad,  
— No seas tan terrible, lenguaraz. Vengo á ofrecerte. . .

— Digo que no. Hemos concluido.

— Mira, Loco: si ahora no cedas, será después y en peores condiciones. Aprovecha la ocasión. Puedes hacer una fortuna, sin peligro ni respnsabilidad. No es algo que se presenta á cada golpe de péndulo. Acuérdate que la fortuna sólo tiene cabellos en la frente; y cuando pasa, si pasa, es necesario atraparla sin reparar en los medios. No olvides que se vive nada más que una vez. Contra la moral, está la hipocresía, dentro de la moral misma, y, más que en ninguna parte, en las religiones. La fuerza de los secretos para vivir hay que tomarla en su origen mismo. De manera que te propongo...

— Sí, ya sé lo que quieres decir: que...

— Que puedes ser feliz. Que toda tu ocupación ha de ser vivir como te venga en gana. Eso sí, sólo los cinco primeros días de cada mes debes estar sin moverte de casa, esperando á un individuo con quien jamás debes cruzar ni una palabra, para que recibas en secreto lo que traiga y entregarle lo que te daré. Pero absoluta reserva. Además...

— ¡Oh!... muchas gracias. Mas, nada me falta para ser feliz: estoy contento con lo que soy y tengo, y lo que me falta es causa de mis mayores satisfacciones. A ver si comprendes esto. Así que si viene algo bueno que venga honradamente. Según tus procedimientos, muchas fortunas ya hubieran sido más; las ocasiones me han sobrado: no me costaba más que decir sí, como ahora. Pero mi ideal, lo que llamas mi locura, es apesar del hambre, apesar del frío, buscar la alta autoridad del ejemplo práctico en el buceo de la belleza y la verdad, sin deber á nadie complicidades ni caridades. Después de todo espero un cambio de fortuna que no sé cuándo ni cómo vendrá —y no es tu proposición—; pero la espero sin impacencias, serenamente, £

## EL LOCO

manera de floración de mi propia vida. ¿Comprendes? Entretanto me entrego al delirio del goce de cuanto existe. ¿Qué es aquello de lo que no dispongo según mis necesidades? Vamos a la prueba. Desde éste momento estás bajo el imperio de mi voluntad, como están todas las cosas. Pues bien; tú y yo sabemos que tienes un alma; pero ignoras que quien la posee en éste instante soy yo. Sé que esto te sorprende, porque así médico y todo como eres, estás fascinado por el inaudito fausto de mi espíritu. Y sé también que alelando al tener conciencia de que ni siquiera puedes disponer de tu voluntad. Porque sientes un peso aplomado en tu querer, el cual notas ya, que sin resistencia se halla arrastrado por mí, como por un imán. Pues, presta atención.

Mira cómo la vida empieza á serte extraña: cómo todo cuanto existe, amas ó esperas, te envuelve á manera de una nebulosa de ensueño, mientras que tu mente y tu corazón giran cual si estuvieses en los humos de un ligero mareo. Echa de ver ahora cómo te sientes diluido en el incomprensible deleite de la comprensión intuitiva del espíritu de seres y cosas, es decir, del espíritu que se aclara a semejanza de un deslumbramiento de la eternidad. El fermento de la luz, de los gérmenes y de las sombras pueblan el universo en resonancias orquestales jamás oídas. Y así lo increado y lo muerto, todo arcano canta en un torbellino de prodigios, milagros y maravillas.

Pero advierte ya que tu delirio se va desvaneciendo en una especie de agonía en el éxtasis.

Ahora desaparece el sortilegio y vuelves á tu simple conciencia de médico.

Jamás volverás a gozar de semejante deliquio.

Pues bien, comprende que todo el oro de tus arcas nunca te dieron á disfrutar semejante delicia, acaso hasta el horror. Tu intelecto y tu fortuna apenas si sirven para magullar torpemente la tímida carne de las meretrices

aristócratas ó de las rameras del bajo fondo, cuando no para pervertir el alma de las vírgenes.

Ya ves, doctor, cómo á esta buhardilla destartalada, fría y sin luz, desciende el universo en el prodigio de sus galas.

Y no hables más; porque sé que cuanto más podrida el agua tanto más se engalana ante el sol de ondas tornasoles.

— ¡Hum!... Pero siempre que censures el vicio, uno de aquellos á quienes ni siquiera conozcas, puedes tener la certeza de estar en la verdad; mas confesarás que es muy difícil tener el valor de loar tranquilamente, sin las cosquillas de la envidia o la emulación, las virtudes que obran á nuestra vista y que aun las palpamos, ya que nuestra malicia, y cuanto más sabia peor, nos taladra con su berbiquí de la duda.

— ¡Hola! ¡Hola... doctor! ¿Y quién te autoriza hablar de lo que ni sospechas por experiencia propia?

— Positivamente eres, Loco, un tipo raro. Sin embargo de que indigna tus injurias, siento algo como si hablaras á través de mí mismo yo en una especie de clarividencia. La verdad es que propulsas voliciones de un poder excepcional. Aprovéchalas racionalmente. Eres eléctrico y, dinámico. Acepta mi propuesta y tendrás múltiples oportunidades para ejercitar tus facultades en toda su amplitud, porque para nada sirven las fuerzas únicamente en potencia; la vida necesita de la acción de sus potencias. Así se llega á la dicha y á lo maravilloso de los poderes.

— Es que tú no sabes nada más que aquello que sabe el médico ó los médicos y no buscas más allá de lo que busca el hombre en su curtividencia. Yo voy tan lejos que casi me pierdo en mí mismo. ¿Comprendes? Cultivo mi yo en sus más dilatados dominios, abismándome en la infinita pluralidad de existencias que se anidan en mi alma, hallando en ella refugio y goces seguros. Me conozco y re-

## EL LOCO

conozco, aunque no siempre. Y esta es otra forma de mi conocimiento: mi desconocimiento.

— Total que eres un soñador agradable, cuando no insultas. Podrías ser un admirable panfletista. Posiblemente diviertes mucho á tus vecinos, ya que...

— También te equivocas. Eso del panfleto es demasiado vil para que pueda preocuparme de ello. En cuanto á lo otro, aquí como en todas partes, soy más forastero que tú. No obstante siento que, de vez en cuando, estas gentes paran mientes en mí: unas veces se inquietan al verme, porque —como tú— me suponen loco, esto cuando no se burlan con una sonrisa discreta y miedosa, compadeciéndome como quien hace una caridad, sin ni siquiera sospechar, los muy desgraciados, que laboro por su renombre de pueblo. Por eso siempre ando solo, porque es la única manera de andar bien, ya que no hay dos personas que lleven el mismo paso á menos, es verdad, que se resuelvan consciente ó inconscientemente a tener alma de recua. Por otra parte, bien sabes que son rarísimas las personas que no tienen á menos la compañía del menesteroso. Y por encima de todo ello es tan grato no molestar a nadie, se entiende que mientras no haya posibilidad de estrangular a la humanidad.

— ¡Oh, Loco...!

— Loco... ¿Por qué me llaman loco? ¿Por qué te burlas tú también de mí? ¿Por qué me compadeces? ¿Quieren trastornarme seriamente? ¿Hasta eso llega la crueldad de vosotros... ? ¿Creen que mi voluntad no puede echarse á nado sobre la voluntad universal, llegando á su destino, contra viento y marea? Ya verás cómo llegará un día en que tu conciencia asombrada y sombrero en mano dirás: — Loco... — Vencerá mi voluntad.

— No te excites. "Vamos a ver. Trae el pulso ¡Hum... ¡Qué barbaridad! Ahora veamos la lengua. Si... Y ¿cómo anda el corazón? Justamente; tienes que cambiar de vida. Lo primero cambiar de casa; irte á casa, donde tendrás bastante aire y luz. Luego... Pues...

— ¿No necesitas que te muestre nada más?

— No. Basta.

— ¿De manera que concluiste por fin con tus malditas embrollas? Mira doctor: yo creo que es muy sencillo componer un reloj, cambiando sus muelles. Así que dime: — ¿Podrías renovar mis visceras y mis nervios?

— Hasta cierto punto creo que sí, considerando la teoría de la renovación periódica del organismo; pero entretanto . . .

— Para paliativos basta y sobra con los procedimientos y resistencia de la misma naturaleza, ya que reacciones se operan por sí, mientras existe la fuerza natural que es con la única que viven los seres.

— No obstante te daré un consejo.

— Acepto muy gustoso siempre que la mitad venga en lo que necesito y anticipadamente. Pero á su vez tú ten en cuenta esto que ha de decir y que se repite diariamente sin cesar desde que lo dijo el Gran Fatalista del Gólgota...

— Cristo ¿eh!...

— Dice Jesús: —Quod scripsit, scripsit.— Lo que está escrito, escrito está. Es decir, que lo que se ordenó en el Origen, se cumplirá contra la rebelión del infinito mismo.

— ¡Ya! De perfecto acuerdo. ¿Y cómo duermes?

— ¿Que cómo duermo? "Vaya con la pregunta. Como todo el mundo: con los ojos encerrados o apapadados ó cerrados, para hacerme entender.

— Digo que si tienes ó no insomnios.



—Esa es otra cosa. Hay que hablar claramente. Pero si no hubiese perdido los escrúpulos para hablar de mi vida interior, seguramente que respecto á mis sueños, ensueños, revelaciones y visiones, no me sacarías ni una palabra; porque nada hay tan revelador de la personalidad física, moral é intelectual del individuo, como todo aquel misterioso universo. Mas, como creo que las cosas y la vida misma ya no me importan un ardite en la esfera vulgar, no tengo ningún obstáculo en largar la lengua al respecto, mayormente si todos saben que lo que he dicho es así; pero resulta que por eso mismo llegamos á la conclusión de que tampoco tengo necesidad de hablar entonces nada al respecto.

—Como ves, Loco, me intereso por tí. Dime cómo pasas las noches; quiero conocer ese maravilloso mundo en el que posiblemente vives.

—Te hago justicia, doctor, asintiendo en lo que dices. Pero tampoco negarás que obras de tal manera si no es porque me consideras necesario para tus secretos fines. Yo sé que andan por en medio asesinatos, revoluciones... ¡Uf!... Y no te impacientes: mira que he de decirte de qué laya son mis sueños ó ensueños. Cuando no duermo como perro muerto gozo de tal modo y de tales cosas que es posible que el mismo Dios ande quisquilloso: ora me envuelve la nada como pronto es el infierno el que jironea mi alma zahiriéndome con mil martirios y ora hallóme palpitando en el espíritu de la humanidad ó flotando en el siniestro mundo de las sombras. Y esto me gusta sin embargo de que es terrible. En resumen, paso en vigilia muchas noches, casi todas. Y cuando no tengo sueño tengo pena. Por eso al acostarme como un poco de alimento de difícil digestión: el opio, haschis, morfina ó alcohol más sano y barato del mundo. Luego el espiritismo...

— ¿El espiritismo, dices? ¡Bah! Advierte, Loco, que eso es un simple 'embrollo para embaucar tontos, destrozando sus nervios.

— ¡Oh! Si no entiendes una coma de estos asuntos.  
¿Y qué opinas del magnetismo?

— En cuanto á eso se puede creer algo, haciendo un sinnúmero de restricciones en todo cuanto al respecto se ha dado á volar.

— ¿Quieres explicarte de modo más comprensible?

— Con muchísimo gusto. En primer lugar — diré del modo más simple posible, para que nos entendamos bien — En primer lugar el espiritismo no es otra cosa que el magnetismo, su facultad de desdoblamiento, en el mejor de los casos, el cual es el poder del esfuerzo de voluntad para propulsar fuera de sí un tanto de su energía, mediante la reconcentración del pensamiento y la dirección que la voluntad imprime. Cada individuo es tanto más magnético, cuanto que es más normal.

— ¿Mas normal, dices?

— Hombre! Pues ya lo creo.

— Es verdad que tienes que defender tu causa y tu estado, ó lo que bien quisieras que fuese. Así andas equivocado de ceja á oreja. Y porque no me comprenderías es que no quiero discutir. Por eso he de poner un ejemplo. Bueno, dime primeramente ¿con qué hallas el simil más perfecto de los nervios?

— Eso... Sí; con los instrumentos musicales.

— Más ó menos por ahí anda la cosa; pero la comparación más justa sería con un elástico de jebe. Y sino á la prueba.

Como te digo, tomas un jebe entre los dedos índice, medio y pulgar, uno de sus extremos, y el otro, entre los dientes. Ten el elástico en estado normal, entonces tocándolo cuantas veces quieras no te responderá ni agradable ni desagradablemente: es que no vibra. Pero por lo contrario ponlo **anormalmente**, es decir, estíralo, si quieres

hasta su máximo, y tócalo: vibrará. Mas si eres músico, variando las tensiones y tocando oportunamente conseguirás arrancar verdaderas armonías y melodías; además si logras ahuecar la boca con oportunidad y debidamente, mediante movimientos adecuados de la lengua, los efectos alcanzados te sorprenderán, porque tu boca, tu cráneo, las células y tus fibras nerviosas, es decir, que en resumen todas tus vísceras y tu cuerpo íntegro, en fin, hará las veces de una caja musical.

He aquí cómo tu carne y tus huesos, y tus sesos, no tienen que envidiar en nada á la famosa lira de Apolo, y, si quieres, también al arpa eolia. Verás cómo.

Si vas de paseo, utilizando siempre el ahuecamiento bucal, mediante el movimiento de los labios y de la lengua, y también del paladar, tomando entre los dientes y los dedos, por ejemplo, el elástico del sombrero, te pones de soslayo al viento. De éste modo variando simplemente las tensiones del elástico alcanzarás mayores éxitos que con la referida arpa, con la circunstancia de quien canta así eres tú mismo. Por tal manera te sentirás transportado a un tiempo indefinido, en el cual lleno de alegrías indecibles y de dulcísimas melancolías te ubicarás en paisajes de belleza imposible, desmayando en el presentimiento de un célico amor, soñando, amando, gozando, hasta que de pronto se arranca el elástico, dándote un latigazo en la cara, por lo que cesan el cantar de tu cuerpo, del viento, de la cuerda y de tu alma.

Este ejemplo, sin referirme á otro más sabio, natural y sutil, al par que encantador y bello, sin maestros conocidos hasta la fecha, del silbido, que en lo animal corresponde en estricto paralelo al canto de las aves, con ventaja sobre el ruiseñor mismo, te demostrará digo, que cuanto más débil el sistema nervioso, gobernado por una rica voluntad, es decir, cuanto más tenso voluntariamente es tanto más sensible, armónico, melódico y sinfónico. Y así como según la fuerza del viento, la tensión del elástico y la habilidad de la mano que la pulse, cantan viento, jebe, cuerpo y alma al unísono, en misteriosos ecos, del

mismo modo vibran los nervios, **según la tensión pasional** y las intensiones que los **hieren**.

El día que aparezca sobre la **tierra el hombre** **puronervios** al servicio de una voluntad bien cultivada, entonves el universo se saturará en el deliquio de un ensueño divino. El mundo moral se habrá transformado y se sabrá el sentido poético desde la más apacible canción del pastor en las recónditas breñas, hasta más allá del **Gloria in excelsis Deo**, de las sonatas beethovenianas y de la marcha triunfal Thanhauser. Dantes, Esquillos, Schakespeareas, Buonarottis, Cervantes, y todos los grandes, quedarán debajo del gran poeta. Oiránse voces misteriosas cantando en el rugido de los huracanes, en el silencio de los desiertos y en el frufrú de las selvas; sordos cánticos de las tempestades azotando las revueltas ondas de los anchos mares; roncós estertores de la tierra en remezones; el dulce trino de la calandria ó el estridente del acantilo, arrullos de torcaces y sutilísimos suspiros de amor en el gemebundo musitar de los ábregos.

¡Hosanna por siempre, dolor, a la entraña que conciba al Divino! ¡Llor y llor á la sacra matriz que lo geste! A quien lo asila sabrá la venturosa madre, en virtud de un temblor de inquietud universal que pasará por el mundo al mediar el día. El sol se eclipsará á la hora del parto y fulgirán las estrellas; las aguas y los vientos se detendrán desde sus orígenes; las aves enmudecerán místicamente; la zapa de la muerte y el engendro de la vida suspenderán á la par un instante su acción; los corazones, mustios en la ansiosa espectación, se orientarán inconscientemente hacia El á modo de un inmenso girasol hacia el orto del sol. De pronto se oirá el llanto meliflúo y triste del párvulo, cual suave resonancia de cántico divino, eco ledo del origen del misterio; entonces Eolo se agitará en el orbe, danzando al son de su arrúo ó baladro, elevando; las aguas del océano, las arenas de los Saharas, las hojas y los pétalos de los bosques, las nieves de las cimas y el polvo milenario de los abismos. Mientras tanto los ecos multiplicarán en legión infinita el llanto canoro del máximo vate, cuyo timbre inflamará en los corazones una imposible nostalgia de llanto al soplo de las ondas vagas,

## EL LOCO

en el no sé qué. En eso en todas las mentes irán fermentando los ensueños pastoriles y las visiones apocalípticas.

Tal es, doctor, la anormalidad virtual del neurótico, mientras que la normalidad apenas servirá para embotar al hombre en una laxitud bestial, en una idiota pasividad.

Pero aun completaré mi ejemplo.

La luz es una consecuencia de la fuerza al igual que lo es la voz de la energía y de la voluntad. Tanto la luz como el sonido se dilatan en el espacio por medio de la impulsión en ondas. Cada impulsión conserva en toda su trayectoria circular el mismo valor cualitativo. La telegrafía inalámbrica es la comprobación más sensible para ustedes que no entienden de psiquismo. Para el envío de un mensaje es requisito necesario que se pongan en contacto los polos positivos y negativos, los cuales están formados en el organismo humano por el cerebro y el sexo. El corazón sirve de aislador y comunicador. Puestos en contacto se produce la chispa, el mensaje, la luz, lo que quieras llamar, eso que estás comprendiendo, lo cual gobernado por la voluntad se orienta al punto determinado por el deseo ó la necesidad.

Más de una vez debes haber notado que hay individuos á quienes se les siente llegar á nosotros aun antes de que los veamos. Y ello es porque poseen en sumo grado sensible la fuerza magnética.

Se es, pues, tanto más magnético cuanto más neurótico ó loco. Es en tales condiciones que se puede percibir los espíritus que vagan en el espacio; las ideas, los deseos y las resoluciones.

A mí las almas me visitan frecuentemente. Hace algún tiempo que casi muero de espanto. Figúrate que en la necrópolis había un rumor que no pertenecía ni á la vida ni á la muerte; era algo semejante á un nexo de pulsación entre lo pretérito y lo porvenir; algo en suma, como el zumbido de la luz rompiendo las sombras, cuando...

¡Oh... No. Sí, yo la vi levantarse de entre los muertos á semejanza de exaltación d\*<sub>3</sub> la tierra santa, y . . .

— Cálmate. Seguramente fue sueño; no puede ser de otro modo, dado tu temperamento. Cálmate y vamos por partes. Deja para siempre eso del espiritismo, el magnetismo, la gimnasia y demás estupideces. Fíjate que únicamente practican eso los fracasados en la lucha de la inteligencia racional, los deshechados aun del arte. Todas esas cosas son el refugio de las impotencias. En cuanto á tu muerta te ordeno que no vuelvas á evocarla. ¿No sabes acaso, tú, gimnosofista, que el que se muere se muere no más y se acabó en toda la extensión de su sentido, es decir, que no existe más nunca aquí, allí y en ninguna parte?

— Si no sabes lo que digo. No era mi muerta: era Ella. Ella que...

— Pero, ¡oh! qué cosa terrible. ¿Quién es Ella?

— Ella es... el alma Humana, la divina Locura, mi Luz De Luna. La vi venir á mí y . . .

— Mira bien, Loco, que todo eso es una mera alucinación. Pero ponte en calma, mucha calma. Calma, calma. Y juiciosamente cuéntame cómo pasó aquello; me interesa.

— No era sueño; yo la vi.

— Puede ser; no porfío ya que estás autusugestionado.  
— Caramba... No ha sido sueño.

— Te prometo que ya no digo nada.

— ¡Já, já! ¿Conque... ya no dices nada, pedazo de hipócrita?

— No, Loquito. La verdad es que te creo. Cierto.

— ¡Mientes!

— Palabra de honor. Dices con tanta fe, que la misma razón se rinde de grado ó por la fuerza: de manera que siento que eso se afirma en mi corazón en algo como en un soplo de verdad, aunque á ratos creo también que como actor de tragedias, nadie te igualaría porque veo que ello está en la esencia de tu naturaleza misma. Ya ves que soy sincero. Puedes pues contarme cómo pasó aquello.

— ¿Si no me crees, para qué? Yo no tengo ningún interés en que sepas para que luego afirmes en tí si no la certeza de mi locura que dices por lo menos mi habilidad de ficción. Además ya comienza á dolerme el corazón que traquetea violentamente. Me siento triste y con mucho sueño.

— Eso desaparecerá con el bromuro.

— ¡Já, já . . .

— Vaya, hombre, que interesa lo que dices. Cuéntame.

— Te digo que me interesa. Pero me inquieta, Loco, tu silencio. Di cómo fué aquello.

— Sientes, doctor, cómo sopla el viento en esta tarde misteriosa?

— Aire helado, dirás.

— Y sientes cómo nos acaricia la brisa y cómo nos envuelve y besa semejando el deseo de la amada en la mirada? Y apropósito, doctor, ¿sabes amar?

— ¡Jó, jó, jó! ¡Jó, jó, jó! Hombre...; seguramente.

— Dudo. No creo que hayas llegado al sibaritismo del espasmo supremo; menos creo que hayas hecho sentir á la amada el deliquio del amor en medio mismo del choque brutal al despertar en ella la dolorosa conciencia del acto... Dudo, pues, que juntos hayáis agonizado en un su-

premo olvido de espacio y tiempo, de espíritu y materia, y luego...

— Alto, che. Esas pamplinas.

— ¿Pamplinas, dices?

— Claro que sí. Digo é insisto.

— Ya verás que no. ¡Quieto ahí! Así. Ahora ¿por qué te agitas de modo tan raro en tí mismo, así, siendo como eres médico?

— Cierto. No sé. Pero no m e . . .

— ¿Qué sientes?

— Es verdad. Qué raro. Una angustia... Mi alma...

— ¿Qué más?

— Un imposible deseo de no sé qué.

— ¿Qué más?

— Alegrías y penas que se retuercen en mi pecho.

— Y un sutil hormigueo en la piel, luego un algo indefinible de bienestar ¿no es verdad?

— Sí.

— Pues bien, ¿eso siquiera sentiste en el amor?

— No.

— ¡Animal! Entonces ¿cómo pretendes saber amar? Sabe que para llegar al sagrado instante del amor es necesario hacerlo como en una epifanía de lo nemoroso: es urgente saber hacer de modo que la amada nos presienta y sueñe en los dominios del alma, en un mundo de promisiones ultravistas de bellezas y delicias: es preciso saber



anunciarse en el deseo en ondas de la más dulce inquietud, con preludios misteriosos, con aromas leves, con indefinibles auras y sutiles caricias en los ensueños del sueño ó la vigilia, para después llegar á ella á semejanza de tempestad de cosquillas y calambres en el más largo y supremo sacudón del alma y la carne: en el torbellino de los músculos, de la sangre y los nervios, en el crujido de los huesos, roturándola por tal procedimiento en algo así como en el vértigo de los éxtasis y la ebriedad de la muerte, y, por último, de su resurrección misma. Después hay que huir y desvanecerse en el misterio, para perdurar en la elaboración gozosa de la belleza en el recuerdo más grato y la más sana gestación del más sabio vastago. Luego... Mas, sabe también, doctor, que aquí, únicamente aquí, comienza el gran amor.

— Eres encantador. Y te declaro hasta místico del vicio mismo. Pero ¿de dónde sacas tanta embrolla bien urdida para gozar un instante? Vosotros, enfermos o poetas, que para el caso es igual, creís á pies juntillas en demasiadas tonterías sólo al ver una hembra, adorándola ciegamente, sin comprender que lo que en realidad os preocupa es no más que vuestro propio pensamiento, con el que engalanáis ufanos la futilidad de un melindre cualquiera de cualesquiera Venus ó maritornes, que también para vuestra ceguera es igual. De tal modo que lo que adoráis es vuestro propio pensamiento.

Pero, excelente loquito, advierte que lo que la mujer busca, sin idealismo de ningún género, y acaso sin ni siquiera pensar en la prole, es un macho infatigable, potente, para eso que quieres, para hacer el placer largo, hondo, sin fin: el placer por el placer. Y más propiamente todavía, la desesperación del placer por la desesperación del placer hasta la muerte si es posible, porque el deleite en tales condiciones se precipita en el más doloroso agotamiento del goce. Y esto sin hablar de la mujer feble.

Siento romper así tus ideales, pero qué le vamos á hacer si es preciso que seas razonable? Además, la verdad es así, y no tiene remedio.

Advierte que soy especialista en obstetricia, enfermedades nerviosas y venéreas; si no tendré autoridad para hablar de la materia.

La mujer como el hombre, salvando absurdas excepciones, sólo ansiamos la cópu'a. Y sin ir muy lejos, acuérdate de aquella tu famosa ictericia de hace muchos años en que la piojera casi te mata de lujuria, hecho que lo describiste admirablemente (1).

Conque, ¡eh! sigue mis prescripciones. Para satisfacer un instante no hay más que ir al grano, como en la satisfacción de cualquier función corporal. Y lo demás es pura poesía y neurosía.

—¿Cómo? ¿Para gozar un instante, dices? Tristísima cosa es por cierto que un hombre como tú desconozca lo sagrado del amor, pretendiendo llegar á él, tan bestialmente como cualquier jumento, perro ó gallo, sin más interés que desahogar el cuerpo.

—Pues, Loco, tomando por pasiva tu prédica, resulta que preconizas el vicio.

—Querido doctor, observa y verás que todo el progreso de la humanidad sólo tiende á refinar el amor, ya sea de un modo consciente ó inconsciente; para eso todo el oro, el esfuerzo y el pensamiento de ios hombres. Para eso toda la cultura. A ese fin converge todo saber y poder, y querer, aunque todavía cobardemente, á escondidas, de modo vergonzoso, como si fuese un crimen la sabiduría de amar, sin que hasta éste momento hayan dado las razones de sus prácticas. Verás, por ejemplo, que el gusto, —la nutrición más culta, la sociedad más refinada y las re- Mgiones más santas, se desviven por rodear los placeres do la mesa.— los banquetes; la comida, — de la lujuria de música escogida, de embriagadores perfumes, de las más hcr mosas flores, de una inusitada profusión de luces en aui las sedas más celestinas, los escotes más sensuales, los bal

(1) La Ictericia. N' 222. Primer volumen.

les más excitantes, provocan los parloteos más picarescos con las más caras, raras y ricas comidas y licores, todo por lo mismo, de lo más afrodisíaco. De éste modo tales refinamientos según vosotros ¿no deberían llamarse también lujuria y prostitución? Y no dirás que tanto aparato es para concluir tristemente en una locura ó en su defecto para crear la obra más grande del pensamiento. Pues debes saber muy bien que el más amp^o y profundo desenvolvimiento del cerebro está estrictamente bajo el imperio del sustine abstine, porque la glotonería, embotando el pensamiento... No, de ninguna manera: una succulenta Alimentación embrutece el pensamiento; además, el proceso de la nutrición no se acaba defecando, sino que en la elaboración del licor fecundante. ¿Y eso en machos y hembras para qué? ¿Acaso tanta lujuria de afrodisíacos en los preparativos de la nutrición —en gente que ciertamente ni siquiera sabe gustar; paladear— para que ello concluya de modo brutal en el vkTento acoplarse de dos bestias, hiriendo, injuriando y destrozando el misterio más noble y lútil de las entrañas? ¡Oh! no, doctor; absolutamente no y no, porque toda la sabiduría del refinamiento copulativo •empre será poco para engendrar una criatura sabia y be-Hn. Por eso jamás puede ser vicio el exaHar hasta el delii i" el instante más sublime de la creación, sin el cual no puede existir ningún ser: la viril penetración y eyacula-' Ion en las tinieblas de^ sagrado recinto de la matriz. Tan grande es aquel instante, que el rufián más rufián y la prostituta más prostituta, revolcándose en el fondo de la jtrpravación son castos por decreto de la naturaleza: es el excelso segundo de la aparición de una conciencia en la frnicación del infinito y la Eternidad. Se está operando el milagro en las tinieblas de la más formidable ebriedad.

— Toma bromuro y no pienses más en tonterías. No seas bobo. Y perdona la franqueza.

— Acerca de mí puedes tener la opinión que me-jpr te plazca, que no por ello dejaré de ser lo que soy. Cada cual es para los demás lo que lo creen, sin que por eso deje de ser lo que es en verdad. Ejemplo:— Yo te creo A veces sabio, cuando no un simulador; en cambio tú te Bliaginas ser la perfección del humano saber, resultado, ior tal manera, que para tí el que menos es un imbécil,

sin notar que lo que con ello manifiestas en una supina inocencia y una deliciosa fatuidad. Así, pues, Dios sabe lo que seremos tú y yo»

— Será como te plazca; pero la hora avanza. Parece que tú no observas el tiempo. Aquí tengo dos relojes; toma éste que es de oro y casi un cronómetro. Consérvalo para que me recuerdes siempre.

— Gracias. Pero mira cómo tu reloj sale sin pérdida de tiempo por la ventana á la calle. Así.

— Bárbaro... ¿Eso se hace con un obsequio?

— Claro que sí. ¿Y no me agradeces? Ingrato. ¡Já, já, já!

— ¿Y cómo quieres que te agradezca si lo que te obsequio lo arrojas á la calle?

— Pues por eso mismo: para que sepas que más ó menos esa es la suerte de todos los regalos. Yo sé, y tú también ahora. Nadie estima en nada lo que no le cuesta el sudor de sus fatigas, y aun así no más que mientras necesita. ¿Comprendes?

— Qué agradecimiento...

— ¡Claro! En primer lugar ¿cómo quieres que te sea grato por aquello que no sólo no me sirve sino que hasta me es un estorbo? En segundo lugar ¿por qué te había de agradecer si tú no lo haces por la lección que te doy, y •que te cuesta caro, además de curarte con ello de inútiles despiltarros que casi siempre provocan la burla del obsequiado?

— Esta ya es mucha **lata** No olvides lo que te **dije** respecto de . . .

— No; no hay necesidad. Ni tan cerca que te quemes ni tan lejos que te hieles, dice un viejo...

— Eres un testarudo; pero te disculpo porque te falta un tornillo. Y esto te digo para que sepas, porque enfermo que conoce su mal lleva media curación por delante. Conque... no olvides tomar el bromuro á pasto. Loco...

— ¿Loco...? Sí, es cierto: jamás se llama de otro modo al que canta la verdad.

— ¡Vaya, vaya! Esto aparte, cuéntame cómo fue aquello del ensueño.

— Digo que no fue sueño; he visto con mis propios ojos y he oído con mis oídos. Algo más: es una voz que suena todavía en mi alma.

Pero cortemos aquí esta cuestión. Entiendo que es preferible distraerte con la carta que pienso publicar y que me la inspiró mi Luz De Luna, cuando la vi descender de un carruaje.

— ¡Hum...!

— No te impacientes; verás que es bien poca cosa.

— Bueno. Lee.

— Atiende.

A mi Luz De Luna.

— ¿Qué es eso?

— Pues ya dije que una carta.

— Suficiente. No quiero oír. Nada hay tan empachoso como esa cursilería, buena para atortelar doncellas ociosas.

— ¿Qué dices? ¿Por qué te atreves á juzgar lo que no conoces?

— Sencillamente porque eres un loco; y bien sabes que...

— Oye, doctor — esto para que te sirva de lección.— Había una vez en la India fabulosa un filósofo llamado Narada, quien para imponer silencio á la estúpida audacia dijo: —"Jamás pronuncies estas palabras: No conozco esto, luego esto es falso.— Es preciso estudiar para saber, saber para comprender y comprender para juzgar". — Ahora bien, ¿cómo te atreves á juzgar si no conoces el asunto?

— Gracias, Loco. Muchas gracias. Pero tú comprendes que la pasión...

— Espera. Precisamente eso es lo que busco, yendo en pos de la vida, del arte y del amor, sí, del arte que en estos malditos tiempos lo único que ya no tiene es pasión, siendo que el arte es el delirio de las horas santas, y que no puede ser de otro modo. Lo único que se ve en las obras contemporáneas es el seco rigorismo que la crítica científica impone, cuando lo sólo que se debe insinuar amablemente ó imponer a voz en grito es el sursum corda de la pasión, de la gran pasión —¿entiendes? de aquella que empuja a ciegas huestes hacia la negra hecatombe; aquella que forja héroes, redentores, santos y en suma todos los santos de la ciencia y la religión; aquella cuya explosión marca siempre una nueva era; aquello insustituible con ninguna disciplina ¿comprendes?; aquello por lo cual dice el Nazareno: — "de cierto os digo que cualquiera que creyere y dijese á éste monte, arráncate y échate en la mar, lo que dijere será hecho, si no duda en su corazón". — Conque, doctor, obedece el dictado de aquel que aun después de veinte siglos eleva en la esperanza de la voluntad el espíritu de los caídos.

— Oye, Loco...

— El que tenga oídos, que oiga, y el que pueda entender, que entienda, y el que tiene alas que vuele. Y así como todo tiene su tiempo, todo tiene también su medida. Tú eres exactamente de tu tamaño. Pero hay todavía quienes que son menos que sí mismos.

— Sin embargo, no negarás que la pasión es el trágico linde de la locura, cuya expresión, en aquello á que

te refieres, es el lirismo siempre malsano, jamás considerado por ningún artista ó poeta de talento.

— ¡Já, já, já! Eres un zote de fuste. ¿Qué es el exaltado amor y respeto del patriota á su bandera? ¿Qué la fe del creyente en su venerando símbolo? ¿No es la pasión? ¿Y qué el violento palpitar del corazón ante el aro, el rulo y el diseco alelí que en hora venturosa diera el ser amado? Echa de ver que si el lirismo no es el corazón mismo, es decir, la vida, es, por lo menos, su más directapulsación. Y no es pues el concepto de cuatro panzas el que ha de cambiar el impulso de los altos destinos. A ser tal ya no existiría el amor, sino la razón social; menos todavía el campanario y la patria, sino que en subasta y por lotes, al rigor de la fuerza, se la distribuirían los cínicos; y la religión, último refugio de las miserias humanas, y la esperanza, móvil de la vida... ¿Para qué si el lirismo, hornaza del bien, es un mal para quienes están obligados á exaltar á todos en la plenitud de la existencia?

— ¡Jé, jé! Te excuso: defiendes tu causa. Pero confesarás que no todos se mueven al mismo impulso; pues el que ....

— Tú tampoco negarás que es más fácil rajar huesos y rallar músculos ó cortar pellejos en la clínica ó en la morgue.

— Sí, sí, sí, hombre. ¡Bueno, bueno! Lo que quieras ya, pero lee rápidamente.

— Ahora no quiero.

— Mejor: lo dejas.

— No, señor: ahora leo y, si quieres oyes ó . . . ahí tienes la puerta abierta.

— ¡Vaya con el hombre! Tiene satisfacción en molestar. Lee.

— Esa es otra cosa. Y no podía ser de modo distinto, pues... En fin, no sé qué quise decir, pero...

## ARTURO BORDA

Espera. Servicio por servicio: después me prestas la atención que para mí reclamo ¿eh?

— Convenido. Y ahora oye. Antes has de saber que...

— A fuerza de querer explicar tu asunto lo haces incomprendible.  
En esto también experimentas la influencia del tiempo y de sus coterráneos.

— Dices bien. Leo.

A mi Luz De Luna.

Llena de verdad va esta á tí,  
desde el fundamento de mi vida  
¡oh alma de amor!

Quizá á su lectura  
yo surja en tu mente  
á modo de un confuso ensueño,  
porque tus visionarios ojos  
apenas si me vieron  
cuando tú,  
somniafera y somnolenta  
en las secretas ansias de tu amor,  
pasaste junto á mí,  
ignorando mi existir.

Y así fué que á tientas,  
y al impulso de mi sino,  
ambulé lleno de imposibles  
y como ebrio en las penumbras del misterio.  
Mis horas se sucedieron calladamente,  
cual en las olas del Leteo.

Al otro día sentí cansado el corazón,  
sereno el aire  
y loca la mente.  
No surgías en el recuerdo.



Después,  
cuando transcurrió mucho tiempo,  
recordé la escena:  
No hubo rumor. ¿Te acuerdas?  
Pálida desmayaba su luz la tarde  
cuando insólita y repentinamente  
se materializó un fantástico vehículo,  
del que descendió una garrida visión ó dama,  
velada de tul la faz.  
Un vuelco brutal dio mi corazón  
á la vez que así musitaba una voz:

— La viajera —  
¿Será ella?, pensé  
y sentí correr en mí  
una rara onda de miedo y frío.  
Me impelía el ansia loca  
de huir rampando hacia el olvido ó la nada,  
envuelto en las sombras.  
Fué un segundo,  
bien lo sé,  
del ideal hundido en el nunca más...

Hoy sólo sé que mi corazón sufre  
cual en blanda y tibia opresión.  
Me anega una vaga congoja  
en la invasión del sueño:  
sueño de enfermo,  
— desgano y melancolía,—  
sueño de amor.

Si yo bebiese  
¡oh mi adorada!,  
en tus coralinos labios,  
labios en flor,  
el nepenthe,  
la mandragora y la cicuta de tus besos...  
Pero no;  
antes sé tú el impoluto y divino heraldo  
del remoto ideal,  
aunque mi alma, extasiada en el recuerdo  
de la visión volandera al pasado,

## ARTURO BORDA

anhela verte venir sin cesar  
en el tumulto misterioso de luz y sombras  
de mis ensueños de cataclismo y creaciones.

Sí, ¡ven! ¡Ven:  
que ángeles, coros y dominaciones te harán corte.  
Te recibiré como sensitiva al sol.  
Te espero cual noctífera á la luz estelar  
en la invasión de la noche.  
Te ansio como misterio y duelo á las tineblas.

Ven,  
que Empíreo, Walhalla y Olimpo,  
te loarán en la eclosión de luz y luto,  
en lo inaudito de mis locas noches.



Ahora, Señor, mi Dios,  
que me acorra la poética armonía,  
porque he de invocar al Cosmos  
para poder cantar á mi bien amada.

## INVOCACIÓN

Entre nelumbos,  
bosbelias, lianas y amarantos;  
bajo tamarindos,  
sincomoros, jarcias y moras  
y sobre lotos y sagitarias linfeas,

surgid ligeras,  
sílfides, náyades y ondinas,  
y entonad célico canto.

Espuma y cendal de las dormidas linfas,  
murmullad cristalina cantiga.

Seres astrales:  
querubes, serafines y arcángeles,  
prorrumpid en alegre hosanna.

## EL LOCO

Os conjuro trinacrias musas,  
os conjuro doncellas de Gericó y la Georgia,  
resurgid en lejana edad y cantad.

Cante ecoico el universo  
en lo álgido de mi ensueño cosmogónico,  
que Luz De Luna hará en la tierra  
su divina epifanía.



Ahora ven,  
¡oh mi bien!  
que á tu aparición,  
en lo irrupto de mis ansias  
se oirá el zumbido de la luz  
orquestando el silencio;  
se verá el juego febril del iris  
matizando sin cesar la extensión sin fin;  
sobrehumano júbilo de plebe,  
de eremitas y monarcas  
poblará el orbe,  
coreada por la bronca y silbante algarabía  
de los vientos;  
el espíritu de las aguas,  
ebullendo alegre  
de los abismos del inmenso mar,  
cantará tu vetusta gloria.

¡Ven,  
que, envuelta en el misterio,  
fantástica grey de ignotas edades  
sublimará tus recónditos quererres,  
modulando alegres y flébiles armonías,  
ora en salterio, en zímbalo ó gaitas,  
ó ya en rabel, viola ó quena.

¡Ven,  
que desde espora ó electrón á universo,  
todo se crispará en supremo espasmo,  
y el acento increado  
desde mi alma en ecolalia  
fatigando los ignotos ecos repetirá:  
— ¡Sólo tú,

Sólo tú! —

**Pero,**

¡oh mi adorada!  
tu fantástica existencia en **mi espíritu**  
es quebrantamiento de alma.

Pase, pues, por piedad,  
sorda éste tumulto de incongruencias:  
pero en la alta noche,  
cuando la angustia artera  
te oprima el perlino pecho,  
se, sabe, que yo velo en tí.  
Entonces,  
te imploro, pon fin tu alma con mi espíritu  
y cede  
á que en el silencio de tu corazón  
rinda á tí mi amor,  
porque como siempre y **en todo**  
luego el olvido se cernirá  
igual á la sombra de la **nube que se deshace;**  
mas si algún día asoma á **tu mente mi imagen,**  
borrosa ya,  
ora por mí á **tu Dios,**  
**que** es mi alma un olímpico himno á **tí.**

Tal es la carta, doctor. ¿Qué te parece?

—No he oído bien. Pero supongo que sea como lo das las de esa jez: un runrún monótono e insoportable con una ficción desastrosa en el sentir y el pensar. TCH vicio, el mal, la desgracia literaria de todos los siglo pudiste haber dicho muy bien en una línea. Pero tráela veamos.

—No podrías leerla, porque la ortografía...

—Y la prosodia, y la sintaxis y aun el sentido I mín... Pero tráela, que yo la he de corregir como se dfí

—Gracias. Estoy por creer que en el fondo jor que los demás. ¿Me haces la caridad de oirme y darme?

## EL LOCO

—Pues, ¿no ves, querido Loco? Esto se corrige así: se rompe. Y vaya por el reloj. A grandes males grandes remedios. Toma. ¡Jé, jé, jé! Tontino.

—Solo...

—¡Calma! Mucha calma. Y no te impacientes. Bien sabes que mejor es reprensión manifiesta que amor oculto. Mira, Loco: ¿acaso, ya que pensabas publicarla, no te ahorro el ridículo y la vergüenza? ¿No ves que si esto lee alguna hembra, y esto si lee, sería de ver cómo ríe de tí a carcajadas? Porque has de saber, como ya te dije, que el ser que menos comprende el lirismo es la mujer; culta ó bárbara, ella va derechamente á lo que necesita, burlándose interiormente de todos los poetas que le cantan mil tonterías. Ella, si no es Safo ó Teresa, la de Jesús, jamás comprenderá el éxtasis lírico si no prece inmediatamente á la posesión, como el rayo al trueno. Y la razón es obvia en sí, como la verdad. Digo que en ella el alma mater, llenando toda su vida clama con la grande voz del Origen, por el logro de su único fin. Ella comprende el verbo cuando se hizo carne, cuando lo eterno ó sea Dios, lo incognoscible, para mejor entender, obra en ella á través del hombre el misterio de la transmisión de la vida inmortal; cuando en la sacra tiniebla de la matriz se forja en carne y hueso, en la floración pensante, el lírico léxico y el místico ensueño del vate amador; cuando el macho funde la energética de su pasión en aquel estupendo prodigio muy más alto que aquel del mítico Pigmalión. Y advierte, repito, que no hablo de la prostituta, de aquella por la cual dice el Rey Sabio: —Por causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan.— Mas ya que combato tu lirismo, el cual pretendes que si no es el corazón, es, por lo menos, su pulsación, te aconsejo medites acerca de esto del mismo Rey: —Necio es el que confía en su corazón.

Y ahora noto que estamos conformes en lo que contradiciéndote decías hace un instante. Lo cual supongo que no te sorprende.

— Desde luego, ya que parece ser lo más lógico.

— Al parecer.

— No obstante, quiero manifestar que...

— Ya no digo ni quiero decir nada.

— En lo que haces muy bien, porque á los postres tú y yo, ya con tu rígido método ó con mi arbitraria incongruencia llegaremos siempre al enmarañado tejerneje de las incomprensiones, es decir, de la última verdad. Pues observa cómo la ciencia con su inmutable análisis y la fe con su loca ceguera, convergen una y otra, muy á su pesar, en el eterno é infinito dominio de lo inexplicable. Y es en tal instante, de verdadera tragedia de la vida, que el corazón, así desposeído de la vanidad de vanidades, ni siquiera ora ó execra á Dios, al Ser, á la Fuerza ó el Orígen, sino que todo lo que hace es enmudecer en una especie de total aplanamiento. Pues bien, ante alguien que tal haya experimentado, son juguetes de niño la felina intrepidez de las ambiciones y la ataxia del miedo cerval, así como la siempre hipócrita modestia y la siempre hipócrita humanidad, porque aquel inviolado y mudo sentir, arrebujado en los profundos abismos del alma, es algo más que el reconocimiento de sí mismo, e s . . . ¿quién sabe? Yó sólo sé que dice el Rey Salmista: — El principio de la sabiduría está en el temor de Jehová.— Todo esto demostraré, doctor, en un libro que pienso publicar.'

— ¿Quieres publicar un libro? ¿Tú?... No. No embromes. .. Abstenete de tal locura: nota que dado tu modo de pensar, es seguro que nadie te comprenderá; y como consecuencia habrá de cernirse sobre tí y tu libro el silencio. Mi consejo es que si no puedes dejar de publicarlo, lo hagas póstumo. Y te libras de mil alfilerazos, mucho más si te aventuras á decir llanamente la verdad de lo que oyes, miras ó palpas, como tienes costumbre de hacer; de mane ra que siendo así, yo te pronostico, sin ser adivino, que lo único que has de sacar es la cólera de todos los que se erean aludidos por propio reconocimiento, y como consecuencia, repito, caerá sobre tí y tu obra un silencio de muer. te, y peor todavía, como si jamás hubieses existido. Y en esto, no cuentes ni con el amigo más amigo, por ejemplo, yo; porque de viva voz todo pasa entre personas ó sociedades, pero donde queda escrito, las suscitaciones son tam-

bien permanentes en todos los caracteres similares al referido.

— Eso y el silencio, ahora ó después no me importan. Si hasta hoy he sido discretamente puesto á raya sanitaria como contra la lepra, hasta hoy en que ya he reducido casi al máximo mis necesidades físicas y sociales y he puesto debajo de mis propios tacos mi orgullo y mi soberbia ¿qué me importa el menosprecio de nadie? Además, yo no trabajo ni por el oro ni por el aplauso. Conque ¿eh? ya sabes! Por lo demás sabemos á maravilla que las turbas silencian siempre, ya sea por impotencia, por miedo, por ignorancia ó envidia, se entiende que cuando no por justicia. Pero es bueno saber que quieras que no al fin nos aguarda por igual á todos el mismo siendo. Además, sabes muy bien que si no se persigue el oro ó el renombre para gozarlos en la vida, ni lo uno ni lo otro tienen interés para el que se muere. Yo hago nada más que por dar curso á mi sentimiento y mi pensamiento con la esperanza de que beneficie á los demás. En cuanto al fracaso económico, por sabido se calla, y en lo que hace al éxito intelectual, también, si como tú los de tu clase no quieren ver nada más que mi locura. Mas, eso no me importa. Pero si yo pudiera dar forma á todo eso inexpresable que s é . . .

— ¡Loco! Loco, loco... Poquísimas cosas dejan tan profundo malestar como la impotencia de expresar el ritmo interior en que se trueca la comprensión cósmica, Por eso es, Loco, tan triste el poeta: por lo que calla. Se entiende que por poeta se ha de comprender no sólo á los buenos y malos versificadores sino que á todo el que vibra ante la belleza. Pero no digas nada, porque tuerces y retuerces las ideas admirables y fastidiosamente.

Ahora dime aquello que constituye lo principal para tí.

— ¿Lo principal para mí? ¿Para qué?

— Me interesa.

— Lo principal para mí, pues, hijo, soy yo. Es decir mi cuerpo y mi conciencia, y la satisfacción de todos mis

deseos. Procuro conservar mi salud para **gozar, en** llegando á los límites de la alegría, conforme la entiendo: huyendo prudente ó resueltamente de todo aquello que me hace daño sin utilidad para mis fines.

— Entonces...

— Espera, doctor. Lo principal para mí, en el tiempo y en el espacio, en materia y en espíritu... soy yo, porque si para mí existen todas las cosas es porque yo existo: si muero todo desaparece para mí, incluso yo. Entonces yo soy el centro de mis eternidades: Dios mismo en alma y cuerpo.

— De donde resulta que el alma, la muerte, etc., que hace un momento te preocupaban...

— Lo cierto es para mí, que yo, como todo el mundo ignoro lo que serán esas cosas en esencia. Sobre nada se ha disertado tanto como acerca de esos asuntos, y, no obstante, todo permanece tan impenetrable todavía como al principio.

— Eso porque e l . . .

— Porque sencillamente no tiene más sentido que el se acabó.

— ¿Siendo que eres partidario del espiritismo, es que aquello no te prueba nada?

— Tanto como probar algo, ya lo creo.

— ¿Qué?

— Que la poesía sin el misterio no vale nada. Y eso es todo. Por eso hay que ser tácito por maldad: destruir con claridad todo misterio.

— No seas bromista. A ver, Loco, ¿cómo me sacas de esta duda? Hace poco dijiste que procuras conservar tu salud. ¿De qué salud hablas si estás á punto de dar contigo



en el hoyo? La verdad es que no te comprendo. Ahora sí que has embarullado los hilos del asunto.

— Eso de que no comprendas lo que es mi salud es perfectamente disculpable, ya que eres médico; pero te diré cómo se entiende eso. Siempre utilizo mi naturaleza en la medida de su estado, en armonía con la naturaleza: si, por ejemplo, tengo hoy plétora y el sol brilla rabioso, derrochando alegría, entonces gozo á plena vida. En cambio, esto que llamas enfermedad, eso es justamente lo que constituye mi salud, porque siento el placer de sufrir. El horror de sentirme morir lentamente es mi consolación, esperando á la muerte, sea como fuera, como a la verdadera libertadora. Tú comprenderás que sólo he podido llegar a éste sublime estado de refinamiento merced á mi neurosis. Entre vosotros no hay uno capaz de ello, ni por simple ensayo.

Ya ves: de mi mal, según tú, he forjado mi condición esencial de vida.

Si la salud, como dices, es estar dichoso y fuerte para gozar de la vida, cualquiera que sea y conforme á las necesidades de nuestro fin, pues nadie de contento como yo con lo que se es, porque quiero aprovechar mis días para demostrar que hasta del aniquilamiento se puede y debe exprimir los goces y fuerzas aun no presentidas, viviendo con ello una existencia superior y que puede servir de fuego sagrado para inflamar el espíritu heroico amodorrado en los tímidos. De esta suerte cómo me siento grande al considerar que un día puedan pasar sobre mí, atrepellándome, pulverizándome bajo sus tacones, las gentes tímidas que hayan sentido inflamarse con mi ejemplo la intrepidez de sus ocultas ambiciones heroicas; cómo me siento grande al notar a mis espaldas el paso de los vencedores, de los ambiciosos que un día eran los atraillados en su cobardía y su vergüenza. No, doctor, yo me siento fuerte, como hierro bien templado al fuego de mis lacerias y así desmayo sibaríticamente en mis placeres, cuyos secretos echan raíces en lo infinito. Por tal manera verás que soy el único Hombre, el Dios Hombre. He aquí que te comisero porque te veo tan infeliz como el que más, tan bestia y tan efí-

mero, que... que eres la causa de mis alegrías, de ésta risa con la que jamás reíste, porque río con el placer de sentir y agotar el placer de mis carcajadas. ¡Já, já, já!, quiero regenerarte.

— Loco, eres muy loco. Y lo malo es que tu locura no es locura de idiota. Dijérase que por tu boca acaba de hablar la desvergüenza cínica del envidioso, de aquel que en su impotencia de llegar al saber, á la fortuna ó al poder de los demás, quiere fingirse en su conciencia ser más, para luego vilipendiar el ajeno valer. Pero, loco, a pesar de todo te estimo en lo que vales. Y espero que no dudes de mis palabras. Es mi intención.

— Si es así está muy bien, porque la palabra sin la intención es nada. La intención es el espíritu de la palabra. En la vida de relación humana, lo que resuelve la vida es la intención. En un revólver, por ejemplo, ¿crees que lo que mata es el revólver? Ni por pienso; lo que mata es la intención.

— De acuerdo. Ahora atiende á lo que diré y recíbelo como un consejo de nuestra vieja amistad.

Desde luego, debes dejar ese constante gesto de hastío y meditación, porque nada conduce tan directamente á un estado de ánimo dado como la mímica que la expresa.

No levantes tanto la voz, porque nada revela tan á las claras del despotismo como el acento imperativo en cualesquiera gestos; y ni tú ni yo, ni nadie que se respete, tolerará pacientemente esa estupidez.

No gesticules tanto, porque eso es propio sólo de los monos y de los cómicos.

No hables tanto, porque eso es petulancia, ya que no tienes nada nuevo que decir, dado que las ideas impresas han llegado á tal grado de propaganda, que las más exóticas y atrevidas son del dominio humano.

— Hablas, doctor, como un libro viejo... mal escrito. Por lo siguiente. No haces nada más que repetir exacta-

mente lo que te aconsejé hace algunos años. Pero yo en tu lugar hubiera contestado: —No te entiendo y no quiero entenderte. Yo soy como soy. Y no sé de un solo individuo que desde que el mundo es y hasta que deje de serlo haya logrado ni logre invertir su destino con el cortejo de todos sus factores, pese á la sabiduría de todos los pedagogos, alienistas y otros.— Tal te hubiese contestado; mas, ahora insisto que no es la expresión exterior la que influye sino la intención. Tú puedes estar riendo al clavar una puñalada y puedes estar llorando de alegría al hacer una caridad. He visto bobos tan inflados, abajarse tan torpemente hipócritas, como sabios simular tal ignorancia, que no he podido menos que reír á carcajadas en mi alma. ¿Creíste, pues, que por darte gusto he de dejar de ser lo que soy? Nadie violenta su natural so pena de la muerte. Es buena la educación para disimular los defectos que hieren; pero es mejor exagerarlos para corregir los ajenos. Además, desde hace marras conozco los míos mejor que tú los tuyos. Es cuestión del tiempo que nos damos para descubrirlos en nosotros mismos, de modo directo, o por reflejo en los demás. Claro que en veces me avergüenzo de lo que soy, sin dejar de darme en norabuenas por lo que no, porque eso significaría un milagro: el trastrueque del orden natural de las cosas.

— Pero de todas maneras, las ideas que gobiernan el mundo.

— ¡Já, já, já! ¿Qué dices?... Estás lo mismo que todo el mundo.

— Que las ideas que gobiernan el mundo...

— ¡Já, já, já! Quizá las ideas gobiernan á los hombres, lo cual para mí es muy dudoso todavía, para las cuatro quintas partes de los actos humanos. Pero, hijo del hombre al mundo hay espació todavía que recorrer para que hablemos como si fueran la misma cosa. La naturaleza, fuera del hombre, y en el hombre mismo, obra y nada más, señor médico, sin ideas, sin propósitos de ninguna naturaleza. ¿Crees que el sol al darnos su luz y calor, piensa, quiere ó sabe que nos hace bien ó mal? Y sin embargo

cuánta maravilla, cuánto milagro y prodigio merced al sol, merced al calor. Yo no ere® que las ideas gobiernen al mundo.

— La verdad es que ya no sé qué ni cómo he de creerte: tan pronto afirmas como niegas la misma cosa. Me haces daño, porque pareceme que me contagias tu desorbitación que también parece adrede: dijérase que á veces hablas con mi pensamiento, el cual de pronto lo comprendo claramente en sí y en relación con sus causas, cuanto que luego me envuelvo en un torbellino de incongruencias malsanas.

— ¡Oh, doctor! Te diré, en primer lugar, que tu incomprensión me hace profundamente feliz; luego en cuanto á aquello que te contagio mi desorbitación ¿qué me importa? ¿Yo tengo la culpa de que no sepas pensar y gobernar tus instintos? Respecto á lo otro de que tan pronto afirmo como niego la misma cosa, respondo diciendo que no soy tan idiota de aterrarme á una sola idea; soy más humano qué tú y estoy más cerca de la naturaleza: sin pudores ni hipocresías y sin vanidades, unas veces; pues en otras ocasiones estoy con todos esos defectos, según la disposición de mi organismo ó alma y sobre todo según las necesidades de compenetraciones de los asuntos que tengo entre manos. He aquí que ahora pienso que debo estrangularte, ya que eres un verdadero peligro para la humanidad.

— Pero, Loco...

— Nada de peros. ¿Por qué te espantas? Cobarde... Tus miedos y tus vergüenzas son pueriles; pues si digo las cosas llamándolas por sus nombres, tienes el miedo y los rubores de las monjas; más si hablo con el sublime lenguaje del éxtasis, tu cerebro se desvanece en la incomprensión de un cretino.

— No, mi querido Loco. No.

— Sí, soy loco para tí y para los de tu ralea, porque inmerso en la naturaleza, como el radium, como loa

## EL LOCO

rayos ó como los ultravioletas, veo, oigo y siento el alma de los seres y de las cosas. ¡Já, já, já! Soy el loco porque desde las eternidades de mi ser grito á los hombres: —¡Arriba los corazones!

— Justamente. Pero convengamos en que todo eso constituye el conjunto de alucinaciones de tu caso perfectamente patológico: un principio de neurosis. Por lo demás, loquito, eso es muy inocente, no mata, especialmente cuando se conserva el discernimiento. Casi todos padecen eso mismo y en el mismo grado. Pero si quieres curarte sabe que ello depende exclusivamente de tí. Desde luego, procúrate suficiente descanso, más mental que físico, y que sea á plena luz y con mucho aire. Sobre todo procura tener corriente de modo normal el sistema digestivo. En las demás necesidades físicas, morales é intelectuales es menester cuidar de satisfacerlas sólo cuando son una imperiosa necesidad. De todas maneras, para que los trabajos constituyan en sí un descanso, el método es alternar entre quehaceres físicos y mentales. Y sabe que todo exceso es el principio de la muerte. En cuanto á las lecturas, redúcelas al estudio tranquilo de los números, porque tienen la ventaja de ordenar el pensamiento, refrenando los inútiles vuelos de la imaginación, toda vez que son la lógica misma. Luego echa al fuego desde Homero y Valmiki para abajo. En cuanto á las revistas y periódicos, como si no existiesen.

— Estamos acordes. Para vivir bien se necesita ser sencillamente más instintivo; imitar en eso á las bestias ó ser de sangre azul ó archimillonario.

— Así es. Acaso por tal manera se llegue á ser menos animal que los sabios. Y apropósito. Recuerdo que una vez le oí decir a mi padre...

— ¡Ah... Los padres...!?

— Sí, mi padre, cuando mi madre...

— ¿Y te quieren?

— Caramba con la pregunta. Ya lo creo. Soy el mimado. Un hombre feliz.

ARTURO BORDA

— Impúdico. Te aborrezco.

— ¡Ta, ta, ta, ta, tá. Hombre! Tiene gracia tu ocurrencia.

— Ya que amas tanto á tus padres, dime si alguna vez pensaste que un día deben morir...

— Ese es un pensamiento macabro que sólo á tí se te puede ocurrir; vale que tú no los tienes. Por lo que hace á mí, siempre fui lo suficientemente cuerdo para no pensar semejante barbaridad. Si ellos son hechos que tienen que efectuarse fatalmente ¿para qué torturarse anticipándolos en la idea?

— ¿Cómo se entiende, entonces, si dices que los amas? Echa de ver que ya eres persona y que ellos ya son viejos. Y con tanto amor como les tienes ¿Jamás supusiste que el momento menos pensado... Mira, doctor, yo quiero que diariamente los ames más, con aquel amor á lo muy ansiado y que un día lo inesperado... para siempre... Ahora, cuando vuelvas á tu casa, piensa que encuentras á tus viejos, como siempre, ocupados en sus quehaceres, mientras que quizá van pensando en tí y en la muerte que se les aproxima arteramente. Entonces los miras con toda atención, los observas, pero sin impertinencia: que no sientan tu inquietud; no agregues la tuya á la que deben experimentar por tí; más bien los acaricias con tu alma en tus miradas y te dices mentalmente: — ¿Y ellos deben morir un día? Pero ahora están acá, yo los veo: son ellos, mis padres. Tal vez están serenos en esta rutina diaria. Ellos son, los veo con mis propios ojos; siento que respiran, que hablan, que palpitan y me miran y me aterran, porque un día... Un día... ¡Oh, nunca más!

Sí, doctor, llegará el día, lúgubre, siniestro, cual avalancha de sombras y maldiciones en diabólico torbellino de pesadillas. Luego, cuando ellos hayan muerto te acediarán indiferentes y sacrilegos las gentes, ¡oh hipócritas espectros de consolación!, mientras que tú, sobreexcitado y tensos, á romperse, los nervios, alocado, delirando, fuera ya del tiempo y del espacio, envuelto en algo como

## EL LOCO

en la inconsciencia de un tránsito al ensueño, hipando tu salobre llanto especiarás cómo la algazara de la vida restallando carcajadas huye indiferente á la vorágine de tu sagrado duelo. Y rueda el convoy fúnebre. Las sombras se deslizan silenciosas. En el camposanto hay martillazos y paletadas que apaga el eco de la tumba. De tal modo concluyen tus inquietudes. Pero después, en la orfandad del silencio resuenan aun en tu oído el taladrante estertor y los sollozos vagos, y en tus tinieblas miras caras que se demacran en medio de un olor á cadaverina, á guirnaldas de hojas y rosas mustias, mientras que aun miras el parpadeo de los cirios que aun se consumen á grandes llamaradas. Entretanto tu cerebro zumba. Luego todo se aleja y sólo oyes en tu desolación el ronco doblar de las campanas, lenta, siniestra, sordamente y el estremecedor aullido del perro fiel que acurrucado en algún rincón mira espantado acaso que una sombra recorre la desierta morada.

— Silencio, Loco!

— ¡Oh, padres, yertas sombras apenas ya, nombres y no más en lo incierto del recuerdo y la duda!

— ¡Silencio, por Dios, bárbaro!

— Nunca más, ¡oh padres... Muerto yo ya no seréis ni hombres en el recuerdo: huesos anónimos en la huesa común. Nada en la nada. **Y todo vanidad de vanidades** y aflixión de espíritu.

— Calla tu boca, Loco maldito.

— **Aun lo que no tenga dónde caer, caerá.**

— Silencio, lenguaraz.

— ¡Já, já, já! Amas á tus padres y sin embargo, acaso esperando la herencia, más de una vez los odiaste en el silencio de tu alma. El mismo horror que sentiste entonces, queriendo acallar la delación de tus siniestros designios, sentirás de hoy más, cuando veas á tus padres;

**ARTURO BORDA**

pero por esta reacción, saturado ya de infinito amor, ansiarás para ellos la inmortalidad divina, en tanto que bailando diré: —¡Olé! Y á la jota jota aragonesa.

Pero, perdona: desvarío. Perdón. En satisfacción he de leer esta fantasía inspirada en las madres, a la lectura del Segundo Fausto de Goethe.

Yo soñaba y dije:

Hórrido silencio,  
sombras ponderosas,  
densa niebla  
y calma grave,  
todo, todo:  
vórtices de inquietud, pena y duelo,  
os clamo desde el hondo hastío de mi alma.

Oye pía,  
¡oh! conflagración de los dolores todos,  
y ven solícita,  
que ya puedo limpio  
ascender en las prístinas regiones;  
y así, refundido y sin mácula,  
envuelto en el manto estelar,  
puedo atravesar el misterio  
y ver á las madres.

Por saber de aquel gestatorio origen  
deseo purificarme aun,  
muriendo en todas las muertes,  
en el restregamiento más inaudito  
de mi espíritu:  
quiero sentir la incomparable sonrisa  
con que adivinan el éxito del vástago  
y la angustia imposible  
con que presienten su aciago.

Y al instante siento que en algo como en la estrangulación del infinito el Eterno sopla á través de mi alma a bocanadas de tinieblas en calma; y allá, en lo ignoto el Hijo del Hombre, aureolado de luz gnóstica, viene serenando el tumulto de todas las inquietudes. Me toma de la mano euando se hace una absoluta y súbita oscuridad. En las inmensidades hay suspiros, sombras que parecen luces en



## EL LOCO

movimiento, como escrutando el rumbo de las vidas en las lejanías, y una voz que va temblando en los éteres dice:

¡Hosannai ¡Hosanna por siempre  
al santo enigma del Origen!

— La verdad es que no te entiendo.

— No obstante sientes que palpita algo indefinible y grande.

— Así es. No comprendo y sin embargo me interesa, porque parece que es la gestación de una inmensa nebulosa en las sombras.

— Te creería sin o supiese que te burlas en los repliegues de tu secreto.

— ¡Bah! Toma. Has componer esta receta. Deberás tomar... Son obleas. Toma una día por medio, al acostarte ó al levantarte; es decir, por la noche ó por la mañana; como quieras. Y por lo que hace al arte en general, al olvido. Tales tonterías aunque provengan de Séneca, Marco Aurelio, Anacreonte, Ovidio y Voltaire ó Quevedo, son cosas enfermas y que no sirven nada más que para embrollar la vida que en sí es más simple de lo que se le supone. Tasa tu trabajo y consigue dinero por cualquier medio. La existencia humana civilizada se reduce á la influencia del oro, con él el más idiota puede ser un Marco Aurelio, descansando tranquilamente sobre la solidez de su fortuna. En cambio' sin el oro ya puedes ser todo lo santo ó sabio que quieras, pero sin oro ni vales nada y tus opiniones no pesan nada en las decisiones de los problemas sociales ó políticos, etc., siendo que si alguno te las roba, las mismas ideas en labios de los potentados significarán grandes concepciones. Ya sabes, por experiencia, que jamás podrás pasar, del vestíbulo, con esa ropa, en ninguna casa decente. Y no olvides aquello de que como te veo te trato y cuánto tienes tanto vales, porque la ropa hace al monje, de lo cual, además, tienes suficiente experiencia. Has dinero y luego riéte de todos, de todo y de tí mismo. Todos los absurdos á que te hallas entregado te hacen perder miserablemente

## ARTURO BORDA

el tiempo que no ha de volver. ¿Qué ganas garabateando tantas cuartillas si no sacas de ellas ninguna utilidad? ¿Por qué siquiera á ese título no consigues una colocación como harén sin excepción todos los literatos? Para vivir bien el propio trabajo hay que explotarlo hasta lo imposible. Mas, escribes en una semiprosas cacofónica y llena de ripios buena para entusiasmar senegaleses. Además, en todo campea una asombrosa ausencia de serenidad y sinceridad, y de método. Pero se explica: tu desequilibrio está arrastrado por el desborde revolucionario y anárquico de los ilogismos en que el siglo precipita á la humanidad. ¿Acaso sientes las corrientes misteriosas de la vida? No sé. Quizá las teorías del desdoblamiento y las intuiciones puedan dar alguna luz al respecto.

— Parece que hablaras seriamente. Pero yo sé decir que, en primer lugar, el método es la distorción de la plena sinceridad; es imposible que la idea conserve un curso rectilíneo, ni en estado de vigilia ó sueño: la idea se subdivide constantemente en conceptos afines, similares y opuestos, como el tronco de un árbol en su hojarasca, en florecencias y raíces. La idea, el sentimiento y el pensamiento, aun en las obsesiones más pertinaces, en los nirvanas mismos, se atropellan submultiplicándose inimaginablemente. Y todo lo que existe de bello en el arte es justamente ese chispazo instantáneo, aquello que las limaduras no hacen otra cosa que empeorarlo. He observado miles de veces, en mí y en centenares de personas, que á fuerza de corregir la inspiración, el brote neto, llegan a la forma primitiva, después de haber perdido mucho tiempo. Me parece que esto debe probarnos algo concluyente. Por lo demás sé que el método es algo admirable para los filatelistas y otros oficios de esa índole; pero resulta superfluo para quien haya comprendido el sentido de la existencia y su propia naturaleza. Cada constitución requiere un método único. Lo que es en cuanto á que yo sujete mi independencia, tan absoluta como puedo mantenerla, á la estupidez de ninguna regla, dogma ó pragmática, eso no para mí; pero si las acepto será porque así me satisface, porque con esa aceptación cumplo con mi destino, gozosamente, sin esfuerzo y con facilidad. Pues he observado que el chimpancé, el orangután, los simios en general, á excep-

ción de las necesidades corporales no hacen nada si no les precede el ejemplo. Entiendo que para seguir esta norma bestial sobra radicalmente nuestra razón, nuestra inteligencia, y, en resumen, nuestro albedrío, que dices.

— Pero supones que la opinión pública...

— No quiero decir nada al respecto, porque apenas si es un miserable eco del vozarrón del cabecilla de cuadrilla, por inepto que él sea. Eso todo el mundo ve diariamente. Mas, eso sí, y tienes razón en ello, es tan sencillo y, sobre todo, comodísima, el andar la vieja senda... Pero Colón, por ejemplo, siguiendo las derrotas náuticas conocidas y puesta su mira en antigua atalaya, hubiera perdido un mundo y, ¡claro!, hubiera muerto en la opulencia, anonadando su nombre para siempre. ¡Já, já, já!  
Esta es, doctor, una lección que no hay que olvidarla.

— ¡Oh...

— Nada de escandalizarse. No te estremezcas; no estás solo: millares hay como tú, que con su gritería pueden atronar el aire, pasando satisfechos por la carretera que.

— Esos nervios. No hay más que tomar bromuro á pasto.

— Y tú toma pasto á pasto.

— ¿Cómo es eso? Pues mira que me intereso por tí.

— ¿Por mí?... Ahora sí que estoy admirado: ¿cómo es posible un médico se interese por un miserable?

— Qué barbaridad, Loco. Cómo pasa el tiempo: las seis y media... Mira qué bonito crepúsculo.

— Ya lo vi. ¿Sabes lo que es el crepúsculo?

— El principio y el fin del día. Y son dos.

— Defines como médico. Tú, doctor, que ves morir á cada paso, seguramente que separando con el índice y el pulgar los párpados del cadáver no has sentido el horror de los ojos grandes, de pupilas dilatadas, estáticos y velados en las últimas lágrimas de la esperanza congelada: ojos limpios y absortos en el supremo deseo ó ansiedad del moribundo: ojos terríficos, cristalinos, enormes y divinos en la fe postrimera en que cuaja la eternidad: ojos claros, sin luz ni vida: la mirada opaca. Así el crepúsculo de la tarde, es la muerte del sol, ufanía de medía luz y preludio de la funérea noche; languidez y melancolía con que la luz y la sombra se contactan en las penumbras, espectrando el paisaje en la inquietud de la hora; lejano y vago temblor de los horizontes; venticillo de anochecer; ansias, frios y arreboles... Los crepúsculos, doctor, son las horas santas del paisaje: el recogimiento místico del cielo, del mar y de la tierra: idealización de la materia bruta en el éxtasis. En cambio la aurora entinta de carne etérea el oriente, licuando aromas en el diamantino rocío, cual se sonrosa y desmaya la virgen niña en la eflorescencia de la pubertad.

—Toma bromuro y las obleas; y déjate de tonterías. Y antes de irme quiero oír cómo fue por fin aquel sueño.

—Ya dije que no fue sueño. Oí dar en La Paz la hora de queda.

Pero un momento (**Encendiendo la bujía**). Aquí ya no hay luz. Esta de la vela de sebo es muy suave y no hace daño a la vista. Por la luz eléctrica se ve tantos ojos cansados. Listo.

Pues oí dar la hora de queda. La noche estaba obscura y soplabá un viento recio que hacía balancear los árboles cual si fuesen espectros de tinieblas que se hiciesen venias en una danza macabra, cuando en eso pasó flotando levemente una sombra sin forma, y una voz, como si sonara en mi alma, gritó: —¡El Origen! ¡El Origen!—. Después...

## EL LOCO

—Tengo miedo, porque recuerdo que se alzaba...  
Pero quieto, doctor. ¡Chito! No te muevas: es la visitación.

—¡La visitación!, ¿dices?

—Sí. ¿No sientes algo así como si te rizasen los nervios?

—¡Hum!...

—El silencio cruje. ¿Oíste?

—Nada.

—¿No oyes?

—Debe ser algún moscardón.

—¡Quieto! ¡Silencio! ¿No sientes?

—Absolutamente nada. Pero ¿qué tienes?

—Ya llega.

—Ponte en calma. Esos nervios, Loco...

—Son sus pasos. El es.

—¿Quién?

—Espera. No te muevas, por favor. Es el espíritu  
de . . . ¿No sientes cómo sopla el frío de la noche? ¡Oh, cómo  
se agita mi corazón.

—Mira, Loco, que se apaga la vela. El pabito  
chisporrotea.

—Aquí está. Cállate y no te muevas, doctor.

—¡Oh, Helionoto. Sí. Gracias. Por acá.

—Cuánto tiempo. Por fin.

-¿Sí? Y...

—.....

—Pero ¿es verdad? ¿Sin remedio...?

—.....

—¡Dios mío! ¿Por toda la eternidad?

—.....

—¡Oh, Señor... Mas, alguna vez...

—.....

—¡Ah...! ¿Y se le reconocerá?

—.....

—¿La locura? ¿Cuándo?

—.....

—;Hasta cuándo?

—.....

—¡Hasta la consumación de los siglos!

—.....

—¿Y será visible?

—.....

—¡Ah!...

—.....

—Bueno. Adiós.

Ahora siento, doctor, como si un dedo helado me  
apretase el corazón.

—¿Quién era?

—El espíritu de Helionoto.

—¿Qué dijo?

—¿No oíste?

—Hablaba tan callado... ¿Qué dijo?

—Entonces será mejor que no sepas.

—Perfectamente. Pero quieres decirme respecto a tu sueño ¿cómo fue cuando pasó aquella sombra, diciendo:

—¡El Origen! ¡El Origen!—? Y ¿dónde estabas?

—Detrás del camposanto. Me recogía de un paseo que hice a la cordillera.

—Continúa.

—¿Para qué si no crees? Sólo te diré que desde entonces presencio todas las noches algo horroroso. Después parece que el Olimpo descendiera a mi alma en medio de una revolución cósmica, en la que borbotan sin tregua las luces y las sombras; y al punto siento que vagan en mi alma los dioses al igual que pululan millares de a ^ a s parias; veo procesos íntegros de vidas múltiples; oigo clamores y bisbeos, llanto de párvulos y sollozos de senectudes, luego las risas argentinas de hembras diabólicas y pletóricas, en seguida cantos gregorianos y marsellesas. Y así Mas sería inútil seguir hablando, porque jamás me comprenderías, ya que tu ciencia no pasa de los tuétanos.

—Contrariamente verás que oigo con atención.

—Veo en mi alma el misterio del engendro, la floración del ser y la multiplicación de la vida: amores inocentes a pleno sol; venganzas urdidas en bautizos y jolgorios; duelos misérrimos y burócratas; silencios de la soledad y rechiflas de las turbamultas. Todo, absolutamente todo, se anida en mi alma: mi alma crece, se multiplica y dilata

en la extensión sin fin; dispongo de fuerzas ocultas: toda la energética yace a mi albedrío.

—Es sencillamente admirable tu fe emanente del ensueño aun en estado de vigilia, tanto que me siento arrastrado a darte crédito o, por lo menos, lamento no sea verdad tanta maravilla.

—Mi alma se agranda y puebla infinitamente, como la tempestad, con fuerzas sin freno: sufro de cruentas agonías, de mil muertes y resurrecciones.

—Si lo que hablas, Loco, oyese a otro, estoy seguro de que enmudecerías para siempre, porque experimentarías toda la gravedad del ridículo.

—Y si tú fueses sincero, menos médico acaudalado, dirías que me crees muy de veras. Increíble, ya verás cómo la pagas. ¿Por qué palideces? ¿Qué sientes?

—Nada.

—Entonces ¿por qué tiembles?

—¡Ah!... Es verdad...

—Bueno. Basta. Ahora vete al diablo, tú que me llamas loco, porque vivo la vida plena, la ilógica según tú. Soy neurótico y loco, porque digo la verdad, porque digo y hago aparentes incongruencias. Incongruencias son para los que como tú no salen del molde atávico y, por ende, jamás sintieron ni vieron la naturaleza de las cosas. Pero ahora me toca el turno. Atiende o, si quieres, escucha. A pesar de tu independencia pecuniaria y de tu irrazonada indiferencia, eres tan esclavo como el que más. Sabe que sólo se es libre cuando la conciencia es libre y no se arredra vivir de cara al cielo.

—Perfectamente. Pero no te enojés. Comprende que es menester ser más tolerante.

Esa tu sonrisa sardónica con vislumbre misericordiosa del sabelotodo ni siquiera tiene el gesto del simio.



¿Es que te burlas y tienes compasión de mí, porque todo en la vida me es pasión?

—Guarda tu lengua, hombre. Lo que tienes en tu cerebro es una pocilga en fermento y en medio una bestia salvaje que se desboca y retoza.

—¡Já, já, já! Lo que tengo aquí es la alquimia de Dios, Dios mismo. En cuanto a la bestia, no es una; son cinco: el Pegaso y la cuadriga de Apolo. ¿Sabes ya?

—Sublime vituperio.

—Eres un ignorante. Cuando el vituperio eleva el espíritu a regiones inaccesibles a la materia bruta, como tú bien sabes, entonces el vituperio se llama escala de Jacob, vía crucis o tormento de Prometeo.

—Puede ser. Y que cada cual viva como quiera.

—No obstante te aconsejaría te dediques a algo útil. Esta tu ociosidad es un crimen contra tí, contra la sociedad y contra la nación, a quien puedes ser muy útil. Huye de la soledad, escondrijo de los consejos más inicuos.

—¡No... me... da., la., gana!

—Esa no es una razón.

—Contra porfías groserías.

—Insisto. Vete a casa y tendrás sirvientes. De tarde en tarde recibirás una que otra orden, no para que tú ejes^ cutes, sino que los subalternos. Eso sí, si alguna vez te buscasen las autoridades, por cualesquiera sospechas, tú que sabes como nadie guardar el secreto, les pasas la mano y haces pues uso de tu excelente facultad: los enloqueces.

—Si no sé cómo no te pego un bofetón, pedazo de ganapán. Cuidado: siento se va sublevando mi naturaleza. Te equivocaste: lo único que no he aprendido es a adular; además, no sé mandar ni quiero aprender a obedecer.

Estoy muy bien tal como soy, solo, libre en medio de mi silencio. ¿Y esto es un crimen para tí? Sabe que nada hay tan difícil como permanecer honrado en la miseria, en la soledad, en la ociosidad, salvo que se tenga que exprimir del nirvana la más dulce y densa miel de la vida. Tú en mi lugar hace mucho hubieras pagado tu tributo en el patíbulo.

—Así es; pero no negarás que tu virtud es la causa de tus inquietudes y dolores físicos y morales y sobre todo intelectuales. Vete a casa.

—Me cuesta trabajo alejarme de mis dolores aunque sepa que son inútiles.

—Apropósito. El otro día oí decir de tí que eras...

—No quiero saber nada de lo que se opina de mí. Los proverbios de Salomón dicen: —El que alaba a su amigo en alta voz, al madrugar le contarán que fue maldición—. Que los necesitados de un renombre cualquiera vayan recogiendo, a modo de colilleros, las opiniones que los demás vierten acerca de ellos ¿qué me importa? Yo no.

—Pero ¿por qué?

—Porque eso está muy bien para las damiselas, y de ello mi alma está harta de por sí.

—Qué loco eres.

—¿Loco...? He aquí una imagen cuyo sentido en la mente humana acabo de entenderla. El Loco...! Todo es verlo o simplemente oírlo nombrar para que súbita e inconscientemente incite el temor y la curiosidad, y surja **El Loco** en la imaginación de los nombres, cual si fuese la suma de las fuerzas cósmicas luchando sin freno e impeliendo sin rumbo su propio cuerpo anestésico, cuya alma vaga incierta en los lejanos mundos de una tormentosa pesadilla. Pero vete. Todo el odio de mis miserias sublevadas te detesta.

Mas, sabe: cuando hayas llegado a tener asco de tí mismo, sinceramente, entonces principiarás a iniciarte en la vida, en plena posesión de tí, a la inversa de la necesidad facultativa: aprender a perder el asco.

—¿A qué viene todo este fárrago de cosas?

—¡Vete! ¡Vete! ¿No sabes que cuando la tristeza es tan profunda a semejanza del tumulto de las tinieblas, no sabes que entonces hasta el silencio y la soledad nos molestan? ¿No sabes? ¡Vete!

—Aquí parece que no está demás recuerdes que Tácito dice: —Que los que menos sufren son los que más se quejan.— En seguida.

—Y a mí qué me importa Tácito ni nadie? Al que le duele le duele y nadie sufre por otros.

—Pero es ridículo.

—No seas zonzo. Cuando se ha confesado nuestras miserias es indudable que obedece a una de estas dos causas, o porque se ha perdido la vergüenza, lo que no se consigue sin haber visto que la vida ajena es- menos que la nuestra. De este modo se llama por desprecio. Y de la otra manera, porque se es llanamente un bellaco. Pero lo que hay en definitiva es que unos prefieren evacuar sus porquerías, mientras que los más se las tragan. ¿No has notado que cuando las conciencias de los cristianos se hallan cargadas huyen del confesonario? El que nada tiene nada teme ni debe.

—Pero yo . . .

—¿Yo? ¿Qué es eso de yo? ¿Sabes lo que significa yo?

—No, debo decirte para que no me insultes.

—Bueno; entonces te explicaré.

Para darte cuenta, previamente te haces este sencillo razonamiento. Estoy aquí, tengo conciencia de que res-

piro y palpito: existo. Tal mi conciencia desde que experimento goces y dolores; es decir, que por ello sé del mundo y de la humanidad en globo. Los seres como individuos carecen de importancia para mi satisfacción o mi simple curiosidad. Por ejemplo ¿qué nos importa particularmente ningún individuo de nuestros antípodas de quienes ni sospechamos su existencia, siempre como individuo? Por lo demás, y por lo mismo, yo para cada miembro componente de la humanidad estoy en la misma condición que ellos para mí: no nos comprendemos, no nos amamos ni odiamos, ni siquiera nos somos indiferentes, y, lo que es más, nos ignoramos absolutamente entre sujeto y sujeto, y todavía sin necesidad de recurrir para ello a nuestros antípodas, sino que en esta misma casa no sabemos quiénes viven, quiénes son y ni nada. De la comprensión consciente o inconsciente de ello es que nace la conciencia del yo. Entonces de un modo incontenible y formidable grita nuestro derecho más amplio y libre a la existencia, y dice: —Fuera de mí aun los míos más inmediatos carecen del interés de mi amor.

Quiero explicarme.

Al decir mi amor —hablo por todos' del supremo egoísmo, el cual en el presente caso se concreta a que al amar seres y cosas, tiempos y fuerzas— no hago ni busco nada más que darme una satisfacción muy mía. Y he aquí que tal egoísmo atribuido exclusivamente a la mujer es común a todos los seres. Esta es la ley: —Se ama y goza con el odio, el amor o la caridad, únicamente por el deliquio de hacer sentir a otra persona la potencia de nuestro propio placer—. Esta ley para la humanidad civilizada, en cuanto al resto ésta es: —Se ama sólo por sentir el propio placer, en un absoluto olvido del interés ajeno. El amor, el arte, la poesía y la caridad, etc., tienen el mismo origen: el sentimiento de exaltarse ante sí en los demás, no más que por satisfacernos, pero haciéndolo generalmente en plena inconsciencia, del modo más hipócrita posible. Aquí se paralelan Nerón y Cristo: todos los criminales y todos los redentores.

## EL LOCO

El conocimiento de ello pertenece a los abismos más secretos de la conciencia: a los estercoleros del miedo y de la hipocresía, a la vergüenza más oculta. De tan íntimo conocimiento nace el desprecio a los demás y la consagración del YO. Es en este punto, que del valor de mirar la letrina humana y de la audacia de gritarse a sí mismo la verdad, nace la suprema liberación del hombre. Conseguido tal estado los horizontes se despejan como por magia, la tierra se allana y el YO se sabe ligero, fuerte y libre, avanzando a pulmón lleno, en plena posesión de sí: se va cual si se pisasen abismos y cumbres nivelados, sepultando con nuestros tacones tiaras y cetros en tierras de mendicidad. Se está en posesión de la única sabiduría práctica: — saber vivir únicamente para sí, utilizando del resto de seres y cosas no importa a qué precio.

—Se ve que cuando quieres ser razonable, no te cuesta nada.

Ahora me voy y tú te vas a casa cuando quieras. Y verás cómo sin esfuerzo y por añadidura se te viene el triunfo. ¿No me ves? Pues te vienes conmigo y revolvemos el mundo: nos hace falta a mí tu ayuda y a tí mi oro.

—Plegarse de grado o por la fuerza a los éxitos de un déspota es soportar la esclavitud concatenada con mil complicidades.

—No soy déspota ni mucho menos.

—Que no eres... Echa de ver que en todo acaudalado, y más si es avaro, el simple hecho de poseer su fortuna, habida por medios lícitos o ilícitos, le da a su voz, como a tí, y a su pesar, si quieres, pero le da ese acento autoritario que me provoca náuseas y que ningún hombre que se precie de libre soporta pacientemente. Si eso no has notado hasta hoy es por el uso y abuso de tus regalías. Con todo me parece que ello es en los hombres hasta cierto punto disimulable, en quien sí hallo intolerable es en la mujer, por bella y buena que sea ¿cuánto más no lo será si es necia y fea?

—Bueno. Y doblemos la plana. Y si sales te invito a oír la conferencia que se da esta noche en el Círculo Universal.

—Gracias. No salgo. Además leer, sí, puedo; pero oír... jamás. Pues cuando leo el orador se detiene allá donde estimo más conveniente y por todo el tiempo que me parece necesario, sin que él ni yo ni el público nos molestemos; y así puedo pensar, comprender y evaluar. ¿Y quiénes van a ese centro? ¿Cuál es su ideal? Deben tener algún ideal, y deben tenerlo público y concreto, como que son cuerpo colegiado.

—Ya lo creo que sí. ¿Vamos? Así entras en la sociedad. Te abres paso insensiblemente.

—¿A la sociedad, dices?

—Sí, a la aristocracia, a la banca, a la política, en fin...

—No seas lelo. ¿Es que no has sentido nunca la condición tan desairada de quien tal hace? Ser aceptado en la sociedad, en la política o en la banca, en un medio extraño a nuestra condición, para ser discretamente rehuidos, cuando no de un modo hostil... ¡No, mil veces no! No, doctor; eso no, de ninguna manera. Si piensas bien en lo miserable de tales situaciones y no quieres que despechado, como muchos que conocemos, me ponga a ultrajar de frente a esa tu sociedad, en son de venganza, no me invites a tal desatino que no lo haré, porque puedo ser todo lo bruto que quieras, pero no tanto. No quiero descender de pobre libre en la miseria a la esclavitud de pordiosero en estrado palatino. Al saber y el amor sin atavíos hasta los jumentos enjalmados le dan de coces, i

—Tú ves todo de un modo muy raro, lo cual ciertamente que te hace daño efectivo. Prueba de ello que hasta ahora no eres nada en nada, pudiendo ser lo que quieras donde quieras y como quieras.

—No, señor **don doctor**; lo que hago es decir todo aquello que el resto de la humanidad traga mal de su agra-

## EL LOCO

do en silencio y por miedo. Además, el que hasta hoy yo no sea nada en nada te probará que yo no busco nada de los demás, menos una relación de contacto puramente físico en el que un lujo inútil de avalorios pulveriza los ideales. ¿Ves ese océano de ideas? Pues ahí estoy en contacto con el mundo. Mira cómo mi espíritu se echa a nado en ese océano sin fondo. Qué libertad y gracia con que nada. Es mi elemento eso que te parece mi soledad. En cambio, de ahí es incuestionable para mí, que dejaré algo útil para esa tu sociedad hacia a la que quieres arrastrarme.

—Sin embargo, ve al Círculo, que algo aprovecharás; pues es centro de altos estudios intensivos.

—Eso es muy laudable. Pero temo mucho que el objeto principal sea, como siempre, explotar la necesidad de los hombres para encumbrar en la política militante a cualquiera de ellos. Que la necia plebe intelectual, moral o social, sirva de escalón a quien luego le habrá de zarandear de lo lindo, sea y en buena hora: para ellos es el mal, si comprenden; que por lo que hace a mí, ni me va ni me viene, o a lo más festejaré en mi retiro la desesperación de sus arrepentimientos tardíos.

Sí. Si me fuese dado hablar a esa tu juventud, diría: ¡Fuera de aquí! El redil sólo sirve para plasmar carne de servidumbre.

No os engañéis: si algo hicieron las multitudes es para quedar anónimas ante el imperio de quien se hizo fuerte en la soledad, en la meditación del estudio silencioso, ante quien concibe en las sombras.

El resultado tipo del grupo es la discordia, la lucha, la masacre. Si creéis que la Marsellesa es el resultado de las turbas y del estruendo, estáis equívocos de pelo a pelo; porque esa marcha triunfal es el fermento de los largos insomnios de un solo cerebro, de un solo corazón que oyó el borbollar de su sangre como rugido de mar en tormenta:

cada latido tenía acaso en el silencio de las noches el valor de un cataclismo. La Marsellesa estaba hecha y el desborde pasional del pueblo francés sólo ha servido para consagrar la majestad creadora del silencio de un exilado en sí mismo.

Eso diría yo a tu juventud, siempre, se entiende, que yo tuviese esperanzas en ella.

—Déjate de absurdos; lo que se necesita son hechos: manos a la obra, como se dice vulgarmente; que hablar mucho no es nada más que pasarse haciendo simple ruido. Y en tu caso peor todavía: bisbeos en el silencio. Si se busca el pensamiento es por su utilidad.

—Bien dicho. Pero yo hablo conmigo y tú oyes porque estás aquí, porque... viniste. Fuera de eso, apresurarse en dar nuestros pensamientos cuando sólo son ideas es de ignorantes en la eficacia de la idea y de la acción. Ahora vete.

—Corriente; pero contigo: vamos al Centro Universal y te convencerás de lo que te digo.

—¿Quiénes van?

—Sólo la juventud intelectual, la que buscas.

—¡Hola...! Conque ¿hay una juventud intelectual eh?, ¿y otra que no lo es? Bestia de mí: y yo que creía que solamente los cretinos, y eso..., no eran intelectivos. ¿O quisiste decir otra cosa? Advierte que entre vosotros, cuando a un reducido número de muchachos se llama intelectuales, quieren decir, y de modo muy depresivo, que el resto de la juventud es la juventud bestial, imbécil e idiota. Y larga ahí todos los epítetos de esa ralea. Y luego hay que oírles decir, muy hinchados: —Nosotros, los intelectuales—. Desgraciados... Pero dime, ¿probablemente esa juventud que asiste allí no será la de los prostíbulos ni menos será, por oposición, la que sólo confía en sí, aquella de los satánicos, de los revolucionarios, de los que preparan en el silencio el advenimiento de mejores días: de los que saben su fuerza y no admiten mentores a porrillo.



—De todo hay en la viña del Señor. Además, los profesores son de lo mejor.

—Cuánto me alegro. ¿Y enseñan a pensar, a concebir, a obrar por sí y ante sí, a liberarse de las telarañas religiosas, sin excepción, de las políticas sociales, y de la esclavitud económica?

—Ya lo creo.

—Entonces me alegro mucho más todavía. No obstante es una lástima que lo que Natura no da Salamanca no preste.

—Pero la ilustración suple a la inteligencia. La memoria ...

—Ante los necios, cuyo número, según la Biblia, es infinito. La memoria para el ser es el recuerdo oportuno. Con sólo ello el hombre sería un simple eco. La memoria está subordinada a la inteligencia que es la originalidad: la imaginación.

—Entendido. Y ahora como no vienes conmigo, quédate. Que cada cual haga lo que le viene en gana.

—Pues, hijo, si así fuera ya nada habrá que hacer. Felices aquellos a quienes su destino permite muchas cosas que...

—Siempre has de molestar con tu maldita intención.

—Si no digo nada malo; pero si te crees aludido...

—Eres un jumento, Loco.

—Tarde descubres, hermano: hace marras que yo lo hice; y en eso estriba mi fuerza. Ahora merece decirte que cuando tengas conciencia cierta de tu sabiduría, desaparecerá como por encanto tu petulancia dogmática y aquella facilidad inmediata de promesas. El instante que

descubras que tu saber, perorado en cenáculos y otras partes, es mera bufonada para los que te comprenden y es ultrasabiduría para los ignorantes, entonces sentirás el tedio de tu superficialidad sonora, porque ella de nada sirve: para tí, porque te prueba en el hecho de tu impotencia para lograr lo único que con ello deberías esperar, es decir, la felicidad... ¡Já, já, já! Y es inútil para los demás, porque nadie escarmienta en cabeza ajena, ya que todos llevamos latente e inconscientemente el instinto experimental. Así que recuerda al Buen Jesús cuando dice: —Si eres sabio lo serás para tí—, lo que, aparte, quiere decir... que medites en ello. ¡Aja, já, já!

—Un millón de gracias. Ahora me voy, porque así me aconseja mi sabiduría...

—No siempre se da en el clavo. Pero espera un momento.

—¡Oh!, hijo, es una barbaridad tu conversación: fatiga, muele y, después de todo, jamás se puede calcular a dónde vas a parar: pareces un polemista de fuste; pura desperdigación. Me voy. Estoy atolondrado y yo mismo ya no sé lo que hablo: tu maldito verbigerar.

—¡Aja, já, já! ¡Delicioso! ¡Encantador! Estás como el negro en el sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

—Pero, por favor, no me insultes. Qué gusto de herir por nada. Dij érase que tienes algún resentimiento conmigo y que quieres vengarte, fuera de . . .

—No, hermano. No, no... Mi resentimiento no es contra tí, es contra la vida, por la que mis deseos minuto a minuto, uno a uno he ido sepultándolos en el silencio de mi alma. Si tú supieras comprender esta amargura y resentimiento contra la existencia que con nada, con las horas, con los minutos, con los segundos y aun menos, va aniquilando mi rebeldía: se la va tragando. Y yo que había soñado tanto, tanto... Mas, tú sabes: soy expósito estigmatizado con el abortivo: en su propio seno mi madre... Tal vez si tú mismo...

## EL LOCO

—Pero tú tienes la culpa.

—Esas son las apariencias.

—Ahora mismo te ofrezco los medios.

—¿Los medios? ¿De qué me sirven ya? Vienen únicamente como un sarcasmo a amargar mi derrota. ¿Crees que con esta tristeza se puede hacer nada... Y los años...

—No seas testarudo.

—Ya es tarde; quizá hubiera sido posible ayer...

Pero esta mañana que vi pasar una chiquilla de unos diez a doce años, me detuve a contemplar su peregrina belleza, y ella, herida por mi atenta contemplación, frunció lindamente el entrecejo, hizo un mohín, guiñó los ojos y dijo:

—¡Viejo chinchoso— En seguida a modo de paloma erguida, de pecho abultado, pasó de largo, ufana, arrullada por un coro de risas argentinas, inefables e infantiles. Quedé clavado y frío, porque instantáneamente me supe viejo. En eso recorrí con miedo mi pasado: no hallé huella alguna de mis días. Y me interrogué: —¿Igual vacío me depara el porvenir? ¿Qué devolveré a la vida? ¿No más que mis huesos? En eso, en medio de un vocerío lejano y confuso de mi alma oí secretar en mi cráneo la grande voz del Rey Salmista: —Mis días pasaron como sombra.— Ahora con ese recuerdo te miro, doctor, y comprendo por acto reflejo cómo la vida nos estraga. Jamás como ahora sentí la amargura de haber vivido. Pero ¿he vivido? No sé cómo •dar una forma de expresión posible a esto que siento. ¿Diré que es un enorme desgano de la postrera desilusión o que es la fatiga en la brega inútil: el tedio? No, no es *eso*: es que siento a mi pesar un desesperado deseo de callar la forma para decir estos misterios de imprecisos anhelos del alma, del alma aun más imprecisa que sus ocultos movimientos. ¿Diré que este vano porfiar contra lo que quizá no existe... ¡Oh, no quiera la Providencia arrastrarte jamás a los lindes de esta agonía sin fin, agonía en la cual parece que se restregan la fe, el amor y la esperanza, filtrándose al través de mis días. Ahora me zumba el oído y noto que en una especie de inmensa catedral vacía salmo»

dian no sé qué desgarramientos de música **extraña**, **cual** si fuese...

—Ya estás disparatando. Apéate, **che**, de tu Pegaso. He ahí a dónde te ha conducido ese terrible atiborramiento de ideas generales. Estás en una desorientación inconcebible.

—Es verdad. Pero las ideas generales son las síntesis de las teorías, y pretender profundizar las leyes ya es perfectamente absurdo. A nadie, por torpe que sea, se le ocurrirá volver a comprobar la utilidad del telégrafo, el vapor, etc. Considero y utilizo las ideas generales de igual modo que un labrador la tierra y que tú tu manual de recetarios, y ya estás en el mismo atolladero, con desventaja acerca de mí, porque siendo la medicina una ciencia tan amplia como es, para cuyo conocimiento se requiere diez veces más de tiempo de estudio del que tienen actualmente, vuestro saber es meramente ilustrativo en sus múltiples especialidades; de donde resulta que tu empirismo **de facto** va en perjuicio de tus clientes, puesto que tus conocimientos aplicas sin el beneficio de la experiencia, por lo que seguramente supones que yo también vivo de acuerdo a los dictados de algunas teorías. Si así, sufres un fiasco, muy especialmente en este orden. No sé que ninguna teoría sirva de nada a nadie; todos en medio de un atolondramiento y olvido enorme, lo único que hacen es prenderse a las circunstancias, desesperadamente siempre. Siempre. Observa en tí y verás cómo tus prosperidades y tus reveses debes exclusivamente al empuje del acaso, unas veces trágico y otras ridículo. ¿Cómo obraste entonces? Con el ansia de un ahogado. ¿En tales momentos qué fue de tus teorías ni para qué te hubieran servido? ¿No es una apuesta y en una bacanal la que te decidió por la profesión que tienes, siendo que nada aborrecías más que la medicina? ¿Y qué es lo que hiciste? Pues cuando la cosa ya no tenía remedio te diste parabienes, ya que necesitabas remediar tus incurables dolencias sin recurrir a tus colegas, de quienes desconfías hoy mismo más que de la medicina misma a la que la motejas de la ciencia más incierta. Esto por una parte, que después, cuando se te despertó la lujuria, comprendiste que para ello no había me-

dio más justo que tu profesión; y diste rienda suelta a tu organismo. Pero esto no es lo peor, sino que si se hiciese la estadística del número de párvulos que despachaste, sin contar los abortos, yo no sé qué dijera tu conciencia, si la tienes. Mas, feliz tú a quien las leyes y la sociedad te amparan, resguardando ignorantemente tu impunidad encubierta con la glisina de una alta misión. ¿No te dice nada el recuerdo de tanto hogar mancillado en madres e hijas? Luego en cuanto a sacar dinero a tus clientes, sabemos muy bien que no te detienes ante ninguna clase de escrúpulos: pues que si se muere el enfermo al punto la cuenta doble, haciendo circular la especie de tus grandes esfuerzos. Claro: tu teoría: nadie trabaja gratis. ¿Que el enfermo sólo tiene aprensiones? Provocar inmediatamente una dolencia, prolongándola indefinidamente y . . . la renta asegurada. Esto se sobreentiende, si es potentado, porque si es un proletario, a liquidar su existencia, ensayando una operación cualquiera, cuando sólo necesitaba de sudorífico y purgante.

—¡Canalla! ¡Me infamas!

—Cuidado; que no tolero balandronadas. Advierte que no tengo nada que perder. Guarda tu lengua, ya que nos conocemos y me necesitas.

—Te disculpo en mérito a tu cursilería.

—Haces bien; porque de lo contrario sería peor para tí. En resumen, ni a tí ni a mí ni a nadie nos preocupan estas simplezas, porque son comunes al género humano que cojea del mismo pie y al mismo andar.

—Lo que implica un obrar razonable, porque entre lobos, lobo hay que ser, ya que los únicos placeres efectivos son el amor, el vino y la mesa. Por eso Sardanápalo hizo poner en el pórtico de la ciudad: —Pasajero: come, bebe y goza, que lo demás es nada—. Esto es, que la vida para nosotros tiene la ventaja de que por lo menos la conocemos, aun cuando sólo sea a flor de respiración, siendo la evidencia el diario sufrir y gozar, mientras que la muerte... ¿Quién puede asegurar nada de ella? A nadie

que merezca fe le consta que nadie haya resucitado ni que su espíritu haya vuelto del dominio de las sombras, revelándonos con ello la existencia ultra. Más aún: ya que a nadie podemos dar mayor crédito que a nuestras propias experiencias, nadie por sí mismo ha visto semejantes cosas, por mucho que se haya dedicado a ello. Y, para reforzar mi aserto, te propongo eches una ojeada retrospectiva a todos los pueblos y verás que los que siempre han marcado el avance en la humanidad son los más materialistas y que siempre su idealismo ha sido el signo de su decadencia. Todo refinamiento es signo de degeneración.

—Lo mismo que para vosotros los materialistas no merece atención es el ideal. Pero está muy bien. A su hora les romperé los tímpanos gritándoles la verdad en las orejas.

—Bueno estás para lanzar la primera piedra.

—Ya lo creo que sí. Desde luego, sabe que hay dos maneras de hacerlo: siendo toda pureza o siendo todo depravación, con la sola condición de tener el valor de hacerlo; porque de nada sirve poseer la verdad si no se tiene la hombría de proclamarla, así como de nada le serviría su agilidad y fuerza a un león cobarde. Ahora diré que si es la iniquidad quien dice la verdad, en pro o en contra, es el signo más seguro de su redención, independientemente del beneficio que reporta. Por los siglos de siglos sea loada la verdad, venga de donde viniere y como fuere. Y ya está fatigado mi corazón. Y mi pensamiento gira nuevamente al soplo de ideas siempre similares, como en rueda de noria.

Pero, dime todavía ¿quién no vive al rigor de un número dado de ideas? Este yace acicateado como perro por el amor carnal; aquél, por el lujo; el de allá, por la gula y los de acullá, por la belleza? ¿Quién no vive obsesionado por los impulsos de su naturaleza?

—¡Ya! Ahora lo mejor es no hablar más, porque para lo único que sirven las discusiones es para enconar los espíritus y no convencer a nadie.

—En eso también creo que andas errado. Aquello de que no se convenza a nadie en una discusión es una grandísima mentira: que algunos aparenten no convencerse, cuando se arguye con la lógica y la verdad, es otra cuestión, ya que a cada cual le duele en lo íntimo sentirse inferior, es decir, derrotado; pero rabiando y haciendo lo posible por no ceder, a solas y en silencio no hay más que concluir por aceptar la verdad, quieras que no, como ahora tú. Y eso se llama dar ajo que morder. Pero seguramente que eso está muy mal hecho, tremendamente mal hecho, toda vez que con ello se significa que se habla la verdad no porque reine sino que por imponer lo que inconscientemente suponemos nuestra voluntad.

—Eso también es cierto.

—Mas, doctor, ¿quién no tiene o lleva la razón en algo?

—No obstante tú te imaginas ser el único poseedor de la verdad; y lo que eres es, un sinvergüenza para largar todo lo que se te viene a la lengua.

—Sin el conocimiento tácito de mi ignorancia no estaría buscando constantemente la verdad y la belleza aun entre sueños, separándolas de sus opuestas.

—Esas son tus ideas; también tengo las mías.

—Lo que te hace honor en esta época en que los eruditos mismos viven del sentimiento y la cerebración ajenos, ostentando como suyos sus pillajes. Por lo demás, es tan deliciosa e inocente la creencia en la infalibilidad de nuestras opiniones, que es la causa de la burla jovial de quien o quienes aciertan a hacernos la merced de su atención.

—Lo de siempre y con todos, con la diferencia de que unos tienen la exquisita delicadeza de no traslucirse.. Ellos son los que han descubierto el arte de vivir.

—¿Arte de vivir?... Quizá tengas razón. Desde **que** se dijo arte culinaria hay derecho para decir arte carni-

cera, etc. Todo depende de que la costumbre sancione y persista hasta que la Academia de la Lengua incluya en el Diccionario. Y se acabó, pero sin que sea justo.

—La verdad es que no acierto a comprender tu interés por el arte.

—Aclararé el asunto; pero no te acalores.  
Y vamos por partes.

¿Qué significa la Venus de Milo o el grupo de Laocoonte? Seguramente no valen la millonésima parte del misterio que encierra una efímera bacteria. ¿Cómo pretender que el Ramayana, La Iliada o La Divina Comedia valgan con su tanta ciencia y arte lo que un sencillo sí de la persona amada? ¿Qué valen todas las más grandes pinturas ante un rayo de sol filtrándose en la umbría, alumbrando la arenilla del fondo de la fontana al través del cabrilleo de las brillantinas ondas? ¿Qué valen la música más excelsa de los Pal estrina y Beethoven ante el sortílego canto de los cientos? No me dirás que la Pathy o Caruso superan el canto no aprendido del ruiseñor.

He ahí pues que el mayor esfuerzo de los artistas se reduce a imitar groseramente la naturaleza, sin conseguir jamás la expresión emotiva que persiguen, ya sea moral o intelectual o sentimental que provoca la directa contemplación de la naturaleza, ante la cual —no como en el arte— ni la bestia permanece indiferente; pues se aumenta cuando la tempestad pasa conmoviendo desde cimientos la tierra sombría y siniestra, alumbrada de vez en vez por repentinos relámpagos. En el caso inverso es de ver cómo se alegran los animales cuando en la inmensidad azul brilla el sol, abrasando la tierra.

Y no quiero poner más ejemplos que tú puedes verlos.  
—Sin embargo, ustedes pretenden que no todos sienten la naturaleza; pero yo les grito desde el fondo de mi corazón: —¡Mienten!— No podremos expresar nuestro sentir, bien; mas el dolor que esa impotencia entraña es la  
— 350 —



## EL LOCO

única que se ha de considerar, porque esa impotencia de exteriorizar el sentimiento experimentado ante la naturaleza o los fenómenos intelectuales o morales es la única comunión con Dios, a quien sólo se le comprende en presencia de ella: el sumo arte.

El abecedario, la pauta, el color y el mármol apenas sirven para recordar al autor sus sensaciones. Por lo demás, es sabido que cada corazón tiene sus modalidades peculiares, de donde resulta que el poeta o el artista jamás es interpretado en su verdadero sentido, por desesperado que sea su esfuerzo para conseguir ello. Eso demuestra la ignorancia del autor acerca del corazón humano.

Y es de ver cómo persiguiendo la perfección han llegado a eso que llaman el naturalismo o algo así, lo que prueba, para mí, por lo menos, de modo concluyente, que la obra perfecta de arte es la naturaleza. Ahora bien: entiendo que para poseerla no se requiere libros, pinturas y músicas y esculturas. Cada cual oye con su oído y ve con sus ojos, y siente con sus nervios o corazón, como mejor puedas entender. En resumen, nada más miserablemente ridículo que el esperar que otro nos lo sienta, oiga, mire o piense. En este orden de cosas el arte resulta un insulto al corazón y al cerebro humanos. Y ello se intensifica en aquellas personas que pretenden ser cultísimas, inteligentes y sensitivas y que aparentan no recibir influencia de nadie, siendo que como los malhechores están a caza de todo lo que puedan usurpar a Dios mismo. Yo conozco muchos.

—¡Bravo! Tienes razón. ¡Qué diablos!...

—Qué raro: yo esperaba que me pegues.

—No. El naturalismo de la hora presente entiendo que es lo más ridículo, porque si lo que existe tenemos a la mano, entiendo que el objeto del arte es representar lo que no existe: crear.

—Eso ya no es arte, ni mucho menos: es lo estúpido, que sólo a tí se te puede ocurrir.

—Lo estúpido eres tú.

—Vete al diablo, pedazo de bergante. Munido de tu hipócrita locura quieres...

—Tú eres el que te has de ir y al instante. ¡Vete!  
¡Fuera de acá! ¡"Vete! ¡Vete! ¡Ca.. .na. ..Ha!

El médico bajó las cejas fruncidas, miróme rápidamente, de soslayo y mordiéndose los labios se fue con rígido andar. Largo tiempo oí todavía resonar sus pasos en el silencio de la noche.

Cuánto me alegro que se haya ido ese granuja. Que yo munido de mi locura quiero... ¿Yo digo que soy loco? Ellos a fuerza de nombrarme así y a hacerme llamar así con sus hijos y conocidos no pretenden volverme loco? ¿Por qué? ¿Porque no me hago cómplice de sus maquinaciones? Bueno, está bien; entonces que oigan las verdades de labios de aquel a quien pretenden trastornar. Conservaré mi inteligencia hasta cumplir la misión que me impongo y será por sobre la voluntad de un pueblo. Está bien.

## I

Durante los años de mi mocedad conocí un viejo setentón, de cejas negras y espesas y de ojos profundos, cual si atisbaran en perpetuo acecho. Jamás le vi reír, ni siquiera sonreír; y si se le hablaba rehuía contestar. Era enemigo de estacionarse cuando caminaba.

En una ocasión en que me dirigía a casa, muy preocupado, la cabeza gacha y las manos cruzadas atrás, sentí de pronto en el hombro una mano muy pesada. Inmediatamente volví la cabeza. Era el viejo, quien empujándome suavemente a continuar mi marcha, dijo:

—Bien, joven. Muy bien. Hay que pensar siempre y hay que pensar hondo; pues ello nos acerca a la divinidad, arrastrándonos lenta, amorosamente, hacia lo profundo e inapreciable del silencio. Mas, ahora crujan tus dientes y pliega tus labios, porque su inmovilidad dilata el an-

sia de saber. Por tal modo serás puro ojos y puro oídos, porque existe íntima relación entre la quietud labial y el saber, lo cual es perceptible a la más ínfima atención, así como es la relación del insomnio y el uso sexual y especiales dolencias a las ojeras. Observa y tu propia experiencia te dirá más de lo que te sugiere este simple enunciado.

Por esta vía llega un instante en que nos asalta el odio a la palabra verbal o escrita y es exactamente en el momento en, que se ama y respeta el silencio. Es el iniciarse en el espíritu mudo y activo que alienta la vida, es el paso por el umbral vedado a lo baladí. En aquella nueva zona de inteligencia, la facultad de comprensión multiplica su poder; entonces el organismo y la conciencia de cada uno de todos con cuantos vamos en contacto se transparentan como el cristal o el agua clara ante la luz; pues el hipócrita y el bribón al igual que el necio o el simple, jamás podrán esconder su naturaleza ante el silencio crítico del iniciado en la gnóstica verdadera. Tal es el designio del Origen.

Cada cual con el solo hecho de vivir escribe ante la espectación, pero de modo tan positivamente innegable que es imposible ningún equívoco. ¿De dónde proviene sino, en el caso más simple, aquella atracción o repulsión manifiesta que nos une o aleja unos de otros? Es que detrás de cada uno que viene existe la Gran Luz que los transparenta mucho más de lo que se translucen hueso y carne ante los rayos catódicos.

Los gestos, las creencias, las ideas, las posturas, el acento de la voz y aun los silencios de cada uno van pregonando la opinión que las gentes tienen de sí, sin ellos darse cuenta. Y los que esto último sospechan, es decir, que se van acusando en confesión pública, si son ellos los simples de corazón, llegan a la suma ingenuidad y entonces la vida misma les es simple, alegría y fácil, aun en las horas más negras; en tanto que si los que adivinan aquello son los impuros, llegan a la suma hipocresía y la vida les es sucia, traidora, oscura, aun en las horas más felices.

## ARTURO BORDA

De esta suerte la especie se divide en tres grandes categorías: 1º, los necios; 2º, los simples, y 3º, los suspicaces.

Cada subdivisión de estos órdenes tiene signos psicofísicos inconfundibles que los sabrás en el tiempo y punto dados.

Así, pues, joven, te hablo desde esa misteriosa región, porque veo en tí el anhelo insaciable.

Ahora atiende, calla y medita, que sólo así se habrá de revelar la esencia inmemorial del Paráclito y el Demiurgo, con cuyas innumbrables virtudes influirás en los corazones aun con sólo tu silencio, cual con el hálito de la esperanza en consolación.

Sabe, pues, joven: el silencio de la soledad es el gran poder para el dominio de las fuerzas; él, el silencio incuba la energética imponderable, cristalizando la justicia, el derecho y la verdad, que hacen de las voluntades un poder incorruptible en la zona de la belleza.

Y así el anciano seguía hablando mientras que yo andaba oyéndole. Luego, abstraído en la mente de su verbo, me hallé divagando en el ensueño más alto. Y sucedió que cuando quise decir mis dudas, había desaparecido mi compañero.

## II

Llegué a casa lleno de intensa zozobra, sintiendo aún en mi hombro la presión de la mano del viejo con quien soñé durante toda la noche.

## II

Al día siguiente, cuando desperté, oí su tos. Eramos vecinos.

Desde lo relatado, las imágenes del viejo, la del orfelinato y la de Luz de Luna, que ya no sé si la vi o sólo se formó en mi idea, vagan indelebles en mi recuerdo.

Y, a consecuencia del suceso referido, hacía tiempo que me éspoloneaba un insistente deseo, no precisamente de hablar, sino, más bien, de estar, y nada más\* con el viejo aquel. Yo sentía su atracción.

IV

Y se cumplió mi anhelo. Una tarde le visité, no sé si acicateado por mi aburrimiento o seducido por su canto a media voz con que decía aires incásicos, graves y marciales, cual si soñara en las brumas del lago sagrado, evocando legendarios prestigios de niebla o magia.

La puerta de su estancia se hallaba entornada. El cantaba como reviviendo en una edad cada vez más remota. Y frunció su espeso entrecejo, descendiénolo sobre sus ojos hundidos. Parecía mirarme con el ras de sus cejas y con el filo de sus pestañas, mientras que sus negros ojos me escrutaban en el alma. Quedé como clavado en el suelo, sin atinar ni a balbucir, hasta que interrogó así:

—¿Qué hubo, joven?

Cohibido bajé la vista a mi sombrero que lo moví maquinalmente entre mis manos. Y repuso, muy apenas:

—Señor... Disculpe... Quería...

Así anhelé decir en una palabra un mundo de disculpas, de quejas y dudas; mas, no pude. En medio de tal atolladero sólo atiné a expresar un: —Buenas tardes—. Luego retrocedí rápidamente hacia el corredor, para huir que sé yo a dónde. Pero en eso él irradió tal fulgor en su mirar, que nuevamente quedé estático; mas, esta vez con el ansia intuida del que espera el cumplimiento de una vieja promesa, quizá si sabe si en una existencia anterior. Y se expresó en estos términos:

—Supe que vendrías. Pasa.

Obedecí. Puso a mi disposición una silla. Tomé asiento y continuó hablando en esta forma:

—Esta tu visita me reveló el Espectro del Umbral aquel a quien se le habla al fin de toda vida, aquel ante quien se extiende nítidamente el porvenir de toda existencia. Por él sé de tí lo que luego diré. Pero sabe primeramente que soy el Mago Helionoto. Ahora atiende el horóscopo.

Tu vida será una perpetua angustia hasta tu liberación en la muerte. Tu corazón se consumirá en filtración de amor, reventando al fin hacia adentro a la acción del vacío. Tu existir será algo así como un reguero de ternura, de poesía, de dolor y consolación.

El Espectro dijo que te vio avanzar desde el Origen en el nimbo acardenalado del poeta y agregó que tu misión es cantar lo aun no trovado, es decir, el triunfo postumo de la pasión de la ignorancia y de la impotencia del vencido. De modo que tu exotérico canto será disloque, crujido y rotura del lenguaje humano. No obstante, dice el Espectro, seducirá cual con la aurora o el orto del enigma revelado súbitamente al corazón.

Sabe, pues, joven, que por tal manera tu paso excitará en los espíritus la angustia que deviene la luminosa e impalpable cauda cometaria, cuyo núcleo traspuso ya los horizontes.

Vivirás el ansia múltiple de la vida y sabrás el secreto de los amores en la infinitud de sus goces.

Tu recuerdo flotará semejando una bruma sobre el mar de lágrimas del amor, arrastrando en tu pasión, como a sombras sonámbulas a los amores inconfesos y rabiosos en la eterna espera de vírgenes y donceles.

Alto es tu destino: la consolación de los amores en lo irreal; por eso de hoy más sentirás la impotencia de la risa; la parálisis en tus mejillas.

Grave es tu destino a par que divino, porque el amor de vírgenes y donceles, divagando en la purísima zona del ideal, confundirán tu existencia con la inmensidad del

## EL LOCO

amor en el ensueño; cuantos amen sentirán, en la vaguedad de su melancolía, ya el implorar de Orfeo, de Adonis o Heracles, cuanto que el de la trina seducción de Eufrosine, Aclaya y Lelia.

Tal dijo el Mago. Y le miré de hito en hito y con estupor; pues creí verme en él, ¡oh imagen de vaticinio! en un futuro misterioso. Dijera que en tal segundo pasó por mí un torbellino de ebriedad y horror. En eso Helionoto cruzó mesuradamente los brazos, inclinó la cabeza y cerró los párpados.

Luego, poco a poco, advertí que unas sombras extrañas invadían el recinto. Y así. Y cuando la oscuridad lo sustraía de mi vista al Mago, de pronto le circuyó una fosforescencia a modo de efluvio. Entonces él, semejante a una estatua que se anima en el misterio, vino a mí pausadamente y sin ruido, y puso su mano en mi cabeza. Al punto noté que, al sólo contacto de su mano, se dilataba en todo mi ser una embriagadora tibieza, al igual de un temblor sutil de hilos de seda fina. Se me rindieron los párpados y tuve asfixia y opresión de agonía. Creí morir; mas, instantáneamente inhalé algo a modo de la eternidad misma.

Recuerdo que hallándome en tal estado reoí la voz del Mago a manera de un eco que viniese desde una lejana edad, así como cuando se renace inmóvil y mudo y oímos lejanas, pero muy lejanas, las voces amadas que nos acorren y llaman. Decía:

—Joven, diario, a la hora en que fulgen únicas la estrella de la mañana y la estrella de la tarde, después de respirar por tres veces, lenta y profundamente dirás esta oración en el silencio de tu espíritu:

¡Oh, Natura entera!

cede en mi alma,  
al imperio de mi sangre,  
la sumisión magnética  
del eterno Misterio.

## ARTURO BORDA

Fui repitiendo mentalmente, sílaba por sílaba. Y dije la última cuando vi que La Tierra adquiriría aspecto humano que me habló en estos términos:

—Sea cuanto anhelas, oh bienaventurado. Pero éntrame ahora. Me recuerda que tu posesión es sólo espírita, filtro en la alquimia del Ensueño. Sea pues tu espasmo el deliquio gnóstico; que yo daré a luz la Verdad desentrañándome la Belleza. Pero seme fiel hasta la última hora y tu espíritu en su tránsito no descenderá a la morada oscura, porque se transfigurará en el soplo que esperas para suscitar el ensueño en el delirio carnal misma.

Ahora vé audaz a la soledad, que ahí la autovivisección tornará al hombre en la fuerza invulnerable. Pero no olvides que cuando al principio se va con valor temerario a ese fascinador silencio se siente en el espíritu el horror de quedar a solas con el tumulto que fermenta el eterno misterio, seduciendo con la inefable promisión de armonías inauditas al oído torpe y de las fantasmagorías invisibles a los ojos carnales.

En la soledad, el mundo interior se multiplica infinitamente.

Y sabe, para que no te retractes, largo tiempo se permanece indeciso en tan sagrado temor, luego sobresaltan al ánimo atenta las sombras oscilantes y las voces confusas. Después se hace el vacío. Entonces empuja en el corazón el ansia desesperada de huir y clamar auxilio, sea divino o humano; mas ya es en vano, porque la divina contemplación abúlica ha saturado ya los nervios. En seguida una tristeza mortal anuncia algo como un temido advenimiento; y es que las sombras vagas se precisan más diáfanas y las voces confusas se oyen nítidas. Comienza el prelude de la eufonía cósmica. En tal momento el individuo se enerva, lo cual semeja la concreción de lo eterno, y el alma, la vida, lo que se quiera llamar, hiende serenísima en las insondables esferas, anestésica al dolor y a la materia bruta. En tan extraño estado para lo humano parece que sobran la vida y la muerte.

Pero ahora echa de ver que yaces en mí, envuelto en la calma sempiterna y en potencia, la libertad, cual si



## EL LOCO

tu fuerza en el olvido de tí mismo dependiera de sí sola y emanara de la edad heroica. Mas, pasados los días, cual peregrino que se aduerma y despierta en la húmeda y verde orilla, y así, con los ojos extraviados viste pasar las aguas turbias del torrente, verás los innúmeros universos en el cosmos de tu ser. Entonces dirás diario, hasta que tu carne se inflame en la fe, dirás, digo, así. Repite.

Al fin soy la tractora vorágine  
del sempiterno Misterio:  
mi alma absorbe ya,  
en alas del hechicero ensueño,  
las contemplaciones magnas  
y las ocultas concupiscencias;  
todo sentir y todo pensar.

Ahora sabe lo que para tí reservo.

Existe una planta que crece de siglo en siglo, siempre en los manantiales, cuyas raíces se internan en las vertientes mismas. Florece una sola vez. La flor es subacuátil y tiene siete pétalos, cada uno con un color del iris. Es sumamente fría, tanto que a su contacto el agua adquiere una glacialidad más misteriosa que la del hielo y la de la muerte; además, el agua, en virtud de esa misma flor, trasciende a todos los aromas y el aire se embalsama con los perfumes más exóticos, de manera que cualquiera que llegue a aspirarlos se adormece para siempre en los nirvanas gozosos.

Joven, un día hallarás esa flor. Es el don que te doy, yo, la Tierra Madre. Será al declinar la tarde, en el silencio del monte, entre enormes pedrones de granito, bajo el azul más limpio, cuando en lo solemne de la hora más muda oigas a lo lejos el canto de una calandria. Entonces, cuando sorbas en el manantial tu sombra y tu reflejo y el silencio aquel ahogue por vida tu eco, entonces arrancarás de raíz la planta misteriosa y comerás su flor, porque ella es la flor odorífera de las almas. En virtud de ella arumarás los espíritus con sólo tu idea. Pero tendrás especial cuidado en guardar las raíces, porque ellas tienen el don de inmaterializar el cuerpo humano. Esas raíces las comerás

cuando sientas llegar tu última hora; y así, en vez de ir a podrirte en el sepulcro ascenderás en alma y cuerpo a la región del éter en que palpitan aun los orígenes. Además, sabe que el día que mueras volverá a correr la vertiente desecada y una nueva flor naceía en el manantial; entonces también tu eco, tu sombra y tu reflejo perdidos recomenzarán a vagar en el mundo, reavivando el fuego sagrado del misterio poético. Y tus deseos se habrán cumplido.

Dijo La Tierra. Luego silenció, atrayéndome cual con la fuerza magnética del Ártico y con la fascinación de la aurora boreal. Al punto me sentí desmayar en ella, anonadado en la inefable languidez. En seguida en el estupor de mi dejación gozosa, sentí atravesarte en mi alma y en mi carne una lluvia ultrasutil de hormigueos y calambres, de sudores y calofríos, todo de una delicia indecible.

.....

Quién sabe qué tiempo después, oí nuevamente la voz del Mago a manera de como si viniera del pasado inmemorial. Decía:

Recógete ahora, joven, al retiro inmisericorde del **sustine** y **abstine** hasta que eclosione tu plétora de amor, de dolor y melancolía, lo que sublimará tu ánima absorta ya en los mirajes cosmogónicos. Entonces se hará la unidad de tu yo con la armonía del infinito.

Calló Helionoto y desperté al instante.

En ese momento el Mago abrió también sus párpados, disipando con su extraño mirar las nieblas y la lobreguez del recinto.

Luego habló de esta suerte:

—Ya posees, joven, a tu albedrío, las ilimitadas fuerzas. Ahora vete y medita sin cesar en el más allá, en la vida y la muerte, que es el interrogante más serio y grave para quien abstraído en la naturaleza de su destino ama el misterio de su alma.

## EL LOCO

Así dijo Helionoto, tendiéndome la mano. Y agregó:  
—Santamente comprueba el don y potestad que recibes del Eterno, y en el silencio y sosiego de tu fuerza repite *esto*, con mística unción:

Entone al Origen el alma mía  
el himno mayor,  
ya que infundido ha en mí  
su misterio obsesor,  
y que las ondas cósmicas  
repitan sin cesar:  
¡Sólo Tú! ¡Sólo Tú!

Mas, joven, desde hoy comienzan tus tribulaciones, las cuales llegaron a su apogeo a la hora en que pierdas en vida el eco, la sombra y el reflejo. Teme, pues, el cielo azul, el monte ecoico y el manantial de aguas dormidas así como el canto de la calandria, porque a la luz del día, dice el Espectro del Umbral, beberá en el espejo de las aguas su sombra y su reflejo.

Ahora vete, joven. Adiós.

### V

Y sin esperar más, salí, cerrando la puerta.

Inquietado por una gran zozobra llegué a mi aposento y me tendí al instante en mi lecho.

El desasosiego de la fiebre me cilicio sin tregua durante la noche de aquel memorable día: en mi mente se repetían sin cesar las escenas de mi visita, interrumpidas, solamente de vez en cuando por la solemnidad del canto lúgubre a la vez que marcial del Mago, era cual si fuese en las breñas andinas el incaico himno al Sol o ya entre nieblas marinas, en arrecife o sirte, el canto de Ossian.

Y sucedió, según supe después, que Helionoto había desocupado la casa a la mañana del siguiente día.

### VI

Una noche, pasado un largo lapso, cuando conciliaba ya el sueño, me sobresaltó de pronto la campanada

de la una de la mañana, mientras que se oía el medroso aullido de los perros a lo lejos. En eso me reconcentré en la atención temerosa y oí una música muy extraña, cual si fuese de órgano, de zampona o de voz humana, cuyo compás llevaba una siniestra esquila.

La música se aproximaba lentamente, arrastrando cadenas, mientras que la lobreguez de mi estancia comenzó a desaparecer ante el empuje de una luz mortecina. En eso yo, agitado y atento, vi que se materializaba delante de mí una sombra humana, la cual llevaba una linterna en la mano, a cuya claridad reconocí a Helionoto, quien demacrado y lívido, hundidas sus ojeras en sus profundas órbitas, me miró con los ojos fijos y opacos de un cadáver, y dijo:

—¿Por qué duermes, Loco, si es tan largo el sueño de la muerte?

Breves segundos me restan. Acabo de morir. Ora por mí al Origen. Y tú, Loco, resigna a la fuerza de tu destino lo que aun te reste de voluntad vanamente altiva, porque **lo que está escrito, escrito está.**

Diciendo lo cual se desvaneció al instante en el lóbrego, dejando el aire saturado de una suave esencia de heliotropo.

Después oí, como entre sueños, algo así como si los perros se paralizasen dando tímidos aullidos al paso de la indecible música que se iba extinguiendo en las lejanías,, hasta que todo quedó en silencio.

## VII

Mucho tiempo después, al mediodía, estoy parado sobre mi sombra. En la humedad de toda esta región noto una deliciosa mezcla de aromas que embalsaman el ambiente. Estoy en una rinconada de la cordillera, entre enormes pedrones. Desde acá se domina la pampa que desciende monótonamente a confundir con el azul sus horizontes. En la sombra de unos pedrones que se inclinan sobre un manantial, penden grandes carámbanos. He quebrado uno y lo chupo a trozos. Mi boca se hiela de modo extraño.

## EL LOCO

El cielo está limpio, parece bruñido. De Oeste a Levante se yerguen impasibles y soberanos los montes de granito, relumbrando sus cumbres de nieve eterna.

Sopla el viento solano a modo de los alisios. Mientras torna la calma del aire gozo de la caricia impalpable del viento en la piel. Luego me tiendo en la grama entre hatos de paja brava. Así echado alzo los pies y los apoyo en un padrón verdinegro salpicado de líquenes. Mi cuerpo se relaja lentamente en la inercia máxima. Miro el azul cenital y cierro los ojos.

\*

.....  
\*

¿He dormido? ¿Qué tiempo? No sé. Pero ya declina el día y avanzan las sombras de Poniente.

Me siento rehecho. Me incorporo y veo que mi sombra y mi reflejo se proyectan en el manantial, para beber del cual me inclino e hinco.

Advierto que después de muchos años me miro en el espejo. He envejecido. Siento en mi alma algo como un retraerse involuntario y sigiloso, cual si huyera de sí misma. A medida que me contemplo me inquieto con mil recuerdos y veo que mi imagen, rugosa ya, adquiere poco a poco no sé qué fascinadora identidad con la del gesto severo de Helionoto, tanto que en un instante veo su imagen en vez de mi reflejo, el cual mirándome fijamente en los ojos, de pronto mueve sus labios como quien habla. Retrocedo con movimiento instintivo; pero insisto.

Me inclino nuevamente. Y más que beber el agua siento necesidad de sorber esa imagen del Mago o sea mi faz, pero jugando con el reflejo del cielo y de las rocas simula ser millares de culebrillas acuátiles que huyen febrilmente de mi absorción al contacto de mis labios.

Pasa una fuerte racha de viento y ondulan aun más las aguas.

## ARTURO BORDA

Sigo bebiendo sediento, insaciable, hasta que de pronto noto que he sorbido en el agua toda mi sombra y todo mi reflejo. Pero dij érase también que he bebido el pasado en un sorbo feroz, es decir, a mí mismo; pues siento correr en mis arterias y en mis venas una sangre nueva, cálida y generosa que avigora potentemente mis nervios, de modo tal que noto en mí, cual nuevo Icaro, la seguridad y potencia de elevarme al solo impulso de mi querer.

En esto me incorporo. Entre tanto se han serenado el agua y el viento y ha cesado mi fugaz ebriedad. Entonces retorno a verme en la fontana. Y ni el agua me refleja ni el sol proyecta mi sombra.

Hay en mi alma y en mi corazón mil emociones vagorosas de amor e inquietud, de goce, de agüeros y de esperanza. ¡Oh no sé qué arcanos he bebido en este manantial andino! Minuto a minuto siento correr en mí una inaudita energía. Sé que con mi voluntad puedo anonadar al Universo. Tal es mi fuerza, y, no obstante, tengo pena, estoy triste. Un gran desaliento me invade en la calma solemne de esta hora.

¡Sea! Viviré sin sombra ni reflejo, digo, y restallo un grito involuntario; pero aterrado sé que el eco no responde sino en el fondo de mi alma. Eco, sombra y reflejo llevo en mí.

En eso el silencio se hace tan enorme que me infunde pánico. A lo lejos se oye el canto de la alondra.

Quedo mudo y petrificado, porque veo cumplirse mi horóscopo. Se me viene a la memoria la predicción respecto a la flor subacuátil. Vuelvo al manantial. En el fondo, sobre la arenilla está la florecita. La tomo y de un jalón la arranco de raíz. Al momento queda seca la vertiente. Guardo cuidadosamente las raíces y masco la corola. Siento la embriaguez de extraños elíxires.

Las palpitaciones de mi sangre en todo mi cuerpo simulan ser traqueteos de una usina enorme. Estoy tem-

## EL LOCO

blando mientras que los torbellinos de mi razón se voraginan en la locura.

Las transformaciones que acabo de sufrir son tan profundas y mi desorientación es tan absoluta que me parece que todo me sucede en el mundo de los sueños.

\*

Automáticamente me pongo en viaje de regreso a La Paz. En mi pecho se desgarran mi fe de creyente y mi asco de ateo.

La pampa está grisásea. El sol se ha puesto ya. Ni viento, ni ave, ni nube ni nada. Estoy solo en el silencio. Así descendiendo el llano fatigante, llevando arrastrada mi alma, cual harapo de manto real. De pronto la altivez de mi propio abandono me rehace ante la imposible naturaleza a la que clavado en tierra miro de hito en hito.

Luego, casi sonámbulo, prosigo mi marcha.

La luz crepuscular huye a las zonas altísimas al empuje de la noche inmensa, salpicando de estrellas el firmamento.

Los vientos dormitan y la noche es profunda. Tirito al frío del invierno.

Nevará.

## VIII

Recuerdo que después desperté en mi lecho, cuando declinaba el décimo día, agobiado de amargura y cansancio, en momentos que...

Aquí son tan tristes mis memorias que haré bien en guardar un piadoso silencio.

¡Huir! He aquí mi salvación. Me acicatea la imperiosa necesidad de librarme de mis propios huesos. Debo es-

capar, no sé a dónde, pero debo hacerlo, atropellando al mundo entero y repartiendo bofetones a diestro y Sinistro.

Mas, ahora tengo el malestar del vacío y el frío que preceden al boquear con que se vienen los vómitos. Es una descomposición física y moral que me impele a dar un grito de apostrofe en llanto o en maldición. Tengo urgencia de gritar, de llorar y dormir solo, muy solo, anonadado en la llanura sin fin, donde vagan en quietud mortal la sombra, el aire y el eco, porque el tedio me zahiere de modo incesante, aleve y sardónico.

Huir...

¿Por qué salí de mi guarida? De hacerlo debí haber ido a descansar en el silencio de la pampa, adormeciéndome a la luz del sol y con el canto de los vientos; pero es el caso que desde el alba tuve un incontenible impulso de andar locamente. Y recorrí abobado toda la población. Cuando ahito de fastidio volví a casa vi a las niñas por quienes mi corazón acelera su latir. Iban aunadas al atardecer. Y no fue adivinación, porque yo que un| día he descendido a los dominios caóticos del misterio, he visto diafanizarse seres y cosas, — pobres niñas, pétalos ajados de botones en flor, yo vi en la oculta forma, entreabierta y dolorida aún, la huella del paso misterioso. Este conocimiento fue en mi corazón espina que se interna segundo a segundo, en cada latir. Mas, hoy, así todavía —oh canto profundo de las iracundas aguas al romperse en los escollos— mi amor es solemne y grande cual la indómita mar en tempestad. ¡Oh, mis amadas!, al pasar a mi lado me habéis saturado del perfume fatal de la mujer. Antaño erais el encanto de la esperanza: os veía venir donairosas, nubiles y gráciles, llenas del altivo misterio de la promisión virginal; hoy, roto el encanto de la esperanza, mi espíritu languidece en el vacío que deja el deseo que huye. ¡Oh!, niñas o mujeres, que ya no lo sé, ¿cuál será la oblación al amado en la hora nupcial? Dijérase que por acá pasó Lucifer, el maligno, soplando en toda sangre limpia su influencia maléfica. Caiga, pues, sobre estas eras la lluvia que un día desolara a Herculano, Sodoma y Gomorra. Tal es mi



maldición, ya que toda liviandad me grita en el alma el fatal y doloroso enigma de mi origen.

Señor, ¿por qué mis padres luego de engendrarme tentaron el abortivo? ¿Por qué cuando frustrada la tentativa del filicidio en el mismo seno materno, por qué cuando vine al mundo en forma de escupitajo cáustico o de maldición de Dios hecha carne sensitiva, por qué me arrojaron al arroyo, escondiéndose ellos en el misterio? ¿Acaso, Señor, soy el nefando hijo del incesto.. , ? ¡Señor!

.....

Dicen que llorar allega sueño; duerme, pues, pobre loco.

\*

Respirando dolorosamente con punzadas pulmonares y como si el pecho se me redujera, iba tragando una atmósfera que apenas podía respirar, atmósfera que no era ni de trópico ni de cordillera, ni de valle. Sin embargo, yo estaba cruzando las altas cumbres, entre gigantes dólmenes de granito, aterido en nieblas de hielo y no había ningún ruido: no se oía ni mi respiración; sólo silencio, silencio y silencio. Luego en el veloz y fantástico desfilarse de aquellas misteriosas neblinas heladas pasaban las chiquillas aquellas, incisivas, despreciativas y burlescas, riendo a carcajadas que sonaban como silbos de serpientes. Y ese silbar iba aumentando segundo a segundo, sordamente, en toda la inmensidad, hasta que de pronto ese siniestro silbo lo oí en mi propia sangre y en mi propia respiración, como si yo fuese un nido de serpientes.

Desperté con los cabellos erizados, echando sangre por las narices.

No me deja todavía el recuerdo de la visita del doctor: su voz aun suena en mi oído. Querer que yo salga de mi condición para ir a la sociedad, a cualquiera sociedad... ¡Estupideces! Como si para vencerse a sí mismo fuera necesario el favor de los demás. Pobre doctor.

Yo no puedo soportar la compañía de los que teniendo mil oportunidades de invertir bien sus caudales no hacen otra cosa que acumular más y más, sin provecho para nadie. Me parece haberle dicho al respecto, si mal no recuerdo:

Yo sé que al mendigo le son más amados y necesarios sus andrajos y su pan ácimo que al potentado su confort y sus millones. Nada perderían proporcionando trabajo a los menesterosos con esos capitales muertos y no dejar cruelmente que tengan que implorar caridad.

A lo que supongo que el doctor me replicó en estos o parecidos términos:

Qué disparate. Unos y otros tienen análogas seducciones, tanto del bien como del mal; por eso es igual su mérito, ante un juicio imparcial, así del que triunfa en la opulencia como del que vence en la miseria.

Ahora estoy convencido de lo hermoso que es luchar con razones, digo recordando ciertamente que ni eso dije yo ni nada replicó el doctor, sino que únicamente imagino lo que debió haber sido. Mas, como estoy por creer que ni el doctor existe ni ese ni yo desequilibrado, y, consiguientemente, no ha habido la tal entrevista, sino que es una ficción en el que he jugado un do<sup>^</sup>e papel entre risa y risa. Al pensar que deberá publicarse esto, siento una espina en el corazón, considerando que todos los médicos se habrán de creer aludidos. Entonces aparece en mí un ligero temor, pero vence mi ¿qué me importa?

No quiero calificar a las gentes que me llaman loco.

Loco... ¡El loco! ¡Já, já, já!

Yo ¿loco? Mas, es verdad, quién pudiera serlo.

¿Yo vi o es que únicamente soñé o no es nada más que un errátil recuerdo de alguna idea que al acaso pasó por mi mente? No sé, pero he visto que la Locura venía hacia a mí, envuelta en el misterio, sigilosa, mirándome

## EL LOCO

enamorada, fija y largamente, reseco sus cristalinos ojos. Y venía, pero desapareciendo lentamente en el silencio de las tinieblas, seduciéndome con la promisión de no sé qué prodigios irrevelados.

Desde entonces, desde yo no sé cuándo, el recuerdo de aquella visión es el reposorio de todas mis amargas y el aliento a mis diarias desilusiones.

Si yo pudiese volverla a ver, siquiera fuese un segundo, nada más, en mi último instante.

Recuerdo que ella tenía la sublime y trágica majestad del silencio: era como la revelación augusta de las potencias de mi espíritu. ¡Oh, cuánta armonía!

¿Loco yo...?

Si los hombres supiesen lo que es la locura, desaparecería del mundo la sensatez, porque sabed vosotros, los cuerdos...

\*

¡Bah! Se necesita ser muy necio para querer desasnar a los hombres.

Vivid, felices, oh gentes: no hay temor. El misterio jamás se revelará en un estado de equilibrio.

Fabricad números y más números. ¡Já, já, já!  
El loco...

Pero hasta en el silencio oigo que la sombra repite sin cesar en mi oído: —¡Loco...! ¡Pobre hombre!— Y el estigma del abortivo me araña el alma desde los tuétanos.

La noche estaba deliciosamente clara y tibia. Señoritas en gran número paseaban en grupos o emparejadas con sus enamorados, mientras que yo sin notar me había

dormido dulcemente, pensando que no tenemos más remedio que representar a conciencia nuestros papeles en esta formidable comedia.

\*

Era un misterio. Cuando apareció, nadie se dio cuenta; tan silenciosa, tan vulgarmente había hecho su llegada, que se confundía con el común de las gentes: no se distinguía por ningún signo especial, ninguna particularidad de poder o autoridad en fuerza o belleza le diferenciaba de nadie. Mas, poco a poco empezó a circular la especie de que era lindo y misterioso su mirar. Y todos se dieron a observarla primeramente de frente, luego de soslayo, pretendiendo esquivar su influencia. Yo no pude notar nada más que una leve sonrisa en los párpados entreabiertos y un mirar rápido de reojo, hecho que casi pasó inadvertido; pero sin embargo en el recuerdo fui notando que eso se iba impresionando en mí, y acaso si hasta la obsesión, no obstante no sé decir por qué. Y a medida que avanzaba el tiempo notaba que me sentía primero suave y dulcemente atraído para hartarse mirándola, pero sin saber por qué, ya que no veía en ella nada especial para seducirme de modo tan hondo. Naturalmente que no podía suponer que ello fuese debido a una mirada ligeramente risueña, tanto o más rápida que un rayo; pero es el caso que a medida que avanzaba el tiempo, la atracción era más imperiosa y potente, de modo que tuve que buscarla en todas partes, durante muchos días, hasta que la vi por segunda vez. Ella pasó a modo de una intención de compenetrarse con el viento intáctil, leve e invisible. Entonces advertí que su mirar era más rápido, penetrándome con dulzura de cántico en un indefinible no sé qué de ensueño, que me hizo soñar toda la noche en algo indecible de goces en plena armonía, en amor, en sortilegios y milagros. Al día siguiente, al trastornar una esquina topé con ella, pero tenía todo el aspecto de una sombra, merced a sus párpados caídos, los cuales parecían aplastados por millares de siglos de ensueño o cansancio: hubiérase dicho el paso de una sombra, cuyo espíritu se hallase ausente en una lejanía insospechable, abstraída en profundos misterios: era el místico don de lo sagrado. Por la tarde, al volver a casa la vi

otra vez. Su presencia me detuvo instantáneamente en un si es no es sorpresa de respeto, de amor o temor. En eso hice un gran esfuerzo por reendurecerlo mi corazón, de manera que cuantas veces surgía en mí aquel recuerdo, tanto más forzaba a mi corazón a resistir esa influencia. Pero sucedió que una tarde, cuando yo subía una cuesta, con el sombrero calado hasta los ojos, al alzar la vista la vi venir: me miraba sonriendo con sus ojillos parapetados astutamente en sus entretejidas pestañas, por lo que sentí caerme repentinamente todo el coraje, dejando al descubierto el inaudito florecimiento de mi amor. Y pasó rauda y silenciosa como siempre, con esa terrible intención de ser menos que sombra, que nada; por eso me di a pensar que acaso el misterio de sus miradas no se debía sino a un simple efecto físico; mas, sucedió que ese mismo día la volvía a encontrar, pero saliendo de un templo, y era tan severo el gesto de su mirada, que por poco no caigo a sus pies, gritándole no sé qué de confesión, de reto y perdón; pero me sentí más fuerte que nunca, no obstante yo estaba preso irremisiblemente, llorando y zapateando de desesperación, cuando nuevamente reapareció y dándome un beso en la boca, entreabriendo levemente mis labios, se me entró, dilatándose en todo yo, a la vez que decía: —Pero si soy tu alma, Loquito; ¿por qué te asustas?— Largo tiempo me quedé meditando. Seguidamente tornó a hablar en estos términos: —Es inútil que te impacientes: no debemos ni podemos separarnos.— A lo que repliqué: —Bueno. Pero a condición de que ambos seamos libres. Desde luego quedas en plena libertad de obrar en pro o en contra mía—. E inmediatamente contestó: —Convenido.— Acto continuo en un estremecimiento sentí que salió de mí, materializándose con mi imagen, en una especie de niebla. Entonces agregó, adquiriendo aspecto de ángel o demonio: —Te defenderé y vengaré porque eres mío. Pero te advierto que en lo sucesivo apenas si me sentirás; sólo habrás de ver los efectos misteriosos.— De esa suerte fui oyendo y viendo poco a poco todo lo que ocurría en mi derredor. Las gentes a veces, cuando yo pasaba, se hacían atrás, instantáneamente, cual ante un abismo que se abriera a sus pies o querían desaparecer como ante un círculo de fuego que les circuyera. En otras ocasiones he notado que al tropezar conmigo se asustan, porque dicen haberme

visto un instante antes en otro sitio. De donde resulta que mi alma es ubicua y toma mi apariencia. Asimismo he oído decir que mi imagen aparece en los espejos, ocasionando el susto de las gentes, cuando van a mirarse. También no pocas veces he visto proyectarse mi sombra al lado de las personas que van lejos, delante de mí, por lo que se vuelven sorprendidas, hecho que se trueca en estupor y miedo al ver que a su lado no hay nadie. Y es de noche cuando me abandona más largamente el alma; anda por regiones tan ignotas, que cuando llega siento en mi carne todo su cansancio. Pero ni aun así no puedo saciar nunca mi necesidad de estar siempre lejos de donde estoy. Sé que en general mi presencia o mi nombre agita desesperadamente los corazones, ocasionando opresión en los pulmones. En cuanto a las mujeres las he visto contraerse y les he oído decir que cuando me aproximo y las veo experimentan en el cuerpo una caricia leve, larga y desesperante, de cosquillas que las penetra hondamente, por lo que las más se inquietan y retuercen. Entonces sí que cooperan a ello mi deseo y mí voluntad, aunque, por lo general, en todos esos sucesos parece que sólo toma parte la subconciencia, tanto es así que yo mismo me siento sorprendido con los fenómenos que ocurren. Por lo que hace a los hombres se ve que de repente se les traba los pies y se destocan involuntariamente, sin saber para quién, en un acto perfectamente automático. He oído conversaciones en las que referían que cuando se me acercan sienten perder el equilibrio y zumbarles la cabeza como en la borrachera. En tales circunstancias, a modo de sellar un pacto, mi alma semeja en mi carne una deliciosa lluvia de placer, mientras que mi cuerpo átomo por átomo se constriñe acariciándola en sí mismo. En otras ocasiones me siento rodeado de una indecible zona de soledad, aun pasando por en medio de las multitudes, en las que se opera un súbito silencio.

\*

Cuando desperté no había nadie más que yo en el parque. Y con la pesadez de cien quintales de barro me puse en marcha.

## EL LOCO

Cada vez temo más perder ciertamente el juicio, porque ya ha empezado en mí el terror a los libres giros en que se desperdiga la imaginación, que, dando acaso relieve a los íntimos deseos vergonzantes, revela sus ridiculeces y horrores en este silencio y soledad en que me asfixia la opinión pública; de donde resulta que cada día me vuelvo más cobarde, no para las gentes, sino que ante mi autocrítica ya, que es lo verdaderamente grave, porque con el deseo de lo grande, que rebulle en mí, haciéndome entrever lo sublime de cada cosa, de cada idea, de cada sentimiento, de cada ser, veo que lo que siento, imagino y pienso, no es ni la sombra del aspecto sublime que vislumbro en ello. Y entonces en el silencio de mi conciencia suena horrorosamente la siniestra frase de la sociedad: —¡Loco...! ¡Pobre hombre! Y no parece. No se da cuenta.— Por lo que mi alma se retuerce ya de desesperación. Pero por lo mismo comprendo que mi silencio debe ser aun más heroico y firme a fin de salvarme. ¿De qué? De la crueldad social, de mi propio mal: de un infinito anhelo de sublimización general: la tortura de una impotencia ridículamente sublime. Sí, sublime. ¿Y por qué no decirlo si eso es así? ¿Acaso eso mismo no dará mayor conciencia a los demás **para** su exaltación en sus hermosos ideales que se roen acurrucados de vergüenza en lo más **secreto de su conciencia**, cual si fuese un crimen el amor, el bien, la belleza y **todas** las grandes aspiraciones desinteresadas?

Por eso esto es sobre todo para los jóvenes de todos los tiempos.

\*

La noche está lóbrega y **hay silbatina de los vientos**.

Siento reagravarse mi mal. Necesito arrancarme el corazón. Es un desasosiego que **me carcome en el alma**.

La noche está profunda y el no sé **qué** de una congoja me impulsa a postrar mi alma en la áspera **tierra**.  
Luego...

**No sé: ignoro lo que quiero. Soy algo así como una desesperación en el vacío.**

Y en los alares sigue cantando *él viento* su angustiada  
sinfonía.

¡Oh, rogad por el pobre loco!

Sí. Es evidente que estoy arrastrando mi alma. ¡Qué  
dejación! Y, cosa rara, estoy en una tristeza amable. Cuánto  
hastío de silencio en mi corazón. Deseo, como quien espera  
un imposible, el excitante de colerones, fanfarrias, tumultos  
y fragores, sinfonías de lo inmensurable en mares  
de rebullente sangre. Sé que necesito llenar éste vacío que  
llevo aquí, en mi espíritu. Me urge algo que me reanima  
hiriéndome, porque éste decaimiento me parece el postrero.  
Sin embargo no me apuro ni ante la muerte que se viene  
aleve, como la sombra. ¡Qué segundos tan ominosos y  
eternos!

Pero esta tristeza maldita ¿por qué?, ¿de qué?

Y esto ¿también pasará?...

Mas, mientras se agita en mi ser una muda y febril  
inquietud, esforzándose por irrumpir en una gritería de  
sollozos,- oigo que en mi corazón bisbea una misteriosa voz  
que dice:

¡Calla, calla!

¿Oyes...?

**Vanidad de vanidades  
y aflixión de espíritu...**

Entonces siento que mis labios murmuran, como en  
un eco lejano de Job:

**No he de vivir para siempre...  
déjame, pues,  
que mis días son vanidad.**

**Por tanto no reprimiré mi boca;  
hablaré con la angustia de mi espíritu  
y me quejaré con la amargura de mi alma.**



## EL LOCO

**La nube se consume y se va:  
así el que desciende al sepulcro  
no volverá,  
no tornará más a su hogar  
ni su lar le reconocerá más.**

**Mi alma está aburrida de mi vida:  
daré suelta a mi queja sobre mí,  
hablaré con la amargura de mi alma.**

La voz en mi corazón:

¡Calla, Loco! ¡Calla, Loco!  
Mis labios, maquinalmente:  
**No he de vivir para siempre...  
déjame, pues,  
que mis días son vanidad.**

Y en un silencio y caíma sin nombre, lentamente se van apagando en mi alma los sollozos, hasta que sólo se oye rumorear el silencio.

En estas noches de insomnio comprendo la eternidad de los segundos en una especie de transmutarse de mi conciencia desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande. ;

Noches sin fin; dormir del tiempo, del aire y la sombra; suave aplanamiento y muerte larga en la desesperación de las impotencias bajo el tardo e impasible avance de algo incomprensible.

¡Oh, Señor! ¿dónde está el serenador soplo **que** a veces me acorre? ¿Qué se hizo mi largo sosiego de marasmo? ¿Por qué este violento sacudirse de mis inquietudes y desesperaciones?

¡Señor, ten piedad! La congoja me ahoga y veo a través de mi llanto coágulos de sangre en las tinieblas de mi cerebro. Tengo miedo, Señor.

## ARTURO BORDA

Si mi corazón es tan pequeño, ¿cómo es que me das tan largo morir?

Necesito llorar, y, no obstante, quiero alegrarme, porque me urge también sentir hondo el placer de vivir; mas, esta nube negra que flota en mi corazón, pesadamente somnifera, sufragando el dolor de mis angustias...

Sí comprendo lo que es la alegría y tanto que bien podría entonar un extraño himno de sonrisas en una especie de revolar de libélulas en arremolinadas ventoleras de polen y aromas al ritmo de una calenturienta pulsación. ¡Oh!, el acelerado palpar de los corazones en la esperanza de rodar en el césped del valle ameno, cinchados con la amada en estrecho abrazo!

Pero ello no es nada más que un simple anhelo: revuelo maravilloso de alas tornasoles; magia fugaz de la ventura en canciones. Deseo de besos, citas y mareos; gozar, reír, amar... ¡Oh, sempiterna melancolía!

No, yo no sé el misterio de las alegrías; esta honda y misteriosa tristeza mortal sin por qué, es algo como si fuese el penoso arrastrarse de la esperanza varada en el hielo de los páramos sin fin, donde sólo ululan los vientos blasfemos, perforando con su frío mi aterido pecho.

No, no me equivoco. Sé que voy haciendo el ridículo, y, claro, mi tristeza se torna en furor. ¿Contra quién? ¿Contra mí mismo?

Quisiera arrancarme las costillas, si fuese posible, para respirar un instante con el corazón y los pulmones al aire, porque sé que...

Y tengo vergüenza decir que estoy por demás aun para mí. Por eso deseo desaparecer. Y, extraño edonismo, no ignoro que lo que me detiene es la ilimitada delicia de sentirme triste hasta la muerte.

Por eso, bien lo sé, necesito un refugio: amar a cualquiera chiquilina. Condición de expósito. Te escribiré,

## EL LOCO

pues, oh mi Luz De Luna; acaso ésta llegue a tu poder y quizá no seas la ficción que la fatalidad trae en tu nombre.

A mi sin par Luz De Luna. Debo escribirte hoy mismo. Urge, me es imperioso, porque estoy en mi hora de llanto y congoja. ¡Oh, sólo tú! ¡Sólo tú!

Pero escribo lo anterior y sonrío misericordiosamente, porque ¿quién eres y dónde estás, mi bien? ¿Dónde te hallaré o cuándo vendrás? Ven; te espero en lo infondo de mi ternura. En este momento de profunda postración serás algo a modo del suspiro salvador en las asfixias. Ven; mira que yazgo en el horror de una especie de tránsito: me daré a tí, íntegro, sin condición, como en la muerte. Ven, siquiera sea en alas de la idea... ¡Ven, ven!

En eso cae de mis manos el lápiz, porque un gran sueño o cansancio me aniquila a modo del goce en la última eyaculación de la impotencia.

¿Quién llorará mi tristeza, cuando yo...? ¡Oh, qué angustia, Dios mío! Ojalá fuera ya éste mi último sueño ¡sin aurora. Ni dolor, nada... Cuánta soledad, Señor.

¡Señor! ¡Señor!

\*

El día amaneció en neblinas y la calandria ha cantado risas y amor. Fue en el cabañal, no lejos de la fontana, entre nardos y tamarindos. Era un canto de amor y ternura a la aurora de luz y carne.

Hoy ha cantado la calandria. Siento, pues, en sereno desvanecerme, una dulce y leve languidez, cual si fuese «en el marasmo veraniego el ensueño de la pasión.

Además, me hallo seducido por el encanto del oquedal, donde sicómoros, lianas y camelias hacen alto dosel. En lo intrincado de la gran arboleda oigo el furtivo andar del ensueño a semejanza de un ledo caer de hojas al morir de la tarde.

El sol, burlando en haces el follaje dora en lampos el césped y la arena. Un manantial murmura, escondido entre los matorrales, el somnífero gluglú del agua que dialoga con el alma de la montaña.

Y el arroyuelo que, ¡oh límpido cintillo!, serpea, deglute y suspira, reverbera destellos adamantinos en los claros que ilumina el sol, el cual teje en la húmeda arenilla al través del líquido cristal, mil arabescos de sombra y luz.

Las enramadas, florecidas ya, se inclinan y lamen en las tersas ondas, cosquilleando en las sagitarias linfas.

Entretanto las aves alocadas trinan elevando el sordo murmullo del bosque en hervor, y zumban las abejas y las cigarras.

\*

Mas, dijérase que de pronto anida la muerte en la selva: todo se aquieta en el mortal silencio, por lo que me estremecen los calambres más sutiles; y es que la naturaleza se da a mí. Yo, a mi vez, sibarita en dejación de espasmo agónico, gozo en ella la melancolía de la hora fugaz a modo de cuando se presiente el advenimiento de la congoja en el incendio de la carne. En tal estado, oh la fútil caricia del céfiro en las ondas, me incita un místico deseo de palpar con levedad de mano inmaterial en el soplo de los vientos y en la suave ondulación de las aguas.

Así, debajo de los zarzales, tendido en la yerba aspiro el aroma que lleva el aura.

Tales son mis horas de ebriedad.

\*

Luego el callado gorgotar del agua, al discreto contactarse de las hojas, creo oír los férvidos secreteos, el acezar inquieto y los besos furtivos de los espíritus. Después oigo el sigiloso huir de las faldas de seda o tul. Y pienso, no sé por qué, en Luz De Luna; pero luego noto que sólo es la ventolera que arrastra en la umbría las hojas resecas.

## EL LOCO

En seguida, en la efervescencia de la selva en estío, volando hipnótica y lévenme aletarga una enorme mariposa tornasol.

\*

Tantísimos años que vivo acá y solamente ahora veo el fondo poético de este caserón lleno de telarañas y medio en ruinas.

La casa, vista por fuera presenta el aspecto más extraordinario; pues las ventanas se hallan en cualquier lugar, sin simetría: acá una pequeñita; allá otra de tamaño regular; a mayor altura de ambas, y descansando en el espacio que las divide, un balcón antiquísimo y mugriento, con su pequeño alarçillo; en seguida una ventana de a dos vidrios; después una con reja de fierro; al lado, una de estilo moderno. Todas en dispersión.

Tiene seis patios. Al Norte, sobre la calle Santa María, es de un piso, con subsuelo; pero siguiendo el nivel del techo, a medida que avanza al fondo y en virtud de que el terreno descende, los pisos aumentan hasta cuatro, hacia el Sur.

Los pasillos son largos y ófricos; los corredores, angostos, con escalones a cada trecho, en virtud de que las habitaciones se hallan en distintos niveles; los barandados, desiguales, de madera tallada, o llana, y la mayor parte apelillada.

Las habitaciones son chatas, oscuras y frías.

En los corredores ahumados y mugres, los inquilinos cocinan en pequeños fogones, mientras que las criaturas juegan, alborotándose tanto, que aturden, tanto más que casi nunca faltan juergas, durante las cuales chillan, ya el acordeón o la concertina, formando una verdadera charanga, con cuya música se tiene la impresión de un Miércoles de Ceniza.

Sobre el canal, hundido, en el centro del patio, hay una reja a modo de parrilla, pero constantemente cubier-

ta por la basura de las comidas malolientes y pegajosas, del barrido y los lavados.

El caserón es de piedra granito y parece que jamás ha sido revocado ni pintado; de modo que las paredes, de un gris lúgubre, dan al conjunto un aspecto siniestro. Es un caserón lleno de recobecos.

En los corredores desenladrillados y polvorientos y que al temblar cuando se anda parece que movieran todo el edificio, dan la impresión de que se han de hundir a cada paso.

En resumen, todo yace en un descuido admirable; dijérase el refugio de las estantinas, de brujas y trasgos. Aumenta esta impresión el ver, de trecho en trecho, una que otra maceta, cuyas plantas, sin riego y cubiertas de telarañas, crecen como por milagro.

Así, pues, sin querer se piensa en un convento o castillo feudal de leyenda, abandonado desde hace siglos y rehabilitada de pronto por la invasión de la miseria.

La mayor parte de los inquilinos viven muy poco tiempo. Es un continuo pulular de gente estafalaria y astrosa que de hecho y sin preámbulos se pone en relación. Casi todos hablan a gritos, aun de sus cosas más íntimas, sin miramiento alguno, y sí, más bien, con cierta complacencia.

He visto llegar de vez en cuando alguna que otra familia discreta, retraída y silenciosa; gente vergonzante; quizá si familias nobles arruinadas.

Por mi parte nunca hablo con nadie. Aunque no; no nunca: alguna que otra vez lo hago con las criaturas, **a** quienes, cuando tengo, les doy dulces. Y es de ver entonces cómo se alegran y me abrazan las piernas, y chillan y me pellizcan. Y sin embargo, me llaman Loco. No obstante, cuando las mamás dicen: Ahí viene el Loco, los niños se callan asustados. Pobres niños. Únicamente en tal edad es apreciable la humanidad: las **criaturas se aproximan al**

## EL LOCO

hombre, sin ninguna malicia, sin amor ni odio, respirando, sin saber, las fuerzas divinas, acaso la gran armonía. Cómo nos llena el alma tanta pureza, pero solamente por cinco minutos. Por lo demás creo que se debe necesitar ser un redomado imbécil para ser padre, y nada más que padre, puramente hechor. Y abundan.

Respeto a las demás personas de la casa, parece que me tienen miedo o me recelan.

Por la construcción tan especial de este edificio, o, mejor dicho, adefesio, desde que nace hasta que se pone el sol, salvado el mediodía, se diría que todo el tiempo es las seis de la tarde de un día lluvioso; que cuando es en verdad, el día semeja estar en eclipse.

Para llegar a mi habitación, que está en el cuarto piso del último patio, tengo que viajar casi toda la casa que es una especie de Laberinto de Creta. Por esa circunstancia he podido observar, o quizá simplemente he creído, que las gentes me atisban. Y siento la impertinencia de sus miradas que me asedian, que me siguen, que me escrutan, mientras que yo, rebosando odio comprimido, trato de esconderme en mí mismo. Y eso en vano, porque siento con más fuerza el peso de esas miradas escrutadoras e hipócritas que quieren robarme el secreto de mi silencio, rasgando el misterio de mi soledad. Pero cuando reacciono, el fulgor de mis ojos tiene la potencia de atracción del amor, y entonces en quienes fijo mi vista, bambolea la conciencia, viniendo a mí; pero mi espíritu repite el **¡non líí me tângere!** Y después, cuando paso por el lado de ellos, chichisbean. He sorprendido algunas palabras, porque mi oído es de lebre. Unas veces me suponen loco y otras criminal o santo. Y lo que más me desespera es cuando dicen: —¡Loco! Pobre hombre. Y no parece.— Y sus ojos que me asedian y huyen igual a las moscas, espantadas con mis miradas. Esos ojos fijos, siempre fijos, los detesto, porque mi silencio a causa de ellos, se hace más huraño, más profundo, tanto que yo mismo me sorprendo de mi impotencia para penetrarlo. Entonces me abandona toda fuerza y, ¡Señor!, ¡qué sombras! ¡qué vacío en mi alma! Mas, refugiado o corrido en mi tristeza, poco a poco

advierto ser vidente dentro de mis propias tinieblas y veo mi senda a través del misterio, negra, desolada, áspera y pendiente, entre un negro tumulto de las lejanas sombras de la muerte que en actitud hipnótica me llama con voz humana.

Es en esos momentos que mi existencia erupla el tedio de la soledad, a la que como a un refugio llegué un día, huyendo de todo, con miedo, con asco, con hastío. No obstante, oigo dentro de mí un grito horroroso que clama la misericordia de la amistad y el amor de cualquiera. Y a pesar de ello mi largo hábito en el mutismo de mi exilio repele brutalmente la simple idea de contacto anímico o físico con las gentes.

¿Cuál es pues mi situación en la vida? Estoy como suspenso y en constante vivisección en el vacío.

Mas, sospecho que a pesar de todo, lo que tengo dentro de mí es una excelente dosis de buen humor para observar tranquilamente las veleidades de mi existencia. Y comienzo a andar si los esfuerzos de mi voluntad por equilibrar totalmente mi razón no es ya un caso de locura. Son espinas las que respiro. Pobres nervios, no hay más remedio que aguantar.

Así me inunda una infinita necesidad de dormir un sueño eterno, cobijado por la sombra de este caserón ófrico, de murallones de granito ennegrecido de los Andes.

## I

### LA MUERTE DE LA CONCIENCIA

Esas lindas señoritas y esos simpáticos jóvenes a quienes yo estaba mirando tan alegremente, y con cariño, apenas me han visto han empezado a burlarse, llamándome: —Loco— y otras iniquidades.

¡Borracho ¡Loco! ¡Loco! ¡Por Dios, basta! ¡Bastal  
¿Qué daño hice a nadie? ¿Por qué me silban? ¿Por qué



se me burlan perversamente? ¿Por qué me lanzan esas jaurías de muchachos hambrientos de despadazarme? ¿Mi silencio les hiere? ¡Por Dios!, ¿acaso no me ven diariamente huyendo, cual bestia apaleada?

No, no hay piedad  
en la sociedad.

¿«Qué tiene mi silencio, qué tiene mi andar, qué tienen mi voz y mis ojos, siempre tímidos y furtivos, que provocan vuestra injuria y vuestros sarcasmos en la hipócrita conmiseración? ¿Mi reconcentración y mi sentimiento de amor y belleza os lastima, porque no río, porque no danzo y canto con vosotros, ahogando mi tristeza en vuestros jolgorios? Gracias.

Pero los que os habéis reído y burlado del sudor negro de mi sombrero, de mi tristeza, de mi raída y descolorida veste, y del roto gesto de mis zapatos que me arrastraban tímidamente ligeros y a hurtadillas en la sombra silenciosa de todos los rincones, buscando el amparo en la pía soledad, oíd.

Os probaré en la dolorosa irrupción de mi alma que no soy loco y que por lo menos mi alma y mi vida merecen vuestro silencio.

¡Hum!... ¡Loco! ¡Loco!... ¡Borracho!...

Gracias... En vuestra crueldad me sumergiré como el oro en el agua regia. Mataré mi dolor con mi razón; con efeté pisotearé mi corazón y os arrojaré en la cara mi locura y mi borrachera: mi miseria.

¡Borracho! ¡Loco! ¡Loco!...

Pero largamente debo ahogar en silencio mi cólera. Que nadie sospeche las tempestades de mi sangre. Sin embargo, aun no puedo reprimir mis temblores. Parezco un volcán que se pone en actividad, quemando sus entrañas para escupirlas en fuego.

Muy bien: sigan atizando, que ya aprenderán a respetar los andrajos que encubren un alma.

¡Loco! ¡Loco!... Así vocifera la impotencia y la nulidad.

¡Loco!... ¡Borracho!

Y mientras pasaba rumiendo en silencio estos pensamientos, queriendo esconder mis ojos y tapar mis orejas, yo sentía cómo salía una sonrisa o risa disimulada de todos los pechos y de todos los portamonedas; pero mi propósito se afirmó como un bólido que al caer en tierra se interna hondamente. Probaré que no soy loco, que no he sido y que no seré, que no quiero ser y que no puedo ser. Pero ¡oh, Dios mío!, esto mismo nó será acaso ya la comprobación de mi locura...! Quién pudiera de una vez ya perder la razón; porque si no es cuestión de un día será cuestión de mi vida. ¿Y mi pecho resistirá esta secreta desesperación... ?

## II

Absorto en tales pensamientos me puse en camino, considerando que debo matar mi conciencia. A la hora del crepúsculo me senté en un banco de la Avenida Arce, distraído en el malabarismo de mis ideas; pero el leit motiv era la muerte de la conciencia. Yo estaba alegre. Esas imágenes fugitivas me distraían mucho. Había una sombra que pasaba cada instante. Y era...

Cuando el hombre dijo: he de matar a conciencia la conciencia, entonces fue el asombro en el mundo, por lo que todos pensaron largamente. Pero habiéndose congregado los artistas, deliberaron mucho tiempo acerca de asunto tan raro. Luego refundiendo toda la solemnidad de la música sacra y la majestad de las clásicas marchas fúnebres, lograron hacer una música tan solemne y magna a la vez, que estremecía la vida desde su alfa y omega, a la que le pusieron el nombre LA MUERTE DE LA CONCIENCIA. Dicha música parecía decir: —Si el ser ha llegado a la plenitud de su perfección y comprensión máxi-

## EL LOCO

ma de él, y todo es nada para el mayor interés por todos los misterios, entonces, interrogando la conciencia de un nada a un nada de la conciencia, la vida resulta un vacío o sea nada de nada entre dos nada. — Es entonces que los artistas llaman a todas las potencias de la existencia; y el maestro director, postrándose lentamente hizo a los orígenes esta

### INVOCACIÓN

Satánicos

y divinos poderes de la existencia,  
surgid desde el fondo  
de vuestros enigmas  
y entonad el himno único de la vida  
a la muerte de la conciencia.

### HIMNO

Leda, leve, dulce y calladamente  
surjan de la eternidad  
las inmémores fuerzas de la creación  
entonando el sacro aleluya  
de gloria al porvenir.

### EL PORVENIR

Nazcan y mueran en la explosión  
las fuerzas que deberán ser fuerzas  
para impulsar las alegrías vanas del día.

### LAS ALEGRÍAS DEL DÍA

Aromas, rosas, luces y amor,  
risas y gloria,  
ahí van en la irrisoria alegría.  
Vivid, pues, sin tasa;  
que soy yo, la Noche,  
la sombra... del alegre día.  
Temblad, seres de la luz.

ARTURO BORDA

LA EXISTENCIA

Luz y **sombra**,  
noche y día,  
razón y locura,  
vida y muerte,  
¿para qué  
si al fin la conciencia es **nada**?

IA NADA

¡Ay del alma  
que adivine el enigma!

Entonces enmudeció todo en el aniquilamiento de la voz. De esa suerte todo fue menos que duelo en cada conciencia.

Tal era la sonata más grande que oí.

\*

El crepúsculo había pasado y la noche se venía encima anunciando tempestad. La naturaleza se iba poniendo sombría y cruel, como los ojos cuando se fruncen y bajan las cejas.

Paso a paso regresé a casa gozando del frío de la noche.

¡Loco!... ¡Loco! [Pobre hombre! Y no parece.

Tanto repetir pueden tornarme en tal las gentes, sin embargo de que me esfuerzo en asegurarme de mi juicio, justamente porque me llaman loco. Pero al simple hecho de asegurarme de mi razón temo caer allí de donde huyo. Y así, hurraño, me recojo en mi tristeza que sobreexcita lentamente mi cólera.

Loco... ¿Qué tengo de loco? ¿Mi empeño en **ser** cuerdo? Extraña locura, por cierto. La alegre crueldad **de** la gente me oprime el **corazón**.

Sospecho que por ello me obsede ya esta pregunta: —¿Soy o no soy loco?— Y la conciencia del peligro que entraña tal obsesión me impulsa a esforzarme en olvidar esa interrogante. Y tampoco desconozco que ésta es otra idea fija; lo cual supone una complicación que me fatiga a la vez que me prueba que mi pregunta de: —¿Soy o no soy loco?— es más permanente que mi deseo y mi empeño de despreocuparme de ello. Es una vesania. Así, pues, veo que mi locura está más cerca de lo que supongo. Esto razonablemente es justo, como también es el que no lo estoy, ya que fiscalizo rigurosamente mis actos. Pero esta condición supratensa y vigil me dice que como manía que ya es es a las veras el comienzo de lo que temo.

Heme aquí que por ser el tipo vulgar, sereno, fuerte e inofensivo, no soy ni dejo de ser ni loco ni cuerdo. ¡Oh angustia de un raro equilibrio sobre el filo mismo de la navaja!

Tampoco se me escapa que la afirmación y la negativa, en lo que hace a mi juicio y a mi demencia, constituye algo como una floración lógica del misterio de mi origen. Pues, arrojado al arroyo no bien hube nacido, sin nombre ni pañal...

No. ¡Basta!

No obstante debe ser tan sublime ser loco, es decir, olvidarse de sí mismo, dentro de la inmensidad de los propios pensamientos; y así, cuando los soliloquios y los diálogos interiores irrumpen en los labios, murmurando futelezas y sabiduría a modo de las voces de la Esfinge en los ensueños, entonces las gentes, absorta la vista y atenta la idea, deben suponer hallarse ante un ser escapado dei caos: hervor de razón e inconsciencia, como el ecoico rumor de los sepulcros con las llamadas de ultratumba.

Pero a pesar de eso me inquieta el que me tilden de tal. Y la vigilancia que debido a ello he puesto en mí, ha me llevado a ver que al anotar mis impresiones, si comienzo escribiendo en estilo llano no tarde en que, sin yo querer, ya estoy farfullando mil ramplonerías, mareándome

con la musicalería del acoplado léxico que verbenea en mi fantasía, aturdiéndome el pensamiento, lo cual, digo, quizá sea aquello que busca mi ansia de olvido y muerte, como tregua al sempiterno dolor.

Sí, mientras llegue mi hora iré estampando estos rumores, y sin embargo de que en ello habrá el realismo de los ensueños o el verismo del trivial cotidiano, las gentes de bien dirán: —Cosas de loco. ¡Aja, já, já!— Pero no saben ellos que desde sus corazones la incomprensión misma es la que eleva el himno mudo de la belleza.

¡Oh, gentes!, si no fuese tan grande mi orgullo, os diera lecciones de lógica en los vórtices mismos de la sinrazón. ¿Yo loco...?

Y esa voz que al principio sonaba en las bocas, luego en el viento y en los ecos, y que así, si bien provocaba mi cólera, provocaba también mi tristeza interior; hoy que esa voz repercute sin cesar en el fondo de mi idea, siempre la misma, con el mismo acento de compasión, como si saliese del seno de las tinieblas y de los silencios de la conciencia, reventando a la luz en todos los labios, hace que ni la noche constituya un reposo para mí; pues en las lejanas resonancias de la noche, cual si fuese al través de muros de algodón, oigo decir: —¡Qué loco! ¡Pobre hombre! Y no parece.— Entonces quiero salir gritando y explicar su error a las gentes, emprendiendo luego con todos a bofetón limpio; pero en seguida en el silbido de los chiquillos que pasan a manera de ráfagas, sé que dicen: —¡Pobre hombre! ¡Qué loco! Y no parece.— Y aun en las mujercitas, cuyas bocas de rasgo fino y purpurinos labios que quiero besar con pasión, oyendo de ellos una palabra de aliento y esperanza, de consolación y amor, sólo oigo murmurar tímidamente perversa la misma frase: — ¡Pobre hombre! ¡Qué loco! Y no parece,— cuando pasan las apetitosas a manera de ensueños materializados en un fulgor que se desvanece en un pestañeo. Y quiero, así, en el paroxismo de mi desesperación, morir, nada más, porque comprendo la gravedad de mi situación; por eso, como pasea calmamente dentro de su jaula el águila imperial, tragando la indignación de la majestad de su impotencia, de

## EL LOCO

igual manera dentro del agrio hermetismo de mi resentimiento se rebela la soberbia de mi razón, agitándose con lentitud silenciosa, enjaulada en la libertad por la infranqueable opinión ajena que me resta todo concurso con su: —¡Pobre loco! ¡Qué hombre! Y no parece.— Mas, en medio de la conciencia de mi derrota parece que mi voluntad indignada me grita: —¡Cobarde! ¡Cobarde!— Es así cómo cada cinco minutos reacciono ¿olorosamente enojado, cada vez con mayor afán, aunque siento que con menos resistencia, cediendo poco a poco en medio de mi cansancio en fuerza del artero convencimiento de que estoy loco. La conciencia lenta y segura de tal obsesión me obliga a supervigilarme cada vez con mayor atención, empeñado en no molestar a nadie y por nada, máxime si la pobreza jamás puede nada a pesar de sus mayores esfuerzos; y hago que ninguno de mis actos salga de las prácticas vagares, afanado en que mi vulgaridad misma no tenga motivo de llamar la atención ni por eso, por ser vulgaridad: esfuerzo de voluntad que constituye el otro aspecto de mi cilicio. De manera que lo que hago o digo y supongo que constituye una molestia para cualquiera, ya es una espina en mi corazón y un estrangulamiento en mis pulmones que me sofocan; es por eso que cierro herméticamente mis labios y bajo los párpados, refugiándome en mi silencio huraño y en mi ultrasensitiva soledad de malestar con náuseas cerebrales y cardíacas. Por tal manera tengo esa urgencia terrible de ocultar en lo más hondo de mis secretos todas mis más caras ilusiones, por santas y nobles que sean, buscando desaparecer ante mí mismo, ante mi propia conciencia, como en la muerte, en el montón anónimo, allá donde a nadie persigue ninguna mirada deletérea y ningún índice asesino, allá donde a nadie persigue ninguna murmuración cobarde y venenosa; pero ¡Señor! no hay cómo, porque cuanto más hago por pasar serenamente como nadie ni nada, escondiendo mis inquietudes, anulando mis ambiciones imposibles, haciendo por desvanecer la idea que se tiene de mi locura, precipitándome en la indigencia, tanto más parece que mi pensamiento se transmite a los demás, transformada o invertida, resultando por eso que a manera de mis mudos temores oigo murmurar en todos los labios: —¡Pobre hombre! ¡Qué loco! Y no parece.— Y es entonces la tremenda lucha de mi desespera-

## ARTURO BORDA

ción y de mi voluntad, a cuya consecuencia caigo rendido, algo así como resignado en una despersonalización total, en algo menos que en el anónimo ante mí mismo. Mas, la indignación por mi debilidad de la tragedia en lo íntimo de mi secreto me exaspera, y me yergo tan fuerte y enorme, que mi terror por mi potencia me obliga a desaparecer nuevamente en mi propio concepto: ya no sólo me escondo sino que algo menos para lo cual no hallo el verbo correspondiente.

Y así, buscando la palabra, de pronto todo esto me hace pensar que con semejantes elementos ya podría forjar una hermosa página poética, una verdadera obra de arte; pero, en realidad tampoco me canso de repetir: —¿Y a mí qué me importa?— Claro está que no me importa, es decir, que no debe importarme, porque justamente ¿cómo nos ha de interesar el que nadie se divierta con nuestros infortunios? Sin embargo, aquí está la cuestión: si no es realidad esto que refiero es una mera simulación por averiguar este proceso siniestramente peligroso, pero que de todas maneras constituye un triunfo de mi voluntad, y entonces, aunque en lo íntimo de mi alma, escucho resonar la fatídica frase, siento rebullir alegre y fácilmente ya mi sangre.

Sí, así es la vida: sucesión continua de altibajos, oleaje de mar profundo y sin orillas; reflejos dislocados o nítidos de todas las luces y las sombras celestes. Ahora canta en mi alma la luz meridiana como al través de un prisma sobre un hermoso búcaro de las más hermosas y exóticas flores. Hay un inusitado cosquilleo de carcajadas en las reconditeces de mi alma, lo cual me hace feliz por el momento, aunque no sé a ciencia cierta por qué. Pero estoy alegre y eso me basta. Dormiré tranquilo.

Dormiré tranquilo, digo y me parece oír el entusiasta repiqueteo de las castañuelas de una hermosa bailarina que surge de la sombra, alegre, leve y bulliciosa, ataviada de nubes y celajes, hasta que me hipnotiza y fascina en medio de una música deliciosa.

**Y no recuerdo más.**



Hoy, tres de mayo, ¿la invención de la Santa **Cruz**?

\*

Hace ya varios años, fue en un día igual, que los RR. PP. de la Compañía de Jesús invitaron a las Madres del Hospicio de San José a oír la misa que celebraban en honor del símbolo católico. Con tal motivo fuimos ahí los huérfanos.

Desde entonces no puedo olvidar aquella frase: —Con este signo vencerás.— Y es tan enorme el sentimiento de confianza y respeto que tal imagen me infunde, que casi siempre sosiega mis pesares.

\*

La Cruz... Ese signo, antes de ser el de la redención, fue el de la justicia ignominiosa. Antes de la crucifixión del Nazareno era la amenaza infamante aun para el traidor a la patria, aun para el incestuoso y parricida, o para el filicida; mas, hoy es la glorificación del mártir por el triunfo de la Verdad, del Amor y la Justicia.

En este orden se hallan también la horca y la picota, que, por ejemplo, con Murillo y los demás protomártires de la Independencia Suramericana se transfiguran en el símbolo de la libertad.

Sarcasmos históricos.

Indudablemente que esa es la más estupenda inversión de valores como aquella que sufrí el tres de mayo. Entonces tuve plena conciencia de lo irritante de las miradas compasivas e indagadoras, zahoríes, para todo expósito que no tiene la culpa de arrastrar su fardo de miserias que le impusieron desde antes de ser engendrado, y que ignora si tal imposición fue por amor, por miseria o por vicio. A **tal** punto me sublevaron aquellas miradas, que si tengo a la mano una daga, en el templo mismo despanzurro a todos. Y si entonces descubro a mis padres, los descuartizo con mis puños y mis dientes, nudo por nudo.

Esto me parece tremendo; pero así es.

\*

Con tales ideas, y así que se iba celebrando el santo sacrificio de la misa, yo iba rezando como tan pronto blasfemaba al calor de mis lágrimas, rebeldemente arrodillado, la cabeza hundida entre los brazos cruzados sobre el respaldar de un banco, adormeciéndome de modo insensible con el humo del incienso y con el monótono rumoreo de las oraciones femeninas que ondulaban en el aire a modo de oleajes a flor de labios. La sorda y lúgubre voz del órgano presionaba el ambiente. Y cantaban:

**De esta incierta orilla  
por el ancho mar  
guía mi barquilla  
a la eternidad.**

Y en uno de esos momentos de hondo sufrimiento, de suspiros atracados en sollozos, empiezo a ver en mi mente un nuevo aspecto de la inclusa, la cual se me presenta inmensa, siniestramente opresora, a semejanza de un hospital o un panóptico, hacinada de lepras, de crímenes y de vicios en floración de carne inocente, todo velado con un repugnante velo tejido de babas en el misterioso origen de los padres filicidas, enfermos, cobardes y ruines, yo ando desesperado por salvarme. Luego el orfanato adquiere otro aspecto: es un círculo formidable de montañas cortadas a pico, en la sombra, después de la puesta del sol, al anochecer y entre las brumas. Todo está húmedo y pegajoso. El ambiente no se mueve: la sangre no circula y los pulmones no funcionan, mientras que mi espíritu se enloquece en la impotente desesperación.

\*

Ahora quisiera arrancarme la memoria, porque vuelve a resurgir en mí el pasado nebuloso y glacial, con todo su séquito fatídico. Sí, ahí están; las veo: son las Madrecitas. Andan lenta y sigilosamente, anudando oraciones en cada cuenta del rosario que pellizcan con sus dedos fi-

## EL LOCO

nos. De esta suerte matan su tedio esos pobres cirios que se consumen al chisporroteo de su propia lumbre. Y los expósitos, sonámbulos ignorantes, divagan ansiosos en el misterio de sus intuiciones, queriendo saborear los besos maternos. ¡Oh, angustia asesina!

Es inútil; no puedo... Debo huir a cualquiera parte. Pero ¿a dónde iré que no halle el espectro de los padres cada vez lejanos y misteriosos?

No, no puedo ni debo amar, porque no sé si Luz De Luna es mi sangre o no. ¿Acaso, por ventura, sé quiénes ni de dónde son mis mayores?

Y para acentuar el retortijo de mi alma, yo que me vi en el espejo, oh día fatal, sé que soy el híbrido amalgama de las razas: ningún signo me clasifica.

Sí, debo perder el juicio ahora mismo. Las gentes tienen razón en llamarme loco.

Pero hay en mí, de tarde en tarde, fulgores de siniestra claridad que iluminan los horrores de mi verdad. Entonces mi razón se abre a manera de un relámpago en las tinieblas, en las que, por tal manera, veo mi condición. Y en vano gimo en mi silencio, anhelando un imposible reposorio de amor y ternura. Así caigo ante la vida, al rigor del hado, en la resignación fatal del moribundo.

Sí, hay algo que desde el origen me raspa el corazón. ¡Oh, si yo pudiese arrancarme de la tierra, arrojándome en el silencio del infinito.

## LAS NUBES Y LOS PADRES

### I

Tanta luz en un principio. La tierra estaba encarnada por el sol del mediodía, y las sombras movedizas semejabán encajes lilas, a causa del cierzo que soplaba agitando las frondas del saucedal. Abajo, en el rosedal, las parejas yendo lentamente, como queriendo retardarse en el

tiempo, sonreían amables, arrastrando distraídas las manos sobre las hojas y los capullos del jardín. Así avanzaban, acoplados a millares, los enamorados. En el ambiente se aspiraba un soplo de alegría, mientras mareaba el pausado revolver de las mariposas en nubes, en tanto que las aves gorgoritan una extraña sinfonía. Había rubor y calor en las mejillas y en los labios, en tanto que se agitaban los pechos de las bellas y el aura incitaba ondulando las sedas que colgando en las cinturas se abrían flexuosas, diseñando las formas. El acezar era inquieto y caían los párpados. En el día y en las almas el sol entonaba un himno de alegría. Al principio todo era así: amor y sonrisas, luz y color y la inmensidad azul.

\*

De pronto sopló el vendabal y volaron deshojadas las rosas; el saucedal sonaba igual a un torrente en avenida. Se nubló el sol. Después cayó un chaparrón torrencial.

En seguida nieblas y más nieblas. Entre nubes, roquero y solitario, el nevado picacho del alto monte. Luego el frío, la humedad caladora, la noche que se viene y el viento que sopla en las alturas, arrastrando nieblas en la montaña. El último trueno huye retumbando de cumbre en cumbre.

El día, minuto a minuto está más ceniciento: ennegrece las enramadas y las arboledas. Las nieblas que bajan, que vienen, que se dilatan; y allá, en la hondonada, una luz que se esfuma en la opalescencia. ¡Oh, estas nieblas que llegan blandamente, cubriéndolo todo! Cuánta sombra...

## II

De esta suerte la noche húmeda y lóbrega. Pera luego... ¿Acaso ha salido la luna? Pues las nieblas, quietas, en silencio, se iluminan levemente. No se mueve ni un átomo; mas, las nieblas han entrado ya en mi alma y en mi corazón, frías, muy frías, densas y muy densas, esfu-

## EL LOCO

mando el pasado y el porvenir. Estoy trasminado. Nieblas y más nieblas dentro y fuera de mí. El silencio, la quietud, el húmedo frío y las frondas difusas de la selva...

\*

Después, primero como la simple idea de la saliva que chasquea en la boca o el lejano gotear de la lluvia en el silencio; luego más y más claramente, el chapoteo de unos pies en el barrizal; acto seguido unas sombras vagas que se mueven en la niebla, sombras que vienen lenta, pesadamente. Hablan. Son voces sordas. Y de la bruma cada vez más compacta, más constreñidora, salen espectralmente, como materializándose, dos viejecitos encorvados, apoyándose en sus cayados. Sus palabras son quedas y misteriosas, tanto que semejan susurros del viento; sus pesados pasos chapotean el lodazal. Llegan y pasan hablando a la vez que sus ojos con nubes avisoran angustiosamente en las brumas, en las que internándose van desapareciendo poco a poco. En eso, sin saber cómo, caigo de rodillas, besando las huellas. Entonces la niebla se hace impenetrable, más compacta y opalina, esfumando totalmente las siluetas que se alejan. Mas, sus voces y sus pasos aun suenan en mi recuerdo.

Una voz interior:

—Ellos son, Loco, los padres que aun te buscan en el misterio.

La inquietud me despertó.

## LA MADRE

### I

Ojalá que lo que va sucediendo no pase de ser una pesadilla, pues me agobia ya la profundidad de estas sombras, avivando el recuerdo corrosivo del estigma del abortivo en alma y cuerpo.

Ando a tientas, palpando en la obscuridad. La vía, erizado cascajal de púas, dificulta mi marcha. Entre tan-

to las piedras ruedan rebotando como en una garganta berroqueña, rebatiendo el silencio con su lúgubre eco.

Ambulo, pues, temeroso e incierto, porque creo estar en una honda catacumba.

Mas, acabo de palpar en las húmedas rocas. Caen a mi nuca cual taladros de hielo, gotas incesantes de agua fría.

¿Estaré soterrado o al raso? ¿Será ésta, garúa o filtración?

Estoy rendido y el frío me congela. Me domina un gran deseo o necesidad de dormir, nada más. Pero es inútil: una voz interior, voz sin voz, me obliga a marchar. De pronto tropiezo y caigo. Me horroriza dar mi grito en este silencio lleno solo del eco de mis pasos y del estrépito de mis caídas, y del rogar de los guijarros en el abismo.

\*

Así anduve breve tiempo y largo espacio cuando... ¡Oh, al fin vi la luz! Es una lejana claridad, difusa y misteriosa.

Acelero mis pasos y al punto vuelvo a caer, pero pronto me yergo, agitado y anhelante. Prosigo lentamente a tientas. A medida que avanzo, la claridad es menos cárdena diseñando vagamente la salida de un antro.

Ahora oigo el inmenso y solemne romperse de las olas en los escollos a la vez que el trino del acantilado.

Apresuro cuanto puedo el paso, pero a medida que la claridad aumenta, mi andar se dificulta.

La luz ciega, por débil que sea, si emergiendo de la tiniebla se va a ella.

## II

Heme que por fin salgo. Pero... ¿Cómo? ¿Un hospital? Mas... No, no entiendo.

## EL LOCO

Cambia la escena y vuelven las tinieblas. Ni una estrella. ¡Cuánta angustia!

Las horas se suceden satinando la llanura, la cual se ilumina de pronto por luz de luna. Pienso alegremente en mi Luz De Luna. Y . . .

Mis propios ojos son linternas que iluminan un horroroso espectáculo: Mi origen: el estigma del abortivo.

Y, para mi mayor tormento, la noche se hace más honda y mis ojos dan más luz, y entre mis padres y yo sigue desfilando indiferentemente la humanidad.

¡Misericordia, oh Rey de los Siglos!, digo y la visión se desvanece.

### III

En esto huyo por un bosque lleno de rumores y oigo un alarido en el fondo de las tinieblas.

#### LA VOZ

Loco, hijo mío, si tu carne grita rebelada por los vaivenes del infortunio y tus labios, o tu sentir y tu idea babean sus maldiciones increadas al seno materno, sabe, ya que no existe la generación espontánea, sabe que para tí la deidad inmediata, aquella que es la concreción cósmica, esa es la Madre. Ella en las tinieblas de su matriz, como Dios en la noche del Origen, te fundió de su sangre y de sus huesos, infiltrando en tus tuétanos su médula misma; ella te dio todos sus tejidos e hizo el maravilloso telar o lira de tus nervios: en sus propias entrañas engulliste su carne y aspiraste el aire más sutil. Segundo a segundo fue dándote sus días, sus vicios y sus virtudes. Ella en nueve lunas fue puliendo tu ser a la aptitud única de las delicias ultrasensibles; en nueve lunas te dio su hálito al abrigo más blando y al calor más dulce. Loco, hijo mío, eleva la más íntima oración de gracia por el don de dones que te infundió La Madre.

Oye aún.

Ama a tu padre: él es la aguja magnética del imán femenino: ansia inconsciente de las supervivencias; él es el misterioso albur de la palpitación desorientada de cada destino; él, don genitor, es la fuerza giróvaga y ciega. Loco, hijo mío, él te dio el impulso.

Hay más.

Venera, hijo, la santidad del coito, porque ello es el estremecimiento eyacula de dos infinitos en el torbellino del eterno instante: es la conjuración de la vida en los vértices de la muerte; es el soplo en las vorágines creadoras de las sinrazones divinas.

Y así, tú, hijo mío, eres el cántico de las sombras más hondas.

#### IV

De pronto noto espantado que el Dante me contempla horrorizado desde los profundos del Infierno; pero mi carcajada tiene para mí mismo un eco de locura.

#### V

Y desperté.

Suspica y temeroso, oponiéndome a mí mismo hago esta descripción con alegría y cólera de verdugo de filicidas.

Y estoy asustado. La conciencia de mi razón analítica titubea y retrocede ante esas temeridades, pero otra conciencia, la del imaginario, como enclavada en la conciencia de la razón, me obliga férreamente a expresar sus ocurrencias hasta que la conciencia, cediendo de modo maternal, me hace escribir los dictados de ese loco, cuyo espíritu se aviva, crece y relampaguea cada vez que la sensata y desaprensiva opinión pública me silba al pasar: —¡Pobre hombre! ¡Qué loco! Y no parece.—



## EL LOCO

### LA GOTA DE HIÉL

#### I

Yo vi caer el papel de las manos de esos dos individuos que estaban conversando; y como no se dieran cuenta de ello, corrí a recogerlo. Era un cheque al portador, por una fuerte suma. Seguí andando, para devolverlo; pero ya estaba acosado por unos espías que me hicieron conducir a la comisaría. Indudablemente que no obstante de la rabia que me dio, no pude menos que reír. Ahora yo no sé si la policía lo cobraría o devolvería ese cheque a su dueño.

Después me fui a sentar quietecito, con los brazos cruzados, a un banco de la Alameda, abstraído en una especie de vacío de ideas. Cuatro horas me tosté así.

De pronto me di cuenta, como si despertara, que unas gentes decían: —Así siempre es. Es loco.— Y pasaron mirándome de soslayo, razón por la que hubo en mi sangre y en mi alma un violento vuelco de algo áspero y agrio que se dilató en mi organismo, mientras que las medí de pies a cabeza a esas gentes con una mirada furiosa, rápida.

Y caí en un deplorable estado de laxitud, aunque en el fondo agradecía el suceso, porque ello alentaría en mí la reacción consiguiente, es decir, algunas páginas que procuraría hacerlas bellas.

Cerré los párpados y . . .

\*

Una sombra, como mi reflejo en un espejo esmerilado, lanceteando la lengua anda alocada, hasta que por fin se detiene y empieza a fabricar precipitadamente del inmundado lodo un mundo de figurillas negras, monstruosas, las que al instante adquieren vida, para asfixiarlo a él, a su artífice. Luego le rompen el cráneo y le extraen los sesos que los extienden en una pizarra negra. En eso, de aquella blancura bajo el sol que calcina, irradia una inmensa luz tornasol, la cual al punto se torna en la más maravillo-

sa aurora boreal sobre la extensión hiperbórea. De esa suerte fueron sucediéndose los paisajes más estupendos y variados del mundo. A la vez esos disformes monigotes de lodo, se transforman en los tipos más hermosos de cada tiempo y lugar, ejecutando las danzas y músicas originales y los ritos del amor. Luego todo eso se transforma en la sombra que lo envuelve y satura todo, para convertirse en una indefinible forma divina que va ascendiendo radiante y serena hasta desaparecer refundiéndose en la eternidad.

Al despertar estoy mesándome desesperadamente los cabellos.

Mañana...

Pero no, porque algo me raspa y quema el organismo.

Chiquitita gotita de hiél  
que al circular narcótica y vigilaría  
en las arterias y en los nervios  
eres en mí a la par  
el arsénico y su antídoto  
o la supuración y su bálsamo.

¡Oh, chiquitita gotita de hiél!  
leve y densa y sombría  
y radiante cual el día,  
chiquitita gotita de hiél,  
eres áspera, dulce y agria  
como en la cicuta el hidromiel.

Chiquitita gotita de hiél,  
sal del amor que incubas invisible  
en el fragor del misterio  
gozoso  
y doloroso,  
impulsada en loco frenesí,  
mátame pronto, por piedad,  
chiquitita gotita de hiél.

La verdad es que al concluir estoy riendo sin querer,  
por el curso fracturado de mis ideas.

Algo debo tener de estas tierras. Por eso cuanto más siento, cuanto más pienso; cuanto- más vivo, reconozco más en mí a mi pueblo, a mi sangre, a mi raza; a la chusma, a las multitudes, al populacho, a la canalla; a sus artistas, obreros, labradores y pensadores, en sus odios, en sus dolores, amores y placeres: todo lo reconozco en mí. Amo odiándolo a mi pueblo, como si fuera a mis padres o a mis hijos, acaso sea porque le enseñé aprendiendo de él mismo. Yo le apostrofo, le insulto, le abofeteo y requiebro; le rechazo para atraerle, así como huyo para fundirme en él. Por eso si el pueblo me rechaza, es para seducirme, si me escupe es para besarme; porque más que saber, presiente que en el aislamiento de mi soledad le soplo un ideal, un deber, un fin: empujar las fibras atrasadas del progreso.

Esto me indigna y sin embargo largo la carcajada larga, desesperada, rabiosa y burlesca...

Pero mientras iba escribiendo lo anterior yo había estado llorando... ¿Por qué? Qué absurdo soy, Dios mío. ¿Quizá la sensiblería de una mera idea poética?

Sí, cada vez que torno a refugiarme en el arte, aunque sea inconscientemente, —llamo arte ahora al escribir estas zoncerías— así sea en las idioteces de las bufonadas que arrancan sonrisas o carcajadas o ya sea en el horror de las ideas trágicas o en los aspectos mundanos simpáticos, bonitos, así como en las ideas místicas o profanas, imperiales o pastoriles, siempre me ocasiona respeto, horror, estupor, perplejidad, y al fin la furiosa gravedad, como la del espasmo en brazos de la hembra. Tal llegó a los abismos de mis cavernas a escudriñar la vida al través de las tinieblas. De ese modo salen mis concepciones en temblorosos calofríos, como el furente fuego sale de las entrañas de la tierra, lamiendo con su lava los inmaculados hielos de las cumbres volcánicas.

Ahora veo que en este desenfreno del alma lo efectivo es que no hay método posible: avanza, arrolla, destroza y pasa, indiferente a todas las resistencias de mis necesidades y de mi voluntad, ciega como la inconsciente fuerza de una predestinación. Sueño, hambre, reposo, alegría y

pena, indiferencia y ansia, goce y dolor; todo eso mío queda de lado ante esta fuerza que manda a través de mí, yendo ignoro hacia dónde.

En una tal borrachera de sano juicio ¿estoy cierto acaso que intervienen mi sentimiento o mi pensamiento y mi imaginación en lo que escribo con una especie de impulso maquinal, a pesar de ese algo de parálisis de mis manos?

¡Ah! el no saber lo que se hace y piensa e ir obrando sin embargo sin objeto ni causa en este cuartucho en que con el frío imperan silencio y soledad. Mas ¿por qué en este momento se me ocurre que la estética es el amor quintaesenciado que como cuando trepamos una montaña, a medida que se asciende se va aspirando aire más puro, abarcando horizontes cada vez más lejanos? Así, de esa suerte es el amor y la pasión por lo bello y la verdad, que se purifica sutilizándose en forma de una columna, tromba o pirámide en marcha, que desde su enorme y pesada base se adelgaza hasta ser el filo de una aguja, la cual se profundiza en los éteres de la insospechada luz de la eternidad. ¿Qué groserías del amor no sublimiza hasta lo divino la estética?

Pero de igual manera noto que cuanto más se dilatan mis ideas en la percepción y comprensión de la existencia, ahondándose ora en lo que podríamos decir abismos de luz, ora en fulgores de tinieblas, cuanto en sus conjunciones, tanto más olvido los símiles y las palabras mismas para traducirlas; de ese modo mi olvido se va reduciendo al objeto mismo comprendido, y más todavía, tanto que en seguida todo me resulta como si no hubiese sucedido nada.

## II

No puedo dormir. Debo ir a cualquier burdel o caramanchel, porque en el bullicio del barullo hallo desde hace algún tiempo más silencio y soledad que en el silencio y la soledad, acaso si porque entonces las humanidades

## EL LOCO

de mi mundo interior salen y pueblan desenfrenadamente mi silencio y mi soledad, desesperándome con su imperiosa solicitud o mandato de que les dé forma para retozar en el mundo de las conciencias. Además, es inmenso el placer de sentir la miseria de ir arrastrando bien oculta nuestra tristeza, como basurita que se arrincona en todos, los más apartados bares, justamente allí donde la alegría explota hasta extinguirse en dolor. En verdad que tiene algo de grande el ir ahogando silenciosa, oculta, risueña y lentamente el ideal que alienta nuestra inextinguible pena. El dolor tiene algo de borrachera.

En ese rinconcito  
silencioso y solitario,  
igual al gran amor  
o al nunca más del más allá,  
puse la copa en la roja balanza  
con la que la báscula  
se inclinó lentamente  
hasta el tope.

Mi copa es amarga y dulce  
como el alba y la muerte:  
arriba es leve y aromática  
, y cristalina como el día,  
y al fondo es negra,  
hedionda, espesa y áspera:  
pero trago a trago  
paso la hora vana,  
rumiando infatigable  
las ideas del hondo sentir,  
aturdiéndome de tristeza y alegría:  
alegre de mi lento suicidio  
y triste de acezar aún.

Y sin saber desde cuándo,  
y sin saber cómo ni por qué,  
soy el Ahasvero en el ideal,  
que ando, ando y ando  
sin saber hasta cuándo,  
dando tumbos sin remedio.

Lupanar, garito y taberna  
atosigado de tedio, me ven  
puesta el alma en alto ensueño  
que estrangula y devora  
el nefando pasado  
de envidiosos espectros poblado.

**Una in voce voz: (en mi oído)**

—Cerebro, corazón y pies,  
un día al fin descansaréis.

**Mis labios: (mudamente)**

—Pero ¿cuándo será, Señor...?.

**La voz:**

—¿No ves? Ancho es el mundo  
y el tiempo es sin fin.  
En seguida, rodando  
a empelones de los ominosos segundos,  
sigo andando sin rumbo.

Noto que el ritmo de la idea se concreta en el pensamiento. El pensamiento da por eso por sí la medida de su propio verso. Para encontrar ese metro es que el poeta tiene que ser artista; porque si no se rompe el ritmo y con él la armonía. Conozco así hermosas composiciones poéticas puestas en metro que destruye el ritmo formal de la armonía interior.

Qué mundo en el que empiezo a perderme. Ya estoy divagando.

Hay veces en que la divinidad de las ideas o los sentimientos, mientras estoy ciego, sordo e insensible en mi soledad, me elevo y elevo, alejándome sin término, hasta que de pronto en ese mi trance o avatar me parece que soy víctima de la observación de las gentes, mientras que estoy desapareciendo en mi propia constricción, por lo que

disgustado vuelvo en mí, a tiempo en que mi silencio, la soledad y mi perplejidad, parece que largaran de pronto sus carcajadas en mi propio corazón. Claro que yo también me río de mi pretenciosa simpleza.

Ciertamente que el ideal jamás fue, es ni será retrospectivo: siempre es el atalaya del porvenir, por mucho que se revise el pasado.

Ahora mis ideas están empezando a girar vertiginosamente; quiero retener alguna imagen, cuando entran a la taberna unos individuos de los que han logrado sus aspiraciones. Les he deseado su felicidad. Pero cuando se es bueno por naturaleza, no obstante los racionamientos de la mente, cómo se retuerce y tuerce el corazón si la inteligencia desea la ventura a los que triunfan. No es envidia, pero es todavía un fondo de egoísmo. Ya irá muriendo.

Nuevamente pienso en aquella barquita de pluma de paloma y en él el Hada Ilusión surcando en el aura leda.

En este momento, al sacar en limpio estos apuntes, mientras estoy escribiendo, creo que esto que cuesta mil amarguras, un día podrá ser leído alegremente en la blanda tibieza del hogar, risueño de felicidad, llevando a los lectores en las alas del ensueño a tiempos y existencias antípodas de la realidad originaria que no quisiera recordarla.

### III

Quisiera huir hasta de mí mismo ya.

Qué tiempos y qué pueblos éstos sin grandes ideales ni empresas en qué poder embarcarse ni en qué poder beber la fuerza y la belleza, ya que no para poder cantar, por lo menos para poder sentir y vivir en su floración. Por eso, por fuertes que sean nuestros deseos en estos eriales, para forjar algo grande, sin recurrir a lo ajeno, sólo resultan verdaderas pompitas de jabón, las vulgares sugerencias de las briznas de cada día. ¿Nunca veré nada grande que me sugiera eso enorme e indefinible que anhelo y espero...?

Y siquiera quién hubiera podido ilustrarse a tiempo y con método y facilidades; porque en este pescar lo que se puede a la carrera, no hay más que estúpidos injertos de gérmenes de ideas sueltas que florecen absurdos y no más que en una especie de adivinaciones generales. ¡Qué esfuerzos inútiles!

¡Qué frío acalambrado el que siento  
Y no hay que temblar...  
Es una gotita de azogue,  
fría, muy fría,  
fría igual al éter y la muerte;  
es una gotita de azogue  
que resbala lentamente,  
incesantemente  
en mis nervios y arterias  
o ya ligera, inquieta, alegre y febril,  
dando vertiginosamente,  
de vez en vez,  
mil y mil vueltas  
en derredor de mi corazón,  
de tal modo  
que semeja la caricia insaciable  
de hilos de hielo.

Entre tanto la angustia de mi alma se dilata en toda mi sangre a modo de infinitos dedos crispados, angurrientos de huir por todos los poros de mi piel, mientras que los gritos de mi horror se ahogan en la congestión de mis pulmones.

¡Qué frío, Dios mío!...  
Es una gotita de azogue  
que resbala sin cesar en mis nervios,  
fría, muy fría,  
fría como el éter y la muerte.  
Y no hay que temblar...

¡Oh!, errantes lágrimas de la duda,  
id raudas a extinguiros en el alma!



## EL LOCO

Errantes lágrimas de la duda,  
elevándoos en la sutil bruma  
desde el fuego de la mi sangre roja  
velad mis sueños en ópalo de calma,  
cual en un torbellino de ventisca  
la fuerza consume  
leve a leve hoja  
la hojarasca  
que la tierra mordisca  
entre lasca y lasca.

Errantes lágrimas de la duda  
id raudas a extinguiros en el alma.

Son los hipos del llanto  
y nada más;  
pero semejan ser  
las serpientes de la melancolía.  
En mi garganta,  
conteniendo mi gemir  
—eco de las tempestades en la montaña—  
se estrangula mi anudado deglutir,  
y en mi corazón  
—caja de resonancia en silenciosa nevada—  
suena una marcha lejana,  
lenta y lúgubre:  
Uno, dos. — Uno, dos.

¡Voto a Cribas! Mejor es ir a vagar.

Y sin darme cuenta de nada, dando tumbos de ebrio  
o ciego, he ido las calles. A ratos imaginaba estar sonámbulo;  
pero no era nada más que la preocupación y reconcentración  
de una idea o sentimiento sin forma aún, que buscaba su  
expresión propia, pero que, felizmente, se perdió  
en el olvido, como siempre; lo cual es para mí una  
suerte: el antídoto de la imaginación.

Estoy sentado en a Avenida 16 de Julio. El calor del  
sol autumnal me refresca al soplo del viento Nordeste.

Cierro los párpados. Lentamente voy cayendo en plena  
dejación.

Cambia la dirección del viento que sopla ya con pulmones de océano en los follajes, prolongado, fuerte, sordo: semeja el arrastrar de alfombras de oropel en las alturas y el mugir de bestias antediluvianas.

La corriente del viento no ha descendido al suelo.  
.....

Continúo con los párpados cerrados y estoy encantado en la placidez que me infunde la tibieza del sol.  
.....

Alguien se aproxima; taconeá. Oigo el frufrú de faldas sedeñas. Mi corazón se agita. Siento que me mira y es con deseo y cariño. Ya pasa. Sigue palpitando mi sangre en la asñxia de mis pulmones.

Se fue. Creo que vuelve la cabeza. Me mira. ¿Qué querrá o me habrá tomado por borracho o enfermo? Mas, ¿qué me importa ni lo uno ni lo otro, si ya he sentido su espíritu? Sin embargo, debo suponer que ni siquiera ha notado mi presencia, lo cual es más lógico, dado que todo el mundo necesita pensar más en sí mismo.

Pero he aquí que ya ni siquiera puedo abrir mis párpados para ver a la que ha pasado y que debe estar lejos: no oigo su andar.  
.....

Cuánta pesadez en mis párpados. Este fenómeno ocurre siempre que se carga en ellos la intención del sueño. Excelente narcótico... a veces.

Mis párpados se hallan anestesiados. Mi voluntad parece que radica ahora, de modo sensible, nada más que en mi respirar y en mi palpitación, mientras que mi esfuerzo por abrir mis párpados comienza en la región del occipital.

La gente continúa trajinando, pero ya no advierto en ellas la intención, como en aquella que pasó primero.

## EL LOCO

El viento, soplando con recio pulmón, menea la arboleda.

Al fin abro los ojos y veo que en el cielo hay nubes que huyen velozmente y en cendales.

Ahora que estoy escribiendo, me hago cargo de que es perfectamente absurdo rememorar en presente, porque dijérase que se escribe en estado de sonambulismo a medida que se produce el hecho. No hay lógica, pero el efecto emotivo está logrado.

Esta tarde, a tiempo que leía un libro antiquísimo, nació en mí un extraño terror a los libros, porque comencé a sentir detrás de cada página el espíritu latente que signo por signo dicta su pensamiento a través de los siglos. Y poco a poco ese sopro vivificante, fuerza ignota, cobra forma tangible ante mi vista: es una forma diáfana que convive con mi idea, el calor de mi sangre: espíritu vago que soplando en el rescoldo de mi secreto, inflama mis deseos imponderables y voraces.

Y así, con mis pupilas puestas en cada tilde, en cada vírgula y letra de cada página, mi espíritu se dilata y eteriza en una misteriosa e infinita existencia de que es alma el libro.

De esa suerte, cada hombre y cada libro, como cada hembra y cada aurora, son el Tabor en que se transfigura mi esencia divina.

Cuando el odio llega a su máximo, invariablemente se confunde con el desprecio y la misericordia.

## LA MIRADA

Durante mis días apenas si he visto dos hombres que miran con los ojos: hay quienes miran con los pies; otros tienen su mirada en el sexo o en las nalgas.

En la mayoría de las gentes los ojos hacen el oficio de los zarcillos o de las gargantillas en las mujeres.

He visto mujeres que miran con todo su cuerpo; algunas no más que con los pechos; pocas con los brazos.

Se puede decir, de un modo general, que las mujeres miran más con sus bellezas que con sus defectos. He constatado igual mirada en los hombres afeminados.

La mirada del ignorante de donde yace su mirada, es la mirada más loca, y es peor cuando quiere radicar en sus ojos. Entonces es de ver el esfuerzo más cómico, tiene todo el gracejo de un simio por querer imitar lo que no puede. Obsérvese a los estudiantes y profesores de hipnotismo.

En una ocasión encontré una mujer con cuya mirada sentí que entró a mí la luz del sol: desplegaba, sin saberlo, la fascinación irresistible, de insinuación tan misteriosa, que jugaba con mi espíritu como el aura con una leve brizna, de modo que mucho tiempo después quedé aturdido, mirando siempre sus ojos; de nada servía el que cerrara mis párpados: ahí estaba su mirada, alumbrando mis horas, excitando mis recuerdos y mis deseos. Pero, mucho tiempo después, un día en que la vi por segunda vez, pude establecer su mirada, la cual estaba en las pestañas. Jamás volví a encontrar mirada más poética.

Lo más vulgar es que las gentes tengan su mirada en los ojos ajenos; miran al interlocutor por contemplarse por reflexión; de manera que quien mira a esas gentes no tienen más importancia que la de un espejo.

Es interesante observar en una conversación, cómo algunas personas, especialmente entre las mujeres, nos miran a los ojos sólo por saber dónde y cómo las miramos y qué impresiones nos causan; pero qué sorpresa, qué desasosiego y fiasco se llevan cuando sienten que mirándoles allá donde quieren que se les mire, sondamos acaso los vericuetos de su conciencia: entonces sí que es de ver cómo se desesperan por huir y esconderse en lo profundo de sus tinieblas. Y qué grandes nos consideramos en esos momentos, sabiendo que acabamos de provocar la revisión del pasado a la vez que despertamos una conciencia; por ejemplo, en éste caso la de la lectora.

## EL LOCO

Otra mirada que me sorprendió fue la de una chiquilla, la cual la tenía no en su cuerpo, sino que en el aire que le circuía, casi era una mirada táctil. Otra muchacha conocí, la cual andaba acariciándose con su propio andar, es decir, la mirada tenía no en los pasos, —a ver si me explico—, sino en el andar; estando quieta esa chiquilla parecía ciega o muerta.

En la mayoría de las mujeres he entendido la mirada que nace en el pecho, en forma de intención incontenible, luego recorre en los muslos y en los brazos y sale por los dedos, en las yemas, entre las uñas; es una mirada que tiene de pulpo y de vampiro, la promisión de tremendas caricias.

También he visto quien mira con los ojos. Es una mirada, muy especialmente entre los hombres fuertes, que nace del occipucio y que descendiendo en las vértebras y los pulmones, subiendo luego de las ingles, sale por los ojos.

Los delincuentes, en la mayoría de los casos, miran con el oído, y es la mirada más lince.

La mirada peor malsana que conozco es, seguramente, aquella con las ojeras: el hastío de las noches de amor; ojeras que hablan de violencias, revuelos y agotamientos en la penumbra.

Hoy vi una señora muy pálida, de tez enjuta, muy elegante. Su andar es lascivo, merced a sus caderas anchas y a su talle imperial que eleva sus pechos. Sus ojos hundidos ríen tanto casi como ríen sus pómulos. Su mirada está en la comisura de sus labios. En su mirada he sentido la fascinación de la muerte.

Se puede establecer como principio, que la dirección de la vista no es la mirada: que la mirada es la atención, la cual se radica ya sea en lo que constituye el orgullo o la miseria del individuo: su preocupación.

No he podido observar cómo mira el asesino a su víctima, pero, por varios impulsos que he sentido en mí mismo, presumo que sea... No quiero decir.

Los enfermos miran con sus dolencias; **el pobre con** su pobreza; los pecadores con sus culpas; la inocencia con la virtud; el saber con la inteligencia. Y etc.

Esta mirada de que hablo es lo que constituye lo vulnerable del individuo. El descubrimiento de dicha atención es de suma importancia, especialmente para quienes dirijan cuerpos colegiados o el gobierno de los pueblos. Habrá día en que éste solo punto sea materia de un estudio especial, no obstante de que en el secreto radica la fuerza.

Cuando el individuo se siente fiscalizado en lo **que** constituye la mirada de que hablo, pierde al punto toda su libertad. Ese es el momento para apoderarse de él: sus ideas se enredan en el vértigo de sus palpitaciones al huracán de su respiración; pero se requiere también el tacto quintaesenciado.

Estimo que quienes primero estudien este punto serán los diplomáticos, mientras la diplomacia sea sinónimo de hipocresía. Descubrir la mirada del individuo es tocar en llaga viva, pero tan difícil, porque hay quienes la tienen en lejanías tan enormes de ignotos pasados y lejanos futuros.

La mirada dominadora es la que sosegadamente escudriña el secreto del individuo; pues el hacer gestos simiescos, sólo sirve para divertir al observador.

Pero ya debo hablar de una diferenciación importante que se produce por lo netamente exterior: de los ojos y de los párpados, que son factores importantísimos en la diaria vida de relación.

La discreta elevación del párpado inferior imprime el sello de toda la seducción femenina de la gracia, en cambio, la elevación del párpado superior implica siempre imperio y fuerza; y la contracción del rabillo nos habla de la atención más interesada.

Esto deberían estudiar con **mucho** cuidado las coquetas y todos los que estén interesados en seducir y fascinar.

La mirada, hablo de la física, o más propiamente, la percepción de la retina siempre es la misma, rectilínea y fría; sólo el juego de los párpados da todas las expresiones de todas las pasiones.

Los artistas del teatro del silencio, los mejores, me dan risa por su absoluta ignorancia de la materia, siendo que por lo mismo es el único recurso que poseen para el éxito de sus sombras.

Iguales observaciones se puede hacer respecto a la voz, en lo cual es también grandemente admiraba la asombrosa ignorancia de los cantantes, y esto sin hablar de los declamadores, oradores y recitadores y lectores.

Anotaré muy ligeramente algunas observaciones al respecto.

La voz, si se observa bien, se notará que en miles de personas parece que saliera ya de la punta de los labios, como besando; ya de los dientes, cual si saliesen masticadas; ora de la lengua, fingiendo lamer; ora de toda la boca, sugiriendo la impresión de buchadas, o sólo del paladar, en forma de saboreo. En otras la voz sale de la garganta, simulando ser un algo sin importancia. Hay voces que salen verdaderamente de los pulmones, con un no sé qué de sepulcro. No es tampoco difícil encontrar la voz que brota del corazón, en forma de un raudal de cánticos- Pero no más que en las grandes situaciones he podido observar la voz que surge del alma, de ese origen indefinible y misterioso.

Ahora bien; no será, pues, difícil comprender que cada una de esa naturaleza de voces afecta directa e instantáneamente a los centros receptores de determinadas pasiones, produciendo la atracción, la indiferencia o la repulsión en sus infinitos matices, según vaya acompañada del sentido de la palabra y del gesto de los ojos, independientemente de la intención, lo cual pertenece a otra esfera de actividades, de lo cual se hablará oportunamente.

La voz es el sonido con que se emite las palabras; de manera que está al alcance de todos poder observar que,

por ejemplo, la voz de la alegría, la tristeza, la ternura, el amor, el resentimiento, la cólera, la lujuria, la avaricia, la hipocresía, el autoritarismo, la humildad, la indiferencia, el entusiasmo, etc., etc., en una misma persona no es igual, es decir, que con cada emoción es distinta inconscientemente, aunque sin variar la localización. Luego resulta que no es imposible imaginar hasta qué punto sería de canto natural y armonioso la voz en la simple conversación, si se supiese combinar con la respectiva emoción que la dicta.

En cuanto a esto también hay ignorancia análoga en el canto, la misma ignorancia de todos los comediantes, que lo único que saben, más o menos, es la mímica de la cabeza, del torso, de los brazos, de las manos, de las piernas y de los pies, conociendo muy apenas la expresión de los dedos, que a pesar de su enorme expresión y movilidad no por eso deja de pertenecer a la escala de las expresiones groseras.

En cuanto a los oradores, no conozco ni uno solo que sepa esto, ni siquiera medianamente, ni por adivinación. Hay que oírles aun a los más renombrados cómo tienen la intención entregada no más que a la idea, abandonando la voz a un perfecto matraqueo, y los ojos, y más todavía, la mirada, abandonados a una boba divagación o fijeza desorbitada.

Pero dejemos ya estos asuntos hasta otra ocasión, si es caso que me acuerdo algo más de ello.

Para lo que más tacto se necesita es para saber mirar a los sujetos sensitivos. Pero en este orden de cosas el mundo está en un estupendo estado de brutalidad.

A la mirada, por lo mismo que es muda, le sobra la fuerza de expresión. En esto la infinita vulgaridad de las gentes sólo distinguen las expresiones de cólera y risa, y los enamorados sienten y obedecen por amor, todo el poder e intención más sutil de una mirada, pero no analizan.

¡Ay! cuando las mujeres sepan.



## EL LOCO

En el individuo el recuerdo de lo más trivial de lo suyo se antepone y cubre casi siempre a toda la Historia. El instante del sujeto ante su conciencia es algo como el manto que tapa la eternidad y el infinito.

¡Este corazón, cómo me duele!

Ciertamente que por ese no sé qué es que yo quisiera ser literato; ansio dar enormes vuelos líricos a esto que experimento, para por tal manera remontarme hasta poder expresar del modo más hermoso el sentimiento que contienen estos suspiros que me sorprenden. El rato menos pensado ya estoy suspirando y todo a causa de una involuntaria preocupación pueril para toda alma fuerte.

Es el caso que me aguijonea saber si me engaña o no una inteligente y hermosa chiquitina a quien no sé si la quiero y que tampoco sé si le intereso. Sin embargo por ella y por ese nada experimento un agradable y triste decaimiento que tiene mucho de sueño en las retorciones angustiosas del corazón, en eso de que quisiera librarme ingenuamente y que a pesar de todo me seduce con su cilicio en una especie de ensueño perpetuo.

Veo, pues, que quizá estoy empezando a amar de veras, pero tampoco sé por qué tengo miedo echarme en esa aventura humanamente diaria. ¿Es acaso una secreta necesidad de tener libre mi corazón? Pero ¿para qué? No sé; tengo miedo amar.

¿Qué es esto que me envuelve, Señor, en un algo de alegre tristeza, cual si me hallase fuera del tiempo y del espacio?

Luz de Luna...

Y porque mis preocupaciones son infantiles, largo en veces mi carcajada si no reniego y me pongo sañudo y torvo contra mí mismo. ¿Por qué? Porque no sé lo que hace ella, lo que dice o piensa en cada instante y aun lo que sueña en el misterio de su conciencia.

Me indigna esta debilidad de mi sangre.

Apenas si nos conocemos de visu, que ya me pregunto ¿a quién ama, quién es aquel que con su dicha de ser elegido suscita en mí este gozoso martirio? ¿No seré tal vez yo mi propio rival? ¿Y por qué no? En ese caso ¿cómo me quiere, cómo me espera, acaso con las mismas ansias que yo a ella, con análogos dolores y tristezas y con igual inquietud? Pero, si es así, ¿por qué nuestras miradas se cruzan fríamente estáticas y mudas en la esperanza de algún signo que ansiamos ver en nosotros para entregarnos en una dación completa de adoración? Y los días y las noches que van llenando de conjeturas cielo y tierra y de melancolía el alma. Y me da ganas de llorar. Y yo que sólo quiero un soñar largo y sereno en brazos de un gran amor, en absoluto olvido de las relaciones con el mundo, pero ambos en posesión total de nuestro pasado, de nuestro presente y futuro: que nos comprendamos y gocemos sin lugar a duda ni de la luz ni de la sombra.

Pero no, también debo ahogar en mi ser este amor: de modo salvaje cubriré con cicatrices mi corazón, rehusándola con mi rebelde y huraña amargura. En mis ojos y en mis labios pondré el frío sello de la muerte.

Esta esperanza de crueldad con mi sangre me consuela.

Sin embargo, después, cuando esta condición sólo sea un recuerdo, es entonces que precisamente por falta de ese dulce sufrimiento mi tristeza será más honda, la tristeza de la soledad muda en el recuerdo. Y es ahí justamente en lo que necesito ser fuerte, en esa huraña soledad infinita. En esas horas mortales de tedio, de cansancio, de angustia y desilusión, no quiero más ayuda que mis propias reacciones de dolor, de donde salen los más fuertes impulsos.

En el gran silencio de la casa abandonada, casi sin vida, sólo se oye el zumbido lejano del acumulador eléctrico. Pero de pronto el viento ha golpeado una puerta. Luego el silencio retorna más hondo. En seguida empieza

## ARTURO BORDA

a preludiar un piano, lúgubre, vaga y siniestramente, poblando de una belleza indecible el ambiente, en el cual recayó de modo repentino el mismo silencio aplastante hasta la desesperación. Después de unos segundos el lejano zumbido se hizo armoniosa música acompañada de cristalino canto femenino a dos voces, de letra retozona en arrullos de amor, igual al murmullo de las olas en la orilla de la mar, para ser a poco un soplo de huracán orquestal con sordo rumor precursor de remezón elevándose a Olimpo.

Entonces, en el recuerdo  
empieza a torturarme la idea  
de que también mi linda Licina  
se va o casa.

¿Tú también, Licina,  
huyes en brazos  
de esa especie de muerte?  
¡Y tanto que te quise, Licina!

Recuérdame  
en tus furtivas lágrimas de amor,  
oh Licina,  
tú que no volverás,  
ya que la esperanza  
es ida por siempre contigo, Licina,  
tú, alegría de mi soledad inmensa:  
tú, la sonrisa  
en los repliegues más íntimos  
de mi secreto;  
tú, serpentina llama viva, oh Licina,  
ya no eres más mi Licina.  
Sí, Licina;  
un estremecimiento dé terror  
me hiela en alma y cuerpo.

Todo lo que amo se muere o va.

Es tanto lo que siento,  
que jamás hallé tan ínfimo el verbo

para expresar mi sentir.  
Sufro tanto,  
tan hondamente en mi silencio,  
que ni palpita ya mi corazón  
¿acaso de miedo  
al suplicio de mi inquietud?

Estos ojo», Licina,  
que ignoraban el llanto,  
en él se quemaron por tí  
cual si fuese en líquida llama  
que resbalando en mis labios  
me reseca y calcina  
en espíritu y carne.  
Por eso me devora  
una sed innombre.  
Y cuando recuerdo  
que el Nazareno  
clama en el Gólgota:  
—¡Tengo sedí—  
yo río de rabia,  
porque sed de calvario  
breve sed, es, Señor;  
en cambio mi existencia  
es una sed perpetua:  
sed de los arcanos  
quizá de antes del origen,  
sed hasta de lo infinito increado;  
sed que me resquebraja  
el deseo y la necesidad,  
oprimiéndome impía  
el aliento y la palpitación;  
sed sin esperanza  
de alivio ni saciedad:  
sed de sedes...  
Sed, sed, sed...

Y un golpe de puerta al soplo de los vientos que braman  
en el silencio de la soledad me recobra de mis elucubraciones,  
precisamente cuando se oye el eco de los pasos de los vecinos a  
tiempo en que me rinde una gran laxitud, cuando sin saber por  
qué estoy pensando en que aconséjese de letrado, quiere decir, no  
sea usted animal.

## EL LOCO

Días enteros estuve inmóvil, con los ojos fijos en el infinito y con el pensamiento en la eternidad, hasta que sentí hallarme polarizado en el mismo signo de la tierra bisexual. Y me elevé en el espacio, con más levedad que el éter.

\*

Yo estaba en el caos, vagando en las tinieblas, en el universo de los espíritus desorientados, fuera de la verdad. De pronto mis sentidos se refundieron en uno nuevo y comencé a internarme en el conocimiento gnóstico del Logos. Principié a conocer el sentido de las limitaciones ascendentes y descendentes en el origen: vi las existencias futuras; respiré las palpitations del porvenir y supe la esencia del increado, regidor del todo.

Fue un evolucionar imponderable: la eternidad venía a mí, mientras que yo me dilataba en ella. Era una visión aterradora ese movimiento infinitamente lento y eterno, en silencio. Así recogí el supremo conocimiento de la armonía.

Entonces el increado habló én mi alma:

—Conserva resecos tus ojos: el corazón, sensible en el ansia de belleza, de amor y de inmensidad, de más y más, y sonríe de todas las doctrinas: eres la síntesis teogónica.

Quiere únicamente ser bueno, y **trata** de ser conforme a tus fueizas, sin más sacrificios. Entonces las potencias de todas las sabidurías irán a tí lógicamente encadenadas.

Estos conocimientos que se adquieren por medio de la intuición, son los de la fe invencible que llega en la fuerza de las revelaciones, con la máxima simplicidad; entonces la comprensión es fácil.

\*

Cuando regresé a mí, el ambiente estaba cargado de espíritus que pasaban pesadamente o como flechas, pre-

guntándome ansiosos, de esta suerte: —¿Y, por fin, qué hay? ¿Cómo es?— Y quienes preguntaban así eran bacantes y mánticos, vestales y pitonisas en frenesí; todos los profetas, los magos y astrólogos y los médiums taumaturgos; los prevédicos mahatmas se movían lentamente, musitando sus teorías básicas. Iban y venían lamas, derviches y demiurgos, hierofantes, cabalistas y las sibilas de Efeso, de Cumas. Delfos y Dódona; los kumaras de Elora, de Elefantina y Karnae, a manera de la aparición de Jesús en Emaüs. En esa nebulosa de espíritus se oía sustentar todas las teorías, desde las heliocéntricas, todas las teogonias y las cosmogonías hasta las antropogenias: todos los conocimientos humanos. Atenas y Grecia salían de Eleusis. Luego cruzaban en uno y otro sentido, preguntando siempre desesperadamente, Paracelso y Simón el Mago, Orígenes, Cagliostro, Herodoto, Arnobio y Confucio, a los que seguían, a modo de olajes de la mar, Demócrito, Esculapio, Hermes Trigemisto, Zoroastro y Galvani. Así millares de rosacruces y templarios, de fisiólogos, astrónomos y químicos; luego Filolao, Lutero, Huxley y Platón, y todos clamaban: —¿Y por fin, qué hay?— Pero yo en fuerza de pensar ya no pude expresar nada. Y con la ira de mi desesperación desperté olvidándolo todo.

\*

Después, como en una formidable borrachera, quedé considerando que lo que los estetas deben esforzarse en enseñar a la juventud, es que la poesía para manifestarse no requiere de medidas, que el metro, por ser matemática, es su yugo, siendo que la poesía es la libertad en acción, en plena belleza de emoción, y que, por consiguiente, el reinado del verso está en sus postrimerías. La poesía no es la sonoridad de la palabra, la poesía está en el secreto de la idea, mejor dicho, de la emoción originaria. Un sentimiento de profunda emoción ha roto, por eso, rompe y romperá siempre toda medida. Y cuanto más libre tanto más bella, porque en la libertad sabe mejor de su potencia. Y no hay potencia que no fascine. Por eso no hay rebeldía que no cautive, intuyendo el reinado ilimitado de la libertad. Yo quisiera hacer de cada hombre un rebelde, porque me da asco un joven sumiso. ¡Sumiso...!

Hacía rato que estuve mirándolo atentamente, porque ejecutaba inútilmente una cantidad de movimientos con la cabeza, con las manos y con los pies; parecía un individuo atacado de sanvito o de corea. De pronto fastidiado volvió a mí la vista, me miró furiosamente, escupió y se fue refunfuñando.

Esto sucedía en el momento en que pasaba un grupo de jóvenes alegrosos, haciendo una extraña presentación. Todos reían y gritaban, dando verdadera animación a la escena. Por lo demás, el sol invitaba a una total alegría.

—La señorita Lía Casanovios. El señor Buenaventura Buscarricas.

—Mucho gusto de conocerle.

—Tengo el honor de ponerme a sus órdenes.

—Me parece que somos parientes...

—Efectivamente. El primohermano de la tía del padre de usted, es nieto de la hermana del sobrino de la nieta del primo de su abuela; quien, al referirse a la sobrina del primo de su cuñado, dice que al contraer matrimonio con la nieta de su tío, \_emparentó con su ilustre familia. Desde entonces los Casanovios y Buscarricas son parientes.

—Cierto. A mi tía Leoncia le oí contar que usted era el sobrino del primohermano de la madre del tío de su padre, por línea paterna; que por la materna era usted nieto del padre de la hermana de su bisabuela, que era sobrina del hermano del padre de su tíaabuela.

—Están en la verdad. Pues el cuñado de doña Celestina es el nieto en línea recta d e . . .

—Bueno, pero no conviene que casen solamente en familia; hay que dar también campo a los demás. Así la solidaridad crece en la sociedad.

Y, riendo y gritando más todavía, siguieron su camino, sin que pudiese saber de qué manera resolver el enigma de tan importante abolengo.

Pensando en semejante lío estuve tostándome al sol durante mucho tiempo, hasta que un guardián me obligó a levantarme. Así sucede.

FIN DEL PRIMER TOMO



# ÍNDICE DEL PRIMER TOMO

Prólogo

EL LOCO

El Loco.....	2
Advertencia importante .....	4
Parhelio .....	7
Pro Libris.....	9
Hace ya mil años.....	15
Ofrenda ígnea.....	16

## DIVAGACIONES I

El soplo augur.....	19
I.....	31
II.....	31
III.....	32
IV.....	33
V.....	33
VI.....	34
VII.....	35
VIII .....	35

## DIVAGACIONES II

Advertencia.....	53
Desaparición misteriosa.....	55

## DIVAGACIONES III

Divagaciones

III.....	87
I.....	123
II.....	123
III.....	124
I.....	171
II.....	172
III.....	172
IV.....	173
V.....	173

VI.....	173
Pág.	
VII.....	173
VIII.....	173
IX.....	174
X.....	175
XI.....	177
XII.....	177
XIII.....	177
XIV.....	177
XV.....	178
XVI.....	178
XVII.....	178
XVIII.....	179

## DE LA MISERIA

De la Miseria.....	213
I.....	213
II.....	214
III.....	216
I.....	220
II.....	221
III.....	221
IV.....	221
V.....	221
VI.....	221
VII.....	222
VIII.....	222
IX.....	222
X.....	222
XI.....	223
XII.....	223
XIII.....	223
XIV.....	223
XV.....	223

XVI.....	224
XVII.....	224
XVIII.....	224
XIX.....	226
XX.....	226
XXI.....	226
XXII.....	227
XXIII.....	227
XXIV.....	227
XXV.....	228
XXVI.....	228
Domingo.....	229
Lunes.....	230
Martes.....	232
I.....	233
II.....	235
III.....	235
IV.....	237
V.....	237
I.....	243
II.....	243

## RAZÓN Y LOCURA

Razón y Locura.....	277
Invocación.....	312
I.....	352
II.....	354
III.....	254
IV.....	355
V.....	361
VI.....	361
VII.....	362
VIII.....	365
La Muerte de la Conciencia.....	382

I.....	382
II.....	384
Las nubes y los padres.....	393
La Madre. I.....	395
II.....	396
III.....	397
IV.....	398
V.....	398
La Gota de Hiél. I.....	399
II.....	402
III.....	405
La Mirada.....	409

DE LA PRESENTE EDICIÓN EN TRES TOMOS DE  
"EL LOCO", DE ARTURO BORDA, SE HICIERON  
950 EJEMPLARES EN RUSTICA IMPRESOS  
EN PAPEL OBRA DE 70 gr., CARÁTULA  
DE CARTULINA DE 260 gr.  
Y 50 EJEMPLARES IMPRESOS  
EN PAPEL PLUMA DE 60 gr.  
ENCUADERNADOS EN  
TELA; LA PRESENTACIÓN  
Y CUIDADO  
ESTUVO A CARGO  
DE LA  
SRTA.  
ALCIRA  
CARDONA  
TORRICO, DIRECTORA  
GENERAL  
DE CULTURA DE  
LA MUNICIPALIDAD, RESPETANDO  
LOS ORIGINALES  
DEJADOS POR EL AUTOR. LA  
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACION  
SE REALIZO EN LA IMPRENTA TALLERES  
GRÁFICOS BOLIVIANOS", DE LA PAZ,  
BOLIVIA, TERMINÁNDOSE LA MISMA EL DÍA  
LUNES 10 DE O C T U B R E DE 1966 AÑOS.

